
REBECCA
BAKER
Dirty Wedding
DEAL

Dirty Wedding Deal – Trato sucio de boda

UN JUEGO DE SEDUCCIÓN

REBECCA BAKER

Índice

Capítulo 1 Mariella
Capítulo 2 Caspian
Capítulo 3 Mariella
Capítulo 4 Caspian
Capítulo 5 Mariella
Capítulo 6 Caspian
Capítulo 7 Mariella
Capítulo 8 Caspian
Capítulo 9 Mariella
Capítulo 10 Caspian
Capítulo 11 Mariella
Capítulo 12 Mariella
Capítulo 13 Caspian
Capítulo 14 Mariella
Capítulo 15 Mariella
Capítulo 16 Mariella

Capítulo 17 Caspian
Capítulo 18 Mariella
Capítulo 19 Caspian
Capítulo 20 Mariella
Capítulo 21 Mariella
Capítulo 22 Mariella
Capítulo 23 Mariella
Capítulo 24 Caspian
Capítulo 25 Mariella
Capítulo 26 Mariella
Capítulo 27 Mariella
Capítulo 28 Caspian
Capítulo 29 Mariella
Capítulo 30 Caspian
Capítulo 31 Mariella
Capítulo 32 Caspian
Capítulo 33 Mariella
Capítulo 34 Caspian
Capítulo 35 Mariella y Caspian

Capítulo 1 Mariella

¿Por qué diablos se ha quedado este tren parado aquí en medio del túnel?

Miré a mi alrededor con nerviosismo. Al resto de pasajeros no parecía preocuparles lo más mínimo. Leían, escuchaban pódcast, tecleaban en sus móviles o simplemente miraban al vacío con la mirada perdida. En Nueva York pasaba casi todos los días que un metro se detuviera un rato en uno de los túneles. Ya fuera porque alguien se había sentido mal en el tren anterior o porque alguien había tardado más de la cuenta en subir o bajar. Había todo tipo de razones.

En realidad, tampoco era para tanto.

Al cabo de un rato, el tren volvía a arrancar y cada uno llegaba a su destino. Probablemente por eso ninguno de mis compañeros de viaje reaccionaba ante el parón.

Normalmente, a mí tampoco me habría importado mucho la parada. Pero hoy todo era diferente. Llevaba mi libro electrónico en el bolso, porque no estaba leyendo unas páginas de alguna novela romántica como solía hacer de camino al trabajo. Normalmente me encantaba sumergirme en un mundo

donde todo parecía tan sencillo. El héroe y la heroína se conocían y ambos sabían al instante que estaban hechos el uno para el otro. En el camino hacia el final feliz tenían que superar algunas dificultades y yo sufría con ellos cada vez, hasta que por fin podían caer el uno en brazos del otro. Entonces me sentía feliz y soñaba por un momento con mi propio príncipe azul.

Hasta que despertaba de nuevo en la realidad y me daba cuenta de que vivía en un mundo diferente. Aquí no había príncipes azules. Nunca me había cruzado con ninguno. Cuando volvía a ser consciente de ello, solía empezar la siguiente novela romántica.

Pero ahora no podía concentrarme.

Llegaba tarde.

Lamentablemente, no era una persona madrugadora. Me costaba horrores salir de la cama. Incluso ahora, en primavera —o casi ya verano—, me resultaba difícil empezar el día con entusiasmo y energía por las mañanas. A cambio, por las noches podía trabajar hasta tarde y lo hacía muy concentrada. Pero eso a mi jefe no le interesaba.

Me había instado varias veces a llegar antes al puesto de trabajo. Debía estar presente a las nueve como muy tarde. Lo había conseguido todos estos últimos días, aunque a menudo por los pelos.

Miré mi reloj con nerviosismo.

Diez minutos para las nueve.

De la estación de metro a mi oficina tardaba siete minutos si todo iba bien. Si el tren no se ponía en marcha pronto, llegaría tarde.

Vas a llegar tarde, Mariella. Ni siquiera has llegado todavía a la parada.

En ese momento, el vagón dio un tirón. Seguimos avanzando.

Exhalé un suspiro de alivio.

Aún podía lograrlo.

Sí, podía.

Con cuidado, me abrí paso hacia la puerta.

Cuando el metro entró en la estación poco después, me arriesgué a mirar el reloj.

Ocho minutos y medio.

Era factible.

Me escurrí entre la gente en el andén y me apresuré hacia la salida.

Subí por las escaleras.

Eso era más rápido que el ascensor o las escaleras mecánicas.

Vamos, Mariella, vamos.

Corrí. Me ardían los muslos mientras subía trotando los últimos escalones.

Por fin estaba en la calle, al aire libre.

Seguí corriendo.

¡Crac!

En ese momento oí un chasquido bajo mis pies. Antes de que pudiera articular un pensamiento claro, tropecé. Me agarré a una farola justo a tiempo.

Oh, maldita sea.

Se me había roto el tacón del zapato derecho.

¿Qué iba a hacer ahora?

—¿Se encuentra bien? ¿Todo en orden? —Una voz grave me sacó de mis pensamientos. Grave y masculina. Grave como imaginaba las voces de los héroes de las novelas románticas que tanto me gustaba leer. En una novela así, el héroe me llevaría ahora en brazos. O al menos tendría el zapato adecuado en el bolsillo.

Lees demasiado, Mariella.

Levanté la vista y me encontré directamente con un par de ojos oscuros que me observaban. Un escalofrío agradable me recorrió la espalda. El hombre sonrió levemente.

Oh, Dios mío.

Parecía definitivamente un príncipe azul.

Era guapísimo.

Más que guapo.

Era simplemente condenadamente sexy.

Esa voz. Esos ojos.

—Todo... todo bien... —Mi voz no terminaba de obedecerme.

—Necesita un par de zapatos nuevos. —Señaló mis pies—. Yo vendo unos que seguro que tienen mejor calidad que estos. Cuido mucho lo que llega a mis tiendas.

Un vendedor de zapatos que quería aprovechar el momento para hacer negocio. Una ligera decepción se extendió por mi interior.

¿Qué pensabas, Mariella? ¿Que el hombre se había teletransportado de un libro a la realidad y que solo estaba aquí para salvarte? ¿Que se trata del príncipe y tú eres Cenicienta?

—Mi tienda no está lejos de aquí. —El hombre me miraba fijamente. Sus ojos bajaron por mi cuerpo y volvieron a subir. Tragué saliva. La mirada del hombre se posó de nuevo en mi rostro—. No tendría que caminar mucho.

Hasta ahora no había articulado palabra.

Mi mirada rozó un reloj en uno de los escaparates.

Seis minutos.

Apenas tenía posibilidades.

Iba a llegar tarde.

Pero quizá aún llegaría a tiempo si salía corriendo ahora mismo.

¿Cómo vas a hacerlo sin zapatos, Mariella?

Descalza.

No puedes ir descalza al trabajo.

—Después de todo, no puede ir caminando descalza por la ciudad e ir así al trabajo. —El hombre parecía haberme leído el pensamiento—. Su jefe seguro que le dará de buen grado media hora para conseguir un par de zapatos nuevos.

Mi jefe.

Vito seguro que no me regalaría media hora para nada. Ni siquiera un minuto. Al pensar en el espectáculo que montaba con regularidad, se me encogió el estómago. Hasta ahora no me había confesado a mí misma que mi trabajo no me gustaba especialmente. O mejor dicho: que no me sentía nada bien bajo las órdenes de mi jefe.

Miré mi reloj con nerviosismo. —Tengo que irme —solté entonces.

Preferiría haberme quedado y seguir hablando con aquel hombre antes que ir a trabajar. Pero no tenía elección.

El hombre me miró con pesar y asintió.

Me quité los zapatos de los pies y eché a correr.

Era extraño sentir el pavimento directamente bajo mis pies. Mis pies no estaban acostumbrados a andar descalzos. El verano aún no había empezado de verdad y apenas había salido con sandalias este año. De todos modos, nunca iba descalza. Esto era Nueva York. Aquí estaba el Central Park, pero

por lo demás predominaba el asfalto, la gente siempre tenía prisa y había que tener cuidado de que no te pisaran los pies.

Pero ahora nadie tenía tanta prisa como yo.

Seguí corriendo.

¿Por qué había dejado plantado a aquel tío tan impresionante?

Porque solo quería venderte un par de zapatos, Mariella.

Sentí cómo se me rompían las medias bajo el pie. Maldita sea. Ahora tendría un aspecto aún más impresentable cuando llegara al trabajo.

Acalorada, sin zapatos y con las medias rotas.

Pero ya lo había conseguido.

Jadeando, empujé la puerta del pasillo estrecho y con olor a rancio que conducía a la primera planta de la casa antigua. Sobre nosotros se elevaban muchos otros pisos a los que se accedía por una entrada principal en el otro lado del edificio. Pero mi empresa se encontraba en una especie de edificio interior.

Subí las escaleras a toda prisa y entré jadeando en la oficina. Al final del estrecho pasillo había cinco salas en las que mis colegas y yo trabajábamos. Eran oscuras y siempre olía un poco como si no se ventilara lo suficiente.

—¿Pero qué pinta traes? —Mi jefe Vito estaba justo detrás de la puerta—. ¿Ya llegas tarde y encima no eres capaz ni de arreglarte decentemente? —Su mirada bajó por mí con desaprobación—. Se ve que no has podido encontrar el peine esta mañana. Y parece que tampoco has tenido tiempo para ponerte zapatos. —Vito sorbió ruidosamente por la nariz.

Era el sonido más asqueroso que había oído desde el instituto, cuando me había sentado en un aula llena de chicos sin pañuelos. Aquello ya fue malo, pero esto era incluso más repugnante. Y eso ya era decir mucho. Al fin y al cabo, vivía en Nueva York, donde todo estaba abarrotado y era ruidoso.

La forma de ser de Vito tenía algo especialmente asqueroso.

Me preguntaba una y otra vez cómo se las apañaba para conseguir encargos para nuestro servicio de contabilidad. ¿Cómo lograba Vito ganarse la confianza de un cliente potencial? ¿Se comportaba Vito de forma totalmente distinta en las reuniones con los clientes? Siempre las hacía solo, por lo que no podía juzgar su comportamiento.

Entonces apareció mi colega Caryna detrás de Vito.

Estalló en una carcajada estrepitosa. —Madre mía, si aún no es Halloween. Pareces un espantapájaros. —Caryna reía y no podía calmarse.

—He tenido un problema en el metro y luego se me ha roto el tacón —murmuré y levanté mis dos zapatos como prueba.

Vito bufó. —Ven de inmediato a mi despacho.

Vito era el único que disfrutaba del lujo de un despacho propio. Mi antigua colega Alicia sospechaba que Vito se atrincheraba allí para que no se notara demasiado que en realidad no trabajaba nada. Aunque Vito atraía a nuevos clientes de vez en cuando, no sabíamos qué hacía el resto del día. Tampoco preguntábamos.

Era mejor así.

—Mañana llegaré puntual —prometí. No quería entrar en el despacho de Vito. Aunque allí se estaba más a gusto que en cualquiera de las otras oficinas, porque tenía su propia cafetera y no olía tan raro, quería reducir el

contacto con mi jefe al mínimo. Debía dejarme hacer mi trabajo y, por lo demás, dejarme en paz, por favor.

—Eso lo dices siempre —gruñó Vito—. Y siempre, como muy tarde a la semana siguiente, vuelves a ser impuntual. A veces incluso al día siguiente.

—A cambio, a menudo me quedo hasta más tarde por las tardes —me defendí. No iba a permitir que me echara en cara que aquí no hacía nada. Trabajaba tanto como los otros colegas que llegaban puntuales y a cambio se marchaban un poco antes a casa o alargaban la pausa de la comida.

—Eso me da igual. —Vito apretó los dientes. Sus pequeños ojos de color gris guijarro se entrecerraron aún más y no fui capaz de interpretar en absoluto su expresión. Vito hizo un gesto con la mano en dirección a la puerta de su despacho.

Tragué saliva.

No me quedaba más remedio que obedecer a mi jefe. Así que entré en el despacho de Vito. Aquí había moqueta gris, el aire acondicionado funcionaba e incluso colgaban dos cuadros de las paredes, a diferencia de nuestra oficina, donde Vito escatimaba hasta en los clips.

Vito me siguió y cerró la puerta. Luego se dejó caer en su cómodo sillón de cuero negro.

—Estás despedida. —Fue directo al grano, sin preámbulos.

—¿Qué? —Las palabras me golpearon como un martillazo—. Pero si he dicho que a partir de ahora llegaré puntual y no he llegado tan tarde y...

Y, al fin y al cabo, todo aquello tenía que ser un error.

Seguro que Vito solo quería darme un buen susto. Disfrutaba haciendo gala de su poder como jefe y ninguneando a los demás. Especialmente a mí.

—Lo del encargo Maywater ha sido demasiado. —Vito me miró. Hablaba como si no me hubiera oído en absoluto.

Y yo no tenía ni la más remota idea de qué quería decirme—. ¿El encargo Maywater? —Sabía que Vito estaba trabajando para captar a un cliente importante llamado Maywater. Pero hasta ahora no había oído que lo hubiera conseguido—. ¿Si aún no tenemos el encargo? —pregunté con cautela.

—Aún no. —Vito soltó una carcajada burlona—. Nunca lo tendremos. Se ha ido a la competencia. A *Bays Bookkeeping*. Y es culpa tuya. —Vito sorbió por la nariz ruidosamente—. No te hagas la inocente. Caryna me ha entregado todos los documentos. —Vito abrió de golpe un cajón del escritorio y sacó un fajo de papeles—. Las fotocopias que has pasado.

—¿Fotocopias? —Seguía sin saber de qué hablaba Vito.

—*Bays* nos ha mejorado el precio. Han hecho una oferta atractiva, con la que se han llevado a Maywater como cliente. Más adelante, cuando ya estén trabajando con ellos, subirán los precios. —Vito resopló—. Maywater no tiene ninguna ventaja. Solo se lo creen.

Yo no tenía ni la más mínima idea de qué tenía que ver eso con las fotocopias. O de qué fotocopias se trataba siquiera.

Vito levantó un dedo y me señaló de forma acusadora—. Has proporcionado a *Bays* toda la información sobre nuestro modelo de precios. Has destruido nuestra oportunidad de conseguir ese encargo. Probablemente no ha sido la primera vez que me traicionas con *Bays*. Les pasas información y así yo no tengo ninguna posibilidad.

Miré a Vito con la boca abierta. Aquello no podía ser verdad. Si antes había creído estar en una novela rosa, ahora debía de estar en... en algún otro tipo de novela. ¿Una de crímenes? ¿O un thriller?

—Debería demandarte. Exigir una indemnización por daños y perjuicios. —Vito empezó a entusiasmarse con la idea.

Por fin recuperé el habla—. Pero si yo no he pasado nada. Ni siquiera he mirado esa información. Al fin y al cabo, ya tengo bastante trabajo con lo mío.

Los ojos de Vito se entrecerraron tanto que parecían dos finas rendijas—. Incluso ahora sigues negándolo todo. No se podía esperar otra cosa. Pero tengo testigos. Caryna vio cómo imprimías y fotocopiabas.

—¡Eso NO es cierto! —Y en ese instante recordé que la propia Caryna había estado últimamente ante la impresora y la fotocopiadora con una frecuencia sospechosa. Siempre me había preguntado qué hacía allí. Hacíamos la mayor parte de nuestro trabajo sin papel. Pero al final simplemente supuse que Caryna estaría llevando el expediente de algún cliente especialmente anticuado que insistía en recibirlo todo en papel.

Vito volvió a sorber por la nariz—. No quiero volver a verte por aquí.

Sentí que el labio inferior me empezaba a temblar. Allí estaba yo, con mi ligero abrigo de primavera, bajo el cual asomaban mis medias rotas. Sostenía mis zapatos en una mano y mi bolso en la otra.

Me sentía como una niña pequeña a la que su padre estaba regañando.

No eres ninguna niña pequeña, Mariella. Defiéndete. Demuéstraselo a Vito. Dile la verdad. No dejes que gane Caryna.

—Eso no es verdad —solté de golpe—. Fue Caryna la que ha estado imprimiendo y copiando mucho últimamente. Siempre me pregunté por qué lo hacía, pero luego supuse que tenía algún cliente que aún lo quería todo en papel.

Vito gruñó—. Eres aún peor de lo que pensaba. —Mi jefe se levantó. Eso no tuvo un gran efecto, ya que apenas era más alto que yo. Pero ahora Vito volvió a apuntarme con su dedo acusador y sentí cómo retrocedía involuntariamente—. Niegas tus actos y encima intentas cargárselos a otro.

—¡Pero si es justo al revés! —Miré a Vito desesperada—. Caryna me está tendiendo una trampa. Y no sé por qué.

Vito resopló—. No te está tendiendo ninguna trampa. El único motivo por el que me lo ha contado todo es porque está sinceramente preocupada. Es una buena empleada que nunca me traicionaría.

Negué con la cabeza—. De verdad, no he sido yo.

—¡Ya basta de calumnias! —bramó Vito entonces. Sin previo aviso, alzó la voz. Me asusté tanto que retrocedí un paso tambaleándome. Al hacerlo, pisé algo duro que se me clavó dolorosamente en la planta del pie.

—¡Ay! —reprimí un grito de dolor.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo, no quiero volver a verte! —Vito se acercó a mí de forma amenazante.

Me di la vuelta y huí del despacho.

Solo para encontrarme cara a cara con Caryna.

—¿Qué, has estado escuchando? —siseé mirando a mi colega.

Caryna soltó una risa burlona—. Ha sido imposible no oíros. Probablemente se ha enterado toda la planta.

—Entonces todo el mundo sabrá también que te has comportado de forma poco profesional. —Ojalá mi voz hubiera sonado tan gélida como la de las heroínas de mis amados libros cuando pasaban por una situación difícil. Pero sonaba más bien ronca. Solo con mucho esfuerzo lograba contener las lágrimas.

Pero delante de Caryna no quería llorar bajo ningún concepto. No iba a darle ese gusto.

Y eso que no estaba triste.

Estaba furiosa y las lágrimas eran una expresión de rabia impotente.

—¿Profesional? —Caryna se rió—. ¿Quién va a tener que hacer todo tu trabajo ahora? Pues voy a ser yo. —Mi colega negó con la cabeza—. Solo con el expediente Villiers...

—Ese que tantas ganas tenías de llevar —siseé.

Entonces me vino otra idea a la cabeza. Vito había anunciado hace unas semanas su intención de crear un puesto de jefa de equipo. Para ello solo Caryna o yo podíamos ser candidatas. Las dos éramos las que más tiempo llevábamos en la empresa y las que teníamos más experiencia profesional. Nuestros colegas acudían a nosotras una y otra vez para pedirnos consejo.

Sobre todo a mí.

¿Había intrigado Caryna contra mí para mejorar sus posibilidades de conseguir el puesto?

Miré a mi colega a la cara. No pude detectar ni rastro de arrepentimiento. En cambio, vi un destello ligeramente malicioso en sus ojos. Caryna también parecía tener dificultades para controlar las comisuras de los labios.

¿Acaso se estaba riendo de mí?

¿Se estaba burlando de mi desgracia?

—¿Todavía estás aquí? —gritó Vito en ese momento detrás de mí.

Me sobresalté.

—¡Lárgate antes de que pierda los papeles! —Podía sentir literalmente el aliento de Vito en la nuca—. Y ni se te ocurra volver a aparecer ante mis ojos.

Se me encogió todo por dentro. La mano de Vito se posó en mi brazo. Por los pelos conseguí zafarme de ella. Luego salí corriendo del despacho tan deprisa como había entrado antes. Caryna soltó una risa maliciosa hasta que la puerta se cerró detrás de mí.

Se acabó.

Estaba en la calle.

En el sentido más literal de la palabra.

Hacía un momento todavía era una lectora de novelas románticas a la que no le gustaba especialmente su trabajo. Ahora era una desempleada con los zapatos rotos y las medias desgarradas.

¿Quién me iba a contratar así?

¿Quién iba a contratarme siquiera, aunque me comprara unos zapatos nuevos y unas medias nuevas?

Todo el mundo querría saber por qué había dejado mi trabajo con Vito. Entonces podría mentir. Pero tarde o temprano todo saldría a la luz. En Nueva York era habitual pedir referencias a un jefe anterior. Entonces Vito contaría su historia basándose en las pruebas falsificadas de Caryna.

Nadie querría contratar a una contable que revelaba secretos.

Nadie.

¿Qué iba a hacer ahora?

Miré la calle desesperada. En mis queridas novelas, en este punto siempre aparecía un héroe apuesto y la situación daba un giro totalmente inesperado.

Por un momento pensé en el hombre atractivo de esta mañana.

Pero no se veía por ninguna parte.

Los transeúntes pasaban a mi lado con indiferencia.

Estaba rodeada de gente y, sin embargo, sola.

Y sobre todo, no tenía ni idea de qué hacer ahora.

Descalza, me fui cojeando hacia la estación de metro.

Capítulo 2 Caspian

Pulsé el botón de la máquina. No pasó nada. Molesto, examiné la pantalla de la costosa cafetera superautomática. Tenía aquí en mi oficina una máquina italiana que me había costado casi 2.000 dólares. Para mis estándares, eso no era especialmente mucho. Podría haberme permitido una cafetera considerablemente más cara. Por otro lado, no era estrictamente necesario: se trataba de mi máquina privada, destinada solo para mí y mis visitas. Por lo tanto, el aparato no tenía que soportar grandes capacidades de producción. Y me encantaba la idea de que mi máquina viniera directamente de Italia.

Italia. El país donde el café era un bien cultural. Espresso, capuchino, latte macchiato. El país donde se arrugaba la nariz ante nuestro café americano estándar. Probablemente un italiano ni siquiera habría llamado café a lo que muchos neoyorquinos bebían a diario. Aunque debía admitir que la cultura del café estadounidense había evolucionado mucho en los últimos años. Nos habíamos puesto al día y el café que servían en Starbucks era bastante bueno.

Pero Italia seguía jugando en otra liga.

Pulsé de nuevo el botón de la cafetera.

Nada.

Pulsé otra vez.

Nada de nuevo.

Naturalmente.

Se veía venir.

El trasto no emitía ni un sonido.

¡Y eso que la máquina era flamante! El modelo anterior había tenido algún defecto extraño y nunca calentaba el agua correctamente. El servicio técnico había intentado repararla, pero finalmente recibí un aparato de sustitución.

Ahora este tampoco funcionaba.

Me di la vuelta malhumorado. Disfrutaba estando junto a la ventana por las mañanas, tomando una taza de café y observando el tráfico bajo mis pies. Dependiendo de la hora, el tráfico fluía con bastante lentitud. Pero incluso eso lo disfrutaba. Los atascos en la hora punta formaban parte de Nueva York tanto como el Central Park y el Empire State Building. Además, yo me aseguraba de no estar en la carretera a esas horas.

Pero ahora no podía disfrutar de mi mañana como es debido. Faltaba el café.

—¡Betty! —llamé en voz alta.

—¿Sí, Mr. Havisham? —Mi secretaria apareció de inmediato en la puerta del despacho.

—La cafetera sigue sin funcionar. ¿No la habían cambiado? —Miré a Betty irritado. Sabía que ella no tenía la culpa de que la máquina no funcionara.

Pero aun así.

Era su trabajo hacerme el mío lo más fácil posible. Y eso incluía, precisamente, una cafetera que funcionase. Sin café, mi cerebro no parecía rendir tan bien como de costumbre. Y eso no me lo podía permitir.

—Sí, Mr. Havisham. Entonces tendré que llamar de nuevo al técnico. —Betty me conocía desde hacía suficiente tiempo como para no entrar al trapo de mi tono cascarrabias. Sabía que era mejor no preguntarme nada si no había tomado café—. ¿Quiere que le traiga una taza de café de la cafetería? —preguntó Betty entonces.

—Como quiera —gruñí.

En la cafetería también había una cafetera superautomática excelente. No era el mismo modelo que la mía. Por suerte. De lo contrario, mis empleados tampoco habrían tenido café hoy. Entonces sí que habríamos tenido una crisis.

Betty desapareció.

Miré por la ventana sin el café en la mano. El placer era solo a medias. Pero entonces vi el tráfico fluido, los Yellow Cabs y los transeúntes que pasaban apresurados, y mi estado de ánimo mejoró al instante.

Esta era mi ciudad.

Miré hacia la derecha y vi la Catedral de San Patricio, la iglesia neogótica más grande de los Estados Unidos. Sonreí. Aquí en Nueva York, entre todos los rascacielos, incluso una iglesia tan grande parecía pequeña. Si miraba hacia adelante, podía ver el Rockefeller Center. Su edificio más alto medía casi 260 metros, mientras que las agujas de la catedral medían «solo» 101 metros.

Lo antiguo y lo nuevo.

Tradición y modernidad.

Sí, esta era mi ciudad.

Había nacido y crecido en Nueva York y nunca había vivido en otro lugar. Tampoco quería vivir en ninguna otra parte. Otras ciudades me resultaban atractivas como destino de vacaciones o de fin de semana. Pero nunca había estado en un lugar que se comparara con Nueva York.

La Big Apple era y seguía siendo única.

—Su café, Mr. Havisham. —Betty entró de nuevo por la puerta.

—Gracias —gruñí—. Y encárguese de la máquina. El trasto debería funcionar, por el precio que tiene.

—Por supuesto, Mr. Havisham. —Betty volvió a desaparecer.

—¡Es urgente! —le grité a Betty.

Tomé la taza en la mano y volví a mirar hacia afuera.

Pronto abriríamos.

Nosotros, es decir, el *Havisham Department Store*, uno de los grandes almacenes con más tradición de los EE. UU. El negocio había sido fundado aquí en Nueva York por mis antepasados, hace más de 150 años. Yo había asumido la dirección hacía unos años e impulsado nuestra expansión. Hoy estábamos presentes en todas las ciudades importantes de Estados Unidos, en muchas de ellas incluso por partida doble.

Y tenía más planes.

Bajo mi ventana pasaban los peatones. La primavera estaba en pleno apogeo; pronto el verano se instalaría en Nueva York. Los cálidos abrigos de invierno ya estaban guardados, ahora la gente volvía a vestir ropa más ligera. Los árboles estaban verdes y todo florecía.

Miré hacia abajo.

¿Era ella?

Me fijé mejor.

Luego sacudí la cabeza.

No. No era ella.

Ella, esa mujer con el llamativo cabello rubio platino y los ojos azul claro que antes me había mirado con tanta impotencia cuando se le rompió el tacón del zapato. Le había ofrecido mi ayuda, pero ella había dudado.

Comprensible.

Aquí en Nueva York, rara vez alguien te ofrece ayuda sin segundas intenciones, y mucho menos un completo desconocido.

Pero yo, de hecho, no había tenido segundas intenciones.

Al menos, no directamente.

Me habría gustado conocer mejor a esa mujer. Su rostro tenía algo especialmente expresivo que me atraía como un imán. Incluso ahora lo seguía viendo ante mí. Ojos azul claro. Pestañas negras. Una nariz recta y labios carnosos. A eso se sumaba un ligero aroma floral que encajaba perfectamente con la primavera. Y un cuerpo que debía provocar sueños húmedos a cualquier hombre. Piernas largas, una cintura estrecha y pechos firmes.

Probablemente ya tenga pareja, Caspian. Una mujer como ella no se queda mucho tiempo sin hombre. Los hombres se pegan a ella como las abejas a un tarro de miel.

Sacudí la cabeza.

¿En qué estaba pensando?

Me di la vuelta rápidamente. En mi escritorio me esperaba el trabajo. Bastante trabajo, de hecho. Quería impulsar la expansión internacional de los *Havisham Department Stores*.

Pronto abriría la primera tienda en Canadá. Eso era fácil. Toronto no estaba muy lejos de Nueva York. Las culturas de ambos países eran similares y hablábamos el mismo idioma. Inglés. Sí, Canadá era otro país, pero no resultaba totalmente extraño.

Sin embargo, quería enfrentarme a otro desafío más. Hacía años que me había dado cuenta de que la clientela con mayor poder adquisitivo en mis grandes almacenes procedía de países árabes. Las esposas de los ricos jeques del petróleo gastaban en una sola tarde de compras en Nueva York tanto dinero como la mayoría de las neoyorquinas en todo el año.

Tenían dinero.

Podían permitírselo.

Les encantaba comprar en unos grandes almacenes con nombre sonoro y larga tradición.

En un lugar como *Havisham's*.

¿Qué había entonces más lógico que abrir unos grandes almacenes directamente ante sus narices y continuar la tradición allí?

Cuando las clientas ven ofertas tentadoras, compran. Siempre era así. Mi departamento de marketing siempre enfatizaba que la parte más difícil de su trabajo era atraer a la gente a la tienda. Animarlas a comprar una vez dentro era mucho más sencillo.

Con las árabes no sería diferente.

Pero una expansión a Dubai representaba un desafío totalmente distinto a la apertura de una tienda en Canadá. Yo no hablaba árabe y tenía muy poca idea de la cultura y las costumbres regionales. Además, desconocía la religión. En un proyecto así, muchas cosas podían salir mal.

Básicamente, casi todo.

Precisamente por eso había decidido buscar socios comerciales.

Compraría una cadena de tiendas ya existente. Primero participaría como inversor y más tarde, cuando estuviera más seguro y conociera mejor todo, planeaba absorber a mis socios árabes.

Por supuesto, todos los puestos de trabajo se mantendrían. Quería expandirme, no reducirme. Pero quería ver mi nombre en el edificio de Dubai.

Naturalmente, no les había revelado todo mi plan a mis potenciales socios cuando viajé a Dubai hacía algún tiempo para conocerlos. No hablé de la absorción. Eso quedaba todavía muy lejos.

El teléfono sonó.

—¿Dígame? —pregunté.

—El Mr. Al-Wafd, desde Dubai, para usted. —Betty esperó una respuesta.

—Páselo —ordené.

¿Qué querría Mr. Al-Wafd? Lo habíamos discutido todo y yo le había prometido que haría revisar los planes de expansión por mi banco. En realidad no era necesario, ya que disponía de un flujo de caja suficiente para financiar el proyecto por mis propios medios. Pero en Dubai querían el sello de un banco en los documentos, así que había prometido conseguirlo.

Anoche lo recibí.

¿Lo sabría Mr. Al-Wafd?

¿Me estaba observando?

Por un momento me sentí un poco incómodo.

Luego sacudí la cabeza. Era imposible que fuera el caso.

—Mr. Al-Wafd —saludé a mi socio comercial cuando escuché el clic en la línea. En Dubai debía de ser ya última hora de la tarde.

¿O no?

Traté de recordar la diferencia horaria exacta.

—Mr. Havisham. Qué alegría volver a oír por fin su voz. —El acento de Mr. Al-Wafd y su forma florida de expresarse requerían cierta costumbre. Cuando estuve en Dubai hace unas semanas, apenas le había entendido al principio—. Mi querido amigo y colaborador, Mr. Ali, está aquí conmigo en la oficina.

—Hola, Mr. Havisham —me saludó Mr. Ali—. Es un honor para mí que se me permita estar presente en la conversación.

—Mr. Ali, qué amable, es un gusto oír su voz. —Intenté adaptarme al estilo florido de mis interlocutores. Pero me sonaba simplemente flojo. Probablemente había que aprender eso desde la cuna para parecer medianamente natural. Mis palabras me resultaban ajenas. Impuestas.

—Tengo buenas noticias para usted —continué hablando de inmediato—. El banco envió anoche toda la documentación necesaria, con sello incluido. Hoy mismo le haré llegar un escaneo. Los originales se han enviado por mensajería, pero seguramente tardarán un poco en llegar a sus manos. —En este terreno me sentía más seguro. El inglés era un idioma de negocios diseñado para expresar estas cosas. Además, era mi mundo. Con estos temas sonaba totalmente normal.

—Qué maravilla, Mr. Havisham. Alabado sea Alá. Estamos muy contentos y apenas podemos esperar a ver el escaneo y recibir los documentos de manos del mensajero. —Mr. Al-Wafd se las apañó para adornar también esta respuesta con más palabras.

—Seguro. —Esta vez no sabía realmente qué responder.

—Espero que tenga un buen viaje sin inconvenientes —añadió Mr. Ali.

—Yo también lo espero. —¿Qué podría pasarle a un mensajero? Vivíamos en el siglo XXI. El hombre subiría a un avión en Nueva York y bajaría en Dubai. Posiblemente tendría que hacer un transbordo, pero seguro que no le esperaban más inconvenientes que esos. No tenía que cruzar el océano en barco ni cabalgar por el desierto en camello. El lenguaje de los árabes parecía provenir de otra época.

—Mr. Havisham, ha sido un honor para nosotros haber podido recibirle aquí en Dubai para una visita hace unas semanas y mostrarle los tesoros de nuestra tierra. Todavía hoy hablamos de nuestras horas compartidas. —Mr. Al-Wafd cambió de tema.

—Yo también guardo un buen recuerdo de mi visita —mentí. Había hecho mucho calor y me había alegrado cada vez que entraba en una estancia con aire acondicionado. Lo que más deseaba era no tener que salir de mi hotel. ¿Cómo demonios podía la gente establecerse en esa región? A su alrededor no había más que desierto y en verano hacía demasiado calor. Ya en abril la temperatura era verdaderamente insoportable.

Petróleo.

Esa era la respuesta a mi pregunta.

La gente se había establecido allí por el petróleo, y eso los había hecho inmensamente ricos. Solo gracias a los ingresos de los yacimientos de petróleo, las mujeres árabes podían gastar tanto dinero cuando venían a Nueva York.

Suspiré.

El petróleo parecía encontrarse solo en zonas climáticas extremas, en el desierto o en el hielo eterno de las regiones polares.

—Alabado sea Alá, pronto podremos hacer una visita de cortesía nosotros —continuó Mr. Al-Wafd—. Nos hace mucha ilusión.

—¿Qué? —se me escapó.

¿Visita de cortesía?

¿De qué estaba hablando ese hombre?

Yo había estado allí en persona, lo había visto todo y lo habíamos discutido todo. Una visita recíproca no era necesaria en absoluto. Estábamos haciendo negocios. Esto no era un intercambio escolar en el que se trataba de conocer la cultura del otro. El tiempo era escaso y valioso. Para mí, y para Mr. Al-Wafd y Mr. Ali seguramente también. Siempre aguardaba la siguiente cita o el próximo proyecto que requería tiempo y atención. No quedaba tiempo para visitas de cortesía.

—Nuestra visita de cortesía, Mr. Havisham. Nosotros, en nuestra cultura, nunca nos limitamos a una sola visita —explicó Mr. Ali amablemente—. Al fin y al cabo, en un negocio lo primero no es el dinero, sino sobre todo la persona con la que se hace el trato. Queremos conocerla también en su entorno para estar seguros de que todo encaja.

—Eso... eso suena lógico —tartamudeé. Sonaba lógico. Pero me resultaba tan ajeno como todo lo relacionado con los dos árabes. Jamás se me habría pasado por la cabeza la idea de visitar a un socio comercial en su casa o invitarlo a la mía. Quizás después de años, cuando la relación comercial hubiera derivado en una relación personal. Pero no antes de entrar realmente en negocios.

—Sobre todo, por supuesto, queremos conocer a su querida esposa —dijo Mr. Al-Wafd—. Tenemos mucha curiosidad por ella. Durante su visita apenas habló de ella ni nos enseñó ninguna foto. Eso no ha hecho más que aumentar nuestra curiosidad. Nuestras esposas son el ornamento de nuestros hogares y una parte importante de nuestro éxito. Después de todo, se supone que nuestros hijos continuarán algún día nuestros negocios.

Tragué saliva.

Mi esposa.

Durante mi visita a Dubai, Mr. Al-Wafd y Mr. Ali habían mencionado que solo hacían negocios con hombres casados. Yo había asentido. Aunque me parecía totalmente ilógico, simplemente lo había aceptado.

¿A quién le haría daño que afirmara en ese momento que estaba casado?

A nadie.

¿Y quién iba a descubrir que no decía la verdad?

Nadie.

Así que simplemente había afirmado tener una esposa. Adorné un poco más la historia y expliqué que nos habíamos conocido ya en el instituto y que luego nos habíamos perdido la pista. Pero que más tarde nos habíamos vuelto a ver y nos habíamos enamorado. Mr. Al-Wafd y Mr. Ali quedaron encantados con la historia, y sus esposas también.

Sí, había conocido a las esposas de ambos durante una cena en un restaurante. Cada uno de los dos había traído solo a su primera mujer. De lo contrario se llenaría demasiado, me habían explicado.

Yo había vuelto a asentir comprensivo.

¿Cómo podía alguien tener más de una mujer? A mí me entraba un sudor frío solo de pensar en una sola esposa. Ya era bastante agotador. Pero tener varias a la vez...

—Llegaremos la semana que viene y esperamos que encuentre un hueco para nosotros en su seguramente apretada agenda, Mr. Havisham. —Mr. Al-Wafd seguía sonando amable, pero de su voz se desprendía algo que dejaba claro que más me valía encontrar un hueco.

—Eh, sí... por supuesto... no habrá problema —dije—. Solo que... esto... mi esposa... lamentablemente la semana que viene está de visita en casa de su prima en la costa oeste —mentí—. Por eso no podrá estar aquí.

—¿Ah, sí? —Mr. Al-Wafd hizo chasquear la lengua de forma audible.

—Pero, por supuesto, les recibiré a ambos con alegría y les enseñaré todo lo mejor de Nueva York —me apresuré a asegurar—. Verán que la hospitalidad americana no tiene nada que envidiar a la árabe.

—¿Entonces su esposa estará de vuelta en casa la semana siguiente? —preguntó Mr. Ali.

—Sí, vuelve a finales de semana. —Respiré un poco más tranquilo. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo tenso que estaba.

Quería el trato con Dubai.

Como fuera.

Nada impulsaría mi expansión más rápido que eso.

Pero si mi mentira salía a la luz, podía ir despidiéndome del trato.

—Entonces iremos la semana siguiente. Para nosotros no es problema. Tenemos muchas ganas de conocer a su esposa. Estoy seguro de que debe de ser la mujer más encantadora de toda América. —Mr. Al-Wafd se decidió rápidamente.

—¿Qué? —jadeé.

—No hacemos negocios sin conocer a su esposa, Mr. Havisham. Eso para nosotros es tan necesario como el sello del banco. Sé que en América es diferente. Pero en nuestra cultura eso es importante.

—Seguro —murmuré.

Mi cerebro estaba en blanco.

No se me ocurría ninguna otra excusa con la que pudiera impedir que Mr. Al-Wafd y Mr. Ali vinieran a los Estados Unidos.

¿Debería fingir una enfermedad de mi mujer cuando los dos estuvieran aquí?

Rápidamente descarté la idea. Mis socios comerciales eran capaces de venir una segunda vez solo para conocer a mi mujer. Tras las palabras floridas y la fachada amable, ambos eran sumamente tenaces e insistían en que las cosas salieran como ellos deseaban. No eran inmensamente ricos por casualidad.

—Le enviaremos los datos de nuestro vuelo en cuanto los tengamos —prometió Mr. Ali.

—Eso... eso es maravilloso —tartamudeé, esperando que mi voz no me delatara.

Ojalá surgiera algún imprevisto.

Ojalá los dos no vinieran.

—Entonces seguro que podremos conocer a su encantadora esposa. —La pregunta de Mr. Al-Wafd no era una pregunta. Era una afirmación.

—Seguro. Se alegrará mucho cuando le diga que vendrán visitas —mentí.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali se despidieron.

Dejé el teléfono y eché un vistazo a la cafetera.

Ahora mismo habría necesitado al menos un litro de café.

Una esposa.

Yo no tenía ninguna.

Pero necesitaba una.

No tenía otra opción.

¿Pero de dónde demonios iba a sacar una esposa para antes de la semana siguiente?

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali vinieron una semana más tarde de lo planeado. Había ganado un poco de tiempo. Pero eso no me sirvió de nada.

Estaba metido en un buen lío.

Capítulo 3 Mariella

Llamé al timbre.

—¿Por qué llamas? Si tienes llave. —Mi madre abrió la puerta.

—Me la diste para emergencias —respondí. Sencillamente me resultaba incómodo entrar en la casa de mi madre y mi padrastro sin haberme anunciado llamando al timbre.

Hacía mucho tiempo que ya no vivía aquí. Además, no podía decir que estuviéramos especialmente unidos. Mi madre ya me había parecido a menudo una extraña durante mi adolescencia y, de todos modos, nunca había llegado a tener mucha confianza con mi padrastro. Jamás me había tratado mal. Pero tampoco se había esforzado especialmente por entablar una relación conmigo. Al fin y al cabo, yo no era su hija biológica, sino solo la hija de la mujer con la que se había casado tras la muerte de su marido. Mi padre había muerto tan pronto que no guardaba ningún recuerdo de él y solo lo conocía por fotos.

Aun así, mis padres seguían siendo mis padres. Me esforzaba por mantener una buena relación con ellos. Y cuando necesitaba ayuda, como ahora,

venía por aquí.

—Hoy es una emergencia. —Mi madre se dio la vuelta y entró en la casa—. Estoy tan nerviosa que apenas puedo respirar.

—¿Qué pasa? —Seguí a mi madre, preocupada. En realidad, había venido porque necesitaba una taza de té y algo de apoyo. Después de todo, acababa de perder mi trabajo.

Tenía que pensar en otra cosa.

—¿Que qué pasa? ¿Aún lo preguntas? ¿Es que lo has olvidado todo? Realmente no te involucras nada en esta familia. ¡Todo como siempre! —se quejó mi madre.

Suspiré.

Qué idiota por mi parte creer que podría encontrar consuelo en mi familia, cuando antes nunca había sido así.

—De verdad, eres tan desconsiderada. —Mi madre resopló—. Tu hermana se casa y tú solo sabes pensar en ti misma.

Es verdad.

Carmela, que en realidad no era mi hermana sino mi hermanastra, se casaría pronto.

Y además con un hombre llamado Chuck, al que yo conocía demasiado bien.

Era mi ex.

Tragué saliva. ¿De verdad se me podía reprochar que hubiera desterrado ese pensamiento de mi cerebro?

—Me alegra tanto que al menos una de vosotras ya esté casada. En realidad, habría esperado que tú te casaras primero, al fin y al cabo eres la mayor de las dos. —Mi madre entró en la cocina y se sentó a la mesa—. Pero siempre ha sido así: no me has dado más que preocupaciones.

—¿Desde cuándo hay que preocuparse porque una hija aún no se haya casado? —Entré también en la cocina y cerré la puerta. Luego me puse a trastear con el hervidor de agua. No quería sentarme a la mesa con mi madre.

En la cocina de mis padres era como siempre: olía un poco a judías verdes cocidas. Mi padrastro adoraba esa verdura, mientras que yo no soportaba ni su olor. Mi madre barrió las últimas migas de la mesa detrás de mí y las tiró al fregadero, que estaba lleno de manchas de cal. No es que estuviera sucio de verdad. Pero nadie habría calificado la cocina de mis padres de acogedora. Más bien de impersonal y un poco descuidada.

—Sé cuidarme muy bien solita —le dije entonces a mi madre.

Para mis adentros pensé que eso, en este momento, no era del todo cierto. No tenía trabajo y no sabía de dónde iba a sacar uno nuevo.

—Tuviste a Chuck casi ante el altar. Pero luego no lo cuidaste bien y por eso ahora se casa con Carmela. —Mi madre sollozó—. Realmente tú tienes la culpa de todo lo que te pasa.

Inspiré profundamente.

¡No podía ser verdad!

¡Mi madre no podía decir en serio lo que acababa de decir!

—¡Mamá, Chuck me engañó! Lo encontré en la cama con Carmela cuando llegué a casa. Desnudos. Se la estaba tirando por detrás y se lo estaba pasando en grande. Y Carmela también, por cómo gemía. —Mi indignación se convirtió en amargura.

Volví a ver ante mí la escena que me había roto el corazón.

Había llegado a casa. A mi propio hogar. Al piso que Chuck y yo habíamos alquilado y donde queríamos construir nuestra vida juntos. Más adelante queríamos comprar una casa y tener hijos. Pero todavía no podíamos permitírnoslo.

Yo trabajaba duro. Chuck también, pero luego perdió su trabajo. Echó currículums, pero no era fácil encontrar algo nuevo que le gustara.

Yo me mostré comprensiva.

Chuck se quedaba en casa y, como resultó, me engañaba allí con mi hermanastra.

Mi mundo se había desmoronado.

Cuando los pillé a los dos, no mostraron ni pizca de arrepentimiento. Chuck se marchó esa misma noche. Con Carmela. Con aire comprensivo, me dijo que no me obligaría a marcharme, sino que me dejaría el piso.

Había tenido un nudo en la garganta con el que creía que me iba a asfixiar.

Mi novio me había engañado con mi hermana.

Y mi madre me echaba la culpa a mí.

Nunca había considerado a Chuck un príncipe azul. Pero aun así había creído que sería honesto.

No lo fue.

Ni siquiera eso.

—Estaba pasando por una fase difícil. Deberías haberte ocupado de él. Pero tenías cosas mejores que hacer y por eso buscó consuelo en Carmela. Ahí tienes el resultado. —Mi madre no cedía. Conocía perfectamente mi herida y no dejaba de hurgar en ella.

—Seguro que sí —repliqué con amargura—. Porque no tenía trabajo. Qué buen hombre. Con él, Carmela estará bien cuidada, seguro. En lugar de buscarse un trabajo, me engañó y se la tiró a ella. Probablemente también la engañará a ella en cuanto tenga algún problema o crea que ella no se ocupa de él. Entonces buscará a otra y se la tirará por detrás en la cama de Carmela.

No quería decir esas palabras.

De verdad que no quería.

Pero la incomprensión y los reproches de mi madre eran demasiado. No podía soportarlo hoy, no después de la escena con Vito y Caryna.

Tragué saliva.

Esta es tu familia, Mariella. A pesar de todo. Familia. Mamá tiene razón, deberías esforzarte un poco. Si sigues hablando así, no servirá de nada. La pelea solo irá a más.

—Perdón. —Le sonreí a mi madre de forma conciliadora—. No quería decir todo eso. Pero quizá puedas entender cómo me siento. Carmela se casa con Chuck. Yo una vez imaginé un futuro con él. Me traicionó. No es algo que se supere tan fácilmente. —Inspiré profundamente—. Para ser sincera, ni siquiera tengo ganas de ir a la boda.

Eso lo llevaba pensando desde que la invitación aterrizó en mi buzón. ¿Por qué iba a quedarme mirando cómo mi ex se casaba con mi hermanastra y le juraba fidelidad eterna? ¿Cuando yo sabía perfectamente que no se tomaba muy en serio lo de la fidelidad?

Se suponía que debía sonreír y desearles lo mejor para su futuro. Un futuro que habían construido sobre mi corazón roto.

Era demasiado.

El agua del hervidor ya burbujeaba. Lo cogí y me serví una taza de té. —¿Quieres tú también un té? —le pregunté a mi madre.

—¡No venir a la boda! ¡No puedes estar hablando en serio! ¡No puedes hacerme esto! ¡Y a Carmela tampoco! —Mi madre ni siquiera hizo caso a mi pregunta.

—Mamá, que no se trata de ti —suspiré—. Ni tampoco de Carmela. Es simplemente que no me siento especialmente cómoda con todo este asunto.

¿Tan difícil era de entender?

—De eso hace un año, Mariella. Un año entero. Cualquier otra mujer ya lo habría superado hace tiempo. Chuck te engañó, ¿y qué? Deberías preguntarte qué parte de culpa tuviste tú en todo el asunto. Otras mujeres ya habrían encontrado un marido nuevo y vendrían con él a la boda. ¡Ya lo habrían olvidado hace mucho! —Mi madre repitió todas sus afirmaciones de antes y añadió una más.

—¿Mi parte de culpa? —No podía dar crédito a lo que oía—. Siguió siendo decisión de Chuck engañarme. Daba igual lo que estuviera pasando. Yo no me desnudé ni me metí en la cama de Carmela. Eso lo hizo él solito.

—Alguna vez tendrás que dejar de comportarte así. La vida sigue. Chuck se ha ido, entiéndelo de una vez. —La voz de mi madre sonaba algo más suave.

—Oh, eso lo he entendido perfectamente. —Seguía alterada—. De hecho, no quiero que vuelva, de eso estoy muy segura.

Pero tampoco quería ver cómo se casaba. Y menos aún con mi hermana. Eso solo haría que mi herida volviera a abrirse. Todos nuestros parientes y casi todos los conocidos sabían que Chuck había estado primero conmigo. Y que luego, de un día para otro, se había mudado con Carmela.

Ya me imaginaba las miradas curiosas.

Todo el mundo se preguntaría cómo me iba. Y no solo en secreto. Me imaginaba a mi tía Veronica. Se plantaría delante de mí y querría saber cómo me sentía hoy y si no conocería pronto a alguien a quien presentar a la familia. Mi tío Ernest soltaría entonces una risita y me aconsejaría que mejor no presentara al nuevo hombre a la familia, ya que posiblemente acabaría también pronto en la cama de Carmela.

Sí, tenía la escena grabada en la mente.

Los demás invitados no serían tan entrometidos. Pero todos cuchichearían a mis espaldas y me lanzarían miraditas.

La puerta de la cocina se abrió.

—¡Mariella! ¿Qué haces aquí? ¿Vuelves a venir por sorpresa antes del trabajo para ver qué pasa? —La voz de Carmela.

Me concentré en la bolsita de té de la taza. La saqué lentamente. Aquella vez había vuelto del trabajo antes de lo previsto. Solo por eso había pillado a Carmela y a Chuck.

Respira hondo, Mariella. Siempre ha sido así. Nunca cambiará. No dejes que note cuánto te ha dolido. Simplemente no dejes que se note. Si se da cuenta, no hará más que hurgar en tu herida.

Me di la vuelta. —Claro. Nunca se sabe lo que una puede encontrar. —Le guiñé un ojo a Carmela y di un largo trago a la taza.

—¿Encontrar? ¡No me digas que por fin has encontrado a un hombre! —Carmela me sonrió. Mostró los dientes.

Mi hermanastra sabía perfectamente que no había encontrado a nadie. Ella y mi madre me preguntaban regularmente por mi vida amorosa, a pesar de que ya les había pedido varias veces que dejaran de interrogarme.

—Si es así, no tendrás que sentarte en la mesa de solteros. —Carmela sonrió de medio lado—. Ya sabes, esa mesa al fondo, junto a los altavoces, donde se sientan todos los solteros para poder escabullirse lo más discretamente posible tras las primeras copas para hacer lo que sea.

—¿Ah, sí? ¿Tú también lo hacías siempre o cómo es que sabes tan exactamente lo que pasa en esas mesas? —respondí tajante.

—Mariella, no seas tan grosera con tu hermana. Realmente está preocupada por tu bienestar. —Mi madre intervino—. Una boda siempre es una buena oportunidad para conocer a alguien. ¿Por qué te resistes tanto? Lo decimos por tu bien. Todo el mundo conoce tu pasado con Chuck, eso es una clara ventaja.

¿Ventaja?

Yo no lo veía así en absoluto.

Era una indiscreción.

Me ponía furiosa.

Lo que más deseaba era decirles a mi madre y a Carmela cuatro verdades a la cara. O simplemente marcharme de la casa. Pero ellas solo lo atribuirían de nuevo a mi insoportable mal humor y no, en absoluto, a las cosas que acababan de decir.

Apreté los dientes.

En ese instante despertó mi espíritu de lucha.

Se lo iba a demostrar.

Vaya si lo haría.

Abrí la boca.

Antes de que pudiera decir nada, la puerta se abrió de nuevo.

—Ah, aquí estás. —Chuck entró en la cocina. Agarró a Carmela por las caderas desde atrás. Ella se acurrucó contra él y Chuck restregó su pelvis contra la de ella—. Ya te echaba de menos —le susurró al oído.

Carmela soltó una risita y restregó su pelvis contra la de Chuck.

—Oh, nena —gimió él y subió sus manos hasta sus pechos. Los apretó.

Tragué saliva.

No es que sintiera algo al ver a Chuck.

No sentía nada.

Absolutamente nada.

Ni siquiera sabía qué le había visto alguna vez.

Chuck no era guapo ni tenía una personalidad atractiva. Llevaba una camisa vieja que le colgaba por fuera del pantalón y que tenía varias manchas. Sus vaqueros estaban rotos, pero no de una forma moderna, sino rotos de verdad. Su barba de varios días parecía descuidada y las ojeras lo hacían parecer mucho mayor de lo que era.

Además, se comportaba como un quinceañero en plena pubertad que acaba de recibir permiso para tocar a una chica por primera vez. No tocaba a Carmela con cariño ni ternura. No, la trataba como a un objeto sexual.

¿Qué le había visto yo alguna vez?

¿Cómo pude liarme con él?

¿O mudarme con él?

Por no hablar de que había pensado seriamente en un futuro común con él.

De repente, sentí alivio de que Chuck me hubiera dejado.

Algún día conocería a alguien mejor.

De pronto, la imagen del hombre que me había ofrecido su ayuda esta mañana apareció ante mis ojos.

Seguro que él no se comportaba como Chuck. En los ni siquiera cinco minutos de nuestro encuentro, se había portado conmigo de forma más educada y atenta de lo que Chuck lo había hecho jamás. El desconocido me había observado, es cierto. Pero no con desprecio. Más bien... ¿con admiración?

Una vez más me arrepentí de haberme ido simplemente.

Debería haber hablado con él.

Debería haber dejado que me ayudara.

¿Cuándo fue la última vez que un hombre me ofreció su ayuda?

Nunca.

Probablemente nunca había sido el caso.

Ni Chuck ni mi padrastro me habían ayudado jamás.

Quizás el hombre me habría invitado a una taza de café después y habríamos entablado conversación. Y luego habríamos charlado y habríamos quedado para otra cita.

Sí, y luego te habría acompañado a la boda para que no tuvieras que ir sola. Habría hecho de tu príncipe azul y te habría pedido matrimonio delante de todos los invitados. Exacto, Mariella. Exacto. Más vale que revises tus expectativas. Vivimos en el siglo XXI. Ya no quedan príncipes azules. En su lugar hay un montón de ranas que temen saltar al agua y prefieren limitarse a aventuras y cosas sin compromiso.

Pero era agradable soñar.

Me distraía de la realidad.

Ahora Chuck parecía notar mi presencia. —Mariella, tú también estás aquí. —Sonrió de medio lado—. ¿Te ha traído aquí la nostalgia por mí?

—Seguro que no. —Dejé la taza bruscamente—. Últimamente no te he echado de menos. Y espero por Carmela que tú tampoco me hayas echado de menos a mí.

—Oh, no te preocupes, no dejaré que eso ocurra. —Esa fue Carmela. Soltó una risita vulgar y siguió restregándose contra Chuck.

Ya tenía suficiente.

Hacía un momento había estado tranquila, pero eso ya se había esfumado. Si seguía en esa cocina un minuto más, acabaría explotando.

—Me tengo que ir. —Di un paso hacia la puerta.

—Pero hija, si acabas de llegar. Ni siquiera nos hemos saludado como es debido. —Esa era mi madre.

Negué con la cabeza. Las palabras que había escuchado de ella me bastaban como saludo. Me bastaban de sobra.

Me alegraba de no haber mencionado que había perdido mi trabajo. Entonces me habrían esperado aún más burlas y escarnio. En otras familias me habrían ayudado. Me habrían consolado.

Pero de mi familia no podía esperar nada parecido.

¿Para qué había venido siquiera?

—Hasta otra ocasión.

Abandoné la cocina sin decir ni una palabra más.

¿Por qué mi familia no podía ser como las demás?

Capítulo 4 Caspian

Caminaba de un lado a otro en mi despacho, inquieto.

Una mujer.

Era ridículo.

Me sentía como en una de esas películas que a mi madre tanto le gustaba ver. El héroe necesitaba urgentemente una esposa y ahora, por fin, saldría a buscar una. Porque todos, menos él, sabían que su único y verdadero destino en la vida era encontrar a una mujer, casarse con ella y formar una familia. Solo que él tenía que tropezarse de narices con la idea por una tonta casualidad. Y, por una casualidad aún mayor, encontraba entonces, por supuesto, exactamente a la mujer que estaba destinada para él. Se preguntaba por qué no se habría puesto a buscar antes y, al final, todos eran felices.

Así era en las películas que amaba mi madre.

Pero aquella no era la realidad.

¡Eran PELÍCULAS!

Esto no era una película. Yo tampoco era actor. Era un hombre de negocios y estaba en mi despacho en Nueva York. Y todo este asunto era demasiado real.

¿De dónde iba a sacar yo una esposa?

¿Por qué me había metido en esto?

¿Por qué no les había dicho simplemente la verdad a Mr. Al-Wafd y a Mr. Ali?

Porque no quieres perder el trato, Caspian. Si esos dos árabes descubren ahora que has mentido, estarás acabado para ellos de una vez por todas.

¿Y por qué había mentido en aquel entonces en Dubai?

Porque deseabas el trato a toda costa, Caspian. Además, ni siquiera parecía importante. ¿Cómo iban a descubrir ellos nunca que, en realidad, no tenías esposa? No podías saber que anunciarían una visita y que, en el sentido más literal de la palabra, pronto estarían a tu puerta.

Negué con la cabeza.

Lo que en la cultura árabe se consideraba normal, aquí en Estados Unidos se tenía por una intrusión en la privacidad. Pero no podía salirles con esas a Mr. Al-Wafd y a Mr. Ali.

Si descubrían que había mentido, el trato se iría al traste. De eso estaba seguro. No firmarían hasta que hubieran visto a mi mujer.

Quería expandirme a Dubai y para ello dependía de ellos dos. Más de lo que ellos dependían de mí. Sí, ambos querían encontrar un inversor para ampliar su negocio y poder poner un nombre extranjero de prestigio sobre su puerta principal. Pero si no era el mío, sería cualquier otro.

De eso no tenía duda alguna.

—Mr. Havisham, su hermana está aquí. —Betty asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué? —di un respingo—. ¿No puede llamar a la puerta?

—Lo he hecho. Tres veces. Pero no me ha oído. —Betty me miró con reproche.

¿Tan absorto había estado en mis pensamientos?

—Perdone —murmuré—. Que pase.

—¡Caspian! —mi hermana Nadine irrumpió en el despacho—. Menos mal que estás. Necesito tu ayuda urgentemente. Es una emergencia.

—¿Ah, sí? —besé a mi hermana en la mejilla—. Me alegra verte.

Al menos Nadine me distraía de mis problemas. No estaba ni un paso más cerca de una solución que justo después de la llamada con Mr. Al-Wafd y Mr. Ali.

—Tienes que ayudarme; sin ti no sé qué voy a hacer. —Nadine me miró con desesperación.

—¿Qué ocurre? —quise saber. Mi hermana trabajaba como arquitecta y normalmente era una mujer fría y comedida.

—Hay piojos en la guardería de Lia. La van a cerrar. Por lo menos una semana. Tengo que cuidar a Lia en casa durante ese tiempo. Nelson está de viaje de negocios en Asia y no puede ayudarme a cuidarla. No sé qué hacer. Pasado mañana tengo una cita importante en una obra y me es imposible llevarme a Lia conmigo. —Nadine estaba totalmente angustiada.

—¿Y la niñera? —pregunté.

Nadine hizo un gesto de desdén. —Ya no viene. Desde que Lia le gastó aquella broma con la araña la última vez, no quiere volver a cuidarla. Ni por el doble de dinero. Dice que tiene fobia a las arañas o algo así.

Sonreí. Mi sobrina Lia era una niña de cinco años vivaz que no tenía más que travesuras en la cabeza. Una noche había colocado una araña de plástico que parecía real en su cama y convenció a la niñera para que se acostara con ella. Al final, la niñera salió huyendo del apartamento entre gritos.

—No tiene ninguna gracia, Caspian —me reprendió Nadine. Había visto mi sonrisa y adivinado mis pensamientos.

—Está bien. —Levanté las manos en señal de paz—. Pero deberías alegrarte de que Lia sea como es. Hay demasiados niños que solo quieren estar todo el día viendo la tele o con juegos en el móvil.

Nadine suspiró. —A veces desearía que Lia viera la tele. Así al menos se quedaría quieta media hora. No tengo ni idea de cómo será la cosa cuando empiece pronto el colegio.

—Pero si le gusta aprender —tranquilicé a mi hermana—. Ya verás cómo todo sale bien.

—¿No podrías cuidarla tú pasado mañana? —Nadine me miró—. Si me la llevo a la obra, no podré cruzar ni una palabra tranquila con el jefe de

proyecto. Y probablemente, tras nuestra visita, tendrán que reforzar las medidas de seguridad porque Lia habrá encontrado todos los agujeros posibles por los que escabullirse.

Volví a sonreír. —Déjame mirar mi agenda.

La familia era lo primero.

Si era posible de algún modo, apoyaría a mi hermana. Siempre nos habíamos ayudado. Cuando ella estaba en un apuro, yo había estado ahí. Y cuando yo estaba en problemas, ella me había ayudado.

Mientras consultaba mi agenda, una idea empezó a gestarse en mi mente.

Claro.

¿Por qué no se me había ocurrido antes?

Era lo más sencillo y lógico.

La solución perfecta.

—Puedo quedarme con Lia —anuncié.

Nadine respiró hondo. El alivio era evidente en su rostro. —Gracias, Caspian. Te debo una.

Le resté importancia con un gesto. —No es nada. Lo hago encantado. —Pero entonces me detuve. ¿Qué acababa de pensar? —En realidad, hay algo en lo que tú podrías ayudarme. Resulta que estoy en un buen aprieto.

—¿Tú, en un aprieto? —Nadine se rió—. Eso no pasaba desde nuestra infancia. No desde que te hiciste cargo de todo esto.

Era cierto. En mi juventud y también durante la época universitaria había sido un impulsivo y me había metido en líos a menudo. Pero eso había cambiado en los últimos años.

—Necesito una mujer —proclamé.

Nadine arqueó las cejas. —¿Una mujer? ¿Y se supone que tengo que buscártela yo, o qué? ¿Crees que tengo un círculo de amistades tan grande? —Mi hermana soltó una carcajada—. Soy madre, Caspian. Conocemos principalmente a otras madres. Apenas me quedan solteras en mi grupo de amigas. Con las mujeres pasa eso, que las vidas toman rumbos distintos. —Mi hermana me observó con curiosidad—. ¿Pero qué te ha pasado? Hace años que no se te ve con una mujer. Supongo que no vives precisamente como un monje, pero eso de "necesitar" una mujer...

—No es lo que piensas. —Negué con la cabeza—. Quiero decir, necesito una mujer, pero no necesito realmente una mujer.

—Cada vez eres más misterioso. —Mi hermana sacudió la cabeza—. ¿Es que no has dormido bien anoche? ¿O no has tomado hoy suficiente café?

Lo cierto era que no. Pero mi problema era mucho mayor que una simple falta de café. Tomé aire profundamente. Luego le conté a mi hermana lo de mi viaje a Dubai y cómo Mr. Al-Wafd y Mr. Ali me habían preguntado si estaba casado, porque era algo muy importante en su cultura. —Pensé que no sería un gran problema. Pero ahora quieren venir aquí y conocernos a mí y a mi esposa.

—¿Y no puedes decirles simplemente que no tienes esposa? —Nadine me miró.

—Eso sería el fin de mi relación comercial con ellos antes incluso de haber empezado de verdad. Quiero conseguir este trato a toda costa, Nadine. Es importante para *Havisham Department Stores*. Muy importante. Si no lo conseguimos, mis planes de expansión se retrasarán años. —Exageré un poco. Pero solo un poco. Quería el trato.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —Nadine me escrutó.

—¿No podrías hacerte pasar por mi mujer? —le pedí a mi hermana.

Los ojos de Nadine se agrandaron.

—Sería solo por una noche —expliqué—. Solo tendrías que fingir ante ellos que estamos casados. Recibirlos en mi apartamento. Eso sería todo.

No era para tanto.

Al menos así lo veía yo.

Pero Nadine negó con la cabeza enérgicamente. —No, Caspian. No puedo hacer eso. Yo ya estoy casada.

—Pero Mr. Al-Wafd y Mr. Ali no lo saben. Y nunca lo sabrán. Y a Nelson seguro que no le importa. Probablemente le parezca hasta gracioso. —Mi cuñado era un tipo relajado que apoyaba a mi hermana en sus objetivos y que amaba a Nadine y a Lia de todo corazón. Apenas podía imaginar que fuera a discutir con mi hermana por algo así. Probablemente se limitaría a sacudir la cabeza y centrarse en su siguiente proyecto.

—Voy a prepararnos un café —dije—. Así podrás pensarlo con calma.

Me levanté y fui hacia la cafetera.

Al pulsar el botón, no emitió ni un solo sonido.

Por supuesto.

Con todos mis problemas, lo había olvidado por completo.

Sacudí la cabeza con fastidio.

Tendría que decirle a Betty que esto era realmente urgente.

—No tengo que pensarlo, hermanito —replicó entonces Nadine—. Por mucho que me gustaría ayudarte, lamentablemente no puede ser. De verdad.

—¿Por qué? —Me di la vuelta.

Nadine TENÍA que ayudarme. No conocía a ninguna otra mujer a la que pudiera pedirle que se hiciera pasar por mi esposa una noche. No iba a aceptar una respuesta así sin más.

—¿Qué pasa si a partir de ahora los árabes quieren que tu mujer esté presente en todas las citas? —Nadine me miró con aire desafiante—. Yo ya tengo un marido. Y una hija. Y un trabajo. Tengo una vida que no puedo ni quiero abandonar para llevar contigo una especie de doble vida. Aunque sea por *Havisham Department Stores*.

—Pues en el futuro estarás siempre ocupada cuando ellos vengan —intenté convencerla—. De verdad que es solo esta cita.

—¿Por qué no les dices entonces a tus dos árabes que tu mujer ya está ocupada ahora mismo? —Nadine se mantuvo firme. Llevaba negociaciones a diario y sabía mantenerse en sus trece como nadie.

Pensé en Mr. Al-Wafd y Mr. Ali, y en cómo ya había intentado declarar a mi mujer como "no disponible". No lo habían aceptado y simplemente habían pospuesto su visita.

Así seguiría siendo en el futuro. Insistirían en ver a mi mujer, dijera lo que dijera.

Nadine no andaba descaminada.

Existía el riesgo de que tuviera que hacer de mi esposa más de una vez.

Y comprendía que ella no quisiera eso.

Apreté los dientes.

—Está bien —aseguré, aunque no me parecía bien en absoluto.

Hacía apenas un momento creía que estaba salvado.

Y ahora estaba en el mismo aprieto que antes.

O en realidad, en uno peor.

Tenía una opción menos.

—Un consejo: ponte calcetines que combinen. Así la gente se creerá más que tienes una mujer. —Nadine lanzó una mirada significativa a mis pies.

—¿Qué tiene eso que ver? —defendí mi preferencia por los calcetines de distinto color. Hoy llevaba uno amarillo en el pie izquierdo y uno rojo en el derecho.

—A ver, está claro: un hombre soltero está totalmente desbordado con su colada. Ni siquiera es capaz de elegir unos calcetines a juego. Eso es lo que piensa mucha gente. Seguro que tus socios también. Si este hombre tuviera una esposa, ella no le dejaría salir así de casa. —Nadine me miró triunfante. Estaba plenamente convencida de su lógica.

—Qué tontería. —Negué con la cabeza—. En primer lugar, tengo una asistenta que se encarga de todo eso por mí. Y en segundo lugar, jamás estaría con una mujer que, evidentemente, no tuviera nada mejor que hacer que intentar reeducarme.

Nadine levantó las manos. —Solo era un consejo. Me tengo que ir.

Mi hermana desapareció tan rápido como había llegado.

Y yo seguía con el mismo problema de antes.

—Hoy no estabas por lo que tenías que estar, colega —se quejó mi amigo Alistair unas horas más tarde—. Te he desplumado y ni siquiera has pestañeado. Hoy no has sido un rival digno.

Apoyado en mi palo de golf, me encontraba en una de las mayores instalaciones de simulador de golf de Nueva York. Alistair y yo solíamos volar en helicóptero a Long Island para jugar allí en un campo de golf real de 18 hoyos.

Pero hoy, por desgracia, hacía demasiado viento para volar, así que tuvimos que conformarnos con la variante de interior. No era ni de lejos tan interesante como un partido de golf de verdad. Pero aquello también ofrecía variedad. Así que Alistair y yo habíamos jugado hoy una ronda virtual en el campo de St. Andrews, en Escocia.

Miré a Alistair. —Cierto, tienes razón. Tenía la cabeza en otra parte.

—¿En dónde? —quiso saber Alistair. Nos conocíamos desde la universidad, íbamos al golf juntos con regularidad y en invierno jugábamos ocasionalmente alguna partida de squash. Alistair estaba al tanto de mi vida, igual que yo de la suya.

Pero no le había contado lo de Mr. Al-Wafd y Mr. Ali. O mejor dicho: no le había contado lo de mi esposa.

Ahora respiré hondo y se lo conté todo a Alistair.

Cuando terminé, mi amigo se rascó la cabeza. —Vaya cosa —gruñó. Luego se echó a reír—. Aunque, por otro lado, tiene su gracia.

Ofendido, torcí el gesto. —Ya me dirás qué gracia le ves. Si para ti estuviera en juego un trato millonario, tampoco te haría ninguna gracia.

—¿No puede Nadine hacer de tu mujer? —quiso saber Alistair. Conocía a mi hermana.

—Se lo he pedido. Pero no quiere. Teme que luego no pueda salirse del asunto. Y no puedo culparla —refunfuñé.

—Bueno... —Alistair me dio una palmada en el hombro—. Parece que realmente vas a tener que buscarte una mujer, colega.

—¿Y dónde voy a encontrar una? —pregunté.

Alistair puso los ojos en blanco. —Pero bueno, Caspian. Internet está lleno de sitios de citas. Te puedes instalar en el móvil lo que parecen miles de apps de citas. Y en cada una de ellas hay mujeres.

—Probablemente las mismas en todas partes —refunfuñé.

—Eso da lo mismo. —Alistair descartó mis objeciones—. Alguna será la adecuada para ti. Como suele decirse: siempre hay un roto para un descosido.

—Cada oveja con su pareja —corregí a mi amigo.

—Eso mismo digo. También para ti aparecerá alguien. —Alistair sonrió.

—Pero es que yo no quiero una mujer. Al menos no de verdad. Solo para esa cita —dije—. Y además: ¿cómo voy a encontrar a alguien tan rápido? No me queda mucho tiempo.

Alistair se rascó la cabeza. —Eso sí que podría ser un problema. Por otro lado, algunas cosas se desarrollan más rápido de lo pensado. Quizá simplemente te estés preocupando demasiado.

—¡Que no quiero una mujer! —insistí—. ¡Solo necesito a alguien que finja que lo es!

Alistair guardó silencio.

Yo también callé.

No parecía haber salida a aquel dilema.

Pero necesitaba una solución más que nunca.

Capítulo 5 Mariella

Paseaba por el Central Park. A mi alrededor todo era tan verde como el verde podía serlo. Los arbustos y las flores estaban en flor y podía oír algunos pájaros.

Normalmente disfrutaba de este paseo. Era el momento culminante de mi semana. Le ponía la correa para gatos a mi gato Cosmo e íbamos al Central Park. Cosmo era un gato doméstico, como todos los gatos de Nueva York. Pero yo pensaba que de vez en cuando necesitaba aire fresco, así que me había comprado una correa para gatos. Al principio fui escéptica sobre si algo así funcionaría, pero luego resultó que no era la única propietaria de gatos que permitía a su mascota disfrutar de aire fresco con regularidad.

Incluso me encontraba con alguna que otra persona con gustos similares y gato en el Central Park, aunque Cosmo y yo no seguíamos una rutina especial. Salíamos unas cuantas veces por semana, a distintas horas y en diferentes días. Por suerte, Cosmo no era un perro que tuviera que dar su paseo diario.

Me detuve.

—Cosmo— le llamé con dulzura.

Mi gato se dio la vuelta. Me habría encantado acariciar su pelaje blanco y negro en ese momento y cogerlo en brazos. Cosmo a menudo me proporcionaba consuelo y fuerza.

Pero ahora hizo lo que suelen hacer los gatos cuando no están de humor. Me miró con desdén y me dio la espalda.

¡Gatos!

Tienen voluntad propia.

—Ven aquí, Cosmo— lo intenté una vez más.

Cosmo no se movió. Luego dio un paso adelante y sentí un ligero tirón en la correa. Estaba claro lo que mi gato quería.

Seguir caminando.

Parecía decirme que no habíamos salido para hacernos arrumacos. Eso podíamos hacerlo en casa, en el sofá.

Siempre y cuando Cosmo estuviera de humor.

Por suerte, mi gato no pertenecía a los ejemplares más caprichosos, pero como acababa de demostrar una vez más, no se dejaba influir fácilmente por mí. Vivía según sus propias ideas. En realidad, precisamente por esa razón, me gustaban los gatos incluso más que los perros. Pero algunos días deseaba que Cosmo fuera un poco más dócil. Un poco más mimoso.

Ahora volvió a tirar de la correa.

—Ya voy, ya voy—, exclamé.

En ese instante, mi móvil pitó. Alguien me había enviado un mensaje. Quizá mi amiga Shawna, con la que había quedado para verme más tarde. Había conocido a Shawna hacía tiempo a través de nuestra amiga común Janelle y nos habíamos llevado tan bien que, desde entonces, de vez en cuando hacíamos planes juntas.

Shawna era simpática y abierta. No era fácil encontrar nuevas amigas en Nueva York. Todo el mundo estaba siempre con prisas o en el trabajo. La agenda de todo el mundo parecía estar llena y nadie tenía tiempo para una cita.

Solo mi agenda solía estar vacía.

Casi siempre estaba disponible.

Lamentablemente.

Y ahora estaba incluso más disponible que de costumbre.

Ya no tenía trabajo.

¿A quién quería contárselo, en realidad?

Todos me compadecerían, me darían buenos consejos y me preguntarían constantemente si había novedades. Me enviarían enlaces a empresas y ofertas de empleo, y tendría que escuchar qué cosas era mejor no decir en las entrevistas de trabajo.

No tenía ganas de eso.

Ni siquiera había procesado bien mi despido.

Pero a Shawna sí se lo puedes contar, Mariella. Ella no es así. Y a Janelle también se lo puedes contar.

Solo que Janelle apenas había tenido tiempo para mí en los últimos meses. Desde que se había casado y había tenido un niño, sus prioridades eran otras. Lo comprendía perfectamente. Y, sin embargo, lamentaba el cambio en nuestra amistad, ahora más que nunca. Qué no habría dado por tener a alguien con quien hablar en este momento.

Tienes a Shawna, Mariella.

A menos que Shawna acabara de cancelar nuestra cita.

Saqué el móvil del bolso.

Cosmo seguía tirando de la correa, pero lo ignoré. Tenía que esperar un momento.

El mensaje no era de Shawna.

Mi madre me escribía para recordarme que por nada del mundo faltara a la boda. Que ni se me ocurriera pensar que podía saltarme el evento o escaquearme de alguna forma. Ella y Carmela esperaban mi presencia. Y Chuck y mi padrastro, por supuesto, también. ¿Qué imagen daría si la familia no estuviera allí unida?

Me quedé mirando el mensaje un rato antes de volver a guardar el móvil. No quería pensar en eso. Al menos no ahora.

—Seguimos caminando, Cosmo.— Mi gato había dejado de tirar de la correa y ahora quería recompensarlo por fin por su paciencia.

Di un paso adelante. Fue entonces cuando me di cuenta de que solo sostenía un extremo suelto de la correa en la mano.

No había ni rastro de Cosmo.

Contuve el aliento.

La correa se había roto y Cosmo se había marchado con su collar y un trocito de correa. El resto lo tenía ahora en la mano.

El pánico se apoderó de mí.

—¡COSMO!— grité con todas mis fuerzas.

Nada.

Dos transeúntes se volvieron, pero nada más ocurrió. Ningún arbusto se movió y en ningún árbol hubo movimiento. Escaneé mi entorno, pero por ninguna parte se veía un gato blanco y negro. Ni siquiera un pedazo de pelaje blanco y negro.

Corrí tras los transeúntes. —Perdonen, ¿han visto a un gato blanco y negro por alguna parte?—

Los dos solo negaron con la cabeza.

¿No podía haber desaparecido así como así?

—¡COSMO!—, gritaba ahora a pleno pulmón.

Nada se movía.

Por supuesto que no. Mi gato no era un perro entrenado para acudir rápido con su dueña, sino un tipo testarudo que hacía lo que le venía en gana.

Solo que no estaba preparado para sobrevivir solo al aire libre. Era un gato de casa. ¿Por qué no lo había vigilado mejor?

—¡COSMO!— grité de nuevo.

Seguía sin haber nada.

Miré a mi alrededor con desesperación.

El Central Park era inmenso. Si recordaba bien, era incluso uno de los parques más grandes del mundo. En cualquier caso, era indescriptiblemente grande. Cosmo podía estar en cualquier sitio.

Siempre y cuando no saliera del parque. Fuera, en el tráfico de Nueva York, probablemente no sobreviviría mucho tiempo. Nuestros conductores apenas tenían consideración con los gatos.

Tragué saliva.

Mi gato tenía sus rarezas, pero significaba mucho para mí.

Si no lo encontraba...

Prefería no imaginármelo.

—¿Se le ha escapado su gato?— Una mujer a la que ya había visto con frecuencia se me acercó. Llevaba a un gato atigrado de color rojizo con correa.

—La correa se ha roto.— Alcé el trozo suelto que aún tenía en la mano y miré a la mujer desanimada. —No tengo ni idea de adónde ha ido. Podría estar en cualquier parte.—

—Nosotros tampoco lo hemos visto por ningún lado, por desgracia.— La mujer sacudió la cabeza con pesar. —Y el parque es tan grande—, añadió.

—Tal vez no vuelva a encontrarlo nunca más.— Dejé caer la cabeza, deprimida.

—Pero no—, intentó consolarme la mujer. —No quería decir eso. Me refería a que debería pedir ayuda.—

—¿Ayuda?— Miré hacia arriba, inquisitiva.

—Sí. Coloque unos carteles con una foto de su gato y su número de teléfono. Alguien lo verá seguro. El Central Park es grande, pero siempre hay gente por aquí. No hay ni un solo rincón solitario.— La mujer se rió.

—Es verdad—, murmuré.

—Ya verá como vuelve a aparecer.— La mujer se despidió con la mano y siguió su camino.

La seguí con la mirada.

No había ningún rincón solitario. Cierto.

Pero había muchísimos arbustos y otras plantas donde un gato podía esconderse de maravilla. Además, ¿qué significaba que alguien viera a Cosmo? Seguro que no se dejaría atrapar tan fácilmente y, para cuando yo llegara al lugar del avistamiento, probablemente ya estaría en un sitio totalmente distinto.

En el caso de que se quedara en el Central Park.

Quizá aprovechaba su nueva libertad para irse mucho más lejos en un viaje de exploración.

Desalentada, guardé el resto de la correa en mi bolso.

Ahora me sentía completamente abandonada.

El mundo parecía haberse conjurado contra mí.

Shawna me esperaba frente a la *Pretty Bagel Bakery*.

—¡Lo siento!— grité ya desde lejos. Llegaba muy tarde, porque me había quedado un buen rato buscando a Cosmo.

Sin éxito.

La idea de que esta noche me quedaría sola en mi apartamento me deprimía.

¿Y si realmente no volvía a encontrar a Cosmo nunca más?

No pienses en eso, Mariella. Ahora necesitas algo que te anime.

Y para eso, los bagels de la *Pretty Bagel Bakery* eran perfectos. La *Pretty Bagel Bakery* era legendaria en Nueva York. Todo el mundo la conocía, absolutamente todo el mundo. Sus bagels eran los mejores de todo Nueva York. Algunos neoyorquinos incluso afirmaban que eran los mejores bagels de todo Estados Unidos.

Sobre eso no podía opinar, pues no había tenido muchas oportunidades de viajar.

Pero los bagels estaban rematadamente buenos. Se preparaban todavía de forma tradicional y se hervían brevemente en agua caliente antes de ser horneados. La consistencia y el sabor eran sencillamente celestiales.

Me encantaba especialmente el bagel con salmón, crema de queso, alcaparras y cebolla roja.

Solo de pensarlo se me hacía la boca agua y mi ánimo mejoraba un poco. Quizás Cosmo aparecería pronto, después de todo. A más tardar cuando tuviera hambre.

Para entonces ya había llegado a donde estaba Shawna.

—Lo siento —me disculpé de nuevo—. Yo... bueno... ya te lo contaré luego. Ahora lo primero que necesito es un bagel.

—Hola, Mariella —me saludó Shawna. Torció el gesto en una mueca extraña—. Me temo que hoy tendremos que prescindir de los bagels.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —No podía soportar más noticias catastróficas. El vaso ya estaba lleno.

Lleno hasta los bordes.

Por un momento pensé en comprar un bagel e irme directa al aeropuerto. Irme lejos de Nueva York, desaparecer cuanto antes.

Fantasías, Mariella.

Nunca había viajado lejos. Solo una vez fui en coche a Canadá con una amiga del instituto. Nos quedamos solo un día porque no podíamos permitirnos nada más. No vimos nada, porque llovió todo el día y pernoctamos en un motel de mala muerte en medio de ninguna parte. Todos los demás alojamientos eran demasiado caros para nuestro presupuesto.

En realidad, no teníamos nada de dinero.

Pero podía decir que había estado en Canadá.

Ahora no tenía trabajo, así que un viaje era realmente lo último que podía y quería permitirme. Tenía que resolver mis problemas aquí. Salir corriendo nunca había servido de nada.

—Se han agotado —dijo Shawna—. Hoy ya no queda nada.

—¿Qué? —Miré a mi amiga estupefacta. Solo entonces me di cuenta de que estaba sola fuera. Normalmente, a esta hora, la *Pretty Bagel Bakery* estaba a rebosar y la cola llegaba hasta la puerta de la tienda. Pero hoy no se veía a nadie más que a nosotras.

—Ya lo sabes. Producen una cantidad limitada. Y hoy se han acabado pronto. —Shawna suspiró—. Al parecer, algún grupo ha comprado una caja entera de bagels y por eso... nos hemos quedado con las ganas. —Mi amiga levantó los brazos.

—Debería emigrar —solté de repente.

Shawna me miró asombrada. —¿Por los bagels?

—No. —Negué con la cabeza. De repente me sentí tan miserable y pequeña que me habría gustado sentarme en el bordillo y no dar ni un paso más.

Simplemente rendirme.

No hacer nada más.

Esconder la cabeza bajo el ala.

Y cuando volviera a sacarla, todo estaría bien.

Eso era exactamente lo que quería.

—Ahora mismo todo está saliendo mal. —Miré a Shawna.

—Venga, venga, Mariella, no será para tanto. —Shawna me miró con consuelo y, al mismo tiempo, intentaba animarme.

—¡Lo es! —le repliqué—. Es incluso mucho peor de lo que pensaba. Ni te imaginas todo lo que ha pasado.

Shawna me cogió del brazo. —Pues cuéntamelo ahora mismo. Vamos a dar un paseo y buscaremos otro sitio para comer algo.

Me habría encantado apoyar la cabeza en el hombro de Shawna.

—Me han despedido —dije en voz baja.

—¿Qué? —Ahora era Shawna la que parecía horrorizada. Se detuvo en seco, a pesar de que no habíamos avanzado ni tres metros.

Le conté toda la historia.

—Pero eso no es todo. Hace un momento también se ha escapado Cosmo. —Miré al suelo compungida—. Estaba tan absorta en mis pensamientos que

no me he dado cuenta de que no paraba de tirar de la correa hasta que se ha roto. Debía de estar ya totalmente deshilachada. Tampoco me había fijado. Estaba pendiente de mil cosas, excepto de lo que era importante. Es culpa mía, solo culpa mía.

—No te culpes así. No has abandonado a Cosmo. Se ha escapado. No eres la primera persona a la que se le escapa un gato. Ya aparecerá. A más tardar cuando tenga hambre. —Shawna puso una mano sobre mi brazo—. Y por mucho que te deprimas, no va a volver antes.

—Es verdad. —Seguí caminando.

—La verdad es que tienes una buena papeleta encima —suspiró Shawna.

—Y para colmo, Carmela y Chuck se casan y mi madre insiste en que vaya a la boda. —Gimí—. Me encantaría emigrar y empezar de cero en las Bahamas. O simplemente desaparecer. No puedo más.

—Pero si Chuck ya no significa nada para ti —señaló Shawna.

—¡Claro que no! —Por un instante pensé en el atractivo desconocido que me había ofrecido su ayuda. De algún modo, parecía que desde ese momento Chuck me importaba incluso menos que antes. Realmente ya no significaba nada de nada.

Era una idiotez, al fin y al cabo no conocía a ese hombre desconocido y no volvería a verlo nunca más. Pero parecía haber activado un interruptor en mi interior.

—Se comportaban como si estuvieran tan enamorados. Y mi madre incluso ha afirmado que yo no cuidé lo suficiente de Chuck y que por eso me dejó. —Gimí ante el recuerdo.

—Olvídate de ella. Y olvídate de lo de emigrar. Este es el momento perfecto para dar un giro a tu vida. —Shawna tiró de mí para que siguiéramos andando.

—Pues no me siento con ánimos de dar ningún giro. —Más bien me sentía como si me hubieran succionado toda la energía.

—Deberías apuntarte a un portal de citas y conocer a un hombre. —Shawna se mostraba muy decidida.

Solté una carcajada breve. —¿Uno como Chuck? No, gracias. En esos portales solo se mueven hombres que no han conseguido mujer en otro lado o a los que sus mujeres han dejado porque los trataban fatal. Solo buscan a otra para repetir lo mismo. No necesito eso.

—No seas tan pesimista. También hay otros hombres. Hombres con decencia. Mira a Janelle, ella encontró a Spencer. —Shawna me dio unas palmaditas en el brazo—. Comprendo que ahora estés frustrada. Pero el mundo no está hecho solo de gente como Chuck o como tu jefe.

—Hm —dije yo. Todavía no estaba convencida.

—Mereces mejores personas que Chuck o que tu jefe. Por eso ha pasado todo esto. Es solo una señal de que todo debe cambiar a mejor, y así será. ¡Para ello tienes que tomar la iniciativa por ti misma! —Shawna siguió tirando de mí.

—¿Tú crees? —Todavía dudaba.

—¡Lo creo! —A diferencia de mí, Shawna no albergaba ninguna duda—. Vamos. —Me arrastró hacia una puerta de cristal.

—¿Qué vamos a hacer? —Ya no tenía ni idea de dónde estábamos. Me había limitado a caminar al lado de Shawna sin fijarme en el camino.

Demasiados pensamientos revoloteaban en mi cabeza.

—Vamos a beber champán —anunció Shawna.

—¿Aquí? —Miré a mi alrededor. Estábamos ante un hotel boutique que parecía muy exclusivo. Era uno de esos establecimientos que no tenían un nombre tan famoso como el Waldorf, pero que eran al menos igual de caros, pues cobraban bien su individualidad.

—Claro que aquí. —Shawna resopló—. ¿O es que quieres comprar ese brebaje barato del supermercado para brindar por tu nueva vida? Así no se llega a ninguna parte.

Tuve que darle la razón a Shawna.

—Si quieres solo lo mejor, tienes que permitirte solo lo mejor. —Shawna me miró con intención—. Además, en los mejores sitios suele estar también la mejor calaña de hombres.

Me reí y le di un codazo a Shawna en las costillas.

—Así me gustas mucho más —dijo Shawna con aprobación.

Luego me miró. —Y mañana te vas de compras, que quede claro. No vas a ir a esa boda con un vestido viejo cualquiera. Con algo que ya te hayas puesto cinco veces. Te vas a comprar algo realmente bueno. Normalmente no está permitido eclipsar a la novia. Pero en este caso, te concedo una excepción. No tienes por qué esconderte en las Bahamas. Muéstrate ante todos.

Volví a reír.

Poco a poco, algo en mi interior también empezaba a sentirse diferente.

Quizás Shawna tenía razón.

Quizás esto era realmente un nuevo comienzo.

¿Quién podía saber a dónde me llevaría la vida todavía?

Y esconder la cabeza bajo el ala no servía de nada.

De verdad que no.

Tenía que tomar las riendas de mi vida y hacer algo con ella. Nadie más iba a hacerlo por mí.

Era tarea solo mía.

De repente estuve segura de que lo conseguiría.

Capítulo 6 Caspian

El tiempo se me echaba encima.

Habían pasado varios días desde mi conversación con Mr. Al-Wafd y Mr. Ali, y desde entonces no había ocurrido nada. O sí: Mr. Al-Wafd y Mr. Ali me habían enviado un correo electrónico en el que confirmaban sus datos de viaje. Estaban deseando conocer a mi estimada esposa.

Solo que yo no tenía ninguna estimada esposa.

Pero eso iba a cambiar hoy.

No es que quisiera casarme.

¡Por el amor de Dios!

Era lo último que se me pasaría por la cabeza.

No, hoy lo que quería era contratar a una mujer. Una que debiera hacerse pasar por mi estimada esposa ante Mr. Al-Wafd y Mr. Ali. Al final había

seguido el consejo de Alistair. Él siempre tenía las mejores ideas. Había decidido buscar a una mujer por internet.

No a una mujer con la que pudiera casarme de verdad, por supuesto. Sino a una que hiciera el papel de mi mujer durante una noche y que estuviera disponible para futuras citas. Nunca se sabía qué más se les ocurriría a Mr. Al-Wafd y a Mr. Ali; en eso mi hermana tenía razón. Posiblemente planearían un encuentro de sus mujeres con mi estimada esposa. Compras navideñas juntos en Nueva York. O algo parecido.

Precisamente por eso también había decidido poner un anuncio yo mismo y no recurrir a una agencia de acompañantes. Allí seguramente tendrían en sus archivos a varias mujeres adecuadas que aceptarían este encargo encantadas. Sin embargo, ellas también cambiaban a menudo de agencia, de ciudad o directamente de vida. No había garantía de que esa misma mujer volviera a estar disponible mañana.

Aunque esa garantía no existía nunca.

Pero me sentía mucho mejor si tenía todo el asunto bajo mi control y no tenía que negociar con el dueño de una agencia.

Prefería gestionar mis asuntos directamente.

Y así, yo mismo había puesto un anuncio.

Se busca dama con clase y dotes de interpretación.

Ese había sido el título de mi anuncio. Además, había incluido algunos detalles sobre la edad deseada, la formación requerida y un par de cosas más.

Y listo.

Me habían llovido las solicitudes y me pasé todo el día de antes de ayer leyendo mensajes.

Muchísimas candidaturas eran totalmente inadecuadas. Algunas mujeres no parecían dominar ni siquiera las reglas básicas de ortografía. Cualquiera puede tener una errata, pero quien escribe mal una de cada dos palabras probablemente no tenga un título universitario ni se haya esforzado demasiado con el correo.

No pedía referencias — ¿cómo podría haberlo hecho para un trabajo así? —, pero sí exigía que hubieran leído y comprendido mi anuncio.

De modo que al final solo habían quedado tres candidatas con las que quería reunirme hoy.

Estaba sentado en el *Shiney's*, uno de los bares con terraza más de moda de Manhattan. En unos minutos llegaría la primera candidata. Tres cuartos de hora después, la segunda. Y después, la tercera. No tenía tiempo para charlar durante mucho rato con las aspirantes.

Además, podría juzgar bastante pronto si eran aptas para el trabajo o no. Aquí no se trataba de simpatía, sino de si podían interpretar a mi esposa con la mayor credibilidad posible.

Vale, por supuesto que la simpatía también contaba; no quería odiar a mi supuesta mujer.

Pero no se trataba de atracción.

Eso era.

Me recosté satisfecho y dejé que el sol me diera en la cara. Aquí en el *Shiney's* sonaba, como siempre, música suave. Las mesas estaban lo suficientemente separadas como para no tener que escuchar las

conversaciones de los demás clientes. Palmeras y celosías con plantas trepadoras creaban una atmósfera casi mediterránea. Por un momento cerré los ojos. Los sonidos a mi alrededor pasaron a un segundo plano. El murmullo de las voces de los otros clientes se convirtió en un rumor, los pasos del camarero en pisadas leves y el tintineo de las copas era casi imperceptible.

—Señor, ¿puedo traerle algo?

Abrí los ojos.

Ante mí estaba un camarero y me miraba con aire interrogante.

Lo que más me habría gustado era pedir un whisky de inmediato. Las próximas horas serían agotadoras y requerirían toda mi entrega. Sin embargo, también requerían toda mi concentración. No podía permitir que el alcohol nublara mi juicio.

—Un café, por favor. —El *Shiney's* seguro que disponía de una cafetera decente que funcionara cuando se la necesitaba.

—Muy bien. —El camarero desapareció.

—Vaya, pero ¿a quién tenemos aquí? —Una mujer con el pelo muy rubio teñido, vestida con un vestido rosa de escote bastante pronunciado y sandalias rosas, se acercó a mi mesa—. Aquí hay una de esas revistas de economía incomprensibles. —La mujer señaló el *Economist* que yo había colocado bien visible sobre la mesa.

Era la señal de reconocimiento acordada.

Para que las mujeres pudieran reconocerme por ella.

Por supuesto, había pedido que me enviaran fotos antes. Pero, en la realidad, cada persona causaba una impresión totalmente distinta. Además, no tenía ganas de andar buscando con la mirada de un lado a otro. Que me encontraran las candidatas. Su forma de saludarme ya me diría bastante sobre ellas.

—Así que tú eres el tipo que busca desesperadamente a una mujer. —La dama de rosa soltó una risita. Se había acercado más y vi que tenía las uñas de las manos pintadas de rosa y llevaba sombra de ojos rosa.

¿Se había caído en una caja de caramelos?

Parecía una alumna de primaria. No la dama con clase que yo había buscado en el anuncio.

Cada uno tiene una definición distinta de clase, Caspian.

—Por favor, tome asiento. —Me levanté ligeramente y señalé la silla frente a mí—. Usted debe de ser la señorita Dump. —Nos habíamos escrito y le había descrito a Anita Dump a grandes rasgos la tarea que le esperaba conmigo.

—Puedes llamarme Anita. —La mujer se sentó—. Quiero decir, seguro que no querrás contratar a una mujer a la que vayas a tratar de usted, ¿verdad? —Soltó una risita.

—No. —Negué con la cabeza.

Anita Dump volvió a reírse entre dientes. Luego infló las mejillas. Me di cuenta de que tenía un chicle en la boca.

—¿Y para qué necesitas a una mujer? —Anita Dump me observó con interés.

Negué con la cabeza para mis adentros.

Inadecuada.

Esa era la única palabra que describía a Anita Dump a la perfección.

Posiblemente acabaría tuteando incluso a Mr. Al-Wafd y a Mr. Ali, porque al fin y al cabo eran mis socios comerciales. El tacto parecía ser una palabra desconocida para Anita Dump. Probablemente solo conocía otras culturas de oídas y consideraba que la cortesía era algo pasado de moda.

—¿Puedo traerles algo? —El camarero apareció discretamente. Puso un café delante de mí.

—Uno de esos cócteles rosas con la sombrillita rosa —pidió Anita Dump y soltó una risita tonta—. Es que es mi color favorito, ¿sabes?

También tuteaba al camarero. Él se limitó a asentir impasible y volvió a desaparecer.

—¿Por qué solicitó el puesto del anuncio? —Tenía una curiosidad sincera. Estaba claro que no iba a contratar a Anita Dump, pero me preguntaba qué hacía aquí.

—Soy una mujer, cielo. ¿Es que aún no te has dado cuenta? —Anita Dump volvió a reírse. Se ajustó el vestido de tal manera que sus pechos casi se salían del escote.

Aparté la mirada. Prefería no imaginar lo que dirían Mr. Al-Wafd y Mr. Ali ante semejante vista.

—Tengo muchas cualidades. —Anita Dump acarició sus propios pechos y luego dejó que sus manos bajaran por su vientre. Luego volvieron a subir. Y

entonces sentí su pie contra mi pierna—. Todo lo que necesites —susurró.

Le aparté el pie de un empujón.

Anita Dump se rió. —Sí, puedo ser un poco lanzada.

¿Lanzada?

Yo lo llamaría más bien vulgar. O impertinente.

—¿Eres gay? —Anita Dump me examinó—. La verdad es que no lo pareces. Pero no me imagino por qué otra razón alguien contrataría a una mujer que en realidad no es suya. Quiero decir, puedes ligarte a una cualquiera. Hay un montón de tías dispuestas ahí fuera. —Anita Dump soltó una risita y dejó claro que ella era una de ellas.

—No se trata de eso. —Fui tajante.

Esto era una pérdida de tiempo.

—¿De qué entonces? —Anita Dump hizo una pompa con su chicle.

El chicle era rosa.

¿Es que todo en esta mujer era rosa?

La pompa estalló. Anita Dump volvió a absorber el chicle y se metió los restos que colgaban en la boca con los dedos.

¿No acababa de pensar que parecía una alumna de primaria?

Así era.

Exactamente así.

—También tengo lencería rosa. —Anita Dump volvió a reírse. Parecía haber adivinado mis pensamientos—. Pero no te la voy a enseñar aquí mismo. Eso sería claramente demasiado. —Rió de nuevo—. Pero en otro momento, encantada. Debes saber que siempre doy más de aquello por lo que se me paga. Queda muy bien.

—Usted no encaja para el puesto. —Negué con la cabeza—. Nuestra conversación ha terminado.

Anita Dump torció el gesto. Por un momento pareció que iba a romper a llorar.

Alumna de primaria.

Pero, de repente, el rostro de Anita Dump se descompuso en una mueca horrible. —Se arrepentirá de esto —siseó—. Se arrepentirá amargamente.

No dije nada.

Con calma, tomé un sorbo de café.

Anita Dump se levantó de un salto. —Nadie me rechaza y se va de rositas. Nadie. —Me miró con furia. Luego se dio la vuelta. En ese mismo instante llegó el camarero con el cóctel de Anita Dump. Era un líquido rosa con una sombrillita rosa pinchada. Con un movimiento rápido, Anita Dump cogió el vaso de la bandeja, lo vació de un trago y se lo encasquetó al camarero en la mano.

Luego se marchó sin volver la vista atrás.

Suspiré aliviado.

La candidata número uno había sido un fiasco.

Si me presentaba con ella ante Mr. Al-Wafd y Mr. Ali, jamás me darían el contrato.

Hice una seña al camarero y pedí otro café.

Con suerte, una de las dos candidatas restantes resultaría más prometedora.

—¿Mr. Havisham?— Una voz agradable me hizo levantar la vista. De hecho, me había quedado mirando el café sin pensar en nada en particular.

O tal vez sí.

Había comparado a Anita Dump con la mujer a la que le había ofrecido mi ayuda hacía unos días. Ambas eran rubias. Pero ahí terminaban los parecidos. Mientras que una era atractiva de forma discreta y no parecía ser consciente de su belleza, la otra era tan vulgar que resultaba repulsiva. Nunca habría descrito a Anita Dump como hermosa. La belleza siempre tenía algo que ver con los valores internos y el carisma.

Concéntrate, Caspian. Anita Dump no es la candidata adecuada, así que no hay motivo para seguir pensando en ella.

Miré a la mujer que estaba frente a mí y me levanté un poco. Tenía el pelo castaño claro, ojos color avellana y un rostro que, aunque llamaba la atención, se olvidaba al instante. No porque fuera poco atractiva, sino porque era simplemente corriente. Su ropa también era convencional: llevaba una americana gris, una camiseta blanca y vaqueros.

—Soy Livia Mackenzie. Nos hemos escrito —se presentó la mujer.

—Por favor.— Volví a señalar con la mano la silla que tenía enfrente.

Livia Mackenzie se sentó. —Me pareció bastante refrescante su forma de poner un anuncio de búsqueda de pareja. Algo diferente a lo que se suele leer cuando vas a citas.

—Oh, no se trata de un anuncio de búsqueda de pareja —aclaré.

¿Acaso Livia Mackenzie no había leído el anuncio? Lo había clasificado claramente como oferta de trabajo e incluso había ofrecido una remuneración. Además, en nuestros mensajes también dejé claro lo que buscaba. Alguien que INTERPRETARA el papel de mi mujer.

Livia Mackenzie abrió mucho los ojos. Solo entonces me fijé en que sus pestañas eran casi incoloras. —¿No?

—No. —Negué con la cabeza—. Necesito una acompañante para algunas citas importantes. De momento se trata de una o dos citas en las próximas semanas. No puedo decir si habrá más después. Pero para mí es importante que usted, en caso de ser elegida, se mantenga disponible si fuera necesario. Por eso pago una remuneración generosa.

—Pensé que mantenerse disponible si fuera necesario significaba que, si había gusto mutuo, querría entablar una... una relación más cercana. —Livia Mackenzie me miró con franqueza.

Volví a negar con la cabeza. —No. Precisamente eso es lo que quiero evitar a toda costa.

—¿Por qué? —Livia Mackenzie se cruzó de brazos.

—¿Le traigo algo, señorita? —En ese momento apareció el camarero detrás de Livia Mackenzie.

—Un agua, por favor. —Livia Mackenzie ni siquiera se dio la vuelta. No le dedicó ni una mirada al camarero.

Mala señal. Cómo trata una persona al personal de servicio dice mucho de ella.

Observé a Livia Mackenzie. Era totalmente distinta a Anita Dump. Pero era igual de poco apta para el puesto. No quería a nadie que estuviera buscando una relación de pareja.

Yo no lo estaba.

Precisamente por eso había puesto el anuncio.

Antes de que pudiera decir nada, Livia Mackenzie soltó con voz meliflua: —Su anuncio me pareció realmente refrescante. Y la idea de un periodo de prueba pagado es algo totalmente diferente. La mayoría de los hombres esperan de todo de una mujer hasta que deciden comprometerse en una relación. No dan nada y solo quieren recibir. Usted, en cambio, parece al menos dispuesto a pagar adecuadamente a la mujer de su corazón. Lo entiendo e incluso me parece bien. Así que no hace falta que finja que no busca un compromiso serio. Sé leer entre líneas y sé lo que desea secretamente.

La mujer hablaba por los codos.

Hacía suposiciones.

Y creía saber mejor que yo mismo lo que yo quería.

Pobre del que fuera su futuro marido.

—No creo que lleguemos a ningún trato. —Observé a Livia Mackenzie.

—Oh, pero... —comenzó Livia Mackenzie.

La interrumpí bruscamente. No quería otro monólogo. —Ya le he prometido el puesto a otra candidata.

Livia Mackenzie me miró.

Entonces se levantó de un salto. El camarero se acercaba con su agua. Ella no le dedicó ni una mirada. Y a mí tampoco volvió a mirarme.

Simplemente se marchó.

Sin decir palabra.

Suspiré aliviado.

La tercera candidata tenía que ser la adecuada.

Tenía que serlo, por fuerza.

Porque, ¿qué haría si no lo fuera?

Ya no me quedaban muchas opciones.

Solo una más.

—¿Es usted el hombre con el que he quedado? —Una voz fría y severa me puso en alerta.

Ante mí había una mujer de mi edad que me recordaba mucho a una profesora. Pensé en las fotos que la tercera candidata había enviado. En ellas parecía más relajada. ¿Por qué la gente siempre enviaba fotos en las que se veía totalmente distinta a como era en realidad? Eso NO podía salir bien.

Observé a la mujer.

No es un buen comienzo, Caspian.

Pero no tenía elección. Y quizá la cosa mejorara. La primera impresión no siempre era la correcta.

—Sí. —Por tercera vez me levanté a medias y señalé la silla frente a mí.

—Soy Bellatrix Johnson. —La mujer se sentó.

Asentí. Bellatrix Johnson. El nombre se me había quedado grabado al instante.

—¿Desea tomar algo, señorita? —Por tercera vez apareció el camarero. Si le sorprendía ver a tantas mujeres en tan poco tiempo, no lo demostró. Era evidente que conocía su oficio. La discreción era la regla de oro.

—No, gracias, no quiero nada —rechazó Bellatrix Johnson.

Fruncí el ceño.

¿Quién se sienta en un bar y no consume absolutamente nada?

—Sus calcetines no combinan —dijo entonces Bellatrix Johnson—. Debería prestarse más atención.

¿Era como Livia Mackenzie y repartía consejos sin que nadie se los pidiera? Odiaba que alguien hiciera comentarios sobre mis calcetines. Eran una expresión de mi personalidad.

—Al fin y al cabo, en este... este negocio que propone, también está en juego su reputación, ¿no? —Bellatrix Johnson arqueó las cejas. Estaban cuidadosamente depiladas. Como todo en Bellatrix Johnson, estaba meticulosamente arreglado. Tan meticulosamente que resultaba antinatural. Parecía que lo que tenía delante era solo una fachada.

—Si he entendido bien, en este trato hay mucho en juego para usted, ¿verdad? —repitió Bellatrix Johnson mirándome fijamente—. ¿Cuánto le merece la pena todo este asunto? Me refiero a cuánto paga.

—10.000 dólares. —Había reflexionado mucho sobre la suma. 10.000 dólares me parecían adecuados. Después de todo, hasta ahora solo se trataba de una única noche. Si se añadían más citas, pagaría más.

—Bastante tacaño. —Bellatrix Johnson se rió—. Yo le añadiría un cero. 100.000 dólares y cerramos el trato.

En realidad me gustaba que alguien fuera directo al grano.

Lo hacía todo más fácil.

Pero en este caso era DEMASIADO directa. Y además la exigencia era descaradamente alta.

—Al fin y al cabo, una debe mantenerse disponible para futuras citas. —Bellatrix Johnson continuó observándome—. Que, por supuesto, también serían remuneradas.

—Esa suma es ridículamente alta. —Negué con la cabeza.

—A mí me parece demasiado baja. Quizá debería pedir un millón. —Bellatrix Johnson se recostó en su silla. Parecía estar disfrutando de este juego—. ¿O diez millones? —Se echó a reír—. ¿Cuánto le vale esta gran oportunidad que no puede dejar escapar?

Mucho.

Me valía mucho.

Pero no me valía tanto como para soportar la presencia de Bellatrix Johnson más de lo necesario.

—No vamos a llegar a ningún trato. —Me levanté—. La conversación ha terminado. No es como si fuera usted la única candidata adecuada.

Bellatrix Johnson soltó una risita. —Si me necesita, ya sabe dónde encontrarme. Aunque entonces esperaré una oferta decente.

Reprimí un resoplido.

Bellatrix Johnson se levantó. —No creerá que ninguna otra persona aceptará esta oferta.

No repliqué nada.

Cerré los puños a escondidas.

Mientras veía alejarse a Bellatrix Johnson, consideré brevemente si debía cancelar todo el asunto. Todavía podía decirles la verdad a Mr. Al-Wafd y a Mr. Ali. O renunciar al trato.

Simplemente parecía no haber mujeres adecuadas.

Ni siquiera para un trato que estaba dispuesto a pagar generosamente.

Y eso que el mundo estaba lleno de mujeres.

Frustrado, apreté los dientes.

Tenía que inventar otra cosa.

Pero ¿el qué?

La mujer a la que se le había roto el tacón apareció de pronto de nuevo ante mis ojos. Su pelo rubio, sus ojos azules. Su elegancia natural. Casi creía oler su aroma floral. ELLA sería la adecuada. Lo sabía por instinto. Pero no la conocía y probablemente no volvería a verla.

Tienes que ocuparte de tus propios problemas, Caspian. Deja de soñar con una mujer inalcanzable.

No tenía la menor idea de cómo podía salvar aún toda la situación.

Y el tiempo apremiaba cada vez más.

Capítulo 7 Mariella

Estaba en la cola de los probadores, muerta de impaciencia. Parecía que no iba a avanzar nunca. En realidad, me encantaba ir de compras a *Havisham's*. Los grandes almacenes eran inmensos y tenían una variedad increíble. Aquí no existía el «es usted demasiado baja» o el «en su talla va a ser difícil». Había algo para todo el mundo. Para cada talla, para cada cuerpo, para cada gusto. Ni se mandaba a las mujeres menudas a la sección infantil, ni se te derivaba a tiendas especializadas por usar tallas grandes. O se te «desterraba», como lo había definido una vez una amiga mía.

No, aquí te trataban con amabilidad, cortesía y atención. El personal se desvivía y, al final, una salía de la tienda satisfecha con una gran bolsa bajo el brazo.

Así que había decidido buscar aquí un vestido para la boda de Carmela y Chuck. La idea de la boda seguía causándome rechazo. Pero pensaba en las palabras de Shawna y en mi promesa.

Iba a ir a esa boda. Y sería la mujer mejor vestida de la celebración.

Con la ayuda de Shawna, me había dado permiso a mí misma para eclipsar a mi hermana.

Iba a hacer justicia a mi manera.

Era el primer paso hacia una nueva vida en la que volvería a tomar las riendas. No volvería a depender de los demás.

Por eso me encontraba ahora en *Havisham's*.

Observé los dos vestidos que llevaba en el brazo y que quería probarme. Uno era color turquesa y le iría muy bien a mi tono de ojos y de pelo. Solo que no estaba del todo segura de si el corte me favorecería de verdad. El otro era de un rojo fuego y atraería todas las miradas, sin duda. Era espectacular, con un escote muy pronunciado. El corazón me latía con fuerza al pensar que podría presentarme así en la boda de Carmela y Chuck. Probablemente todos cuchichearían a mis espaldas. Pero no por ser la ex a la que habían plantado. Sino porque estaba escandalosamente guapa.

¿Pero no era eso exactamente lo que quería?

Sí.

En cierto modo, sí.

Al mismo tiempo, el asunto me producía un poco de inquietud.

Cambié el peso de un pie a otro.

¿Cuándo quedaría libre un probador por fin?

—Por aquí, madame —una dependienta se acercó a mí—. Al fondo a la izquierda hay un sitio para usted. —Cogió los dos vestidos y se adelantó.

En el probador, colgó ambos vestidos en la barra y me recorrió con una mirada experta—. Estos dos vestidos le van a quedar de maravilla, estoy segura. Si necesita ayuda con alguna cremallera o cualquier otra cosa, llámeme.

—Gracias. —Entré en el probador.

¿Qué vestido debería probarme primero?

El turquesa.

Era mi color favorito.

En ese momento también llevaba una falda turquesa, medias y un top color crema, que me quité y doblé con cuidado. Luego cogí el vestido turquesa. Abrí la cremallera con cautela y me metí dentro. La tela crujió. El vestido olía un poco a producto sintético, como huelen a veces las prendas nuevas. Se pasaría si lo dejaba ventilar o si le echaba un poco de perfume.

Me pasé el vestido por la cabeza.

Y entonces lo vi.

A la altura de mis caderas, el vestido tenía dos...

¿Agujeros muy visibles?

Tonterías, Mariella, no son agujeros. Es el diseño.

Eran dos aberturas en la cadera.

O como quiera que se llamasen.

Yo no tenía ni idea de esas cosas.

Solo sabía una cosa: con este vestido me sentiría incómoda. Todo el mundo podría verme las bragas. Incluso si llevaba ropa interior de color carne sin costuras. También esta sería visible a través de las aberturas. Estaban situadas en un lugar demasiado inoportuno.

Sí, todo el mundo hablaría de mí si aparecía con este vestido. Y de mi ropa interior.

Pero esa ya no sería yo.

Quería llamar la atención. Pero no quería convertirme en alguien que no era. Además, con este vestido no sería la mujer que mejor se viera de la sala. Eso solo se lograba con ropa con la que me sintiera realmente a gusto.

—¿Y bien? ¿Qué le parece el vestido? —La voz de la dependienta me llegó a través de la cortina del probador.

—Lamentablemente no es el adecuado para mí —exclamé hacia fuera—. En la cadera se me ve demasiada piel.

—Pero si ahí es precisamente donde reside el encanto del vestido —la dependienta sonaba extrañada.

—Sí, pero no me siento cómoda así. —Mi decisión ya estaba tomada, aunque ni siquiera me hubiera subido la cremallera del vestido—. Voy a probarme el otro.

Con determinación, me volví a sacar el vestido turquesa por la cabeza. Quizá el rojo resultase ser mi color hoy. En cualquier caso, era un color excitante. Era llamativo. Un bombazo.

Cogí el vestido rojo y me lo pasé por la cabeza.

Y entonces contuve el aliento.

De otra forma no cabía en el vestido. Y eso a pesar de que últimamente más bien había perdido peso en lugar de ganarlo. Sentía como si mis pechos estuvieran aplastados y empujados hacia arriba para asomar por el escote pronunciado aún más de lo habitual. Si me inclinaba hacia delante, los pechos probablemente se saldrían del escote. Y entonces sí que sería el tema de conversación del día.

—¿Y bien? —Otra vez la dependienta. Parecía poseer un séptimo sentido para saber cuánto tardaba una clienta en ponerse un vestido.

—Está un poco apretado —respondí con voz ahogada. No me atrevía ni a respirar hondo ni a hablar con fuerza. ¿Y cómo iba a comer algo con este vestido? Con esto no podía pesar ni un gramo más de lo que pesaba ahora.

—A ver, déjeme ver. —La dependienta sonaba escéptica.

Aunque ya sabía perfectamente que este vestido no era para mí, corrí la cortina y salí del probador.

—Pero si le queda estupendamente. —La dependienta me sonrió radiante —. El vestido realza su figura como ningún otro. Le garantizo que será el centro de todas las miradas. Dése la vuelta.

Obedecí.

—Pero si la cremallera no está bien cerrada. —La dependienta empezó a manipular mi espalda.

—¡Espere! —jadeé. Cada vez me costaba más respirar.

—Vamos, vamos, que para presumir hay que sufrir. Si quiere pescar a un hombre, no puede hacerlo en chándal. —La dependienta siguió tirando de la cremallera. Pero esta se negaba a cerrarse ni un poco más.

Por suerte.

Si no, probablemente me habría desmayado por falta de aire.

—No puede ser —logré decir con dificultad—. Tengo que volver a cambiarme.

—Puedo traerle otros vestidos para que elija —se ofreció la dependienta.

—No, gracias —rechacé.

Por hoy ya había tenido bastante. No tenía más ganas de embutirme en otras telas de corte demasiado estrecho de las que mi cuerpo rebosaba por los lugares más insospechados. Quizá los vestidos realzaran mi figura de forma favorecedora, pero no me sentía en absoluto cómoda en ellos. Y eso es lo que contaba, ¿no?

En cuanto me hube despojado del vestido rojo, respiré hondo por fin. Luego me puse de nuevo mi falda, mi top y mis medias. Mi propia ropa se adaptaba a mi cuerpo sin esfuerzo y no me apretaba por ninguna parte.

Respiré aliviada.

—¡No puede rendirse tan pronto! —La dependienta me acechaba frente al probador. Seguramente me había identificado como una clienta dispuesta a comprar y no quería dejarme marchar tan fácilmente.

—Volveré —prometí—. Solo que hoy... yo... tengo prisa y tengo una cita.

Era mentira.

No tenía ninguna cita.

Si ni siquiera tenía ya trabajo.

Quizá todo aquello no fuera una idea tan buena después de todo. ¿A qué venía gastarme una fortuna en un vestido cuando en realidad tenía que controlar mis gastos y ahorrar? ¿Qué hacía yo aquí, en unos grandes almacenes donde todas las mujeres parecían más elegantes que yo?

De repente me sentí tan fuera de lugar como pocas veces en mi vida.

Quería salir.

Salir de aquel agobio. Alejarme de la gente, de las mujeres que compraban, de vestidos que no me quedaban bien y que parecían hechos para personas cuyos cuerpos tenían medidas ideales. O, al menos, medidas distintas a las del mío.

Tenía que volver a pensarlo todo.

—Entonces hasta pronto. —La dependienta puso una mano en mi brazo—. Y quizá se lo piense todo de nuevo.

¿Podía leerme el pensamiento?

—El vestido le queda realmente de maravilla. A veces solo tenemos que acostumbrarnos a una versión distinta de nosotros mismos. —La dependienta me asintió.

Podría ser.

Pero era una versión de mí misma que apenas podía respirar y que, en la boda, probablemente no debería ingerir más que un sorbo de agua.

Y eso no era lo que quería.

Solo de pensarlo me mareé un poco.

Le puse los dos vestidos en la mano a la dependienta y salí de allí a toda prisa. Necesitaba urgentemente aire fresco y pasé por delante de la cola de mujeres que sostenían montañas de vestidos y esperaban a que quedara libre un probador. Todas ellas tenían un aspecto sencillamente perfecto y seguro que habrían cabido en el vestido rojo sin problemas. Parecían mirarme y preguntarse qué hacía yo allí.

Ni yo misma lo sabía ya. Me sentía avergonzada. Solo quería marcharme.

Crucé toda la sección de mujer, pasando por delante de vestidos, pantalones, chaquetas de entretiempo, tops, faldas y sombreros. Pasé por delante de la ropa de dormir y de la lencería.

Caminaba y respiraba hondo.

Había sido una idea estúpida.

De repente, me encontré entre muñecas rosas y trenes eléctricos.

¿Dónde estaba?

Miré a mi alrededor. Maldita sea, era la sección infantil.

—¿Me compras la Barbie nueva? —Un tirón enérgico de mi bolso me hizo levantar la vista. O mejor dicho, mirar hacia abajo.

Ante mí estaba una niña pequeña con pecas, el pelo rojizo y los ojos verdes. Tenía una mano metida en mi bolso, que acababa de sacar de nuevo. Me miró con chispa, sin el menor rastro de vergüenza. —Me encantaría tener la Barbie nueva. Pero mi tío dice que no puedo tenerla porque ya tengo muchas cosas. Que es mejor que juegue primero con lo que tengo. —La niña dio un pisotón. Dijo con terquedad—: Pero yo QUIERO la BARBIE.

—Siento no poder comprarte la Barbie. —Le sonreí con aire de disculpa—. Y no deberías meter la mano en mi bolso.

—No he robado nada. —Como para demostrarlo, la pequeña me mostró sus manos vacías.

Asentí. —Tengo que seguir. Quizá puedas pedírselo a tu mamá lo de la Barbie.

La pequeña asintió. Me miró pensativa. Y luego desapareció tan rápido como había llegado.

¿Quién era?

¿Y dónde estaba su tío?

¿Debería avisar en información de que había un niño andando por ahí sin supervisión? Por otro lado, la niña no parecía necesitar ayuda urgente. Parecía saber dónde encontrar a su tío.

Y yo necesitaba aire fresco con urgencia.

Me dirigí apresuradamente a las escaleras mecánicas y bajé varios pisos. Luego crucé la superficie comercial a toda prisa hacia la salida.

Entonces sonó un pitido estridente que me caló hasta los huesos. Me quedé paralizada por el susto.

¿Qué era eso?

A mi lado parpadeaba una luz roja en uno de esos trastos que se ven en todos los grandes almacenes. Nunca me había parado a pensar cómo se llamaban esas columnas situadas justo después de las puertas. Tenían que ver con el sistema antirrobo, eso lo sabía.

—¿Señora? —Un hombre uniformado apareció a mi lado. Al mismo tiempo, la alarma cesó—. ¿Me acompaña, por favor? Probablemente no se haya retirado correctamente la etiqueta del sistema antirrobo de una de sus compras. Estas cosas pasan de vez en cuando. Disculpe las molestias. —El hombre no sonreía. Probablemente no se lo permitía su trabajo. Pero su tono era tranquilizador.

Yo solo asentí. Pero acto seguido negué con la cabeza. —No puede ser. No he comprado nada —respondí.

—Pase de nuevo por el sistema de alarma, por favor. —El guardia de seguridad señaló las dos columnas.

Obedecí.

De nuevo sonó la alarma estridente y de nuevo me sobresalté.

—¿Lleva algo de una compra anterior? ¿O de otra tienda? —El guardia de seguridad me miró ahora con las cejas arqueadas. Su voz sonaba neutral, pero ya no tan amable como antes.

Negué con la cabeza.

—Venga conmigo y abra su bolso allí en la caja. —El guardia de seguridad me agarró del codo y me condujo hacia la caja. Detrás había una mesa—. Aquí.

Puse mi bolso sobre la mesa.

¿Tenía que pasar esto precisamente ahora?

Me sentía un poco cansada y agotada, y lo único que deseaba era salir fuera. Me habría encantado entregarle el bolso al guardia de seguridad y marcharme. Pero supuse que no podía hacer eso.

Así que abrí el bolso obedientemente. Saqué el móvil, el dinero, un paquete de pañuelos y un espejo de mano.

Entonces mi mano palpó algo desconocido.

¿Qué era eso?

Saqué un estuche alargado.

Un estuche alargado con un bolígrafo dentro. Y, además, un bolígrafo que parecía realmente caro. Una pluma estilográfica con el capuchón dorado.

Me quedé mirando el estuche con asombro. Jamás había visto esa pluma.

—Démelo. —El guardia de seguridad me arrebató la pluma antes de que pudiera examinarla más a fondo.

—Vaya. Así que no había comprado nada. Pero se ha llevado esta pluma. —El guardia de seguridad me miró. Sus ojos y sus labios eran apenas una línea fina—. Sabrá que eso es un robo. Y el robo es un delito.

La sangre me subió primero a las mejillas. Me puse roja. Y luego sentí que me quedaba pálida. —Eso... eso no puede ser —tartamudeé.

—¿O sea que niega el robo? —El guardia de seguridad me miró—. Entonces debe saber que no le servirá de nada. La alarma ha saltado. He encontrado la pluma en su bolso. Y estoy seguro de que en nuestras cámaras de vigilancia también encontraremos el momento en que se guardó la pluma en el bolso. Debe ser usted muy hábil. Las plumas tienen una protección especial. ¿Ha hecho esto otras veces? —El vigilante me miró fijamente.

Me mareé un poco.

—Si se muestra cooperativa, quizá pueda decirle algo bueno a la policía en su favor. —El vigilante me observó con atención.

¿Policía?

—¿Quiere llamar a la policía? —grazné.

¿Había acabado metida en una mala película?

—Todos los hurtos son denunciados. —El guardia de seguridad señaló un cartel que estaba colocado bien a la vista en la pared, sobre los estantes. Luego sacó un móvil de su bolsillo.

Realmente iba a llamar a la policía.

—Pero yo no he hecho nada. No he robado la pluma. —Miré al hombre con desesperación.

Él solo negó con la cabeza. —Parece mentira que solo os deis cuenta de estas cosas cuando os han pillado. ¿Por qué no pensáis antes en las posibles consecuencias?

—Charles. —Una voz grave, que me resultaba vagamente familiar, sonó a mis espaldas. El vigilante levantó la vista. —¿Señor?

—Deje a la dama. Estoy informado sobre este asunto. Es algo entre ella y yo.

¿Entre yo y el hombre de la voz grave?

Me di la vuelta.

Ante mí estaba él.

EL.

El hombre que me había ofrecido ayuda cuando se me rompió el tacón. Aquel tipo tan guapo que me había examinado no con aire despectivo, sino más bien... curioso e interesado.

La sangre me subió a la cara.

Bajé la mirada.

Entonces me di cuenta de que el hombre llevaba dos calcetines de diferente color.

Un calcetín turquesa y otro azul claro.

Casi suelto una carcajada.

Sin embargo, mi situación seguía siendo seria.

—Si usted lo dice, señor. —El vigilante sonó un poco escéptico.

—Eso mismo digo, Charles. —El tono del hombre fue firme.

—Perdone que me haya entrometido, entonces. —El vigilante sonaba algo ofendido.

—Ninguna entromisión. —El hombre de la voz grave pareció sonreír—. Ha hecho un trabajo excelente. Continúe así. Entonces no tengo de qué preocuparme por aquí.

—Por supuesto, señor. —Charles se cuadró, se dio la vuelta y se marchó.

—Venga. —El hombre de la voz grave me tomó del brazo.

Un escalofrío me recorrió al sentir su contacto.

Debía acompañarlo.

Con él.

¿A dónde?

¿Qué estaba pasando aquí?

Tragué saliva.

Con el corazón latiendo con fuerza, seguí al desconocido con el que me acababa de encontrar por segunda vez en pocos días.

¿Podía ser realmente una coincidencia?

Capítulo 8 Caspian

—De verdad que lo siento mucho. —Miré a la atractiva mujer.

Todavía no podía creer que fuera ELLA.

¡ELLA!

La mujer con la que me había cruzado por pura casualidad cuando se le rompió el tacón y que había rechazado mi ayuda. No esperaba volver a verla jamás, aunque lo cierto era que, mientras tanto, se me había pasado por la cabeza en más de una ocasión.

En mis «citas», o como quisiera llamar a esos encuentros en los que había intentado encontrar una acompañante adecuada para la reunión con Mr. Al-Wafd y Mr. Ali, me había imaginado varias veces qué pasaría si fuera ELLA quien apareciera por la esquina. Aunque, por supuesto, sabía perfectamente que no vendría. Al fin y al cabo, había visto las fotos de las candidatas. Ninguna se le parecía.

Nadie podía parecerse a ella.

Era simplemente única. Volví a contemplar su cabello rubio claro y sus ojos, que parecían tan azules como el mar en un día de verano. Vi su nariz recta y sus labios carnosos.

Me recorrió el deseo repentino de besarla.

—¡No he robado nada! —La mujer me miró. Estábamos en el ascensor subiendo.

—Claro que no. —Le sonreí, esperando tranquilizarla con ello—. Lo sé. Por eso he venido.

—¿Y quién es usted? —La mujer frunció el entrecejo.

—Soy Caspian Havisham.

—¿Qué? —La mujer me miró confundida—. ¿Se apellida Havisham? Como... ¿como los grandes almacenes?

Sonreí divertido. —Como los grandes almacenes. ¿Y cómo se llama usted?

—Mariella Sinclair. —La mujer volvió a fruncir el ceño—. Pero si se apellida como los grandes almacenes, entonces...

—Entonces significa que son mis grandes almacenes. —Asentí.

Mariella abrió los ojos de par en par por el asombro.

Volví a sonreír.

Por un lado, porque su nombre le iba como anillo al dedo. Mariella. Un nombre que sonaba a música. A Italia. Un nombre que evocaba el verano. Y

sonreí porque no me había reconocido. Asistía a tantos eventos de networking, aparecía en tantas páginas web y en tantos periódicos que, de vez en cuando, desconocidos me reconocían por la calle. Sabían a qué me dedicaba, cuánto dinero tenía y algunas cosas más.

Y, como muy tarde, en cuanto decía mi nombre, la gente me trataba de otra manera. Se volvían... respetuosos. Un poco sumisos. Esperaban que les consiguiera buenos tratos.

Mariella parecía más confundida que intimidada por mi actividad profesional. Eso me sentó de maravilla. Mariella no sabía nada de mí. Me conocería simplemente como se conoce a cualquier otra persona. No tenía una imagen preestablecida de mi persona.

Pling.

El ascensor se detuvo en la última planta.

—Aquí está mi despacho. —Cedí el paso a Mariella—. Al fondo a la izquierda. —Cuando Mariella pasó por mi lado, percibí su aroma floral primaveral.

Mariella salió del ascensor y se detuvo. —¿Y qué quiere decirme en su despacho? ¿Quién me garantiza que allí no me estará esperando la policía? ¿O cualquier otro inconveniente?

No podía culpar a Mariella por su desconfianza, así que me limité a negar con la cabeza. —Es culpa mía. Que se haya visto en este aprieto con la pluma. —Me había guardado la estilográfica y ahora se la mostré a Mariella.

—¿Culpa suya? —Mariella abrió mucho los ojos.

—Sí. —Caminé hacia mi despacho.

Mariella me siguió.

—No presté la atención suficiente y... —Abrí la puerta de mi despacho.

—¡Tío Caspian! ¿Me has traído por fin la Barbie? —Mi sobrina Lia saltaba de arriba abajo impaciente. Hoy era el día que me tocaba cuidarla, tal como le había prometido a mi hermana Nadine. Pero aquello no era en absoluto una tarea fácil. Probablemente resultara más relajante cuidar de un saco de pulgas que estar pendiente de la inquieta Lia. El día aún no había terminado, pero yo ya estaba agotado. Lia tenía una idea tras otra y yo parecía estar ocupado únicamente en decir «no» y evitar que Lia hiciera demasiadas travesuras.

Ahora podía imaginarme incluso mejor que antes por qué Nadine no quería llevarse a Lia a la obra. Seguro que Lia se habría escapado. Igual que se había escapado de mi despacho hacía un rato y se las había apañado para coger una pluma en mis grandes almacenes y luego correr a la sección de juguetes, donde le había metido la pluma a Mariella en el bolso. Negué con la cabeza. Lia era realmente increíble. Probablemente hasta James Bond habría podido aprender un par de trucos de ella.

—No. No tengo ninguna Barbie. Hoy has traído dos de las tuyas y además en casa tienes un armario lleno de Barbies. Pero a cambio he traído a Mariella. —Dejé que Mariella entrara en mi despacho.

Cuando Mariella vio a Lia, se quedó sin aliento.

—Le has metido una pluma en el bolso en la sección de juguetes. —Miré a Lia con severidad—. Eso no se hace.

Lia hizo un mohín con los labios.

—Seguro que no lo ha hecho con mala intención. —Inesperadamente, Mariella salió en defensa de Lia. Quería ser amable. Pero al mismo tiempo,

torpedeaba mis intentos de educarla.

Lia le sonrió a Mariella. —No lo hice por mal. Solo quería que me compraras la Barbie. Porque el tío Caspian dice que no puedo tener ninguna.

—Eso es duro, desde luego. —Mariella se puso de cuclillas y miró a Lia—. Pero si él lo dice, seguro que tiene sus motivos. —Mariella le guiñó un ojo a Lia. Las dos se entendieron al instante. Y aquello me encantó.

Lia gimió. —Sí. Dice que ya tengo suficientes Barbies. Y mi mamá dice lo mismo.

—¿Y tienen razón? —Mariella siguió mirando a Lia.

—Un poco. —Lia asintió—. Pero me aburro mucho aquí. Y por eso quiero otra Barbie. Ya que no hay ningún otro niño con quien jugar.

Yo también me puse de cuclillas. —Pronto volverás a la guardería, Lia. Allí tendrás un montón de niños para jugar. Pero esta semana lamentablemente está cerrada y, como tu mamá tiene una cita importante, hoy estás conmigo.

Lia asintió. —Lo sé.

—Y espero que hayas entendido que no se le mete una pluma en el bolso a los demás. Charles, el de seguridad, pensaba que Mariella la había robado. —Miré a Lia con seriedad—. Me di cuenta de que te habías escapado y te busqué en las cámaras de la sala de seguridad. Y ahí vi cómo le metías la pluma en el bolso a Mariella. No debes hacer esas cosas, Lia. Charles ya quería llamar a la policía y Mariella habría tenido serios problemas.

—¿Habría ido a la cárcel? —Los ojos de Lia se volvieron grandes y redondos.

—No, eso no. Pero habría tenido dificultades. —Miré a Lia—. Si quieres regalarle algo a alguien, tienes que dárselo a la cara. Y, además, no se puede regalar nada que no te pertenezca.

Lia asintió. —Voy a pintar un dibujo —anunció y se dirigió a la pequeña mesa de reuniones en la esquina de mi despacho. Allí, Nadine había desplegado algunos juguetes y lápices de colores. Lia se subió a una silla y cogió una hoja de papel y sus lápices. Estaría ocupada por un rato.

Mariella se incorporó.

Por un momento, solo vi sus piernas largas y esbeltas a mi lado. Me habría encantado estirar la mano y acariciarlas.

Contrólate, Caspian. Primero querías besarla, ahora quieres acariciarle las piernas. ¿A dónde vas a llegar?

Yo también me incorporé. Así podía escapar de la tentación.

O no.

De repente, estaba más cerca de Mariella que hacía un momento.

Más cerca de lo que pretendía.

Y Mariella no retrocedió.

Simplemente permitió esa cercanía entre nosotros y me miró fijamente. Tal como me había mirado cuando la vi por primera vez.

La miré a los ojos azules.

Entonces algo cambió dentro de mí sin que yo lo quisiera.

Primero se me oprimió el pecho. Y luego los pantalones. Inhalé su aroma a flores primaverales e imaginé cómo se sentiría la piel suave de Mariella. Y sus labios. En ese instante, Mariella abrió la boca ligeramente. Sus ojos destellaron y brillaron.

Oh, Dios mío.

La presión en mis pantalones se volvió casi insoportable.

¿Lo hacía Mariella a propósito?

¿Quería torturarme?

¿Ponerme a prueba?

Si me hubiese movido solo un milímetro hacia delante, nuestros cuerpos se habrían rozado.

No, Caspian. Nada de complicaciones.

Me aclaré la garganta. —¿Puedo... puedo ofrecerte un café?

Me di la vuelta apresuradamente y me dirigí a la cafetera. Mariella no podía ver que en mi pantalón se había formado un bulto delatador. Y Lia menos todavía.

—Acepto encantada un café. —La voz de Mariella no delataba nada de lo que acababa de ocurrir entre nosotros.

Coloqué una taza sobre la rejilla y pulsé el botón de la máquina.

No pasó nada.

¡Mierda!

Había olvidado por completo que la maldita máquina seguía sin funcionar. Betty había hecho algo y había hablado por teléfono con el fabricante, pero había un retraso en la gestión porque mucha gente allí estaba de baja. O algo por el estilo. Betty me había contado toda la historia con pelos y señales, pero al cabo de un rato yo había dejado de escuchar.

No tenía café y la cosa iba para largo.

Eso era todo lo que sabía.

Y tampoco necesitaba saber más.

De lo contrario, solo conseguiría cabrearme más.

—Lamentablemente, mi cafetera está estropeada. —Seguía dándole la espalda a Mariella. Poco a poco, mi pantalón recuperaba su forma normal.

Bien.

—Qué pena. Pero son cosas que pasan. —Mariella se rió—. A mí también me ha pasado alguna vez.

Me di la vuelta. —Pero tal vez pueda invitarte a cenar otro día por la noche. También como compensación por el susto que acabas de pasar. —Lancé una mirada significativa a Lia. Mi sobrina estaba sentada a la mesa pintando. Parecía que no hubiera roto un plato en su vida.

—Yo... bueno... —Mi pregunta parecía haber desconcertado visiblemente a Mariella—. Quiero decir... esto... bueno... —Al final, soltó de golpe—: No

tienes que compensarme por nada.

¿Acaso no quería ir a cenar conmigo?

Nos tuteábamos con total naturalidad.

Todo me parecía de lo más natural.

¿Por qué no quería verme entonces?

Fruncí el ceño. —No quiero compensar nada, sino que me gustaría pasar una velada agradable contigo.

—Oh. —Los ojos de Mariella se oscurecieron un poco.

¿Un ligero rubor asomaba a sus mejillas?

Miró al suelo, insegura.

Tenía que aceptar.

Tenía que hacerlo, simplemente.

En ese momento me di cuenta de las ganas que tenía de pasar una noche con ella. Muchas más que con Anita Dump, Livia Mackenzie o Bellatrix Johnson. Deseaba que alguna de ellas hubiera sido más como Mariella. Entonces probablemente ya habría encontrado hace tiempo a mi candidata ideal y sabría a quién presentarles a Mr. Al-Wafd y a Mr. Ali como mi esposa. Con alguien como Mariella, incluso me resultaría bastante fácil. Con ella todo era sencillo. Era simple. Sin estrés.

Después de las tres entrevistas con mis «candidatas», en cambio, me había tenido que tomar un buen whisky para recuperarme.

—Entonces... entonces iré encantada. —Mariella me miró. Seguía pareciendo un poco insegura.

—Mi dibujo ya está terminado —nos interrumpió Lia en ese instante. Me volví hacia ella. Lia sostenía la hoja de papel en alto con aire triunfal.

—Qué bonito —elogié a Lia. Miré el dibujo, pero por más que lo intentaba no lograba reconocer qué había pintado mi sobrina—. ¿Y eso son... son dos árboles grandes y dos pequeños? —pregunté.

Lia hizo una mueca. —No tiene ninguna gracia, tío Caspian. No me gusta que hagas esas bromas.

Hice una mueca y le lancé una mirada furtiva a Mariella. Ella me guiñó un ojo.

—¿Te apetece explicarme qué hay en el dibujo? Al fin y al cabo, os conozco desde hace poco. —Mariella se acercó a Lia.

Respiré aliviado. Mariella salvaba la situación.

No pretendía burlarme de Lia. Pero ¿cómo demonios iba a reconocer lo que se veía en un dibujo infantil un tanto torpe? Yo no tenía hijos. Y con el arte tampoco es que me llevara muy allá. Incluso en el Museo de Arte Moderno nunca era capaz de distinguir qué se veía en los cuadros. Siempre tenía que leerme las explicaciones. Pero incluso entonces, a menudo me costaba ver lo que se suponía que debía ver.

—Este es el tío Caspian. —Lia señaló uno de los árboles grandes.

—Ah, ya veo —dijo Mariella.

—Y esta eres tú, tía Mariella. —Lia señaló el segundo árbol grande.

—Oh —exclamó Mariella mirándome de reojo.

Ahora fui yo quien le guiñó el ojo.

Mariella me devolvió el guiño. Luego sonrió. Y yo le devolví la sonrisa. Fue un momento pequeño, secreto e íntimo solo entre nosotros dos.

Mariella seguía el juego que Lia acababa de inventar.

Para hacer feliz a una niña pequeña.

Cada vez me resultaba más simpática. Seguramente ninguna de las tres damas que había conocido ayer se habría prestado a la historia de Lia así como así. No es que a mí me importara.

Pero a Lia sí le importaba.

Quería a mi sobrina y deseaba que fuera feliz. No quería tener nada que ver con personas que no me trataran bien.

—Esta de aquí soy yo y esta es mi nueva Barbie —concluyó Lia su explicación señalando los dos árboles más pequeños.

—Lo has pintado precioso —elogió Mariella.

Lia asintió. Luego hizo un puchero. —Pero el tío Caspian siempre hace como si no viera nada. Creo que necesita gafas.

Mariella reprimió una carcajada. Lia no se dio cuenta, pero yo pude verlo perfectamente.

—Tal vez las necesite —dijo Mariella lanzándome una mirada pícara.

Lia cogió una Barbie de la mesa de conferencias y se la puso a Mariella en la mano. Cogió una segunda Barbie y bajó ágilmente de la silla. —Venga, vamos a jugar.

Mariella se puso en cuclillas. —Pero solo un poquito, que tengo que irme pronto.

—Solo vamos a dar un paseo. Por Central Park. —Lia movió su Barbie. Mariella hizo lo mismo.

—Es muy bonito allí, sobre todo en primavera —dijo Mariella.

—Pero es aburrido. Tenemos que ir al parque infantil. —Lia soltó su Barbie y corrió de nuevo hacia la mesa.

Mariella se levantó.

Algo crujió.

Y en ese instante vi que Mariella tropezaba.

Con reflejos, di un salto hacia delante y agarré a Mariella. Ella se tambaleó hacia atrás, contra mi pecho. Pasé un brazo alrededor de su cintura y la sujeté con fuerza. Era tan esbelta que pude rodearla sin esfuerzo.

Su cabello me hizo cosquillas en la nariz e inhalé su embriagador aroma primaveral. Por un momento, Mariella dejó caer la cabeza contra mi pecho. La mantuve en mis brazos.

Y deseé que aquel instante durara para siempre. Estábamos tan cerca.

Tan jodidamente cerca.

Mariella estaba apoyada en mí y sentía su cuerpo suave y firme. Mi propio cuerpo reaccionó. Me eché hacia atrás con cuidado. Pero lo que más hubiera querido era hundir la nariz en el cuello de Mariella y...

En eso Lia se dio la vuelta. —Los besos pueden esperar para después —ordenó mi sobrina.

—Ha sido... ha sido el tacón —susurró Mariella—. Otra vez. Lo reparé, pero por lo visto no aguanta bien. Definitivamente tengo que comprarme un par de zapatos nuevos.

Mariella hizo un movimiento hacia delante.

Alejándose de mí.

Me aseguré de que pudiera mantenerse en pie.

Después la solté.

Con pesar.

Hubiera preferido seguir sujetando a Mariella.

En mi pecho y en mi pantalón, los latidos eran aún más fuertes que antes.

Capítulo 9 Mariella

¡Oh, Dios mío!

¡Oh, Dios mío!

¡OH! ¡DIOS! ¡MÍO!

¿Qué había sido eso?

Me fui a casa. Sin vestido. Sin tener ni la más remota idea de qué iba a ponerme para la dichosa boda.

Y con una sonrisa de oreja a oreja. Le sonreía a todo el mundo que me cruzaba por la calle. Todos desviaban la mirada en cuanto me veían. Normalmente, eso habría bastado para ponerme de mal humor.

Pero hoy no.

Simplemente seguí riendo.

Y me sentía un poco como si flotara en el séptimo cielo. Y eso que mi forma de caminar no se parecía en nada a la de un hada grácil, sino más bien a la de un perro cojo dando saltitos por la calle.

Vale, esa ha sido una comparación estúpida.

Solo tengo dos piernas. Pero iba un poco a saltitos. Después de mi percance, Caspian había llamado de inmediato al servicio de zapatería de *Havisham's* y había hecho que me repararan el tacón. En realidad, había intentado convencerme para que eligiera un par de zapatos nuevos. Pero yo no había querido aceptar. Además, llevaba mis zapatos favoritos y, tras pensarlo un momento, no estaba dispuesta a deshacerme de ellos así como así. Aunque antes hubiera dicho que necesitaba un par de zapatos nuevos.

El tacón estaba perfectamente reparado. Pero yo pisaba con muchísimo cuidado. Casi como si tuviera una lesión en el pie. Y por eso debía de parecer que iba dando saltitos.

No me importaba.

Me daba todo igual.

Sonreía.

Caspian era simplemente increíble. Haberlo vuelto a ver era simplemente increíble. Todo era simplemente increíble.

Hacía unos días, aún me imaginaba cómo se habría desarrollado nuestra historia si hubiera conocido a Caspian en uno de mis queridos libros. Si ambos fuéramos los protagonistas de una novela romántica.

Pero ni a mí se me habría ocurrido un giro así. Ningún autor habría podido inventar algo semejante. Que volviera a ver a Caspian precisamente en unos

grandes almacenes, en SUS grandes almacenes, donde su sobrina me metía una pluma en el bolso y acababa siendo sospechosa de robo.

Seguía negando con la cabeza.

Me hormigueaba la piel ligeramente mientras seguía caminando por las calles. Caspian me había invitado a cenar. Como compensación, había dicho. Y eso que no estaba obligado a nada. Podría haberme entregado un vale de *Havisham's* y haber zanjado el asunto así, sin necesidad de volver a verme.

Él quería verme.

Mi sonrisa se ensanchó.

Ya veía nuestro futuro ante mis ojos.

Maldita sea, Mariella. Contrólate. Lees demasiadas novelas románticas. En ellas todo acaba siempre bien. Todo está preestablecido en cuanto el héroe y la heroína se miran a los ojos por primera vez. En la novela. Exacto, en la novela. Recuerda que la vida real es muy distinta.

Era muy distinta.

¿A cuántas personas tenías que escribir en una plataforma de citas hasta encontrar a alguien con quien te apeteciera quedar? ¿Y cuántas de esas citas acababan en nada, sin volver a verse nunca o sin que saliera nada serio de todo aquello?

¿Y de cuántas citas salía una relación en la que el hombre acababa resultando ser alguien como Chuck, que te mentía, te engañaba o no se comprometía?

Un final feliz era la excepción absoluta.

No la regla.

Fruncí el ceño.

Pero entonces volví a pensar en Caspian.

Mi sonrisa regresó.

Él era diferente a todos los hombres que había conocido. Chuck jamás me habría pedido perdón por nada, por muy evidente que fuera su error. Me habría echado la culpa a mí.

Pero Caspian no.

¿Por qué sigues pensando en Chuck, Mariella? Puedes dar gracias de haberte librado de ese tipo.

Y tanto que podía.

¿Por qué había guardado luto por Chuck?

Ahora el camino estaba libre para un futuro mejor.

De nuevo, la imagen de Caspian se coló en mi mente. Veía sus ojos oscuros, su pelo moreno, su nariz recta y su mentón enérgico. Se notaba que estaba acostumbrado a dar órdenes.

Naturalmente.

Dirigía una gran empresa.

Y estaba acostumbrado a asumir responsabilidades. Al final, todos los hombres que había conocido siempre habían carecido de eso. No asumían responsabilidades. Se escabullían, inventaban excusas o dejaban que yo lo hiciera todo.

Caspian, en cambio, era servicial.

Había llegado al edificio antiguo donde se encontraba mi apartamento. No era un rascacielos. Era un edificio de viviendas de unos veinte pisos que ya tenía sus años encima. Me alegré de haber encontrado el apartamento aquí. Manhattan era increíblemente caro y casi nadie podía permitirse vivir aquí. Cierto, en nuestro edificio solo se reparaba lo estrictamente necesario y muchas cosas no estaban en las mejores condiciones. ¿Pero no pasaba eso en muchos pisos de alquiler?

Entré en el portal.

Del buzón sobresalía la punta de un sobre. La agarré y quise sacar el sobre. Pero el papel tenía algún tipo de recubrimiento y no conseguía asirlo bien. Se escurrió dentro del buzón.

Suspirando, metí la llave en la cerradura.

Hay días en los que me da pereza abrir el buzón y desearía tener una especie de pinzas extensibles con las que pudiera sacar el correo simplemente.

Giré la llave y tiré.

Nada.

La puertecita del buzón no se movía.

Tiré con más fuerza.

Seguía sin pasar nada.

—¡Maldita sea! —protesté.

Entonces tiré con todas mis fuerzas. Apoyé un pie contra la pared para hacer palanca y tiré con toda mi alma.

Nada.

—¡Mierda! —Maldecir no servía de nada, pero me servía para desahogarme.

La puerta del buzón estaba atascada. Saqué la llave de la cerradura. Por un momento pensé en subir sin más y dejar las cartas ahí. Probablemente solo fuera publicidad. Alguien tendría una oferta irresistible de algo sin lo que no podría vivir y que, por tanto, debería comprar de inmediato. O eso decía esa gente. A mí casi nunca me interesaba lo más mínimo. Podía pasar perfectamente de ese tipo de correo.

Por otra parte, quizá hubiera otras cartas en el buzón.

Importantes.

Alguna factura.

O... ¿alguna pista sobre Cosmo?

Por primera vez hoy volví a pensar en mi gato y sentí casi un remordimiento. No es que me hubiera olvidado de Cosmo realmente. Pero Caspian se había instalado en mi cerebro y lo había desplazado todo lo demás.

Miré el buzón.

Luego volví a meter la llave, la giré y tiré con todas mis fuerzas. Y casi me caigo de espaldas. La puerta del buzón se abrió con tanta facilidad como si jamás se hubiera atascado.

¿Pero qué ha sido eso?

Desconcertada, miré el interior.

Solo había una carta.

La cogí, cerré de un portazo el buzón, eché la llave y me dirigí al ascensor.

Parecía que le faltaba un tornillo.

Ella...

¡Argh!

Lancé la tarjeta con rabia sobre la mesa, justo al lado del sobre dorado y brillante.

¡Solo lo había hecho para provocarme! ¡Quería fastidiarme! ¡Hacerme sentir pequeña! ¡Intimidarme! Y ahora más todavía, después de que no lo consiguiera durante mi visita.

Chuck y Carmela habían enviado un recordatorio. Estaba dirigido a todos los invitados que aún no habían confirmado definitivamente su asistencia a la boda.

Supuestamente.

No me lo creía.

¿Quién envía un recordatorio cuando alguien no ha aceptado una invitación de boda?

Nadie.

Simplemente se daba por hecho que la persona invitada no asistiría.

Negué con la cabeza.

Además, en el sobre no había ningún recordatorio real. Simplemente otra tarjeta de invitación. Exactamente la misma que ya había recibido una vez. Chuck y Carmela probablemente tendrían un montoncito sobrante y me habían vuelto a enviar la tarjeta.

Con una nota escrita a mano de puño y letra de Carmela.

Conocía la letra de mi hermanastra.

Sis, por favor, dinos de una vez si vienes. Sé que nunca has planeado una boda y por eso probablemente no te imagines el esfuerzo que supone. Es increíble y encima tengo que sacarlo todo adelante sin ayuda. Ahora mismo estoy escribiendo de nuevo a los invitados que aún no han confirmado. Necesito saber si en el último minuto has encontrado a alguien que se apiade de ti para acompañarte o si tengo que reservarte un lugar de honor en la mesa de solteros.

Al final del mensaje había tres emojis dibujados a mano de esos que lloran de risa y se retuercen.

Yo, por mi parte, me sentía más como el emoji que está a punto de explotar de rabia y se golpea la cabeza contra la pared.

¿En qué estaba pensando la maldita Carmela?

¿Por qué seguía insistiendo en que tenía que hacerlo todo sola? ¿No creería en serio que yo iba a ayudarla a organizar la boda después de haberme quitado a Chuck y haberme dejado en ridículo? ¿Y a qué venía eso de que yo nunca había planeado una boda? ¿Acaso pensaba que nunca me casaría solo porque ella tuviera ahora a Chuck entre sus garras? Y eso de que alguien debería apiadarse de mí y acompañarme…

Estaba hirviendo de rabia.

Mariella, cálmate. Te alegras de haberte librado de Chuck, ¿verdad?

Inspiré profundamente.

Y volví a espirar.

Inspirar.

Espirar.

Inspirar.

Espirar.

En ese instante sonó mi móvil.

Mi corazón dio un vuelco.

¿Caspian?

¿Sería Caspian?

Le había dado mi número antes para que pudiéramos quedar. Prometió enviarme un mensaje en cuanto recogieran a Lia.

Seguía sonando.

Saqué el móvil del bolso.

En la pantalla aparecía el nombre de Carmela.

Con quien menos quería hablar ahora mismo era con mi hermana. Pero la conocía lo suficiente como para saber que no me dejaría en paz. Si no cogía la llamada ahora, dejaría un mensaje. Luego empezaría a mandarme mensajes. Y volvería a llamar antes de que yo pudiera siquiera responder.

Quería que Carmela me dejara tranquila.

Para eso, tenía que hablar con ella.

—Hola, Carmela —reprimí un suspiro e intenté sonar lo más alegre posible.

—Mariella. Al fin te dignas a cogerme el teléfono —refunfuñó Carmela.

Me aguanté las ganas de señalar que no tenía ni una sola llamada perdida de Carmela. No servía de nada con ella, al igual que con mi madre. Ambas siempre encontraban algo por lo que quejarse. Si hacía falta, me recordaban que hace medio año me olvidé una vez de devolverles la llamada.

—Lo siento —dije en su lugar—. He estado bastante ocupada.

—¿Ah, sí? ¿Con qué? ¿Te has vuelto a enamorar? —se mofó Carmela.

Y ahí fue cuando vi rojo.

Me dejé llevar por el impulso.

—Pues imagínate que sí —respondí pensando en Caspian. Eso le dio más credibilidad a mi voz—. Es increíble. De verdad, sencillamente increíble, Carmela. Estoy tan feliz de haberlo conocido. No sé ni cómo pude enamorarme de Chuck alguna vez —solté una risita tonta e incluso logré sonar algo sarcástica—. Te estoy tan agradecida por habértelo quedado, Carmela. Solo por eso mi corazón estaba libre ahora.

Mi hermana se quedó muda por un momento.

Jamás había visto algo así en ella.

¡Toma!

Reprimí un grito de triunfo y solo cerré el puño con fuerza.

—¿Entonces lo traerás a la boda? —quiso saber Carmela.

—Pero por supuesto. Quiero que todos lo conozcáis. Especialmente tú y Chuck —fingí—. Estoy tan feliz, Carmela, que no te lo puedes ni imaginar.

—Qué bien. —Sin embargo, Carmela no sonaba como si aquello le pareciera bien.

Todo lo contrario.

Reprimí una sonrisa.

Por fin le había dado su merecido a mi hermana.

—Entonces no te pongo en la mesa de solteros. Pero si te lo piensas mejor o si al final no funciona lo vuestro, puedes llamarme cuando quieras. Al fin y al cabo, muchas cosas han empezado de forma prometedora y luego han acabado rápido. Al principio todos están en el séptimo cielo, pero luego… —Carmela hizo una pausa—. Así pasó también contigo y Chuck, pero ahora él se casa conmigo. —Carmela soltó una risita—. Además, bueno, cuando nos vimos hace unos días, no contaste nada de él. La cosa debe de ser muy reciente. —Carmela rió aún más—. Quizá mañana ya se haya ido.

Apreté los dientes.

Mi hermana sabía cómo hacerlo.

Vaya si sabía.

Siempre conseguía darle la vuelta a la tortilla y dejarme como la tonta de la historia.

—Eso no va a pasar, no te preocupes —solté entre dientes. Pero hasta yo notaba que mi voz ya no sonaba tan alegre como hacía un momento—. Nos conocemos desde hace tiempo —añadí—. Solo que no quería pregonarlo a los cuatro vientos enseguida porque, como tú dices… nunca se sabe si un enamoramiento llegará a más. Pero ahora lo sé. Estoy segura.

Apreté los dientes y me alegré de que mi hermana no pudiera verme.

Carmela lo había conseguido otra vez.

Me había desconcertado.

—Se lo voy a contar ahora mismo a mamá, seguro que está deseando saber a quién traes. Y ahora tengo que colgar. Espero que no te siente mal, pero tengo tannnnto que hacer para la boda que no te lo puedes ni imaginar. —Carmela soltó una risita.

Y de repente solo escuché el tono de desconexión en el oído.

Maldita sea.

Dejé el móvil sobre la mesa.

Fue entonces cuando fui realmente consciente de lo que había hecho.

Había hablado de más y anunciado que iría acompañada a la boda.

Y lo cierto era que no conocía a nadie que fuera a acompañarme. Ni siquiera tenía un buen amigo que pudiera hacerme el favor y fingir ser mi pareja.

No conocía de verdad a nadie.

Y no podía hacer aparecer por arte de magia a un hombre que entrara en mi vida y asumiera el papel de pareja así de rápido. Aunque conociera a alguien mañana, no me acompañaría a una boda.

Sí, en mis novelas románticas eso pasaba. Allí a nadie le extrañaba que lo invitaran a una boda cuando apenas conocía a la otra persona.

En la vida real, eso era más bien un motivo para salir huyendo.

Pensé fugazmente en Caspian.

¿Debería pedírselo a él?

Luego sacudí la cabeza.

No podía hacer eso. Se alejaría de mí con cualquier excusa.

Como harían todos los hombres.

Cogí el móvil con cansancio.

Maldición.

Había querido darle una lección a Carmela y lo único que había hecho era perjudicarme a mí misma.

En la boda iba a ser el hazmerreír.

Probablemente Carmela incluso me mencionaría en su discurso y se burlaría de mí delante de todos.

No quería ir.

Ahora menos que nunca.

Hoy ni siquiera había encontrado un vestido.

Era una señal, ¿no?

Me ocuparía de otras cosas.

—No, lo siento. En nuestro centro no han entregado ningún gato con ese aspecto. Tampoco hemos tenido noticias de nadie que haya visto a un gato así. —Era la quinta vez que escuchaba esa frase o alguna similar.

Había buscado números de protectoras y refugios. Todos los lugares que recogían animales callejeros. Estaba llamando a uno tras otro. Quizá habían entregado a Cosmo en alguna parte.

Pero hasta ahora no tenía ninguna pista sólida.

Mi gato parecía haberse esfumado de la faz de la tierra.

—¿Podría… podría colgar un cartel en su centro? ¿Con un aviso de búsqueda? —pregunté.

—Puede hacerlo sin problemas. Pero no quiero engañarla. Si el gato no ha aparecido hasta hoy, las probabilidades de encontrarlo con vida no son muy altas. O ha muerto en un accidente de tráfico —lo cual no es nada raro aquí en Nueva York, como supongo que ya sabrá— o alguien lo ha encontrado y se lo ha quedado. En ese caso estará vivo, pero probablemente no lo vuelva a ver nunca. —La voz sonaba gélida.

Le di las gracias y terminé la llamada.

Desanimada, abrí el procesador de textos para diseñar un cartel de búsqueda.

Cosmo.

Ahora lo echaba más de menos que nunca.

Justo ahora me habría gustado jugar y hablar con él.

Él me habría distraído.

Llamaron a la puerta.

Me sobresalté.

¿Acaso Carmela me perseguía hasta aquí?

Me levanté despacio, fui a la puerta y miré por la mirilla.

Shawna.

Mi amiga.

Abrí.

—Bueno, ¿dónde está el vestido? Tengo ganas de ver qué te has comprado. —Shawna me miró.

Suspiré. —El día ha sido un desastre. Pero no quiero ni hablar de ello. ¿Te apetece ir al cine?

Necesitaba distraerme.

Y quizá en una película se me ocurriría alguna idea.

Una idea de dónde encontrar rápido a un hombre que me acompañara a una boda a la que, de todos modos, no quería ir.

En la última conversación entre Shawna y yo, todo parecía tan maravilloso.

Iba a empezar de cero y a comerme el mundo.

Pero hoy ya estaba estancada.

Más estancada que nunca.

Capítulo 10 Caspian

Ahora estaba a punto de volver a verla.

Mariella.

Al pensar en ella, volvió a invadirme esa extraña sensación en el pecho que nunca antes había sentido. Y de nuevo noté que los pantalones me apretaban. Esas dos cosas tenían que estar relacionadas.

Rápidamente pensé en otra cosa.

No quería que lo primero que Mariella notara fuese el bulto en mi pantalón. Entonces sospecharía que yo era como todos los demás hombres y que solo pensaba en lo único.

Y no era cierto.

No en este caso.

Sí, claro que pensaba en el sexo.

Al fin y al cabo, era un hombre de carne y hueso.

Y Mariella era un sueño. Sacudí la cabeza; todavía no podía creer que hubiera aceptado mi invitación. Mujeres como ella normalmente ya estaban comprometidas desde hacía tiempo. Si un hombre era tan estúpido como para dejar marchar a una mujer como Mariella, entonces los demás pretendientes ya estarían haciendo cola y peleándose por ella.

Era guapa.

Pero no solo eso.

Tenía encanto y un aura especial. Había suficientes mujeres guapas por ahí que resultaban tan frías como un frigorífico. Esas no me atraían lo más mínimo.

Mariella era cálida. Y no solo conmigo, sino con todas las personas. Se había comportado de forma totalmente correcta con Charles. Otras mujeres se ponían histéricas en cuanto saltaba la alarma e insultaban a mi personal. De hecho, ya me había visto obligado en varias ocasiones a prohibir la entrada a alguien.

Mariella también se había prestado sin dudarlo a jugar con Lia y había soportado las ideas y locuras de mi sobrinita. Eso era importante para mí. Lia podía ser a veces un poco incordio y llevarme al límite. Pero la quería por encima de todo y sacaría de mi vida sin pensarlo a cualquier persona que le gritara. O ni siquiera querría llegar a conocerla mejor.

Mariella tenía todo lo que yo deseaba.

Y mucho más.

Pero precisamente por eso... precisamente por eso quizá no debería haber vuelto a verla. Tenía mis metas y principios en la vida. Conocer a una mujer

no formaba parte de ellos. Quería seguir sacando adelante *Havisham's*. Esa era mi máxima prioridad y por ella había sacrificado mucho en los últimos años.

No iba a permitir que nada me desviara de eso.

Pero también era un hombre de carne y hueso.

—¿Llego tarde? —Mariella estaba frente a mí, sin aliento. No la había oído llegar. Sus mejillas estaban un poco sonrojadas, sus labios ligeramente abiertos y sus ojos me miraban radiantes—. Lo siento, ha habido un problema con el metro y luego no he encontrado el camino a la primera.

—No hay problema. —Puse una mano en el antebrazo de Mariella.

Una especie de descarga eléctrica me atravesó.

Pero no retiré la mano.

Mariella estaba maravillosa. Llevaba una falda y un top a juego de un color cuyo nombre desconocía. No era fucsia. Ni rosa. Y tampoco rojo cereza. Algo a caballo entre los tres tonos. —Esa... la falda te queda de maravilla —dije. Las palabras me costaron un poco de pronunciar. Pensé en cuánto tiempo hacía que no le hacía un cumplido así a una mujer.

Mucho.

—Me hace tanta ilusión. —Mariella me sonrió radiante.

—A mí también. —Deseé haber podido irradiar la misma alegría que Mariella, pero por alguna razón no se me daba bien—. Espero que te guste lo que he pensado para esta noche. —Esta vez sí esbocé una sonrisa—. He

estado pensando en qué podría gustarte y qué podría ser una compensación adecuada por el comportamiento de Lia y por mi descuido.

Miré a los ojos azules de Mariella. Brillaban.

Y de repente, pareció como si en esta acera de Manhattan solo estuviéramos nosotros dos. Las voces y los pasos de las demás personas pasaron a un segundo plano. El ruido del tráfico pareció atenuarse. El sol del atardecer caía sobre nosotros y se reflejaba en las muchas ventanas que se alzaban sobre nuestras cabezas. Mariella sonreía y yo deseé algo que nunca antes había deseado: quería que este momento durara para siempre.

Y al mismo tiempo, quería besar a Mariella.

Más que nunca.

Su seductor perfume me atraía.

Sus labios me atraían.

Todo en ella me atraía.

Tragué saliva.

—Oh. Tampoco fue para tanto. El hecho de poder salir hoy contigo ya es la compensación. Y que hayas pensado una sorpresa ya lo compensa todo por partida doble. —Mariella sonaba como si nadie se hubiera tomado nunca la molestia de preparar una sorpresa para ella.

Eso no podía ser.

¿O sí?

A una mujer como Mariella simplemente había que llevarla en volandas y mimarla.

Puse una mano en la espalda de Mariella—. Pues vamos.

—¿Y qué vamos a hacer? —Mariella sonaba un poco como Lia cuando le prometía una sorpresa. Quizá todos sonábamos así.

—Una cata de chocolate. —Me reí. Quizá al elegir la sorpresa también había pensado en Lia. A mi sobrina le encantaba el chocolate, como a todos los niños de su edad. Si la hubieran dejado, se habría alimentado solo de eso.

—¿Una cata de chocolate? —se asombró Mariella—. No sabía siquiera que existiera algo así.

—Claro que existe. —Me reí—. Hay catas de todo tipo.

Ante nosotros se abrió la puerta corredera con el elegante logotipo. Estábamos ante la sede de uno de los mejores maestros chocolateros neoyorquinos. Pierre había venido de Francia hacía años y desde entonces intentaba enseñar a los neoyorquinos que el chocolate era algo más que un simple dulce envuelto en un papel de colores.

—¡Caspian! —Pierre se apresuró a recibirme—. No sabía que hoy tendríamos el honor de tenerte como invitado.

Sonreí. —Hice un poco de trampa con la reserva y le pedí a Ludivine que no te dijera nada. Quería darte una sorpresa. —Ludivine era la mujer de Pierre. Ella gestionaba todo el papeleo, mientras que Pierre podía dedicarse exclusivamente al chocolate.

—Has conseguido sorprenderme. —Pierre me dio una palmada en el hombro. Se volvió hacia Mariella—. A Caspian le encanta sorprender a los

demás.

Mariella se rió. —Eso me parece.

Pierre le tendió la mano a Mariella—. Soy Pierre.

—Mariella.

Ambos se dieron la mano. Pierre no preguntó quién era Mariella, de dónde venía o desde cuándo la conocía. Y tampoco lo haría la próxima vez que nos viéramos. Para eso me conocía lo suficiente. Sabía que, si yo estaba dispuesto a hablar, entonces hablaría.

—Pues venid conmigo. —Pierre nos condujo a una sala contigua.

En las mesas ya había sentadas varias parejas y grupos de amigos.

—Con vosotros ya estamos todos, así que podemos empezar. —Pierre se aclaró la garganta. Solo tuve tiempo de acercar la silla a Mariella cuando ya oí a Pierre decir—: Damas y caballeros, les estoy muy agradecido por estar hoy aquí para embarcarse en la aventura culinaria del chocolate.

Unas breves risas, y luego Pierre continuó: —A menudo me preguntan cómo se cata el chocolate. Bueno, como francés solo puedo dar una respuesta: exactamente igual que se cata un buen vino. Se evalúa el aspecto, el olor, el sabor y la impresión general. Aquí no se trata de comer todo el chocolate posible por el precio de la cata. No, se trata de disfrutar el chocolate con todos los sentidos. Si después de la cata todavía quisieran disfrutar de un poco más de chocolate, en la tienda tenemos existencias suficientes de todas las variedades.

Alguna risa aislada.

—Seguro que conocen ese momento en casa al desenvolver un chocolate. Si al partir una tableta de brillo sedoso oyen un chasquido limpio y rotundo, eso ya es un indicio de buena calidad. Del mismo modo, si el borde de la rotura es lo menos quebradizo posible.

Mariella observó los trozos de chocolate que tenía delante, en el plato. Todos tenían bordes lisos.

—Les invito ahora a probar los chocolates uno tras otro. Probar significa, primero: observar. Como casi todo el mundo sabe, los chocolates más oscuros tienen un mayor contenido de cacao. Probar significa también: oler. ¿Huele el chocolate más bien fuerte o delicado? ¿Cuánto tiempo permanece el aroma en su nariz? Probar significa, solo por último: saborear. ¿Qué aromas perciben? ¿Es la consistencia más bien cremosa o dura? Recuerden, deben dejar que el chocolate se funda en su lengua.

—¿Podría tomar un café? —preguntó un hombre en la mesa de al lado.

Yo tampoco le habría hecho ascos a un buen café. Pensé en mi cafetera, que seguía sin funcionar.

—¡Pero no! —Pierre echó las manos al aire—. Con eso arruinarían la cata. Sus papilas gustativas solo sabrán a café. DESPUÉS de la cata les serviremos con gusto un café. Mientras tanto, por favor, cíñanse al agua.

En nuestra mesa había varios vasos preparados.

—¿Y qué chocolate se debería probar primero? —quiso saber Mariella.

Pierre irradió satisfacción: —Ah, muy buena pregunta. Una pregunta excelente. Por supuesto, el blanco. Y luego, al final, el más oscuro.

Mariella asintió. Cogió un trozo de chocolate blanco de los cinco platitos que había frente a nosotros. Observó el chocolate con cuidado. Luego lo

olisqueó. Yo hice lo mismo.

—No huelo nada —susurré tan bajo que Pierre no pudo oírme.

—Yo tampoco. —Mariella también susurró. Luego se metió el trozo de chocolate en la boca y cerró los ojos.

Y yo aproveché el momento para mirar a Mariella sin estorbos. Parecía concentrada y, al mismo tiempo, relajada. Obviamente se tomaba en serio lo de la cata de chocolate. De verdad no solo quería picotear algo dulce.

Los párpados de Mariella temblaron y por un momento imaginé cómo sería besarla. Simplemente ahora. Inclinarme sobre la mesa y depositar un beso con sabor a chocolate sobre esos párpados.

Mariella abrió los ojos. —Me resulta demasiado dulce —dijo.

—A mí también me gusta más el chocolate negro —confesé—. Este es más bien para Lia.

Mariella se rió. Dio un sorbo al agua. —¿Cómo está ella?

—Ya puede volver a la guardería. Por suerte. —Esbocé una sonrisa—. La quiero, pero puede llegar a ser agotadora.

—Eso pasa con la mayoría de los niños de esa edad. —Mariella se rio.

Seguimos probando.

Pierre se acercó a nuestra mesa. Le guiñó un ojo a Mariella de forma conspiradora. —No crea que Caspian sabe tanto de chocolate como aparenta. Tengo que explicárselo todo de nuevo cada vez. Puede que sea un gran hombre de negocios, pero con el chocolate tiene memoria de pez.

—Tengo otras cualidades —repliqué con calma—. Pero para que no te lleves una decepción total, también tengo una sorpresa para ti. —Me subí la pernera del pantalón.

—¡Mon dieu! Calcetines con chocolate. Tabletas enteras. —Pierre se quedó mirando mis pies. Luego levantó la vista—. Y hasta llevas dos calcetines iguales. Es la primera vez que te veo así.

Pierre miró a Mariella. —Debe de tener usted una gran influencia sobre él, Mademoiselle. Y además, una muy buena.

Mariella se rio.

Su mirada se encontró con la mía.

Y así nos quedamos.

Simplemente nos mirábamos el uno al otro.

Pierre miró de mí a Mariella y de nuevo a mí.

Luego sonrió levemente y se alejó.

El aire entre Mariella y yo parecía vibrar.

Nadie dijo nada.

Pero tampoco era necesario.

Nos entendíamos igual.

Entonces Mariella abrió la boca.

Se lamió una migaja de chocolate de los labios.

En ese momento ya no pude contenerme más. Cogí una servilleta que había allí. —Tienes una migaja de chocolate en la mejilla —mentí—. ¿Me dejas? —Me levanté.

Mariella asintió.

Con suavidad, di unos toques con la servilleta en la mejilla de Mariella.

Estaba completamente limpia.

Mariella volvió a cerrar los ojos. Esta vez echó la cabeza hacia atrás. Parecía disfrutar de mi contacto tanto como del sabor del chocolate de antes.

Seguí con los toques. Acaricié suavemente los labios de Mariella.

Una y otra vez.

Con cuidado, puse una mano en su nuca.

Mariella lo permitió.

Solo sus párpados temblaron ligeramente.

Acaricié la piel de Mariella.

La respiración de Mariella se volvió más superficial.

Las yemas de mis dedos siguieron acariciándola.

El contacto entre nosotros era mínimo.

Y aun así, era más íntimo que gran parte de lo que yo había experimentado jamás.

—Bueno, Mesdames, Messieurs, ¿qué les parece el chocolate? —La voz de Pierre interrumpió el momento.

A nuestro alrededor surgió un barullo de voces.

Retiré la mano.

Mariella abrió los ojos.

De nuevo nos miramos.

—Tu amigo hace un chocolate realmente bueno. El negro es el que más me ha gustado —comentó Mariella una hora más tarde.

Acabábamos de sentarnos en dos sillas de mimbre.

En lo más alto de la azotea.

En uno de los bares de azotea más de moda de Nueva York. No en el *Shiney's*, porque temía que allí el personal me reconociera y me hablara. Pero había varios bares similares y ahora estábamos en uno de ellos.

En realidad, había querido invitar a Mariella a cenar. Pero al salir de la tienda de Pierre, ella había señalado un cartel publicitario de un bar panorámico y había dicho: —Nunca he estado en un bar así.

—Entonces tenemos que remediarlo cuanto antes.

Esa había sido mi respuesta.

Y ahora estábamos aquí.

—Pierre conoce su oficio. Su fama ya se ha extendido por todo Manhattan. —Me reí—. Ya lleva un tiempo aquí. Y aunque siempre se queja del gusto de los americanos y de la comida espantosa de aquí, sospecho que ya le gusta bastante. En Francia hay muchos maestros chocolateros. Pero aquí, Pierre es único. Y esa es una posición bastante cómoda.

Mariella se rió. Abrió la carta.

Luego se rió aún más.

—¿Qué? —Quería saber qué hacía reír a Mariella.

Y más.

De repente quería saberlo todo de ella. Qué le gustaba comer, qué libros leía, cómo pasaba su tiempo libre, qué animales le gustaban, si tenía alergias, qué la hacía feliz y qué la enfadaba... simplemente todo.

—Hay cócteles con chocolate. Un Chocolate Martini. Un Toblerone Cocktail. Y uno que se llama Death by Chocolate.

—Suena prometedor. —Sonreí—. Pero creo que ahora mismo necesito algo diferente.

—Yo también. —Mariella se rio todavía más—. Si me tomo un cóctel así, el Death by Chocolate hará honor a su nombre. Necesito algo afrutado. Me encantaría probar todos los cócteles de la carta.

—No te cortes. —Le sonreí a Mariella—. Eres mi invitada. Como tal, tienes la obligación de probarlo todo.

Los ojos de Mariella brillaron.

Una parte era afán de aventura y anticipación. Y otra parte era algo distinto.

Se podría haber pensado que Mariella hasta ahora solo había salido con tacaños que la tenían a raya.

Abrí la boca.

También quería saber eso sobre Mariella.

Pero luego volví a cerrar la boca.

Hoy el ambiente era demasiado bueno.

No quería estropearlo hablando del pasado.

Solo quería disfrutar del momento con Mariella.

—Buenas noches. ¿Qué les puedo traer? ¿Ya han elegido usted y su guapa esposa? —Un camarero de origen latinoamericano y muy buen humor apareció junto a nuestra mesa.

Esposa.

Las mejillas de Mariella volvieron a enrojecerse.

Le guiñé un ojo.

Y entonces ella me lo devolvió.

Ninguno de los dos aclararía el malentendido.

Porque ambos nos sentíamos bien con ello.

Así de sencillo era.

—Yo tomaré un Cosmopolitan —pidió Mariella.

—Y yo un Martini.

—Una elección muy sabia. —El camarero asintió y se marchó.

—Esto es... es realmente precioso aquí. O mejor dicho... es increíble. —Mariella miró a su alrededor. Estábamos sentados entre los rascacielos de Nueva York bajo el sol poniente. Los otros clientes a nuestro alrededor charlaban en voz baja. A través de las puertas abiertas de la terraza se oía desde el interior el sonido de un piano.

—Espera a ver cómo se pone esto cuando oscurezca —repliqué—. Entonces es cuando se vuelve realmente espectacular.

Ahora fue Mariella la primera en guiñarme un ojo. —De verdad parece que quieras pasar toda la noche aquí y probar toda la carta de cócteles.

Le devolví el guiño. —¿Por qué no? Solo tenía planeada una cata de chocolate, pero no tengo nada en contra de que sigamos ahora con una cata de cócteles.

Mariella volvió a reírse.

Y en ese instante deseé que la velada no terminara nunca.

Capítulo 11 Mariella

—Caminemos un poco más hacia Central Park —había dicho Caspian.

Y ahora estaba aquí. Normalmente nunca estaba por los alrededores de Central Park después del atardecer. Sola me parecía demasiado peligroso. Y si, como yo hoy, habías bebido un poco de alcohol de más, entonces seguro que era aún más peligroso. Probablemente no eran más que figuraciones mías; al fin y al cabo, alrededor de Central Park se encontraban algunas de las mejores zonas residenciales de todo Manhattan. Y, aun así, me sentía incómoda allí a solas en la oscuridad.

Pero con Caspian a mi lado me sentía segura. Así no podía pasarme nada. Caminábamos bajo las farolas. A mi derecha casi podía sentir el gran parque. Como un oasis de calma en la bulliciosa ciudad, que no terminaba de sosegarse ni siquiera por la noche.

La ciudad que nunca duerme. Eso era Nueva York.

—Vengo a menudo a Central Park —dijo Caspian entonces. Me cogió por el codo.

Qué pena.

Había esperado que me tomara de la mano.

Así sentiría sus dedos entre los míos. Nuestras manos se entrelazarían y ya no volveríamos a soltarnos nunca.

¡Mariella! Lees claramente demasiadas novelas románticas.

—A mí también me gusta estar aquí —respondí, sin dejar que se notara nada—. Pero hace unos días me pasó algo absurdo.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —quiso saber Caspian.

—Tengo un gato. Cosmo. Es bastante testarudo, al menos a veces. O quizá casi siempre. —Al recordar la terquedad de Cosmo, se me escapó una pequeña sonrisa. Y, al mismo tiempo, sentí una punzada en el corazón.

Le echaba tanto de menos.

Me esforzaba por no pensar en él con demasiada frecuencia para no darme cuenta de cuánto me faltaba. Se había tomado su libertad y aparecería de nuevo cuando estuviera listo. Eso era lo que me decía a mí misma. Pero su ausencia seguía doliendo.

Si al menos supiera que estaba bien... Entonces podría haberme resignado a que hubiera elegido otro hogar. La espera incierta era insoportable. Quizá nunca llegaría a saber qué había sido de él. Quizá, después de todo, le había atropellado un coche.

—Creo que todos los gatos son testarudos. —Caspian también sonrió.

—Se escapó. A veces iba con él a pasear por Central Park para que le diera el aire fresco y tuviera algo de distracción. A mí me resultaba bastante divertido. A Cosmo también. Pero hace unos días me detuve en el camino para mirar el móvil. Y entonces Cosmo tiró de la correa. Se rompió y él desapareció. —Tragué saliva con dificultad—. Y desde entonces no he vuelto a verle.

—Lo siento mucho. —Caspian soltó su mano de mi codo.

Esa ausencia también dolió.

Pero solo hasta que Caspian pasó su brazo por mis hombros. Me atrajo con cuidado hacia sí y yo apoyé la cabeza en su hombro. Me sentó bien. Me sentó indescriptiblemente bien.

—Ese día también perdí mi trabajo. —De repente me oí decir algo que hasta entonces no le había confiado a nadie excepto a Shawna. A mi madre no le había dicho nada, ni al resto de mi familia.

Por un momento contuve el aliento.

¿Y si Caspian reaccionaba como mi familia?

—La mierda rara vez viene sola. Seguro que encuentras un nuevo trabajo, en una empresa mucho mejor y con un sueldo más alto. —Caspian me estrechó un instante contra él y me sentí más reconfortada de lo que jamás hubiera podido imaginar.

—Seguro. —Mi voz sonó tan convencida que hasta yo me sorprendí.

Caspian creía en mí.

Y entonces yo también podía creer en mí misma.

Una sensación cálida se extendió por mi interior.

Seguimos caminando.

De pronto, una sombra salió disparada de Central Park.

Un gato.

Un gato blanco y negro.

—¡Cosmo! —Mi grito fue tan fuerte que incluso algunos transeúntes se giraron. No me importó.

Solo importaba Cosmo.

El gato se detuvo.

Me miró.

Él me miró.

Tenía que ser Cosmo.

¿Por qué si no iba a reaccionar el gato al nombre?

Pero Cosmo estaba como siempre: hacía lo que quería. Y en este caso eso significó que me miró y luego siguió corriendo.

—Rápido. Tenemos que ir tras él. —Empecé a correr. El brazo de Caspian resbaló de mis hombros. Pero en ese momento no podía tenerlo en cuenta.

Cosmo había vuelto. Estaba al alcance de la mano. No podía dejar que se me escapara ahora. Probablemente creía que estábamos jugando, como hacíamos a veces en mi apartamento.

A pillarse.

Y al escondite.

Sonreí.

Ay, Cosmo.

—Cómo corres. —Caspian había aparecido a mi lado.

No respondí.

Me ardían los pulmones.

Cosmo bajaba ágilmente por la Quinta Avenida.

—Corre en dirección a *Havisham's* —observó Caspian a mi lado. Aún faltaba un buen trecho para llegar a los grandes almacenes, pero la dirección era la correcta.

—Quizá quiera ir de compras —solté con cierto esfuerzo.

Cosmo miró a su alrededor. Luego siguió corriendo.

Hasta llegar a un rascacielos elegante y moderno. Se detuvo ante la puerta giratoria. De nuevo miró a su alrededor. Parecía instarnos a seguirle.

¿A dónde quería ir?

Nunca habíamos estado allí.

En ese instante, un hombre con sombrero salió por la puerta giratoria. Cosmo aprovechó la oportunidad y entró en el edificio.

—Tras él. —No me lo pensé ni un segundo.

Y de repente estábamos en el vestíbulo. Cosmo pasó con total tranquilidad por delante del portero, que dormitaba. El hombre de uniforme apenas levantó los párpados. Vio a Cosmo, pero no hizo ademán de detenerlo.

¿Se dejaba entrar así de fácil a gatos callejeros en el edificio?

¿Es que acaso vivía aquí algún cazagatos?

Di tres pasos apresurados hacia delante.

Y entonces me di cuenta.

El gato tenía la cola negra. Una cola completamente negra. La cola de Cosmo, en cambio, era blanca en su tercio inferior.

Este no era Cosmo.

—No es Cosmo —susurré decepcionada.

Caspian sacudió la cabeza. —No. Me ha resultado familiar ya antes. Es Gimmo, el gato de mis vecinos.

Gimmo.

El nombre sonaba muy parecido a Cosmo. No era de extrañar que el gato hubiera reaccionado antes.

Parpadeé. Solo entonces registré de verdad lo que Caspian acababa de decir.
—¿Tus vecinos? —pregunté.

—Sí. Bueno, exactamente viven debajo de mí. Yo vivo en el ático. Aquí. —Caspian me sonrió—. En realidad no tenía planeado esto. Pero ya que estamos aquí, ¿quizá me permitas invitarte a una última copa en mi casa?

Vacilé.

Todo me daba vueltas en la cabeza. El alcohol, la carrera tras Cosmo, que no se llamaba Cosmo sino Gimmo.

Y Caspian.

Caspian, que estaba aquí a mi lado y esperaba pacientemente.

—Sí. —Asentí.

Caspian me volvió a coger del codo y me guio con suavidad hacia el ascensor.

Las puertas se abrieron de inmediato. Me apoyé en la pared y cerré los ojos con gratitud.

Vaya noche.

El ascensor se puso en movimiento.

De repente fui consciente de que estaba a solas con Caspian.

Él y yo.

En un espacio muy reducido.

Respiré hondo.

Me pareció que también podía sentir el aliento de Caspian.

Directamente frente a mí.

Y de pronto, unos labios se posaron sobre los míos.

Los labios de Caspian.

Firmes y al mismo tiempo suaves.

Exigentes y al mismo tiempo sensuales.

El contacto era tan delicado que apenas lo sentía. Y tan delicado que, al mismo tiempo, lo sentía todo.

Reprimí un gemido.

Caspian se retiró ligeramente.

Pero solo por un segundo.

Luego sus labios volvieron a estar sobre los míos.

Y otra vez.

Y otra vez.

Perdí toda noción del tiempo.

Finalmente abrí los ojos.

Error, Mariella.

Miré directamente a los ojos oscuros de Caspian.

Y me hundí en ellos. Mi corazón latía tan fuerte que creí que pronto se me saldría del pecho. El aire en toda la cabina parecía vibrar.

Pling.

En ese mismo instante se detuvo el ascensor y yo no sabía si sentirme aliviada o decepcionada.

Caspian me cogió de la mano. Lo seguí a ciegas. Salimos del ascensor al espacioso pasillo, atravesamos una puerta y, pocos segundos después, me encontraba en una azotea.

—Dios mío, qué bonito es esto. —Contuve el aliento. A mi alrededor estaba Nueva York. Todos los rascacielos —y parecía haber miles— centelleaban y brillaban bajo el cielo nocturno. Yo no era más que un pequeño ser humano en un universo inmenso. Y, sin embargo, parecía como si la ciudad se hubiera puesto guapa esta noche solo para mí.

—A mí también me sigue gustando la vista. —Caspian todavía estaba a medias en su salón. Parecía estar buscando algo.

Eché la cabeza hacia atrás. Quizá pudiera descubrir alguna estrella en el cielo si miraba con la suficiente atención. Entorné los ojos y observé con

esfuerzo.

—Las luces son demasiado brillantes. Para ver estrellas, tienes que irte al campo. —Caspian seguía junto a la puerta de la terraza.

—Hace mucho que no voy al campo —respondí.

En voz baja.

No estaba segura de si quería siquiera que Caspian me oyera.

—Toma, mi estrella. —Caspian salió conmigo a la terraza. Me puso una copa en la mano.

Estornudé.

Caspian se rió. —Sí, el champán puede llegar a picar bastante. —Luego me miró—. Por una noche inolvidable.

Brindamos.

—La terraza es maravillosa. Puedes sentarte todas las noches bajo el cielo abierto. En realidad, lo único que te falta es una piscina. —Di un sorbo al champán e intenté superar mi timidez.

En secreto, no deseaba nada más que Caspian volviera a besarme.

Lo miré. Pero en la oscuridad él no podía notar mi mirada.

¿O sí?

Caspian dejó su copa sobre una mesita.

—Ven. —Me cogió de la mano y me llevó tras él hacia un rincón.

La azotea era enorme. Nunca había visto algo parecido.

Caspian me soltó. Quitó algo de una mesita que parecía un cojín grande.

Un jacuzzi.

La mesita no era una mesita.

¡Bajo el cojín había escondido un jacuzzi!

Me quedé sin aliento.

—Si quieres darte un baño, adelante. —Caspian se rio.

Y entonces yo también me reí.

No podía parar. Era como si, de repente, toda la tensión en mi interior se hubiera disipado.

¡Un jacuzzi en una azotea!

¡En pleno Nueva York!

¿Pero qué locura era esa?

—¿Te apetece un champán en el jacuzzi? —La voz de Caspian estaba de repente muy cerca de mi oído. Su aliento rozó mi piel.

Me estremecí.

Ni un milisegundo después, los labios de Caspian estaban en mi cuello. Estaba medio detrás de mí y soplaba pequeños y delicados besos sobre mi piel, tal como los había soplado antes sobre mis labios.

Gemí suavemente.

Oh, Dios.

Esta vez no quería que parara.

Esta vez, no.

Caspian me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él. Me apoyé con la espalda en su pecho musculoso. Me siguió besando y sus manos subieron por mi cintura hasta mis pechos.

Algo se contrajo en mi vientre.

Caspian puso sus manos sobre mis pechos y los amasó.

Ahora deseaba no llevar nada de ropa. Empujé mi pelvis hacia atrás.

Y ahí sentí la erección de Caspian.

Ahora ya no pude reprimir un gemido.

Caspian me dio la vuelta. Sus labios se posaron sobre los míos. De verdad. Con fuerza.

Por fin.

Abrí la boca de inmediato. Tanto tiempo había anhelado sentir a Caspian. Ahora apenas podía aguantar más. Nuestras lenguas se encontraron y comenzaron una danza de placer. Me apreté más contra Caspian.

Quería sentirlo de nuevo.

Quería sentir su excitación de nuevo.

De la garganta de Caspian salió un sonido grave, lleno de deseo. Sus manos bajaron a mi culo y amasaron mis nalgas. Froto mi cadera contra la suya.

No tenía calor.

Estaba ardiendo.

—Creo que necesitas refrescarte un poco —susurró entonces Caspian—. Y yo también.

Lo miré parpadeando, confundida.

¿A qué se refería?

Pero antes de que pudiera formular un pensamiento claro, las manos de Caspian bajaron mi falda y se deslizaron hacia arriba bajo mi top.

Levanté los brazos.

Mi falda, mi top y mi sujetador cayeron uno tras otro al suelo.

—Son preciosos —susurró Caspian mientras se inclinaba hacia delante, tomaba mis pezones entre sus dedos, los retorcía ligeramente y luego pasaba el pulgar por encima—. Eres preciosa.

Aspiré aire con fuerza.

Las manos de Caspian recorrieron mi abdomen mientras se inclinaba hacia delante y besaba mis pechos. Sopló ligeros besos sobre mis pezones.

Solté un gemido.

Oh, Dios.

¿Cómo lograba este hombre jugar con mi cuerpo con tanta destreza y producirme semejante placer?

Las manos de Caspian habían llegado a mis bragas. Las apartó a un lado. Abrí ligeramente las piernas. Los dedos de Caspian encontraron el centro de mi placer. Empezó a masajear suavemente mi clítoris.

OH. DIOS. MÍO.

El entorno se volvió borroso ante mis ojos. Me aferré a Caspian y sentí su aliento en mi cuello.

De repente, Caspian me soltó.

Y en ese momento fui consciente de lo que estaba haciendo en realidad. Estaba en una azotea de Nueva York, ligeramente achispada, con un hombre al que apenas conocía. Y estaba prácticamente desnuda.

¿Había perdido el juicio?

Quizá.

Pero nunca nada se había sentido tan bien.

—Al jacuzzi —me susurró Caspian al oído. Me dio un azote cariñoso en el trasero.

En ese instante, todas las dudas se desvanecieron.

Solté una risita.

Caspian empezó a desnudarse él también.

Sentí un impulso abrumador de besarlo. Y eso fue exactamente lo que hice. Besé a Caspian en la boca. De nuevo nuestras lenguas iniciaron una danza apasionada. Todo mi ser empujaba hacia él. Él se desnudó mientras nos besábamos. La ropa de Caspian salió volando literalmente hacia un lado. Mis bragas la siguieron.

Entonces Caspian me alzó y entró conmigo en el jacuzzi.

El agua cálida y burbujeante me acogió sin más. Me deslicé dentro como si no hubiera hecho otra cosa en mi vida.

Caspian se sentó y me puso sobre su regazo. Mis pezones estaban justo a la altura de la superficie del agua. Caspian besó mi nuca. Su mano izquierda subió y empezó a jugar con mi pezón. Dejó que su mano derecha se deslizara por mi vientre hacia abajo. De nuevo abrí las piernas. Caspian acarició mis labios vulvares. Hacia delante y hacia atrás. Primero con suavidad, luego con más fuerza. A través del agua, sentía sus caricias de forma muy distinta a antes. De algún modo… más intensas.

Los dedos de Caspian encontraron mi clítoris y de nuevo empezó a masajearlo suavemente. Al mismo tiempo, apretaba mi pezón y mordisqueaba ligeramente la piel de mi cuello.

Me quedé sin aliento. Una oleada intensa de placer me inundó. Caspian introdujo un dedo en mí. Y otro más. Y luego me levantó. Lentamente me

dejé caer, dejando que su miembro entrara en mí hasta que volví a estar sentada del todo sobre su regazo. Me apoyé en él. Caspian me sujetó por los hombros. Y entonces empecé a moverme de arriba abajo. A causa del agua, solo podía hacerlo despacio.

Y malditamente intenso.

Oh, Dios.

Me incliné un poquito hacia delante. El miembro de Caspian se deslizó aún más hondo en mí.

Sí.

Jadeé.

Arriba y abajo.

Arriba y abajo.

Caspian me agarró por las caderas. Cambié mi posición un poco más. Hasta que su miembro tocó justo el punto exacto dentro de mí.

Oh, joder.

De nuevo todo se contrajo en mi interior. Mis pezones se pusieron aún más firmes. Mi centro empezó a arder y mi piel hormigueaba por todo el cuerpo.

Más.

Y más.

—¡Siiiií! —grité con fuerza al cielo nocturno de Nueva York cuando el placer se extendió por mí. Primero hacia abajo, hasta la punta de los dedos de los pies. Y luego hacia arriba.

Me corrí.

En un jacuzzi.

Caspian me agarró las caderas con más fuerza y me presionó contra él.

Y una vez más.

Y entonces él también terminó.

Capítulo 12 Mariella

¿Dónde estaba?

Abrí los ojos con cautela. La brillante luz del sol me deslumbraba por todos lados. Sentía la cabeza pesada y la lengua se me pegaba al paladar. Necesitaba beber algo urgentemente.

¿Qué había hecho ayer?

Normalmente no me sentía así cuando me despertaba por la mañana. Y el sol tampoco solía entrar con tanta fuerza por mi ventana.

Intenté incorporarme, pero todo me daba vueltas.

Tragué saliva.

Y entonces, lo recordé todo.

No estaba en casa.

En ese instante, noté cómo me ponía roja de arriba abajo.

Anoche Caspian me había sacado a pasear. Habíamos ido a una cata de chocolate. Allí conocí a su amigo y nos lo habíamos pasado muy bien. Después tomamos unos cócteles y Caspian me ayudó a buscar a Cosmo. Al final, acabamos en casa de Caspian.

En su cama.

O mejor dicho, en su jacuzzi.

Allí habíamos tenido sexo.

Dos veces.

Luego seguimos en la cama de Caspian.

¿Cuántas veces?

Ya no sabría decirlo.

Nunca había vivido algo parecido. Me sentía totalmente abrumada por la pasión. Toda la noche me parecía un sueño.

Solo ahora me daba cuenta de que estaba sola en la gran cama. Caspian debía haberse levantado ya.

Normal.

Él tampoco había bebido tanto como yo ayer.

¿O sí?

Probablemente aguante mejor el alcohol, Mariella. Es un hombre rico y atractivo que seguramente invita a cenar a mujeres a menudo cuando le gustan. Es guapo y tiene dinero, las mujeres se le tirarán a los pies. Puede elegir a la que más le guste. Probablemente no seas su primera aventura de una noche.

Y tampoco la última.

Ese pensamiento me vino a la mente mientras me deslizaba fuera de la cama y mis pies tocaban la alfombra mullida que había delante. Yo no entendía mucho de esas cosas, pero por el tacto de la alfombra, debía de haber costado más que todos mis muebles juntos.

Tragué saliva.

¿Qué debía hacer ahora?

Me habría encantado saludar a Caspian con un beso.

Me habría encantado seguir donde lo habíamos dejado antes de quedarnos profundamente dormidos, totalmente agotados.

Pero Caspian se había levantado. Miré a mi alrededor. Su ropa no se veía por ninguna parte. En cambio, la mía estaba pulcramente doblada sobre una silla frente a la cama. Caspian debía haberla puesto allí. Habría salido a la terraza a recogerla.

Eso era una señal.

Quería decirme algo con eso.

Debía vestirme e irme.

Probablemente Caspian ya estaría esperando impaciente a que saliera del dormitorio vestida para poder empezar el nuevo día. Seguramente le aguardaba un montón de trabajo.

Cogí la ropa y fui al baño contiguo. Me duché tan rápido como pude. En el borde del lavabo había un cepillo de dientes nuevo preparado. Abrí el paquete a toda prisa y me cepillé los dientes.

De repente, todo me resultaba terriblemente embarazoso.

¿Cómo me había podido dejar llevar así la noche pasada?

¿Qué me había pasado?

Caspian debía de pensar que soy una chica fácil que se acuesta con cualquiera.

Me puse tan roja como ayer.

Más roja todavía.

Salí del baño apresuradamente.

¿No me olvidaba nada?

Mi bolso también estaba sobre la silla.

Lo cogí y abrí silenciosamente la puerta del dormitorio.

¿Debería despedirme de Caspian?

Me lo pensé.

Por un lado, era lo que más deseaba.

Por otro, quería ahorrarme el momento incómodo de volver a verlo y oír de su boca que no quería volver a verme nunca más.

Por supuesto, lo diría con más tacto.

Diría que había sido una noche maravillosa y que siempre me guardaría en buen recuerdo.

Algo así.

Pero al final, vendría a ser lo mismo.

Se había acabado.

Negué con la cabeza.

Acabado. Ni siquiera ha empezado de verdad, Mariella.

Recorrí el pasillo.

Aquí estaba la puerta de entrada. Con cuidado, puse una mano en el pomo. Lo giré hacia abajo.

En ese momento, una voz grave sonó detrás de mí. —No pensarás irte sin desayunar, ¿verdad?—

Me di la vuelta de golpe.

Capítulo 13 Caspian

Me quedé mirando su espalda. Hacía apenas un momento estaba en la cocina, intentando poner en marcha la maldita cafetera. Necesitaba un café con más urgencia que nunca. Todas las células de mi cuerpo gritaban por cafeína. Me sentía como si no hubiera dormido en toda la noche.

Y, en cierto modo, era verdad.

Hacia el amanecer, Mariella y yo nos habíamos quedado dormidos, agotados. Pero al poco tiempo me volví a despertar. La noche había terminado. Probablemente no había dormido ni un solo minuto.

Necesitaba café.

Pero, curiosamente, también me sentía completamente distinto a lo habitual. Quizá a este sentimiento se referían cuando decían que uno se sentía como recién nacido. Estaba cansado y, sin embargo, era como si la noche me hubiera transformado y me hubiera convertido en otra persona.

Mariella era un sueño.

Nunca había vivido una noche igual. Ya en mi despacho había querido besar a Mariella. Anoche, ese deseo se fue haciendo cada vez más fuerte. Daba igual que estuviéramos probando chocolate en casa de Pierre, tomando un cóctel en el bar de la azotea o paseando juntos por las calles nocturnas de Nueva York: quería tocar a Mariella. Poner mis labios sobre los suyos. Y más.

Pero me había contenido. ¿Qué iba a pensar Mariella de mí si me lanzaba sobre ella como un tipo hambriento que no había estado con una mujer en meses?

Nada bueno.

Y eso que era simplemente...

Era Mariella.

Su magnetismo era inexplicable. Con su cabello rubio y sus ojos azules, parecía tan delicada. Pero ya me había dado cuenta de que poseía una gran fuerza. Cuando corrió tras su gato, que después de todo no era su gato, apenas pude seguirle el ritmo.

Así de mucho se volcaba Mariella con los que amaba.

Pondría la mano en el fuego por cualquiera.

Eso la hacía aún más atractiva.

En el ascensor ya no pude refrenar mi deseo. Si no podía devolverle a Mariella su Cosmo, al menos quería...

… sí, ¿qué era lo que quería exactamente?

¿Y qué quería ahora, que la había pillado intentando escabullirse a hurtadillas de mi apartamento?

No quería que Mariella se fuera.

Así de sencillo.

Así que dije: —No pretenderás irte sin desayunar, ¿verdad?

Mariella se dio la vuelta de golpe. Sus ojos azules parecían aún más grandes que ayer. Se veía fresca y animada, a pesar de que apenas había dormido más que yo. Había pasado poco más de una hora desde que salí de la habitación de puntillas. Aún tenía la imagen grabada: el cabello rubio de Mariella estaba esparcido sobre la almohada. Respiraba profundamente. Su cuerpo se dibujaba bajo la fina sábana y me costó mucho resistir la tentación de despertarla y continuar exactamente donde lo habíamos dejado.

Una larga noche de amor no había sido suficiente.

¿Cuándo fue la última vez que sentí algo así con una mujer?

No sabría decirlo.

Y precisamente por eso salí sigilosamente del dormitorio. Recogí mi ropa en la terraza. Luego la de Mariella. Volví en silencio a la habitación y dejé todas sus cosas en una silla frente a la cama. Quería ahorrarle a Mariella la situación embarazosa de tener que aparecer desnuda en una cocina ajena. Con el mismo sigilo volví a cerrar la puerta del dormitorio y, desde entonces, había estado caminando inquieto de un lado a otro de la cocina.

Pero entonces oí algo en el pasillo.

Mariella quería irse.

Ahora estaba allí parada, mirándome.

Y de repente me asaltó la idea de que quizá Mariella ni siquiera quería quedarse. Tal vez esto solo había sido una aventura para ella. Ayer estaba un poco alegre y quizá ahora se arrepentía de lo que había hecho bajo la influencia del alcohol.

Al pensarlo, se me encogió el pecho.

La noche de ayer fue la más relajante y divertida que jamás había pasado en compañía de una mujer.

No quería que la cosa terminara así, sin más.

Pero tampoco sabía qué otra cosa quería.

—¿Desayuno? —Mariella me miró—. Pero... quiero decir... ¿no quieres que me vaya? —Mariella se mordisqueó el labio inferior.

Negué con la cabeza. —Por supuesto que no.

—¿No me has dejado por eso la ropa preparada? —Mariella aún dudaba.

Ahora me reí. Así que era eso. Volví a negar con la cabeza. —No, en absoluto. Solo quería evitar que tuvieras frío o que te sintieras incómoda.

Ahora Mariella también se rió. Luego confesó: —Tengo un hambre atroz.

—Pues venga. Mi cocina está por ahí. —Señalé con la mano una puerta a la derecha del pasillo.

Mariella me siguió.

—¡Guau! —Miró a su alrededor con la boca abierta.

Mi cocina disponía de una barra larga que se extendía a lo largo del ventanal. Desayunaba, tomaba café o comía algo rápido mientras contemplaba directamente el perfil de Nueva York.

—¡El Empire State Building!

Observé a Mariella divertido. —No me digas que no lo viste anoche.

—Sí, pero... —Mariella sacudió la cabeza, burlándose de sí misma—. Por alguna razón no pensé que se viera desde la cocina. No sé por qué. —Ahora Mariella se rió de su propia ocurrencia.

Inspeccionó el resto de la cocina. Su mirada recorrió la enorme isla central, la amplia encimera, los armarios donde se guardaban numerosos utensilios —algunos de los cuales nunca había usado—, y los taburetes de la barra con sus cómodos cojines. Y entonces, Mariella examinó mis plantas.

—Necesitas un jardinero. O a alguien con buena mano para las plantas. —Se rió. En mi cocina había varias drácenas, pero tenían más hojas amarillas que verdes. En el alféizar de la ventana había repartidos algunos cactus que también parecían estar en horas bajas. Un cactus estaba verde, pero se inclinaba peligrosamente hacia la izquierda. No porque la maceta fuera pequeña; simplemente parecía estarse doblando. Agonizando.

—La verdad es que no tengo buena mano para las plantas. —Me encogí de hombros, compungido—. Y eso que me hacía ilusión tener algunas plantas en la cocina.

—Es que queda muy bien. —Mariella cogió la regadera que estaba en el suelo, escondida tras las drácenas, y la llenó de agua—. Ya que estoy aquí, voy a cuidar un poco de estas pobres criaturas.

Observé a Mariella fascinado. Entraba aquí y no esperaba que yo le sirviera un desayuno perfecto. Tantas otras mujeres que conocía habrían hecho exactamente eso. No, Mariella pensaba en cómo podía mejorar mi vida y se hacía útil ella misma.

Nunca había conocido a nadie así.

Parecía que ese tipo de mujeres ya no existieran en EE. UU.

Mujeres que se preocuparan por un hogar.

De repente, algo hizo clic en mi cabeza.

Clic, clic, clic, clic.

Todas las piezas del puzle que había tenido en las manos estos últimos días —en sentido figurado, por supuesto— parecían encajar ahora en su sitio, por sí solas.

Claro.

Así podría funcionar.

Era perfecto.

La solución perfecta para todos mis problemas.

Necesitaba una esposa.

Urgente.

La visita de Mr. Al-Wafd y Mr. Ali se acercaba peligrosamente. Ambos querían conocer a mi mujer. Querían ver a una esposa amorosa que cuidara con esmero del hogar. Exactamente como Mariella estaba haciendo ahora mismo.

Sin más.

Sin que nadie se lo pidiera.

No tendría que interpretar ningún papel.

Ella era así.

Y precisamente por eso interpretaría el papel de mi esposa de forma excelente. Mucho mejor de lo que cualquier otra mujer habría podido hacerlo. Además, ya habíamos intimado. Ni siquiera tendríamos que fingir la cercanía entre nosotros. Simplemente estaría ahí. Tal como había estado ahí anoche.

Abrí la nevera para sacar un cartón de huevos. —Siéntate, no te cortes —le dije a Mariella, que justo en ese momento estaba dejando la regadera en su sitio—. Ya me ocupo yo.

—Ese cactus torcido no necesita agua. Creo que, a diferencia de las demás plantas, ha recibido demasiada. Si quieres salvarlo, no le eches nada en una buena temporada. —Mariella acercó un poco más el cactus a la ventana—. Quizá el sol lo ayude un poco.

Asentí. Con suerte, no olvidaría las instrucciones de Mariella. Mi asistenta no se encargaba de las plantas. Ella limpiaba, hacía la compra y, si yo se lo pedía, también cocinaba.

Eso era todo.

Y con eso bastaba.

Pero Mariella me estaba demostrando en ese instante que había algo más.

Me estaba enseñando cómo se cuidaba un hogar.

Era la persona adecuada para el trabajo.

Pero ¿cómo se lo iba a pedir?

Pensativo, casqué los huevos en un bol y los batí con un tenedor. Luego añadí un poco de sal, pimienta y una pizca de nuez moscada.

—No puedo quedarme mucho más tiempo. Tengo que escribir urgentemente unas cuantas solicitudes de empleo. —Mariella no lo dijo mirándome a mí. Miraba por la ventana hacia el exterior.

En ese momento recordé que me había contado que había perdido su trabajo.

Esa era mi señal.

Me aclaré la garganta.

Por un lado, sabía perfectamente lo que quería decir. Por otro, sentía como si las palabras se me quedaran atascadas en la garganta. O como si se me escurrieran entre las manos como arena.

¿Cómo se decía algo así correctamente?

Eché los huevos batidos en la sartén.

Caspian, si ya lo formulaste en un anuncio. Se lo explicaste a tres mujeres con las que llegaste a quedar.

Pero aquello no era lo mismo que explicárselo a Mariella.

A aquellas mujeres ni siquiera las conocía. No significaban nada para mí. Precisamente ese había sido el propósito del anuncio.

A Mariella sí la conocía.

¿Acaso ella también significaba algo para mí?

Aparté la respuesta a esa pregunta de un plumazo.

Tan lejos como fue posible.

Ya me ocuparía de eso más tarde.

—Huele a quemado. —Mariella arrugó la nariz—. ¿Pero qué haces? —Se rió—. ¿Sigues soñando? ¿O es que duermes con los ojos abiertos?

Yo también me reí. Pero no con tantas ganas como me hubiera gustado. No me había dado cuenta de cuánto tiempo llevaba abstraído delante de los fogones.

Ahora, Caspian. Suéltalo de una vez.

Aparté la sartén del fuego y me volví hacia ella. —Puede que tenga un trabajo para ti.

—¿Qué? —Mariella me miró asombrada—. ¿Un trabajo?

—Sí. —Asentí.

—Pero si ni siquiera sabes a qué me dedicaba. Ni tampoco lo que busco ahora. —Mariella se rascó ligeramente la cabeza—. ¿Cómo puedes saber si soy apta para ese puesto? Además, nunca he trabajado en unos grandes almacenes.

Era evidente que Mariella pensaba que se trataba de un puesto en *Havisham's*.

Lógico.

Era lo más obvio.

—No tienes que trabajar en unos grandes almacenes —aclaré—. Y tampoco importa mucho lo que hayas hecho antes. Estás cualificada. Me acabo de dar cuenta hace un momento. Cuando regabas las flores.

Mariella se echó a reír. —¿Quieres contratarme como tu jardinera personal?

—No.

Genial, Caspian. Lo has hecho de maravilla. No se podía haber empezado mejor.

Me reproché con sarcasmo. Mi forma de sacar el tema con Mariella estaba siendo un desastre total.

¿Cómo podía hacerlo mejor?

Lo que más deseaba era sacar mi anuncio y leérselo.

Pero no me pareció buena idea.

—Tengo dos socios comerciales, Mr. Al-Wafd y Mr. Ali. Vendrán pronto de visita y necesito algo de apoyo para la ocasión —comencé y tragué saliva.

Mariella no dijo nada.

—En la cultura árabe no es habitual que un hombre no esté casado. Al menos a mi edad y en mi posición. Allí probablemente tendría incluso varias esposas. —Solté una pequeña carcajada.

Mariella no se rió.

Tenía razón.

No tenía ninguna gracia.

Tomé aire. —En resumen, ellos creen que estoy casado. Y vienen aquí para conocer a mi mujer. Yo... necesito a alguien que haga el papel de mi esposa ante ellos. Y creo que tú eres la persona idónea.

Nada más soltar las palabras me di cuenta de lo idiotas que sonaban. ¿Y si Mariella pensaba que quedaba con mujeres solo para encontrar a alguien que fingiera ser mi esposa? ¿Y si creía que me había acostado con ella precisamente por eso?

—Quiero decir, ayer todavía no pensaba en esto. En realidad iba a contratar a una actriz. Pero entonces te he visto regando las flores y he sabido que eras perfecta y... —Mi voz se fue apagando.

Mariella me miraba con el ceño fruncido. —Solo me he enterado de la mitad. Será mejor que me lo expliques todo de nuevo.

Respiré aliviado.

Mariella no se limitó a levantarse e irse.

Me estaba dando una oportunidad.

Así que le conté toda la historia otra vez. Desde el principio y con algo más de detalle.

—De verdad que necesito ayuda urgentemente —terminé diciendo—. Sería... bueno, te pagaría bien. Muy bien. 100.000 dólares. —De repente, los 10.000 dólares en los que había pensado antes me parecieron más bien poco.

Pero con 100.000 debería bastar.

¿Verdad?

Al fin y al cabo, solo se trataba de una noche.

—Es solo una noche. Quizá otra más adelante, no puedo asegurarlo con exactitud. Pero en cuanto el negocio esté cerrado, todo estará solucionado. —Ahora volvía a hablar más rápido. Pensé en mi conversación con Nadine. No estaba tan seguro de que todo fuera a terminar tras la firma del contrato. Sin embargo, no quería decirle eso a Mariella ahora. De lo contrario, era posible que dudara.

Quería que dijera que sí.

A Mariella se le agrandaron los ojos.

¿Qué iba a decir?

Tenía que aceptar.

Tenía que hacerlo, sin más.

No podía imaginarme otra respuesta.

No QUERÍA imaginarme otra respuesta.

—Eso... eso suena a locura. —Un músculo de la cara de Mariella dio un respingo. Parecía estar asimilando todo el asunto. Se quedó mirando por la ventana. Luego se volvió hacia mí.

—Los árabes son un poco especiales. Por allí todo es una locura. Sin ir más lejos, Dubai es una extravagancia constante. Si lo vieras... una metrópoli en medio del desierto. En la nada. Así, porque sí. —Me reí con timidez.

—Tengo que pensarlo con calma. —Mariella me miró. Había en sus ojos una reserva que no había percibido hasta ahora—. No puedo darte una respuesta ahora. Primero necesito meditarlo. Con tranquilidad y a solas.

Pensarlo.

Pensarlo.

¿Por qué se piensa algo con tranquilidad y a solas?

Porque hay dudas.

Seguro que no porque se tenga el deseo imperioso de aceptar.

Mariella estaba pensando en cómo rechazarme educadamente. Por eso quería pensarlo.

Y no había nada que yo pudiera hacer.

Observé con impotencia cómo Mariella se bajaba del taburete y salía de la cocina pasando por mi lado.

Capítulo 14 Mariella

Caminaba por la calle. El sol primaveral me daba en la cara y la temperatura era agradable. Todo podría haber sido perfecto. Había pasado una noche increíble con un tío cañón. Esta mañana no me había dejado marchar así como así, sino que se había quedado hablando conmigo. Incluso quería volver a verme.

Como su mujer. O, para ser más exacta, su esposa falsa, porque ese era el papel que debía interpretar.

Y pretendía pagarme por ello.

Eso, por el contrario, era cualquier cosa menos perfecto.

Toda esta historia me recordaba cada vez más a una de esas novelas románticas que tanto me gustaban leer. En los libros pasaban estas cosas. Sí, en los LIBROS.

Pero no en la vida real.

¿Por qué Caspian no había contratado simplemente a una actriz?

Mientras seguía caminando, no dejaba de darle vueltas a esa pregunta.

Te lo ha explicado, Mariella. Además, cualquiera puede dar con la respuesta con solo pensarlo un poco. Una actriz encajaría en el papel a la perfección, pero siempre faltaría ese «algo». Un extraño notaría que, en el fondo, son dos desconocidos. La intimidad no se puede fingir, tiene que surgir.

Había pasado la noche con Caspian.

Entre nosotros había intimidad. Había surgido. Por eso yo era la persona adecuada para el trabajo.

El asunto era totalmente lógico.

Y eso era precisamente lo que me molestaba.

No quería que esto... esto... como quiera que se llamase... que lo que había entre Caspian y yo fuera una cuestión de lógica. Quería que fuera una cuestión de sentimientos.

Quería mi final feliz como en una novela romántica. Allí los sentimientos siempre estaban presentes. Solo que a veces estaban ocultos y no se podían ver.

Seguí caminando.

¿Había sentimientos ocultos en juego por parte de Caspian? Le había costado lo suyo explicarme todo el asunto. Pero, al final, seguro que eso no tenía nada que ver conmigo. A cualquiera le resultaría difícil explicar un trato así. No era algo cotidiano, después de todo. Y, en cierto modo, también

era un poco embarazoso. Al fin y al cabo, con eso admitía que no había encontrado a ninguna mujer hasta el momento.

Aunque yo no habría estado esta mañana en la cocina de Caspian si él ya tuviera mujer.

Suspiré.

Todo podría haber sido tan sencillo.

Y ahora todo era tan complicado.

Sonó mi móvil.

Y mi corazón dio un vuelco.

Caspian.

¿Podría ser Caspian?

Saqué el smartphone del bolsillo. Ya casi había llegado a casa, pero si Caspian quería verme, daría media vuelta y desandaría todo el camino para ir a su casa. Entonces podríamos volver a hablar y...

Hablar. ¿De qué ibais a hablar, Mariella? Él ya lo ha dicho todo. Tienes que pensártelo y luego decirle algo.

En la pantalla aparecía un número desconocido. Solté el aire con decepción. Ni siquiera me había dado cuenta de que, con la agitación, había contenido la respiración.

Claro que no es Caspian, Mariella. Él no tiene ninguna necesidad de andar llamándote. Ni a ti ni a ninguna mujer. Los hombres no hacen esas cosas. ¿O es que has visto alguna vez a un hombre corriendo detrás de una mujer? No. Los hombres no hacen eso. Simplemente encuentran a la siguiente.

Mi móvil seguía sonando.

—¿Diga? —Acepté la llamada. En ese momento, un pensamiento me cruzó la mente. ¿Y si era alguien que quería invitarme a una entrevista de trabajo?

Entonces has contestado de la forma más poco profesional posible, Mariella.

—¿Es usted la mujer que busca un gato? ¿Uno blanco y negro? —Al otro lado se oía a una mujer con voz grave y ronca.

Cosmo.

Con tanto revuelo, casi me había olvidado de él.

—Sí. ¿Lo ha encontrado? —Ahora mi corazón volvía a latir con fuerza.

—Lo tengo en brazos. Es bastante revoltoso. Mejor será que venga ahora mismo a por él. Si no, voy a terminar llena de arañazos. —La voz ronca sonaba ligeramente irritada.

—¿Dónde está usted? —pregunté.

Cosmo.

Pronto volvería a tenerlo en brazos. Pronto volvería a enfadarme con él cuando se escondiera o hiciera de las suyas por la noche y se pusiera a

curiosear.

En ese instante, no deseaba nada más que eso.

La mujer me dio una dirección.

No estaba nada lejos de allí.

—Voy para allá. Estaré allí en cinco minutos. —Mientras aún hablaba, mis pies ya se habían puesto en movimiento.

—Eso espero. Este bicho me está volviendo loca. —La mujer colgó. Antes incluso de que pudiera preguntarle cómo la reconocería.

Tiene a Cosmo en brazos, Mariella. Por eso la reconocerás.

Casi corría. Jadeando, doblé una esquina y luego otra. Tenía que llegar antes de que Cosmo enfureciera más a la mujer y ella, posiblemente, lo dejara escapar.

Entonces llegué a la dirección indicada.

Un edificio de veinte plantas.

¿Y ahora qué?

Miré a mi alrededor, desorientada.

—Vaya, por fin. —La voz ronca.

¿Dónde estaba la mujer?

—Aquí abajo.

Miré hacia abajo.

Sentada en el suelo frente al edificio había una mujer sin hogar que sostenía un gato blanco y negro en brazos. En la otra mano tenía un cigarrillo del que daba caladas profundas. —Pensaba que ya no vendrías. —Levantó al gato. —Toma. Aquí lo tienes.

Me incliné hacia abajo y alargué la mano para coger a Cosmo.

La mujer soltó una risita y retiró el brazo. —No es tan fácil. ¿Has oído hablar de la recompensa? Primero me das algo y luego recuperas a tu gato.

El gato maulló.

Y entonces lo supe.

Ese no era Cosmo.

Al igual que el de ayer por la noche tampoco había sido Cosmo.

Examiné al gato con más atención.

A este tampoco le coincidían las manchas de la cola.

—Vamos. ¿Cuánto vale tu pequeño para ti? —La mujer rió entre dientes. —Vosotros, los ricos, tenéis animales y tenéis hijos que decís que queréis con locura. Pero cuando se trata de tratarlos decentemente o de gastar un poco de dinero en ellos, de repente sois extrañamente tacaños. —La mujer resopló. —Lo he vivido en mis propias carnes.

—Ese no es Cosmo. No es mi gato. —Volví a incorporarme. Si permanecía demasiado tiempo en esa posición, me acabarían doliendo las rodillas.

—No vas a llegar muy lejos con ese jueguecito. O pagas o suelto al gato otra vez. —La mujer hizo ademán de dejar que el gato se bajara de sus brazos.

—¡Espere!

—Ajá. Ahora nos vamos entendiendo. —La mujer soltó una risita.

—No. No es eso. De verdad que no es mi gato. Pero me lo llevaría y lo entregaría en el refugio para que esté a salvo. Así ya no tendrá que preocuparse por él. —Miré a la mujer.

—¿Preocuparme? —La mujer soltó una carcajada ronca. —Niña, hace mucho que ya no me preocupo por nada. Por nadie. Al fin y al cabo, nadie se ha preocupado nunca por mí. ¿Por qué iba a hacerlo yo? Por mí, el bicho puede irse a donde Cristo dio las tres voces. Y si lo atropella un camión por el camino, me da exactamente igual.

En ese momento, el gato lanzó un zarpazo y arañó con fuerza el dorso de la mano de la mujer. Ella gritó de susto y lo soltó.

El gato salió huyendo.

Lo seguí con la mirada con impotencia, deseando haber estado más atenta.

Ya no podía hacer nada.

—¡Ahí lo tienes! —La mujer me miró furiosa. —Si tuviera dinero, te demandaría porque tu gato me ha hecho daño.

—No es mi gato. —Intenté mantener la calma.

—Eso decís todos. No es mi gato, no es mi hijo, no es mi coche, no es mi dinero. Ya no pico en esas mierdas. —La mujer no paraba de refunfuñar y maldecir.

Dejé de escucharla.

Tras un breve instante, simplemente me alejé de allí.

Caminé hacia casa y, por el camino, busqué con la mirada al gato, pero no vi ni a ese ni a Cosmo.

Ambos seguían desaparecidos.

Maldita sea.

El día de hoy no podía ir a peor.

—¡Mariella! ¡Mariella!

La voz me resultaba familiar. Me di la vuelta.

—¡Shawna!

—¿Qué haces aquí a estas horas? —quiso saber Shawna.

—Vaya, me ha llamado una mujer porque había visto a Cosmo. Pero resultó ser otro gato. —Miré desanimada el empedrado de la calle. Luego hice un esfuerzo por recomponerme. No podía quedarme ahí lamentándome solo porque mi gato hubiera desaparecido y siguiera sin aparecer.

—Oh, lo siento mucho. —Shawna me puso una mano en el hombro—. Parece que necesitas urgentemente algo que te anime. ¿Vamos a por un bagel?

Un bagel.

No había pensado en eso en todo el día.

Sentí cómo mi estado de ánimo mejoraba.

Hoy seguro que todavía no se había agotado todo en la *Pretty Bagel Bakery*. Shawna y yo íbamos mucho más temprano que la última vez. Casi podía ver el bagel ante mí. Salmón, queso crema, alcaparras y cebolla roja.

—¿Tienes tiempo? —quise saber.

—Tengo que ir a trabajar, pero como ayer tuve una cita tarde, hoy no tengo mucha prisa. Y un segundo desayuno aumenta la productividad. —Shawna me dedicó una sonrisa.

Me reí.

Shawna lo había conseguido de nuevo. En cuestión de segundos, mi humor había mejorado muchísimo.

—¿Hay alguna otra señal de Cosmo? —preguntó Shawna mientras caminábamos juntas por las calles.

Negué con la cabeza. —No. Ayer por la noche también creí haberlo visto. Pero al final también era otro gato. Al menos... —Me callé.

—¿Al menos qué? —Shawna tenía un olfato inigualable para todo lo que intentaba ocultarle.

—Bueno, he conocido a este hombre. En realidad ya hace unos días, por casualidad en la calle. Y luego volví a verlo. —Todavía no le había contado nada de Caspian a Shawna. Cuando fuimos juntas al cine, no mencioné nada. No había querido pensar en ello, sino solo divertirme y distraerme. Al fin y al cabo, nunca se sabía en qué quedaría la cosa.

Pero ahora todo era distinto.

—¿Has tenido una cita? ¿Con alguien que conociste en la calle? ¿Y no me has dicho nada? —Shawna sonaba casi indignada.

—Bueno, entonces aún no era una cita. Coincidí con él y seguí mi camino. Pero luego lo vi cuando fui a comprarme un vestido —expliqué.

—¡El vestido! De eso tampoco me has contado nada todavía. —Shawna se ponía cada vez más nerviosa.

—No compré ningún vestido porque una niña me metió una pluma estilográfica en el bolso. Era su sobrina.

Shawna se detuvo y me agarró del brazo. —A ver, ve más despacio. Y cuéntamelo todo por orden. Si no, me pierdo. Me parece que te has encontrado con media Nueva York en los últimos días.

Me reí. —No, solo con ese hombre. De hecho, me invitó y ayer estuvimos en una cata de chocolate.

—¿Una cata de chocolate? Ojalá alguien me invitara a algo así. —Shawna olfateó con anhelo, como si esperara percibir el seductor aroma del chocolate allí mismo, en plena calle—. Eso es casi romántico.

—Después fuimos a tomar algo y a pasear, y entonces creí ver a Cosmo. Pero no era Cosmo, era el gato de sus vecinos. Luego terminamos en su casa y... —No seguí hablando.

En su lugar, me puse roja de arriba abajo.

Shawna se detuvo de nuevo. —¿Has...? ¿Habéis...?

Asentí.

—Ahora sí que tienes que contármelo todo paso por paso. ¿Dónde te lo encontraste en la calle? ¿Qué pasó? ¿Cómo volviste a verlo exactamente? ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo se llama? —Shawna me agarró del brazo.

—Está bien, está bien, te lo cuento. —Me solté riendo.

Entonces se lo conté todo a Shawna. Desde el principio. Hasta el final.

—¿Te ha propuesto que te hagas pasar por su esposa? —Shawna volvió a detenerse. Casi habíamos llegado a la *Pretty Bagel Bakery*.

—Sí. —No sabía qué más decir.

—Es lo más loco que he oído nunca. —Shawna se rió—. ¿No habría por ahí algún tipo con una cámara oculta o algo así? Quién sabe, igual mañana sales en la televisión.

—Entonces los espectadores no van a tener mucho de qué reírse. Le he dicho que tengo que pensármelo. —Suspiré—. En mis libros estas cosas pasan a veces. Y luego hay un final feliz.

—Esos son libros, Mariella. No la vida real. —Shawna sacudió la cabeza con incredulidad—. No pensé que algo así existiera de verdad. Pero aquí en Nueva York parece que nada es imposible.

—Ahora necesito un bagel. —Tiré de Shawna para seguir caminando.

—Está bien. Pero luego quiero saber qué piensas responderle. —Shawna me siguió.

—Si yo misma lo supiera... Y además tengo mi propio problema. Carmela ha vuelto a llamar y me ha sacado de quicio. En ese momento me dejé llevar. Afirmé que iría a la boda con mi nuevo novio. Solo que no tengo ninguno. —Gemí.

Shawna se rió más fuerte que nunca. —Madre mía. Eres igual que ese Caspian. Sois tal para cual.

Me quedé mirando a Shawna, estupefacta.

No se me había ocurrido esa idea.

También tenía que reflexionar sobre eso.

Y para poder hacerlo, necesitaba comer algo urgentemente. A ser posible un bagel. Con salmón, queso crema, alcaparras y cebolla roja, como a mí me gustaba.

Seguí caminando.

¿Eh?

¿Pero qué era eso?

Las puertas de la *Pretty Bagel Bakery* estaban cerradas. Dentro no había ninguna luz encendida y no se veía ni un alma, ni clientes ni dependientas. Entonces me fijé en una hoja de papel blanco pegada a la altura de los ojos en la puerta.

Cerrado hoy por excursión de empresa.

Estaremos encantados de volver a atenderles mañana.

—¡Maldita sea! —protesté—. Nunca tengo suerte aquí, pero de verdad que nunca.

Shawna se había puesto detrás de mí y leyó el cartel. —Pronto estarán de vuelta. Mañana podrás venir a por tu bagel.

Volví a gemir.

Me rugieron las tripas de forma audible.

Shawna se rió. —Necesitas comer otra cosa —dijo—. Con ese hambre no me extraña que no puedas pensar con claridad. Me estaba preguntando hace un momento por qué no se te había ocurrido la solución a tu problema.

—¿Qué problema? Tengo más de uno. ¿Y qué solución? —Seguía decepcionada porque no había podido tomar mi bagel.

—Caspian necesita una esposa falsa que lo acompañe a su cita. Te ha ofrecido el trabajo. Y tú necesitas a un hombre que te acompañe a la boda. Solo tienes que decirle que serás su esposa si él viene contigo. Es el trato perfecto. Así los dos tenéis lo que queréis. Un Win-Win. O dicho de otro modo, matar dos pájaros de un tiro. —Shawna me miró triunfante.

—No puedo hacer eso. —Estaba horrorizada.

—¿Por qué no? —Shawna se encogió de hombros—. Además, le sale mucho más barato que los 100.000 que te ha ofrecido. Solo tiene que ir a una boda y comer y beber bien allí.

No creía que Caspian tuviera una necesidad imperiosa de ahorrar. Era el dueño de *Havisham's*, uno de los grandes almacenes más importantes de

Nueva York y la cadena más grande de los Estados Unidos.

—¿Y si no quiere venir? —pregunté con temor.

—Madre mía. Pues entonces le dices que no a lo suyo. —Shawna puso los ojos en blanco—. Además, yo en tu lugar no me preocuparía. Querrá hacerlo. Esos socios comerciales parecen estar presionándolo bastante. Eso siempre ayuda. —Shawna me dio un codazo suave en el costado—. Además, parece que le gustas. Eso también ayuda.

—No... no lo sé. —No estaba segura.

—No seas así. Si no le gustaras, no te habría hecho ninguna oferta. ¿O has visto alguna vez a un hombre que vuelva a ver a una mujer sin quererlo de verdad? —Shawna resopló—. Nadie es tan tonto.

Asentí. En eso tenía razón.

—Y ahora imagínate qué cara se les va a quedar a Carmela y Chuck cuando aparezcas con este tipo. Al parecer no solo es rico, sino que además está bastante bueno. Carmela se pondrá pálida de envidia y Chuck estallará de celos. Deseará no haberte dejado marchar nunca y tú le darás a entender que te alegras de haberte librado de él. Con mucha sutileza, por supuesto. Y de paso te lo pasarás de maravilla. Al fin y al cabo, ese Caspian no parece alguien a quien despreciar. —Shawna me sonrió triunfante.

—Eso... suena... —No sabía qué decir.

—Suena perfecto. —Shawna estaba visiblemente entusiasmada con su propia propuesta.

Su entusiasmo era contagioso.

Me imaginé apareciendo con Caspian en la boda. A toda mi familia mirándonos fijamente. Cómo pasaba de repente de ser la marginada que había perdido a su novio a ser la persona más solicitada para conversar. Cómo... cómo todo salía bien y nadie se burlaba más de mí.

Era una perspectiva tentadora.

Pero también conllevaba un riesgo.

—Podría intentarlo. Podría preguntárselo. —reflexioné.

—Hazlo. Si no preguntas, nunca sabrás qué habría respondido. —Shawna me guiñó un ojo.

Esa frase me convenció.

—Se lo preguntaré.

En secreto volví a pensar en qué cara pondrían Carmela, Chuck y mi madre cuando vieran a Caspian.

Esa idea me produjo un gran placer.

Capítulo 15 Mariella

—¿Y sabe manejar este software? —preguntó el hombre corpulento y calvo que estaba sentado frente a mí. Se había presentado como Mr. Albottom.

—Sí, durante mi carrera escribí un trabajo de seminario sobre cómo se puede implementar en las empresas para agilizar los procesos contables —respondí. Pensé fugazmente que aquel trabajo probablemente estaría cogiendo polvo en alguna estantería de mi profesor. O que ya habría acabado hace tiempo en la trituradora. Para la documentación contable existía un plazo de conservación. ¿Se aplicaría algo parecido a los trabajos de seminario?

—Entonces seguro que podría ponerlo en práctica aquí con nosotros. —Mr. Albottom me miró entusiasmado—. ¿Se ve capaz?

—Desde luego —repuse con calma.

Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Mr. Albottom me había llamado ayer tras mi encuentro con Shawna y me había preguntado si podía acudir a una entrevista de trabajo al día siguiente.

Incluso se disculpó por avisar con tan poca antelación. Pero acababan de recibir mi solicitud y el proceso ya estaba muy avanzado. Ya habían hablado con todos los demás candidatos, pero querían darme una oportunidad a mí también sin falta.

Así que ayer había apartado de mi mente cualquier pensamiento sobre Caspian y me había preparado para la entrevista.

Y ahora estaba aquí sentada.

—¿Lo ha implementado alguna vez antes? —quiso saber Mr. Albottom. Se frotó la calva reluciente.

—No, nunca. Hasta ahora no he estado en ninguna empresa que utilizara este software o que estuviera interesada en usarlo. Fue una pena, por supuesto, porque me atrae mucho el reto. —Me eché un poco hacia atrás en el asiento.

Las sillas negras de esta sala de conferencias no eran especialmente cómodas. Pero eran prácticas. Y tal vez todo fuera intencionado; de esa forma las reuniones no se alargarían demasiado. Por lo demás, la sala también era sobria. Una mesa robusta en el color beis típico de las oficinas, un par de galardones a la buena gestión empresarial colgados en la pared, moqueta gris. Me encontraba en una planta intermedia de un rascacielos en una zona que no era ni la mejor ni la peor de Manhattan.

Promedio.

Y eso no tenía por qué ser algo malo.

Incluso me parecía excelente.

Esta firma no era un consorcio gigante donde yo solo sería un número más y donde correría el riesgo de terminar siendo la chica para todo, incluso

encargada de hacer el café. Aquí el ambiente era algo más familiar. Querían confiarme incluso una tarea de bastante responsabilidad: implementar un nuevo software. Mr. Albottom era dueño de una serie de boutiques en Manhattan y esta era la sede central desde donde lo gestionaba todo.

Al principio de la entrevista todavía me sentía escéptica.

Pero mis dudas se fueron disipando a medida que avanzaba la conversación. Podía imaginarme bastante bien trabajando aquí.

Más que eso.

Incluso QUERÍA trabajar aquí.

—Dejó a su último empleador de forma bastante repentina —comentó Mr. Albottom, que estudiaba mi currículum.

Tragué saliva.

Me temía esa pregunta. Por supuesto que había preparado una respuesta. Pero si Mr. Albottom indagaba más o incluso llamaba a Vito para pedir referencias, estaría perdida.

—Sí. Ya no había más posibilidades para mí allí. —Una respuesta estándar. De pronto, miré a Mr. Albottom a los ojos.

Iba a arriesgarme.

—Además, el clima laboral no era especialmente bueno y no me sentía cómoda. Me planteé quedarme un tiempo más, pero al final no era bueno para mi salud mental. Así que decidí marcharme y dedicar todas mis energías a buscar algo nuevo. —Contuve el aliento. Esta respuesta no gustaría en cualquier empresa. Estaba rompiendo un tabú. Mis palabras no

eran precisamente halagadoras para Vito. Y casi nadie quiere contratar a alguien que habla mal de su anterior jefe.

Repasé mentalmente mis palabras una vez más.

No había atacado a nadie personalmente, solo había dicho cómo me sentía. Estaba bien.

Mr. Albottom asintió. Me miró con cierta deferencia. —Eso me gusta. Se hace valer y no se deja mangonear. Aquí nos vendrían muy bien empleados así. Porque, al final, defenderá a nuestra empresa igual que se defiende a sí misma.

Exhalé el aire.

Había salido bien.

Incluso muy bien.

Al darme cuenta de ello, reprimí con esfuerzo una sonrisa radiante.

—Como ya sabe, somos dueños de varias boutiques aquí en Nueva York. Para mí es importante que también se familiarice con la situación sobre el terreno. Al final, los empleados de las sedes centrales a menudo intentan resolver problemas de los empleados locales sin haber estado allí nunca. Aquí nos esforzamos por hacer las cosas de otra manera. ¿Estaría dispuesta a trabajar uno o dos días al mes en alguna de nuestras boutiques?

—Desde luego. —Mi respuesta fue espontánea—. Aunque no tengo ni idea de asesoramiento de moda —añadí.

—No tiene por qué tenerla. —Mr. Albottom sacudió la cabeza—. No queremos formarla como vendedora. Solo queremos que tenga una

impresión de cómo funcionan las cosas allí y dónde podrían estar los problemas. También queremos que todos los empleados se conozcan entre sí. Si una vendedora tiene que ponerse en contacto con usted para describir un problema, a menudo la barrera es alta si en la empresa hay un clima de «los de arriba» y «los de abajo». Pero si se conocen personalmente, las cosas suelen fluir mucho mejor. Los problemas se detectan y se comentan antes.

Estaba impresionada.

Pocas veces me había encontrado con una mentalidad así en una empresa.

—Me encantaría trabajar aquí. —Sonreí a Mr. Albottom.

Mr. Albottom se levantó con esfuerzo de su silla. —Tendrá noticias nuestras. Muy pronto. Y creo que volveremos a vernos en breve.

Yo también me levanté y estreché la mano que Mr. Albottom me ofrecía.

Al salir de la sala de conferencias, una sensación reconfortante me invadió y continuó mientras bajaba por la calle.

¡Tenía un nuevo trabajo!

¡Al menos casi!

Aquello había sido prácticamente una confirmación.

Reí en voz alta, casi sin poder creer mi suerte. Me habrían dado ganas de abrazar a todos los transeúntes de la calle. ¿Por qué estaban tan indiferentes y malhumorados?

Tenía un trabajo.

¡Hacía sol!

¡Era primavera!

¡La vida era maravillosa!

Venga, relájate, Mariella. Tendrás un nuevo trabajo cuando tengas la confirmación en el buzón.

Pero ni siquiera esa voz sobria y cautelosa en mi cabeza podía arruinar mi entusiasmo.

Estaba segura de que saldría bien.

Contable para una cadena de boutiques.

Volví a reír.

Cuando se lo contara a Caspian... Pronto trabajaría en un sector muy parecido al suyo. Él era dueño de una serie de grandes almacenes y yo también me ocuparía de una serie de tiendas.

Me detuve en seco.

Cuando se lo contara a Caspian.

Eso era lo que había pensado.

Como si fuera evidente que volvería a verlo y que le contaría todo lo que pasaba en mi vida. Había sido incluso mi primer pensamiento. Antes de pensar en contárselo a Shawna o a Janelle. O incluso a mi familia.

Vi el rostro de Caspian ante mis ojos. Sus ojos oscuros parecían centellear y creí percibir ya cómo se alegraba conmigo y me animaba a aprovechar esta oportunidad.

Casi sentí como si volviera a notar las caricias tiernas de Caspian y sus labios de nuevo.

Se me pusieron los pezones rígidos y sentí un ligero ardor en mi centro. Algo se estremeció en mi interior.

Oh, no. No en plena calle, Mariella. No puedes acalorarte en plena calle solo por pensar en un hombre.

Y para colmo, a un hombre que ni siquiera estaba allí. Y que, aunque quería volver a verme, no me lo había dicho con un envoltorio romántico, sino que me había hecho una oferta de trabajo.

Pensativa, di un paso adelante. Le había dicho a Shawna que aceptaría la oferta con la condición de que Caspian me acompañara a la boda.

¿Pero era realmente una buena idea?

¿Y si me enamoraba de Caspian?

Volví a quedarme quieta.

—¡Oiga, tenga cuidado! —gruñó una voz detrás de mí, mientras un transeúnte me rozaba con brusquedad. No le presté más atención. Esto era Nueva York. Cosas así pasaban todos los días.

Me preocupaba más el pensamiento que acababa de asaltarme.

¿Acaso estaba ya enamorada de Caspian desde hacía tiempo?

Sentía un hormigueo por todo el cuerpo cuando pensaba en él.

Pensaba en él sin motivo alguno. Simplemente porque una entrevista de trabajo había ido bien y estaba contenta.

En realidad, era una buena señal.

Pero si estaba enamorada de Caspian y él solo veía todo este asunto entre nosotros como un trato, como una cuestión puramente de negocios, entonces...

Entonces deberías mantenerte al margen de esto, Mariella. Porque al final acabarás con el corazón roto. Ni más ni menos. Y te lo habrás buscado tú solita. Al fin y al cabo, no es culpa de Caspian si aceptas. Nadie te obliga a aceptar este trato. Y menos ahora que quizás pronto tengas un nuevo trabajo.

Inspiré profundamente.

Probablemente fuera mejor si rechazaba la oferta.

Más sensato.

Más maduro.

Después de Chuck, ya tenía suficiente de relaciones que no llevaban a ninguna parte.

Ni siquiera sería una relación, Mariella. Sería un trato puramente comercial. La que al final sacará las cosas de quicio serás solo tú.

Mi móvil sonó.

Mi corazón dio un vuelco.

¿Caspian?

Saqué el smartphone del bolso.

No.

Era Carmela.

—Hola, Carmela —saludé a mi hermanastra con cautela.

—Hola, Mariella. Nuestra última conversación me dejó con mucha curiosidad y he pensado en llamarte de nuevo para ver qué hay de nuevo y cómo estás. —La voz de Carmela sonaba más amable de lo que la había oído nunca.

Me detuve, desconfiada.

Carmela nunca me había llamado así porque sí. Solo se ponía en contacto conmigo si quería algo de mí o si creía que podía humillarme. Nunca sonaba amable.

—Les he dicho a nuestra madre y a Chuck que vendrás acompañada a la boda y ambos se han quedado encantados. Eso sí, a todos nos parece extraño que nunca hayas soltado prenda sobre el hecho de que te estás viendo con alguien. Esas cosas se cuentan en una familia. —Un tono de reproche se había colado en la voz de Carmela.

Apreté los dientes.

Mi hermanastra siempre se las apañaba para hacerse la víctima. Ahora yo era la hermana e hija cruel que excluía a su familia de su propia vida.

—Al fin y al cabo, hay todo tipo de tipos raros por ahí. De esos que no tienen buenas intenciones y que mienten y engañan. No sea que hayas dado con alguien que se esté aprovechando de ti. —Carmela dio a su voz un tono de preocupación. —Ya sabes que siempre puedes contar con nosotros, Mariella. Quiero decir, para eso está la familia.

—No te preocupes —respondí—. Ya te dije por qué no había contado nada. Simplemente aún no estaba lo suficientemente segura. Pero este hombre no se está aprovechando de mí. Tiene mucho más dinero que Chuck. Sí, incluso diría que tiene más dinero que todos nosotros juntos.

—Oh. —Carmela guardó silencio. Pero solo por un brevísimo instante—. Eso es aún más preocupante, Mariella. A menudo esos hombres se aprovechan emocionalmente de las mujeres y luego pasan a la siguiente en cuanto se cansan de ti.

Bufé. —Eso también lo hacen los hombres que no tienen dinero. Chuck, por ejemplo.

Esas palabras se me habían escapado sin pensar.

Ya no podía retirarlas.

Y, en el fondo, tampoco quería.

—¡Eso no lo puedes comparar en absoluto! —chilló entonces Carmela. Su amabilidad se había esfumado de golpe. Lo sabía. Ahora volvía a salir a la luz la verdadera cara de Carmela. —¿Qué pretendes decir con eso?

—Quiero decir que he conocido a un hombre mejor que Chuck —respondí con calma—. Y que os lo presentaré cuando llegue el momento. En tu boda. Si me disculpas, tengo que seguir, que tengo una cita urgente.

Sin esperar la respuesta de Carmela, terminé la llamada.

No iba a dejar que mi hermanastra me diera lecciones.

Todo lo contrario.

Ya se lo demostraría.

Inspiré profundamente y erguí los hombros.

Eso significaba que tampoco podía echarme atrás.

Aceptaría la oferta de Caspian.

Mejor de inmediato.

Toqué la pantalla de mi móvil y busqué el número de Caspian.

—Caspian Havisham. —Aquella voz profunda me provocó un escalofrío por la espalda.

—Hola, Caspian, soy Mariella. Yo... lamento no haberte llamado antes. Pero hoy he tenido una entrevista de trabajo para la que he tenido que prepararme. Ha sido algo bastante imprevisto. —Me sentía un poco como si tuviera que justificarme.

—¿Y cómo ha ido? —quiso saber Caspian. Había un interés sincero en su voz.

—Bastante bien. Creo que me van a dar el puesto. —La alegría que había sentido hacía un rato regresó.

—Felicidades. Son unas noticias maravillosas. —En la voz de Caspian no se notaba lo que estaba pensando.

—En cuanto... en cuanto a tu oferta... —fui al grano. Mi corazón latía desbocado.

—¿Sí? —Caspian se mantuvo a la expectativa.

Tragué saliva. —Verás, puedo acompañarte a la cita con tus socios. Pero en lugar de los 100.000, me gustaría pedirte otra cosa.

—¿El qué? —La voz de Caspian seguía sin revelar lo que pasaba por su mente. Era todo un hombre de negocios sereno.

—Yo... bueno, mi hermanastra se casa pronto. Y lo hace con mi ex. Necesito a alguien que me acompañe a la boda. Como mi novio. Mi nueva pareja. —Apenas hube pronunciado las palabras, un pensamiento me atravesó: ¿y si Caspian se negaba? ¿Y si simplemente decía que no?

Caspian guardó silencio.

Se me encogió el estómago.

Entonces se oyó una carcajada a través del teléfono. —Vaya, eso sí que es algo inesperado.

Tragué saliva. Tenía la mente en blanco. ¿Qué debía decir ahora? ¿Cómo podría convencer a Caspian?

—Se podría decir que quieres un intercambio. Tú haces el papel de mi mujer ante mis socios y yo hago el papel de tu novio en una boda —resumió Caspian.

—Exacto. —Ese debía ser el trato.

Trato.

Ahora lo había pensado hasta yo misma.

—De acuerdo. —La voz de Caspian sonaba tan tranquila como si acabara de proponerle ir a tomar un café. Se rió un poco—. Debe de ser muy importante para ti si para ello renuncias a 100.000.

Lo era. Habría dado cualquier cosa con tal de no aparecer ante mi familia como la que no había conseguido encontrar a ningún hombre.

Apenas podía creer que Caspian hubiera aceptado así como así. Para él todo aquello no parecía ser la gran cosa.

Yo hacía de su mujer.

Y él hacía de mi novio.

Punto final.

—Entonces... entonces queda todo claro —logré decir con dificultad. Mi corazón latía como loco.

Una parte de mí estaba aliviada.

Y otra parte de mí estaba nerviosa.

Por el mismo motivo.

Estaba consiguiendo lo que quería.

Capítulo 16 Mariella

—¿Tienes pasaporte? —la voz de Caspian sonaba un poco excitada. Un poco distinta a lo habitual.

—Sí, tengo. Caduca dentro de un año y, la verdad, ni yo misma sé exactamente por qué lo tengo. Solo he estado una vez en Canadá y nunca he salido de los EE. UU. por lo demás. —Me reí un poco avergonzada ante esta confesión.

—Bueno, entonces hoy vas a salir de los EE. UU. para pasar un fin de semana fuera —anunció Caspian—. Espero que no tengas planes o, al menos, nada que no se pueda posponer.

Mi corazón palpitaba. —No, no tengo planes.

¿Qué tramaba Caspian?

¿Quería hacer una escapada conmigo?

¿A... a las Bahamas?

Fue el primer destino que me vino a la mente. Las Bahamas estaban frente a la costa estadounidense y, aunque para mucha gente eran el epítome de lo exótico, al final el archipiélago no estaba tan lejos de casa.

Para mí, eran ante todo el epítome del lujo.

Unas vacaciones así nunca me las podría permitir.

—Mis socios comerciales han llamado. Están en Londres y se van a reunir allí con un interesado británico que también quiere invertir en Dubai. Quieren vernos en Londres. —La voz de Caspian sonaba tensa.

—¿En Londres? —Miré incrédula por la ventana de mi apartamento.

Londres.

Por supuesto, ya había visto imágenes de la capital británica.

En la televisión.

Visualicé el Palacio de Buckingham, la Torre, la noria London Eye. Vi el Támesis y pequeños pubs donde la cerveza fluía de los grifos y donde los ingleses charlaban después del trabajo. La familia real británica desfiló por mi mente, junto con la imagen de una mesa puesta para el té de la tarde.

Nunca se me había pasado por la cabeza que yo misma pudiera viajar algún día a Londres.

Y ahora Caspian quería ir allí conmigo.

Ahora.

Casi de inmediato.

Tranquila, Mariella. Es un trato. Todo esto es un trato.

Respiré hondo. —¿Cuándo tenemos que irnos?

—En dos horas. —Caspian hablaba como si un viaje espontáneo a Londres fuera lo más normal del mundo.

—¿En dos horas? —Miré el reloj horrorizada. ¿Cómo iba a haber hecho la maleta para entonces? Y sobre todo: ¿qué debía llevarme?

—No te alteres. No necesitas hacer preparativos especiales. Solo prepara una bolsa pequeña. Paso a buscarte y vamos al aeropuerto. —Caspian se rió —. No es una expedición a la Antártida, Mariella. Solo volamos a Londres.

Solo a Londres.

Para mí, eso estaba tan lejos como la Antártida.

Mariella. A partir de ahora eres la mujer de Caspian. Y la mujer de Caspian está acostumbrada a este tipo de viajes espontáneos. Seguro que ya los ha hecho antes. Y también habrá estado muchas veces en Londres. Probablemente conozca el mundo entero.

Ese pensamiento me revolvió un poco el estómago. Los socios de Caspian podrían descubrir muy fácilmente que todo esto no era más que una farsa gigantesca. Entonces todo su negocio se iría a pique. Quizá debería encontrar a alguien más adecuado para este papel. Alguien para quien los viajes espontáneos a Londres no fueran nada especial.

—¿Y si tus socios se dan cuenta de que no he estado nunca en Londres? ¿Y de que en realidad no nos conocemos de nada? —Mi voz subió un poco de

tono, aunque intentaba mantener la calma en la medida de lo posible.

—Haremos un pequeño recorrido por la ciudad antes y te contaré algunas cosas sobre Londres durante el vuelo. No te preocupes. Todo saldrá bien. —Caspian se rió—. Las conversaciones en estas reuniones siempre siguen el mismo patrón. Solo piensa en un par de frases sobre el clima británico y algo sobre la comida británica. Con eso ya estarás bien preparada para al menos tres cuartas partes de las situaciones.

—Si tú lo dices... —Todavía no estaba del todo convencida.

—Puedes preguntarme lo que quieras durante el vuelo. —Caspian mantenía la calma y se esforzaba por darme seguridad.

—¿Pero y si los otros pasajeros nos oyen? ¿Y se preguntan de qué hablamos? No vaya a ser que alguien te reconozca y le cuente nuestra conversación a un periódico o algo así —me preocupé.

Caspian se rió. —Tengo un jet privado, Mariella. Nadie nos oirá. Ahora ve a hacer la maleta. Paso a buscarte en dos horas.

Un jet privado.

Por supuesto.

De repente me sentí como una idiota.

O tal vez simplemente como alguien que estaba totalmente fuera de lugar.

A Londres en un jet privado.

Cuando mi viaje más lejano hasta ahora había sido a Canadá. En un coche que estaba para el desguace.

Como aturdida, dejé el móvil después de despedirme de Caspian. Si en ese momento hubiera podido dar marcha atrás, lo habría hecho.

Pero ya no había vuelta atrás.

Solo quedaba seguir adelante.

Rumbo a Londres.

—¡Qué vistas! —exclamé asombrada lo que me pareció una eternidad después.

Ante mí se extendía Londres.

Hasta donde alcanzaba la vista.

Mis ojos siguieron el Támesis, que serpenteaba por la ciudad como una cinta de cristal. Allí delante estaba el Tower Bridge. Recorrí el río con la mirada. El Tower Bridge se podía levantar de alguna manera. ¿O se elevaba? No recordaba exactamente lo que había leído y visto en la televisión al respecto.

Por desgracia, no se veía ningún barco por ninguna parte.

Fui hacia el otro lado de la burbuja de cristal en la que estábamos Caspian y yo.

El Parlamento.

Big Ben.

La Abadía de Westminster.

—Esto es como un sueño —dije en voz baja.

—Pero es la realidad. —Caspian me había oído y ahora se ponía detrás de mí. Colocó ambas manos sobre mis hombros—. Me alegra mucho que te guste.

—Yo... todavía no puedo creer que esté aquí. —Seguía mirando hacia fuera con estupor. Caspian y yo habíamos volado toda la noche. En su jet privado había una cama estrecha y un sofá. Caspian me había cedido la cama y él había pernoctado en el sofá. Aun así, apenas había dormido por la agitación.

Ayer yo era alguien que apenas había salido de los límites de la ciudad de Nueva York. Y hoy estaba aquí.

En el London Eye.

Caspian había propuesto que así tendríamos primero una visión general de la ciudad. Yo había aceptado. Habría dicho que sí a cualquier cosa.

Estar ahora en una ciudad extranjera me fascinaba, por un lado.

Y por otro, tenía un poco de miedo.

¿Saldría todo bien?

¿Y si nuestra cita no iba bien?

—Allí al fondo está el St. James's Park y más allá el Hyde Park. —Caspian no parecía compartir mis preocupaciones. Se comportaba como si fuéramos una pareja normal en un viaje urbano aprovechando el fin de semana para vivir algo bonito juntos.

Las manos de Caspian me acariciaban suavemente los hombros.

Cerré los ojos.

El contacto se sentía sencillamente demasiado bien.

—No cierres los ojos —susurró Caspian entonces en mi oído. Su aliento cálido me hizo estremecer. Tragué saliva—. Estamos en el London Eye. Deberías mirarlo todo. Quién sabe cuándo podremos volver.

Volver.

Abrí los ojos.

—¿Cómo... cómo has sabido que cerraba los ojos? —quise saber.

—Porque has echado la cabeza hacia atrás, hacia mi nuca. No del todo, pero sí un poquito. Y porque te has apoyado en mí —respondió Caspian. Quitó las manos de mis hombros. Luego pasó un brazo alrededor de mi cuerpo.

Estábamos justo al borde de la cápsula de cristal. Por supuesto, estábamos seguros. Nadie podía caerse de allí. Todo estaba acristalado alrededor. Y aun así, sentí un poco de vértigo.

—No es que me importe que te apoyes en mí —sonrió Caspian. Me apretó ligeramente contra él. Entré en calor—. La próxima vez deberíamos venir aquí de noche. Cuando está oscuro, la vista es sencillamente indescriptible.

Pensé en la vista desde la terraza de la azotea de Caspian. Fuera como fuese la vista desde el London Eye, era imposible que fuera tan buena como el panorama ante el jacuzzi de Caspian.

—¿Tienes hambre? —quiso saber Caspian.

Negué con la cabeza. —¿Qué hora es?

—Aún tenemos tiempo suficiente para comer algo ligero —me tranquilizó Caspian.

—Pero si nos han invitado a comer luego —objeté—. No quiero que tus socios piensen que soy maleducada si no como nada.

Caspian se rió. —Ah, no te preocupes por eso. Son árabes. Probablemente piensen que estás a dieta, sin importar cuánto comas. Es lo que mucha gente en Dubai piensa de los estadounidenses. Para ellos, o estamos a dieta o estamos demasiado gordos porque no tenemos cultura gastronómica y consideramos que el McDonald's es un restaurante gourmet.

Me reí. —No les falta razón del todo. No todos los estadounidenses somos así, pero como en todo cliché, hay una pizca de verdad en el asunto.

Caspian sonrió. —Bueno, en cualquier caso, no quieres comer nada, ya lo he entendido. Probablemente te he asustado demasiado con mis relatos sobre la comida británica.

Me reí.

—¿Qué quieres hacer entonces? Es tu primera vez en Londres, puedo adaptarme totalmente a ti. —Caspian me tomó de la mano. Habíamos llegado abajo y salimos de la cápsula de cristal.

—Hay tanto que ver. —Como aturdida, sacudí la cabeza.

—Sí, en Londres se podría pasar mucho tiempo y aún no se habría visto todo —asintió Caspian.

—Quiero ir al Palacio de Buckingham. Quizá el rey esté en casa. —La familia real era algo puramente británico. No teníamos algo así en los EE. UU. Y sí, con el príncipe Harry y su familia había algunos miembros de la

realeza que ahora vivían en los EE. UU. Pero aun así. Seguían siendo británicos. Nosotros solo teníamos un presidente y una primera dama.

Caspian sonrió. —Incluso si lo está, sospecho que no nos lo encontraremos. Probablemente tenga que trabajar bastante. Pero podemos intentarlo.

Asentí emocionada.

¿Qué diría Shawna si supiera que ahora estaba en Londres?

Reprimí una risita. Luego me di un pequeño pellizco en el brazo. Todo aquello me seguía pareciendo muy surrealista.

—¿Podemos ir andando hasta el Palacio de Buckingham? —quise saber. No tenía ninguna noción de las distancias en Londres.

—Eso llevaría seguramente media hora. Está un poco lejos —explicó Caspian.

—¿Entonces cogemos el Tube? —pregunté, sintiéndome ya algo nerviosa ante la idea de conocer el famoso metro de Londres.

—Había pensado en un taxi negro. —Caspian me miró—. ¿Prefieres coger el Tube?

—Oh, no.

Taxi.

Los tiempos en los que recorría largas distancias a pie para ahorrar dinero habían terminado.

Hoy no tenía que ahorrar.

En absoluto.

Cogeríamos un taxi.

—Es un placer conocerla. —El hombre de piel aceitunada y bigote negro tomó mi mano y se inclinó. Depositó el amago de un beso en mi palma.

—Y el mío también. Caspian ya me ha hablado mucho de usted —mentí. En ese momento me maldije en silencio. ¿Por qué me había interesado más hace un rato por la familia real que por los socios de Caspian?

Eso no era precisamente profesional.

Sabía algunas cosas sobre ellos, porque Caspian me había contado toda la historia de nuevo en el avión y me había dado algo de información contextual. Pero ahora me parecía escasa y apenas me sentía preparada. ¿Por qué no había hecho más preguntas? Ahora ya era tarde.

Me maldije internamente.

Ahora tenía que confiar en mis inexistentes dotes de actriz.

Estábamos en el reservado de un elegante restaurante londinense. Había querido memorizar el nombre para contárselo todo con pelos y señales a Shawna. Pero en cuanto vi al socio de Caspian, lo olvidé todo. Miré a mi alrededor. Había una mesa puesta para seis personas. Vajilla elegante, un candelabro de plata. Hacía un momento nos había hecho pasar un camarero con frac y un bigote gris ceniza, que se veía exactamente como me imaginaba a un mayordomo británico. En los EE. UU. apenas había mayordomos.

¿O sí?

Hoy ya había volado en un avión privado y viajado en un taxi negro. Al hacerlo, me di cuenta de que había mundos de los que no tenía ni idea.

Así que quizá también había mayordomos en Nueva York.

—Estos son el Sr. y la Sra. Bancroft. —El segundo árabe señaló a una pareja de mediana edad con aspecto muy británico. Los observé. Ese era el competidor de Caspian. Todo el mundo en Londres conocía el nombre Bancroft, igual que todo el mundo en Nueva York conocía el nombre *Havisham's*. Bancroft tenía unos grandes almacenes de lujo en un barrio noble de Londres. Eso me lo había contado Caspian. Yo misma no podía permitirme comprar en tiendas como las del Sr. Bancroft.

Y ahora estábamos aquí para enfrentarnos en una comparación directa.

Nerviosa, pasé el peso de una pierna a otra.

—Es un placer conocerlos a ambos. —La Sra. Bancroft tomó mi mano. Su voz sonaba un poco afectada—. Lamentablemente no sé absolutamente nada sobre usted. Sobre su esposo se puede encontrar bastante en los periódicos. Pero sobre usted... —la Sra. Bancroft se rió—. Realmente nada en absoluto. Uno casi podría suponer que no existe ninguna Sra. Havisham.

Tuve que contenerme para seguir sonriendo.

La Sra. Bancroft estaba más cerca de la verdad de lo que pensaba.

—Bueno, existir, existe —dijo Caspian y tomó mi mano.

Yo simplemente sonreí.

—Tienen que contarme sin falta cómo se conocieron —dijo la Sra. Bancroft —. Aquí en Gran Bretaña somos muy tradicionales y a menudo nos presentan nuestros padres.

—En Dubai pasa lo mismo. —Los dos árabes asintieron. Caspian me había revelado sus nombres: Mr. Al-Wafd y Mr. Ali. También se habían presentado. Pero me era imposible distinguirlos.

De verdad.

Parecían gemelos.

—Oh, también ocurre en los EE. UU. —comentó Caspian—. Pero nosotros nos conocimos de forma puramente casual.

—¿Y dónde exactamente? —La Sra. Bancroft no cedía. Me miraba a mí, no a Caspian. Los dos árabes también me miraban. Sentí que se esperaba una respuesta de mi parte.

—En una cata de chocolate —dije.

—En mis grandes almacenes —dijo Caspian.

Habíamos hablado los dos al mismo tiempo.

Después se hizo el silencio.

—Quiero decir —expliqué apresuradamente— que primero nos vimos en los grandes almacenes. Quería comprar un vestido en *Havisham's* y no encontraba ninguno. Por casualidad me encontré con Caspian. Me invitó y fuimos juntos a una cata de chocolate. —No pude evitar ponerme roja mientras hablaba.

Y eso que estaba diciendo la verdad.

La Sra. Bancroft frunció los labios.

Los dos árabes me examinaron con agudeza.

Tuve la sensación de que acababa de estropearlo todo.

Tragué saliva.

—Qué encantador —dijo la Sra. Bancroft—. Suena tan romántico. —Sonrió. Caspian parecía haberla convencido—. ¿Y cuánto tiempo hace de todo eso?

—Diez dí... o sea, quiero decir unos diez meses. —Incluso mientras hablaba, me corregí.

Maldición.

Ya era el segundo error de la noche.

—Entonces se casaron bastante rápido. —La Sra. Bancroft se rascó la nariz.

—Cuando uno está seguro, está seguro. —Caspian sonrió con encanto—. Para mí no había ninguna razón para esperar.

—¿No me había contado usted que ya conocía a su mujer del instituto y que luego se habían perdido de vista? —Mr. Al-Wafd miró a Caspian con desconfianza. ¿O era Mr. Ali?

Mi corazón latía con fuerza.

Maldición.

Ahora sí que se había acabado todo.

Deberíamos habernos coordinado mejor.

Realmente deberíamos habernos puesto más de acuerdo.

—Sí, por supuesto. —Caspian mantuvo la calma—. También por eso estuvimos decididos a casarnos pronto. Al fin y al cabo, ya nos conocíamos. En cierto modo. Por supuesto, las personas también cambian. Pero no éramos dos extraños que se veían por primera vez.

Mr. Al-Wafd se rascó la nariz.

Contuve el aliento.

¿Se tragaría esa historia? Nos habíamos enredado varias veces. Posiblemente simplemente nos echaría.

—Nosotros también tomamos nuestras decisiones rápido. —Mr. Al-Wafd asintió. Parecía haber decidido en ese momento creernos y extendió un brazo—. ¿Les importa si pasamos a la mesa?

Nos sentamos.

—No ha ido tan mal —dijo Caspian satisfecho, mientras estábamos en el taxi recorriendo el Londres nocturno.

—Pero al principio casi lo estropeo. —Miré a Caspian—. ¿Crees que alguien se ha dado cuenta?

Caspian restó importancia al asunto con un gesto. —Eso se olvidó pronto. Mucho más importante fue de lo que se habló durante la comida. Y lo más importante de todo, al final, serán de todos modos las cifras. Si Bancroft no puede invertir tanto como yo, entonces su mujer puede ser la reina de Saba y a Mr. Al-Wafd y Mr. Ali no les interesará.

Asentí.

Caspian tomó mi mano y la llevó a sus labios. —Lo has hecho de maravilla. Yo también lo estropeé al menos una vez. Debería haberte dicho que les había contado que conocía a mi mujer desde el instituto. Pero ya se me había olvidado. —Caspian sonrió—. Estoy seguro de que los dos solo se creyeron todas nuestras historias gracias a ti. Estaban demasiado fascinados contigo, igual que yo, y no querían que te fueras. Muchas gracias por acompañarme.

Mi piel hormigueaba ante esos cumplidos.

—Ojalá nos pudiéramos quedar más tiempo. Pero el lunes tengo una cita importante y aún debo preparar algunas cosas —lamentó Caspian—. Por eso vamos hacia el aeropuerto. —Me acarició el brazo y se inclinó hacia mí —. De lo contrario, te habría regalado una noche en Londres. —De nuevo, el aliento de Caspian rozó mi cuello.

Durante la cena habíamos mantenido la distancia. En la cultura árabe, los matrimonios no intercambiaban muestras de afecto en público. Yo, de todos modos, había estado demasiado nerviosa para pensar en otra cosa que no fuera la comida y la conversación. Pero ahora, en el taxi, volví a ser consciente de repente de la cercanía entre Caspian y yo.

De lo contrario, te habría regalado una noche en Londres.

Una noche.

Una noche como en el ático de Caspian.

—Lo que se aplaza no se olvida —susurró Caspian en mi oído.

Besó ligeramente mi cuello.

Mi corazón dio un vuelco.

Capítulo 17 Caspian

Un número desconocido apareció en mi pantalla.

¿Quién era?

Yo no daba mi número a cualquiera. Solo mi familia, mis amigos y mis socios comerciales más cercanos disponían de él. Personas en las que podía confiar plenamente y que no irían por ahí contando mis secretos a la prensa. Incluyendo mi número de móvil. No quería que un periodista me despertara a las tres de la mañana y tener que responder preguntas indiscretas.

En realidad, aquello era bastante improbable. Al fin y al cabo, yo no era político. Pero tampoco quería que me llamaran durante una reunión o a mediodía para responder preguntas. No quería que me llamaran personas que, sin previo aviso, me acribillaran a preguntas. Para eso tenía un departamento de prensa al que cualquiera podía dirigirse.

Miré el móvil con desconfianza. La pantalla mostraba un prefijo extranjero y el smartphone no dejaba de sonar.

—¿Sí? —Al final acepté la llamada. Si no lo hacía, me pasaría todo el tiempo preguntándome quién me había llamado.

—¿Mr. Havisham? —preguntó una voz con acento británico—. ¿Es usted?

—¿Con quién hablo? —pregunté yo a mi vez.

—Bancroft al habla. —Ahora que el Mr. Bancroft había dicho su nombre, reconocí la voz. Por supuesto. Mr. Bancroft. El prefijo extranjero resultaba ser británico.

—Oh. Qué sorpresa tener noticias suyas. —Miré extrañado hacia fuera. Después de nuestra visita a Londres el fin de semana, no esperaba volver a ver al Mr. Bancroft. Mr. Al-Wafd y Mr. Ali elegirían a un inversor y el otro quedaría fuera del juego.

Me elegirían a mí.

Simplemente TENÍAN que hacerlo.

La visita aquí a los EE. UU. todavía estaba pendiente. Mr. Al-Wafd y Mr. Ali habían confirmado la cita al despedirnos y no me había quedado más remedio que asegurarles que me alegraba de recibirles.

Lo cual era verdad solo a medias.

O más exactamente: no me alegraba de ver a esos dos. Pero me alegraba de poder pasar de nuevo tiempo con Mariella. El día en Londres había sido mágico y había lamentado mucho que no pudiéramos quedarnos más tiempo. El asombro de Mariella ante todos los monumentos, ante la cultura extranjera y el estilo de vida británico, me había encantado.

Yo ya había estado muchas veces en Londres y también había viajado a muchos otros países. Para mí no era nada nuevo e incluso había perdido un poco el interés por hacer grandes viajes. Al final todo era igual, ¿no? Una iglesia era una iglesia, un museo era un museo y cualquier edificación era cualquier edificación.

Pero Mariella le había aportado un aire fresco a todo el asunto. Gracias a ella, me había sentido un poco como si estuviera en Londres por primera vez. De repente, veía las cosas a través de sus ojos.

Y había disfrutado de su cercanía. Cuando rodeé a Mariella con mi brazo en la cabina del London Eye, lo que más deseaba era estrecharla contra mí, besarla profundamente y…

Me detuve en seco.

No podía hacer eso.

No en el London Eye.

Existía el riesgo de que perdiera el control sobre mí mismo.

Y eso me inquietaba. Ninguna mujer había ejercido nunca tal poder sobre mí. Hasta ahora siempre había sido yo quien quería menos cercanía. Más distancia. Ahora se despertaban en mí sentimientos que no conocía.

Me resultaban aterradores.

Por eso me había despedido de Mariella tras nuestro aterrizaje y le había anunciado que la contactaría en cuanto hubiera novedades. Mariella no dijo nada al respecto, solo asintió. Siguió su camino.

Me sorprendí deseando que nos volviéramos a ver pronto.

¿Debería pedirle una cita a Mariella?

Podría simplemente afirmar que teníamos que ensayar un poco nuestra actuación. Al final, todo salió bien en la cita de Londres. Pero al principio no estábamos sincronizados de forma óptima y eso hizo sospechar tanto al Mr. Bancroft y a su esposa como a Mr. Al-Wafd y Mr. Ali.

—Mi mujer y yo acabamos de aterrizar en Nueva York —sonó entonces la voz del Mr. Bancroft en mi oído.

—¿Ah, sí? —Me mantuve educado. Pero me puse en pie de un salto.

¿El Mr. Bancroft estaba en Nueva York?

¿Qué hacía aquí?

¿Por qué estaba aquí?

¿Y por qué se había traído a su mujer?

—Tengo que resolver algunos negocios aquí en el banco. Citas para arreglar cosas para mi sucursal en Canadá —anunció el Mr. Bancroft.

—¿Ah, sí? —repetí.

El asunto sonaba poco creíble. Si el Mr. Bancroft tenía cosas que arreglar para su sucursal en Canadá, ¿por qué estaba en Nueva York y no en Canadá? Seguro que había suficientes bancos que operaban a nivel internacional. Pero lo mejor siempre era trabajar con un banco local. En la propia Nueva York, el Mr. Bancroft no tenía ninguna sucursal. Él sabía que aquí nunca podría imponerse contra *Havisham's*. Del mismo modo que yo no tendría posibilidades contra Bancroft en Londres. Así que ninguno de los dos intentaba siquiera hacerse la competencia en la patria del otro.

—Mi mujer siempre se aburre durante este tiempo. Y por eso me he preguntado si su esposa no estaría disponible y le apetecería tomar un café con mi mujer. De mujer a mujer. Ya sabe. Todas esas cosas que nosotros, los hombres, de todos modos no entendemos. —El Mr. Bancroft soltó una risita —. Y esta noche podríamos tener tal vez una velada agradable los cuatro. Nos quedamos a pasar la noche y estamos alojados en el Waldorf-Astoria.

—Eso... —No sabía qué decir.

—Ayer hablé con su secretaria. Me dijo que su agenda para esta noche todavía está vacía. —El Mr. Bancroft se lanzó con una nueva tentativa.

Apreté el puño. Si no hubiera estado ya de pie, habría saltado. ¿Cómo se le ocurría al Mr. Bancroft preguntar por mis citas? ¿Y por qué Betty le había dado información? Él no figuraba en la lista de personas autorizadas a recibir esa información.

Tenía que hablar muy seriamente con Betty.

—Al principio no quería decirme nada, pero después de que afirmé ser un colaborador de Mr. Al-Wafd, se volvió más comunicativa. —El Mr. Bancroft volvió a reírse entre dientes. Parecía estar encantado con su artimaña.

—¿Qué? —No podía creer lo que oía—. ¿Ha mentido para obtener información? ¿Por qué no dejó simplemente un mensaje para que yo pudiera contactar con usted?

—Porque quería otra información más. —Ahora la voz del Mr. Bancroft sonaba expectante—. Quería saber cuándo tiene tiempo su esposa.

Contuve el aliento.

—Lamentablemente, su secretaria no sabía nada de una esposa. Se rió y dijo que usted sería el último en casarse. Que algo así nunca le pasaría a usted. —El Mr. Bancroft no hizo ninguna pregunta. Simplemente presentó los hechos.

Y luego guardó silencio.

El silencio era más ruidoso que cualquier grito.

Di algo, Caspian. Y ahora mismo. No puedes dejar que se salga con la suya así como así.

Pero mi cabeza estaba tan vacía como ya lo había estado varias veces en los últimos días. Mientras que en presencia de Mariella aquello no había tenido mayor importancia, ahora podía tener consecuencias terribles.

Tomé aire. —Betty tiene instrucciones estrictas de no dar información sobre Mariella. A nadie. Le he permitido dar información sobre mí a ciertos socios comerciales como Mr. Al-Wafd y Mr. Ali, hasta cierto límite. Eso es todo.

—No esperará que me crea eso. —La risita del Mr. Bancroft había desaparecido. Su voz sonaba dura.

—Es la verdad. —Abrí el puño. Luego volví a apretarlo.

—Tonterías. Su mujer, es decir, la mujer que trajo a nuestra cita, no es su mujer en absoluto. Es una mujer cualquiera. Probablemente su última aventura de una noche. O una actriz a la que paga. —Ahora el Mr. Bancroft volvió a reírse.

Se estaba acercando peligrosamente a la verdad.

—Ni siquiera pudieron explicar de forma coherente dónde se conocieron en realidad. Ni siquiera eso. —El Mr. Bancroft sonaba de nuevo implacable—. No saben mucho el uno del otro. No se conocen.

—Claro que nos conocemos —me defendí.

—Dónde se ha conocido uno es algo que normalmente se sabe desde el primer día. —El Mr. Bancroft resopló—. Ustedes no están casados. Ni siquiera he visto su alianza de boda.

La afirmación quedó suspendida en el aire.

—No usamos. Eso es bastante común aquí en los EE. UU. —Me encontraba cada vez más a la defensiva.

Mal.

Muy mal.

—Mariella estaba nerviosa —tomé la palabra de nuevo—. Era la primera vez que me acompañaba a una cita. Normalmente se mantiene en un segundo plano. Tiene su propio trabajo y su propia vida. Y tampoco quiero que renuncie a eso solo porque ha decidido estar conmigo. Por eso decidimos llevar la boda y todo lo demás de forma muy confidencial. No encontrará informes sobre nosotros, ni en internet ni en otros periódicos. Y tampoco recibirá información de Betty ni de mi familia.

—Mentiras. Nada más que mentiras. Exactamente eso es lo que les diré a Mr. Al-Wafd y Mr. Ali. En cuanto haya terminado esta conversación, los llamaré y les informaré de mis sospechas. —El Mr. Bancroft se rió con malicia.

Una gota de sudor se formó en el nacimiento de mi pelo.

—Solo hay una forma de que pueda evitar esa llamada. —El Mr. Bancroft rió de forma insidiosa.

Me quedé callado.

Si mordía el anzuelo de esa frase, estaría admitiendo indirectamente que había algo de cierto en las conjeturas del Mr. Bancroft. No podía permitirlo bajo ningún concepto.

—Retire la oferta —anunció el Mr. Bancroft triunfante.

Me reí con incredulidad. —No haré eso de ninguna manera. Usted solo tiene miedo de que Mr. Al-Wafd y Mr. Ali se decidan por mí.

En cuanto a las cifras, mi oferta era con seguridad mejor que la del Mr. Bancroft.

—O retira la oferta o les aviso a los dos —amenazó de nuevo el Mr. Bancroft.

Me reí. —Solo un idiota aceptaría algo así. Incluso si Mr. Al-Wafd y Mr. Ali creen sus estúpidas habladurías y no me dan el contrato, no estaré peor que ahora. Así que no. No voy a retirar nada. Al contrario, no voy a desperdiciar así como así mi oportunidad de ganar. Voy a aprovecharla.

—¿Y si se lo cuento todo no solo a Mr. Al-Wafd y Mr. Ali, sino también a la prensa? —La voz acechante del Mr. Bancroft llegó de nuevo a mis oídos.

Simplemente no se daba por vencido.

Qué perro tan astuto.

—Eso me deja completamente frío —repliqué.

Otra gota de sudor se formó en mi frente y apreté mi mano aún con más fuerza.

—¿Ah, sí? Imagínese esto: todo el mundo sabrá que el impecable Caspian Havisham en realidad no tiene nada de impecable. Todo el mundo. Ninguna mujer querrá comprarle más. Ninguna. ¿Quién quiere apoyar a un tipo que se compra una mujer? —El Mr. Bancroft se rió soltando un bufido.

—Nadie le creerá. —La vena de mi sien pulsaba—. Absolutamente nadie.

—No estaría yo tan seguro. Siempre hay algún periodista de prensa amarilla que imprime todo lo que oye. Usted lo sabe tan bien como yo. —El Mr. Bancroft no se daba por vencido.

—Y usted sabe tan bien como yo que nadie cree a esos periodistas. Si tiene mala suerte, al final USTED quedará como un mentiroso. Como alguien que da información falsa a la prensa para obtener una ventaja.

Estaba sudando.

Con esa afirmación me estaba arriesgando muchísimo.

Pero no me quedaba otra opción.

—Quien ríe el último, ríe mejor. —El Mr. Bancroft volvió a reírse entre dientes.

—Exacto. Y ese no será usted. —Con esa frase terminé la conversación, sin esperar otra respuesta del Mr. Bancroft.

Maldita sea.

—Hoy tampoco estás concentrado. —Alistair me miró con reproche—. Este palo no es en absoluto adecuado para este hoyo. Hasta un principiante lo sabría. —Alistair señaló el palo de golf que yo acababa de sacar de mi bolsa.

—Es verdad. —Observé el palo.

Era una tarde maravillosa. Alistair y yo habíamos volado a Long Island. Por fin se presentaba la ocasión de volver a jugar al golf al aire libre.

Pero no estaba por lo que tenía que estar. La conversación con el Mr. Bancroft me tenía demasiado ocupado.

—No tengo nada en contra de ganar otra vez. —Alistair sonrió y me dio un ligero empujón—. Pero sería mejor todavía, por supuesto, si me dijeras qué pasa en realidad.

—Bah… —Me apoyé en el palo que acababa de elegir.

Entonces se lo conté.

Sobre Mariella, sobre nuestra cita y el acuerdo.

Alistair sonrió de par en par. —Una mujer totalmente de mi gusto. No acepta el dinero, sino que te exige lo mismo que tú quieres de ella. De esto se podría hacer directamente un guion de cine.

—Jajaja —gruñí. Pero luego recapacité—. En cierto modo tienes razón.

Seguí contando lo de nuestra excursión a Londres, el encuentro y, finalmente, la llamada del Mr. Bancroft. —Y ahora no sé qué hacer.

Golpeé la pelota de golf.

Me daba completamente igual si tenía el palo adecuado en la mano o no.

Tenía que liberar energía.

La pelota voló por el aire. La seguí con la mirada. Describió una curva amplia y aterrizó en la arena.

Muy lejos del hoyo.

—Era de esperar —comentó Alistair mi golpe.

Luego me miró. —¿Y por qué no pasas simplemente a la ofensiva?

—¿A la ofensiva? —Fruncí el ceño—. ¿A qué te refieres?

—En lugar de esperar a ver si ese Bancroft habla o no, podrías llamar tú mismo a los socios comerciales y decir que habías oído rumores sobre ti y Mariella y que querías desmentirlos. —Alistair me miró—. En mi opinión, eso es lo que haría alguien que ha sido acusado injustamente.

Asentí.

Era verdad. Podría llamar al Mr. Al-Wafd y contarle exactamente lo mismo que le había contado al Mr. Bancroft. Que Mariella y yo queríamos llevar nuestro matrimonio fuera del foco público y que por eso incluso había dado instrucciones a Betty para que actuara como si yo no tuviera mujer. Incluso podría mencionar que eso hacía sospechar a algunas personas y a la prensa todavía más. Pero que, sencillamente, era mi decisión. Nuestra decisión, la de Mariella y la mía.

Eso sonaba plausible.

Miré el reloj. Hoy era demasiado tarde para llamar a Dubai, pero mañana mismo cogería el teléfono.

—Además, no deberías depender tanto de esos árabes —aconsejó Alistair —. El trato podría frustrarse por muchas razones. Tal vez ese británico tenga más dinero del que crees. O tal vez decidan de repente que, después de todo, no quieren un inversor. Quién sabe. Esa gente no es como nosotros. Pueden cambiar de opinión de un día para otro sin que para nosotros tenga lógica.

—Hm —hice yo.

Alistair tenía razón.

Había puesto tanto tiempo y energía en el trato con Mr. Al-Wafd y Mr. Ali que no había seguido explorando otras posibilidades.

Aquello no había sido una jugada inteligente.

Si les parecía que estaba demasiado necesitado, entonces ellos podrían dictar las condiciones de nuestro acuerdo. Si estaba demasiado obsesionado con ganar, perdía de vista el conjunto global.

Mi empresa.

Mi vida.

Pensé en la cadena de boutiques que había estado examinando y que era un candidato potencial para una adquisición. Había descuidado el proyecto porque me había centrado más en Dubai. Cambiaría eso cuanto antes.

Al Mr. Bancroft no lo podía controlar. Pero otras muchas cosas sí.

Capítulo 18 Mariella

—Quiero que luzcas más guapa que todas las demás —Caspian me guiñó un ojo—. Bueno, ya lo eres. Pero quiero que no solo tú, sino también tu vestido, atraigáis todas las miradas. Y por eso hoy vamos de compras —Caspian tomó mi mano y depositó un beso en ella.

Estábamos en la Quinta Avenida. Algunos transeúntes se fijaban en nosotros, pero la mayoría simplemente pasaban de largo a toda prisa.

—Eso... eso es maravilloso —tartamudeé—. Pero en realidad no es necesario. Quiero decir... de todos modos pensaba comprarme un vestido yo misma. Cuando nos conocimos y Lia... —No seguí hablando.

Caspian quería regalarme un vestido.

Una parte de mí se sentía halagada. ¿A qué mujer no le gustaría que un hombre le regalara un vestido fantástico? Era una señal de aprecio.

Otra parte de mí no quería por nada del mundo que Caspian me regalara algo. Teníamos un acuerdo claro. Los regalos no formaban parte de él.

En teoría.

Hacía una hora que Caspian me había llamado para preguntarme si podía reunirme con él frente a la entrada de *Havisham's*. Yo había aceptado entusiasmada. Mr. Albottom me había dado el sí verbalmente. Mañana empezaría un nuevo trabajo y estaba muy emocionada. Una distracción no me vendría mal. En varios sentidos. Había seguido intentando encontrar a Cosmo, pero sin éxito.

Al menos, si salía de casa, pasaba algo y podía pensar en otra cosa.

—Sé que puedes comprarte un vestido tú sola —Caspian me sonrió—. No se trata de eso. Para mí es importante que nuestra apariencia como pareja sea especialmente creíble. En Londres ya fuimos muy convincentes. Pero aún no lo suficiente. Mr. Al-Wafd y Mr. Ali vendrán pronto a los Estados Unidos. Y la boda también se acerca —Caspian se señaló a sí mismo—. Quizá no seas consciente, Mariella, pero de vez en cuando estoy bajo el escrutinio de los medios. Y, por lo tanto, tú también lo estás. Los dos. Y no quiero de ninguna manera que se diga que fuiste a la boda de tu hermana con un vestido viejo o barato.

—Aunque ella se lo merecería —resoplé—. Debería ver que todo este asunto no me importa tanto.

Caspian soltó una breve carcajada.

—¿Cómo iban a saber tus socios comerciales qué vestido me pongo para la boda? —El miedo empezó a apoderarse de mí—. No pretenderán venir, ¿verdad?

—No, no —me tranquilizó Caspian—. Pero a uno lo pueden ver y reconocer en cualquier sitio y en cualquier momento. Así son las cosas en mi posición. Simplemente mira el vestido como... como parte de nuestro acuerdo.

Asentí. —Está bien. De todos modos necesito un vestido. —Si hubiera tenido éxito en mi jornada de compras hace unos días, ya tendría uno hace tiempo.

Y probablemente nunca habrías conocido a Caspian, Mariella.

Todavía no me convencía del todo que Caspian quisiera pagar el vestido por mí. Pero me tranquilicé pensando que formaba parte del acuerdo. Tal como Caspian había dicho. Era necesario para que todo saliera bien.

Caspian volvió a tomar mi mano y depositó un beso en el dorso.

Sentí un hormigueo en la piel.

—No pareces muy entusiasmada —rió—. Pero ya lo verás.

—¿El qué? —Me giré hacia la entrada de *Havisham's*.

—En cuanto te veas en un espejo, con un vestido que parezca hecho para ti, dejarás de lado tu escepticismo —Caspian me apretó la mano.

Yo tenía mis dudas.

Había visto todos los vestidos disponibles en *Havisham's*. No tengo nada en contra del surtido de Caspian, pero allí no había ningún vestido que pareciera hecho para mí. Me había probado los únicos que podrían encajar y había sido un desastre total.

Pero bueno.

Tal vez Caspian tuviera algún tipo de almacén secreto que yo desconocía. Zonas a las que solo tenían acceso las clientas habituales adineradas.

Pensé en mis novelas románticas. En ellas, algo así podría ocurrir.

—¿A dónde vas? —preguntó Caspian.

—Pues adentro. ¿O cuándo pensabas empezar con las compras? —Señalé la entrada de *Havisham's*.

Caspian volvió a sonreír. —Oh, no, vamos a comprar en tiendas algo más exclusivas. En *Havisham's* hay mucho, pero al final todo es un poco de serie. Y eso no es lo que quiero.

Caspian señaló un Bentley gris estacionado al lado de la calle. Se acercó a él. Se oyó un clic. Caspian abrió la puerta del copiloto y se inclinó ligeramente. Como si fuera un mayordomo británico o un chófer de taxi. —¿Me permite?

Me quedé sin palabras.

Y entonces subí.

¿Qué otra opción me quedaba?

—Aquí —un cuarto de hora después, Caspian se detuvo satisfecho. Estábamos en una zona tranquila de Manhattan—. Esta tienda es una verdadera joya oculta.

Eché un vistazo por la ventana.

Bridesmaid and More.

Así se llamaba la boutique.

Se veía cara y distinguida. No me hacía falta entrar para saberlo. Ya se notaba por fuera. Cualquier neoyorquina sabía qué tiendas podía permitirse y cuáles no. Y esta, claramente, pertenecía para mí a la segunda categoría.

—No te preocupes —Caspian puso una mano sobre mi rodilla—. Limítate a disfrutar eligiendo algo realmente elegante. Es algo que toda mujer debería hacer una vez en la vida —Caspian soltó una carcajada—. En realidad, incluso varias veces.

Su buen humor era contagioso.

—Pues vamos —de repente, me entraron muchas ganas de ir de compras. Pensé en la cara que pondrían Carmela y mi madre cuando apareciera del brazo de Caspian, con el vestido más elegante que jamás me hubiera puesto.

—Buenas tardes —una amable dependienta de mediana edad se acercó a nosotros nada más entrar en *Bridesmaid and More*—. Me alegra darles la bienvenida y estaré encantada de asesorarles si buscan algo específico.

—Un vestido para una boda, por supuesto —anunció Caspian antes de que yo pudiera decir una palabra—. Mariella está maravillosa con cualquier vestido. Pero creo que solo un modelo muy especial resaltará realmente su belleza.

La dependienta me examinó. No de forma crítica, como suele ocurrir en algunas tiendas.

Sino con aprecio.

Tuve la sensación de que realmente quería ayudarme.

—Eso no debería ser muy difícil. Está usted estupenda y, con su color de pelo y de ojos, de verdad puede llevar casi cualquier cosa —la mujer hizo un gesto que abarcaba toda la tienda—. Aquí en *Bridesmaid and More* solo

tenemos piezas únicas. Jóvenes diseñadores nos dejan su mercancía en depósito y nosotros la vendemos en su nombre. Por supuesto, no aceptamos cualquier diseño. Tenemos criterios estrictos para seleccionar lo que entra en la tienda.

Parpadeé. Ante mí no había percheros con docenas de ejemplares del mismo vestido. No; cada vestido colgaba de la pared y se presentaba de forma individual. Con la estola o chaqueta a juego y los zapatos correspondientes. Quien encontrara algo aquí, no tendría que preocuparse más por su atuendo.

—Y... ¿y si no es la talla correcta? —pregunté y miré de reojo un vestido de color petróleo. Un poco oscuro. Pero, por lo demás, me encantaba ese color.

—Los vestidos se pueden arreglar en cualquier momento, según su figura y sus deseos —la mujer me sonrió—. Y los zapatos los conseguimos, por supuesto, en la talla adecuada. Lo que nos importa aquí es ofrecer una selección completa. Cuántas mujeres no han pasado por esto: en cuanto encuentras el vestido, tienes que preocuparte por los zapatos, por la estola, por el bolso o la chaquetilla. Aquí lo tenemos todo. Si encuentra algo que le guste, podrá salir de la tienda con la equipación completa.

Asentí.

—Soy Janie —se presentó la mujer—. Soy la dueña de la boutique. ¿Puedo ofrecerles quizá una copa de champán antes de que empecemos a ver los vestidos?

—Es una idea excelente —Caspian puso una mano entre mis omóplatos.

Janie desapareció.

Caspian me dio un ligero masaje. —Estás totalmente tensa —me susurró al oído desde atrás. Sentí su aliento cálido sobre mi piel. Un escalofrío

recorrió todo mi cuerpo.

—Ya encontraremos lo adecuado para ti —susurró Caspian—. Ya lo verás, vas a eclipsar a todo el mundo —la mano de Caspian siguió masajeando mi espalda.

La zona se calentó.

Caspian depositó un beso en mi cuello. Su mano se deslizó hacia abajo y su pulgar masajeó el punto justo encima de mi coxis. —Pero tú eres la más guapa de todos modos. Da igual el vestido que lleves.

Me alegré de que Caspian no pudiera verme la cara. El rubor subió a mis mejillas. Mis pezones hormigueaban. Estaban a punto de erizarse.

Dios mío.

—AQUÍ... aquí tienen el champán —Janie salió de detrás de una cortina con dos copas. Me puso una en la mano y la otra se la dio a Caspian.

Caspian se giró hacia mí y levantó su copa. —Por una experiencia inolvidable.

Las copas tintinearon y el rubor de mis mejillas se intensificó. Me llevé la copa a la boca rápidamente y di un gran trago. Y luego otro.

Ahora también sentí calor en otras partes y noté cómo mis músculos se relajaban.

—Un vestido en turquesa claro o menta le quedaría de maravilla —opinó Janie—. Voy a ver qué tengo por ahí.

Asentí. —Ya me probé uno así. Pero no era del todo el adecuado —expliqué.

Janie tomó un vestido de un perchero y lo examinó.

Demasiadas lentejuelas. Ese fue mi primer pensamiento. Pero no lo dije en voz alta para no herir a Janie.

—Demasiadas lentejuelas —dijo Janie entonces—. Usted ya brilla lo suficiente. Este vestido es más para mujeres que no brillan desde dentro. En esos casos, tenemos que ayudar desde fuera.

Me quedé de piedra. La sinceridad de Janie era desarmante.

—¿Qué le parece este vestido? —Janie sostuvo en alto un vestido turquesa con un amplio escote. Tenía una falda con mucho vuelo que terminaba aproximadamente a la altura de las pantorrillas. Hacia el dobladillo, el color se transformaba en un azul oscuro y cálido, casi azul noche.

—Combina de maravilla con su piel y sus ojos. Y podría elegir zapatos, bolso y una estola o chaquetilla en azul noche. Sería algo que atraería todas las miradas. —Janie me dedicó una sonrisa radiante.

Contemplé el vestido. —Se ve realmente de maravilla —dije con sinceridad —. Sencillo y a la vez especial.

—Esa es la especialidad de esta diseñadora. Hannah Washington. —Janie me sonrió.

El nombre no me decía nada.

—Algún día será famosa y entonces se sentirá orgullosa de haber llevado un vestido suyo ya desde ahora. —Janie estaba muy segura de su elección.

Caspian me dio un toquecito. —Venga, pruébatelo.

Asentí. Pero antes de dar un paso hacia Janie, me volví hacia Caspian. —¿Y si es demasiado caro?

Caspian sonrió de par en par. —Eso no existe. Esa frase está prohibida aquí.

Insegura, intenté reír también.

—Los vestidos no tienen etiquetas de precio. Debe concentrarse por completo en lo que le queda bien y le gusta, y no preocuparse por otras cosas. —Janie me guiñó un ojo e intercambió una mirada con Caspian.

Caspian asintió.

Janie parecía satisfecha.

¿Acababa de producirse un intercambio secreto entre los dos sobre cuánto dinero se estaba gastando aquí?

Janie apartó la cortina de un probador y colgó el vestido dentro. —Tómese todo el tiempo que necesite. Si requiere ayuda, llámeme.

Asentí.

—¿Qué número de calzado usa? —quiso saber Janie.

—Un 7,5. En Europa sería un 38. —Entré en el probador.

Janie asintió. —Estupendo. En ese número seguro que tenemos algo.

Corrí la cortina.

El vestido era un sueño. No podía dejar de mirarlo. Y de alguna manera, tampoco quería ponérmelo, porque tenía miedo de que el sueño se rompiera entonces. El sueño de poderme ver, al menos una vez en la vida, como una princesa.

—No tenga miedo. El vestido le quedará de maravilla —dijo la voz de Janie desde fuera.

¿Acaso sabía lo que estaba pensando?

¿Y ya por segunda vez?

Inspiré profundamente. Luego me quité la ropa y me puse el vestido con cuidado. Una parte de mí temía romper algo. Pero el vestido se deslizó sin esfuerzo sobre mi cabeza y mis hombros.

Janie tenía razón.

Realmente era como si estuviera hecho para mí.

—¿Quiere que la ayude con la cremallera? —La voz de Janie.

—Sí, por favor.

Janie entró en el probador. Subió la cremallera y luego me observó con más detalle. —Está sencillamente maravillosa. A todos los hombres de esa boda se les van a salir los ojos de las órbitas. —Janie bajó la voz—. Posiblemente incluso reciba usted misma una propuesta de matrimonio. O puede que el novio se lo piense otra vez.

Solté una risa nerviosa. —Seguro que no.

Que el novio era mi ex era algo que, desde luego, no pensaba revelarle a Janie.

Janie me sacó del probador.

Caspian estaba esperando. Cuando me vio, silbó entre dientes. Luego empezó a aplaudir.

Me puse roja de nuevo.

Entonces me miré en el espejo.

Me devolvía la mirada una mujer familiar y a la vez extraña. Esa era yo. Y a la vez no lo era. Era yo como nunca antes me había visto.

—Los zapatos. —Janie señaló frente a mí.

Me puse un par de zapatos de salón azul noche y di un paso adelante.

Crac.

Bajo mis pies sonó un crujido.

Con presteza, Janie me agarró del brazo.

—Oh, maldita sea. —Contemplé el desastre—. Lo siento de verdad.

—¿Te ha pasado algo? —Caspian me puso una mano en el hombro.

—Todo bien. Solo el zapato... —Miré a Caspian avergonzada.

Él sonrió aliviado. —Parece ser tu especialidad cargarte tacones.

Y de repente empecé a reír. Reí y reí y reí, y no podía parar.

—Estabas perfecta —me aseguró Caspian media hora después—. Realmente perfecta. —Se rió—. Bueno, ya tenemos el vestido, ¿puedo cumplirte algún otro deseo?

—Me gustaría un bagel de la *Pretty Bagel Bakery* —solté de forma espontánea.

—Esos son realmente buenos —estuvo de acuerdo Caspian—. Pues vamos allá.

Estábamos frente a *Bridesmaid and More*. Caspian cargó las bolsas con mis compras en su Bentley gris y luego me abrió la puerta.

Subí al coche.

—*Pretty Bagel Bakery* —murmuró Caspian mientras introducía el destino.

Una sensación de anticipación se extendió por mi interior.

Por fin iba a conseguir mis amados bagels. Casi podía sentir ya el sabor en la lengua.

Caspian a mi lado gruñó algo. Le eché un vistazo. Tenía la frente profundamente arrugada. —Creo que no llegaremos a tiempo antes de que cierren —dijo finalmente—. Debe de haber habido un accidente en alguna parte. Hay muchísimo atasco.

—Vaya. —Miré el parabrisas decepcionada.

—Pero lo prometido es deuda —intentó animarme Caspian—. ¿Quieres cenar hoy en otro sitio? Iremos a la *Pretty Bagel Bakery* en otra ocasión.

Miré a aquel hombre. Hoy había hecho más por mí que todos los demás hombres que había conocido. Y ahora me preguntaba qué más podía hacer por mí.

Cuando debería ser yo quien hiciera algo por él.

Miré hacia afuera pensativa.

Y entonces vi la pequeña tienda.

—Vuelvo enseguida —anuncié—. Solo un momento. Y ahora no puedes mirar. Cierra los ojos.

—Caspian se rió. —¿A qué viene esto?

—Ya lo verás ahora mismo. Venga, cierra los ojos. —Comprobé si Caspian hacía lo que le pedía.

Entonces bajé del coche.

Cuando salí de la pequeña tienda diez minutos después, Caspian estaba apoyado en el Bentley en la acera.

—Toma. —Le entregué a Caspian un paquete pequeño.

—¿Qué es esto? —Me miró con desconfianza.

—Un agradecimiento. —Le sonreí a Caspian.

—¿Por qué?

No quise decir nada al respecto. —Venga, ábrelo ya —le insté.

Caspian abrió el paquete.

Entonces echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Se rió y se rió hasta que no pudo más. Finalmente, me miró. —Nadie me había regalado nunca algo tan genial.

Caspian sostenía en la mano un calcetín azul con puntos amarillos y uno amarillo con puntos azules. Los acababa de comprar en una pequeña tienda tres locales más allá de *Bridesmaid and More*.

Crazy Socks.

Así se llamaba la tienda.

Caspian me agarró por los hombros. —Muchas gracias. Muchas, muchas gracias. No puedo decirte lo mucho que esto significa para mí.

Se inclinó hacia mí.

Mi corazón latió con más fuerza y cerré los ojos.

Ahora.

Ahora Caspian volvería a besarme.

Por fin.

—Vaya, vaya, la feliz pareja ya no aguanta más y tiene que montárselo incluso en plena calle. —Una voz maliciosa interrumpió mi impaciencia.

Abrí los ojos de golpe.

Caspian me sujetó con más firmeza.

Ante nosotros estaba Chuck. Sonreía con burla. —Carmela ya me ha contado que te has agenciado a un tipo cualquiera a toda prisa para venir con él a la boda. —Chuck examinó a Caspian. Bufó—. Si tú lo dices. Pero ya verás a dónde te lleva eso.

Tenía un comentario mordaz en la punta de la lengua.

Pero me lo tragué.

No quería discutir con Chuck delante de Caspian.

Chuck se dirigió a Caspian. —Deberías tener cuidado con ella. No para de exigir y exigir y exigir sin dar nada a cambio. Al final uno se siente como un completo idiota y lo único que le queda es buscarse a otra. Entonces ella se arrepentirá de lo que ha hecho y querrá volver. Siempre pasa igual con ella.

Abrí la boca indignada.

Caspian se me adelantó. —Quien habla mal de su ex, dice más de sí mismo que de ella. Y ahora, lo mejor sería que se largara de aquí.

Caspian se dio la vuelta y me abrió la puerta del copiloto del Bentley.

Simplemente dejó a Chuck allí plantado.

No era una mala estrategia.

En mi interior se extendió un salvaje sentimiento de triunfo.

Capítulo 19 Caspian

—Me alegra que hayan venido —saludé a Mr. Al-Wafd y a Mr. Ali.

—Y a nosotros nos alegra estar finalmente aquí. Es algo muy distinto verlo todo con los propios ojos. —Mr. Al-Wafd alzó la vista hacia la fachada de *Havisham's*. Nuestro edificio de diez plantas era de piedra caliza clara y tenía grandes ventanales en cada piso.

Havisham's no era un moderno palacio de cristal, sino un edificio típico de Nueva York, construido poco después de 1900. Encajaba en esta ciudad. Toldos negros cubrían nuestros escaparates, que se redecoraban con regularidad. En las plantas superiores, muchas ventanas estaban cubiertas con estores finísimos. Así entraba la luz al interior.

—En Dubai no tenemos edificios así —comentó Mr. Ali.

Al igual que en Londres, los dos árabes vestían de forma tradicional. Llevaban túnicas blancas largas, que en su tierra llamaban Dishdasha, junto con pañuelos blancos sujetos con una banda negra. En el campo habrían atraído bastantes miradas en los Estados Unidos. Pero aquí, en Nueva York, apenas nadie se fijaba. No en vano la ciudad era considerada un crisol de

culturas. En Londres los dos árabes tampoco habían llamado especialmente la atención.

Me reí. —En su tierra, la arquitectura y la historia también son muy diferentes. He visto su edificio y encaja perfectamente en ese entorno.

—Aunque hay que decir que a nuestras mujeres seguro que también les resultaría atractivo comprar en un edificio original de Nueva York. Desmontar el edificio aquí y volver a levantarlo en Dubai sería, no obstante, muy costoso. Pero tal vez podríamos replicarlo. —Mr. Al-Wafd contempló pensativo la fachada de *Havisham's*.

¿Desmontar el edificio aquí y replicarlo en Dubai?

Negué con la cabeza para mis adentros. Ya pensaba yo que TENÍA ideas locas. Pero ni a mí se me habría ocurrido algo así.

—Creo que lo más importante es que creemos la misma atmósfera en el interior. Quien ve los productos presentados en un ambiente agradable, quien puede mirarlo y probarlo todo con calma, quien tiene suficiente variedad, comprará con gusto, sin importar cómo sea el edificio. —Me corregí—: Bueno, no exactamente igual. Pero mientras el edificio sea atractivo, la gente vendrá. Si la oferta interior no es la adecuada, pueden replicar lo que quieran. La gente dejará de venir poco a poco.

—En eso tiene razón. —Mr. Al-Wafd asintió—. Pero aun así. Me gustaría enviar a mi arquitecto aquí para que vea el edificio.

—No puedo impedírselo. —Me reí—. Probablemente el edificio ya ha sido replicado varias veces. Quién sabe lo que se puede encontrar en China.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali se limitaron a asentir.

—Ya tenemos un edificio en Dubai. Pero para nuestra nueva apertura en Abu Dhabi, ese estilo arquitectónico sería una opción a considerar. —Mr. Ali ladeó la cabeza.

Esta vez fui yo quien se limitó a asentir. Si ambos querían replicar mis grandes almacenes, no iba a detenerlos. Ni siquiera era posible. Hoy en día todo en el mundo se copiaba a un ritmo cada vez mayor. No podía preocuparme por esas cosas. Tenía que concentrarme en mi propio negocio. Solo así progresaba y avanzaba.

Además, me gustaba el rumbo que tomaba la conversación. Los dos estaban pensando en replicar mi edificio. Eso solo podía significar que seguía en liza por el trato. Mi llamada y mis explicaciones sobre Mariella y yo debían haber causado buena impresión a los dos árabes. Quizá el Sr. Bancroft ni siquiera había cumplido su amenaza porque sabía que, al final, solo quedaría como alguien que difundía rumores. Un socio comercial serio no necesitaba tales cosas.

Tampoco en la prensa había aparecido nada sobre Mariella y yo.

—Si me permiten invitarles a pasar. Me gustaría guiarles por las distintas secciones. —Hice un gesto hacia nuestra puerta de entrada. Aun así, hoy me sentía un poco nervioso.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali se pusieron en marcha.

—Su sección de juguetes me ha gustado extraordinariamente. —Mr. Ali soltó una risita—. Cuánta variedad. Y qué hábilmente situada, en la planta entre la de caballeros y la sección de mujer. Quien va de compras con su hijo tiene que pasar por delante.

Mr. Al-Wafd asintió con énfasis. —Exacto. ¿Y qué padres pueden negarle un deseo a su hijo? Muy pocos. Eso lo sabe cualquiera que posea unos

grandes almacenes. También los pequeños estantes con juegos y papelería ante la caja están muy bien situados.

Sonreí. —Sí, quien tiene que esperar suele decidir en el último momento comprar algún detalle o un obsequio para alguien. O darle una alegría a su hijo.

—Pero lo que más me ha gustado es que todo se presenta de forma muy atractiva. Aquí cada mercancía tiene espacio suficiente. En muchos otros grandes almacenes todo está apretujado y hay que buscar mucho hasta encontrar lo que uno quiere. Así no se lo ponen más fácil al cliente, sino más difícil. —Mr. Al-Wafd asentía con cada palabra.

—Es cierto. —Ya estábamos frente a mi despacho. Abrí la puerta—. Aquí dentro estaremos tranquilos y a solas. Por favor, entren.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali entraron en mi despacho.

—Tomen asiento. —Señalé la pequeña mesa de reuniones con las cuatro sillas que había colocado estratégicamente en un rincón desde el que se divisaba la Quinta Avenida.

—Toda esa gente —dijo Mr. Ali antes de sentarse—. Todos tienen dinero y quieren gastarlo.

Sonreí. —Bueno, digamos que la mayoría. Muchos vienen solo para admirar nuestros escaparates. Pero eso me parece igual de bien. Vuelven a casa y le hablan a alguien de nuestros grandes almacenes. Y esa persona se lo cuenta a otra. La siguiente quizá venga y compre algo. Para mí lo importante es no solo tratar bien al comprador, sino a cada persona. Cada uno es un cliente potencial. Quien hoy es pobre, mañana puede ser rico.

—Muy cierto. —Mr. Al-Wafd asintió.

—¿Puedo ofrecerles un café? —pregunté.

La máquina ya había sido sustituida por segunda vez. Betty había hecho venir a los técnicos de nuevo. Al final habían claudicado y se habían llevado la máquina otra vez para investigar el asunto más a fondo en su taller. Me habían entregado un modelo flamante y una carta de disculpa del servicio de atención al cliente.

Ayer la nueva máquina había funcionado a la perfección. El café había sabido excelente, mucho mejor que el de la antigua. Así sería a partir de ahora cada día. Se me hacía la boca agua.

—Con gusto. Un capuchino, si tiene. —Mr. Al-Wafd seguía mirando hacia fuera.

—Para mí también. —Ese fue Mr. Ali.

Coloqué una taza sobre la rejilla y pulsé el botón.

De repente se apagaron las letras del visor. Se quedó a oscuras.

¿Qué era eso?

Pulsé el botón de nuevo. El visor seguía oscuro. Molesto, comprobé el cable de alimentación. Estaba correctamente enchufado, pero por si acaso lo desconecté y volví a conectarlo.

No pasaba nada.

Me habrían dado ganas de darle un golpe a la máquina. Pero no podía comportarme así ante mis socios.

¿Por qué el maldito trasto no funcionaba otra vez? ¡Era nuevo de paquete!

—Lamentablemente parece haber un problema con la máquina —me disculpé ante Mr. Al-Wafd y Mr. Ali—. Ha ocurrido ya un par de veces en los últimos días.

Mr. Al-Wafd frunció el ceño. —Debería hacerse con una máquina mejor. Nuestra máquina funciona de maravilla y sirve un café de la mejor calidad. Claro que nosotros la hicimos traer de Italia.

Me irritó aquella lección, pero intenté que no se me notara. —Esta máquina también es de un fabricante italiano.

—Puede ser. Pero tal vez no fue fabricada en Italia, sino en China. Cosas así ocurren cada vez con más frecuencia. —Mr. Al-Wafd se dio la vuelta.

—Le pediré a mi secretaria que nos traiga cafés del Starbucks de aquí al lado —anuncié, sin entrar más en el comentario de Mr. Al-Wafd. En silencio, decidí encargarle a Betty que se informara sobre el origen exacto de la máquina. A lo mejor no procedía de Italia. O a lo mejor nos habían puesto una unidad que habían recogido de otra parte y que también habían reparado. Y ese dueño recibiría ahora mi máquina cuando estuviera arreglada.

Quién sabía.

Todo era posible.

Abrí la puerta de mi despacho. —Betty. Por favor, vaya a Starbucks y traiga tres capuchinos. Y más tarde quiero hablar con usted sobre la cafetera.

—Sí, Mr. Havisham. —Betty se levantó.

Cerré la puerta de nuevo.

—Bueno, creo que podemos comenzar nuestra pequeña reunión incluso sin café. De lo contrario, nos retrasaremos. Tenemos varios lugares que queremos visitar esta tarde. —Mr. Al-Wafd se sentó por fin en la pequeña mesa de reuniones. Mr. Ali hizo lo mismo.

También yo me senté. Me habría encantado saber a dónde más pensaban ir los árabes. ¿Querían examinar a otros posibles socios en los EE. UU.? ¿O tal vez una posible inversión?

Pero no pregunté. Ya conocía a Mr. Ali y a Mr. Al-Wafd lo suficientemente bien como para saber que no me revelarían la respuesta.

—Hemos hablado intensamente sobre nuestra futura estructura en Dubai durante los últimos días, desde nuestro encuentro en Gran Bretaña. Al hacerlo, todas las opciones han vuelto a ponerse sobre la mesa. —Mr. Al-Wafd se recostó en la silla. Juntó las palmas de las manos.

Yo guardé silencio.

Mr. Ali levantó la mano. Alzó un dedo. —Por un lado, podemos seguir adelante con nuestro plan sin ningún inversor externo. Como usted sabe, disponemos perfectamente de los medios necesarios. Nos interesa más ganar un nombre de prestigio como socio que alguien que invierta lo máximo posible. —Mr. Ali alzó un segundo dedo. —Por otro lado, podemos seguir adelante con el plan con *Havisham's* como socio. — El tercer dedo. —La siguiente opción es seguir adelante con el plan con Bancroft. Unos grandes almacenes de lujo del prestigioso barrio londinense de Kensington tampoco quedan nada mal como nombre.

Mr. Ali hizo una pausa.

Yo seguía en silencio.

Ese tipo de preámbulos formaban parte de la cultura árabe y probablemente buscaban desconcertar al oponente. No quería darles munición, sino esperar al momento adecuado para presentar mis argumentos.

—Nos hemos decidido por la cuarta opción —tomó la palabra Mr. Al-Wafd.

—¿La cuarta opción? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera contenerme.

Mr. Al-Wafd se echó hacia atrás. —Bueno, nos gustaría tenerles a ambos a bordo. A usted y al Sr. Bancroft. De este modo tendremos lo mejor de ambos mundos, el británico y el estadounidense. A nuestros clientes les encantará.

Abrí la boca.

Luego volví a cerrarla.

¿Qué se suponía que debía decir?

Eso no me gustaba nada.

No quería trabajar con Bancroft bajo ningún concepto. El hombre me resultaba antipático. Ya desde el principio no me había caído especialmente bien. Lo había atribuido a nuestra competencia. ¿A quién le gusta su competidor? Pero, como muy tarde, desde su llamada, no quería tener nada más que ver con él.

Y mucho menos quería emprender un proyecto conjunto con él.

En ese momento llamaron a la puerta del despacho.

—¡Adelante! —exclamé.

—El café. —Betty apareció con una bandeja pequeña en la que había tres de los típicos vasos de cartón de Starbucks.

—Gracias, Betty —dije, y lo decía en un doble sentido. La pausa me dio la oportunidad de reflexionar sobre todo.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali cogieron los vasos de café y ambos dieron un sorbo.

—No está nada mal —sentenció Mr. Al-Wafd—. Incluso bastante bueno para una cadena así. Tal vez deberíamos abrir una sucursal de Starbucks en nuestros grandes almacenes.

Mientras tanto, yo había podido preparar mi respuesta. —Su oferta suena, por supuesto, muy interesante y me alegra que tengan un interés serio en hacer negocios con *Havisham's*. Sin embargo, no entra en mis planes incluir a otro socio más en el proyecto. Esa opción nunca se había planteado entre nosotros.

—Nosotros también empezamos a considerarlo solo después de la reunión con el Sr. Bancroft y con usted —admitió Mr. Ali.

—Entiendo que esta opción les resulte tentadora. Dos grandes nombres. Pero, al final, creo que el cliente no saldría beneficiado. ¿Dónde compraría? ¿En *Havisham's*? ¿En Bancroft? A menudo, una mezcla no acaba reuniendo lo mejor de dos mundos, sino lo peor de ambos. No obstante, seguro que todos estamos de acuerdo en que queremos lo mejor para nuestros clientes. Al fin y al cabo, eso es también lo mejor para nuestros negocios.

Mr. Al-Wafd asintió pensativo. Dio otro sorbo al capuchino.

—También estoy dispuesto a reconsiderar la cuantía de mi inversión. Su proyecto en Abu Dhabi también me interesa mucho. —Lancé un nuevo señuelo.

En los ojos de Mr. Al-Wafd brilló algo.

Solo un instante.

Pero lo suficiente para que yo pudiera verlo.

Había mordido el anzuelo.

—¿Qué hay de su mujer? —La pregunta vino de Mr. Ali.

Sorprendido por el cambio de tema, miré a Mr. Ali. Él solía dejarle la palabra a Mr. Al-Wafd. — ¿Qué pasa con ella?

—De hecho, hemos recibido indicios sobre los rumores que usted mencionó en su llamada. —Mr. Ali hizo una pausa—. Llegó un correo electrónico anónimo —añadió después.

El corazón me latía en la garganta.

¿Había cumplido Bancroft su amenaza?

Por fuera, no dejé traslucir nada.

—¿Un correo anónimo? —pregunté con calma—. No es una fuente especialmente creíble. Cualquiera podría enviar algo así. Cualquiera que quiera desearle mal a otro. Quien realmente tiene algo que decir, da la cara y muestra su rostro.

—Es cierto. —Mr. Al-Wafd volvió a juntar las palmas de las manos. —Tampoco nosotros apreciamos demasiado los avisos anónimos. No obstante, nos sentimos obligados a verificar cada sospecha hasta el más mínimo detalle y a desmentir todos los rumores. Usted sabe lo importantes

que son el matrimonio y la familia en nuestra cultura. Por eso queríamos conocer a su mujer.

Yo guardé silencio.

Finalmente, volvió a tomar la palabra Mr. Ali. —Mariella, su mujer, es realmente encantadora. No queremos decir lo contrario. Pero, bueno, en Londres ambos nos parecieron ocasionalmente un poco extraños. A eso se suman los indicios. ¿No estarán viviendo separados?

No estaba preparado para esa pregunta.

Mr. Ali y Mr. Al-Wafd me miraban.

Al acecho.

No había otra forma de decirlo.

Bancroft, ese perro.

Tranquilo, Caspian. Tienes que convencerlos. Aún no hay nada perdido. Solo quieren ponerte a prueba.

Eché la cabeza hacia atrás y me eché a reír.

Fuerte y prolongadamente.

—Por supuesto que no —dije jadeando—. Deseamos fervientemente pasar más tiempo juntos. Pero, lamentablemente, mi trabajo no siempre lo permite.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali intercambiaron una mirada. Mr. Al-Wafd se aclaró la garganta. —Solo hacemos negocios con hombres que tienen una vida privada estable. Lo hemos dejado claro.

Asentí. —Lo sé. Sin embargo, me gustaría señalarles que la mera presencia de una esposa aún no es garantía de una vida privada estable. Hay bastantes personas que llevan casadas mucho tiempo y o bien se pelean a diario o ya no tienen nada que decirse. Tampoco quien pasa mucho tiempo junto es necesariamente feliz.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali no dijeron nada.

—Además, nunca les mentiría en este asunto. ¿Qué clase de fundamento sería ese para una relación comercial? —Al pronunciar estas palabras, sentí, sin embargo, un poco de inquietud.

Tranquilo, Caspian. Seguro que esos dos tampoco te han dicho la verdad en todo. Siempre es así. Todo el mundo maquilla su información y muestra su mejor cara. Si realmente encaja, solo se verá después.

—Creo que se trata de una difamación. De alguien que quiere perjudicarme. O de alguien que quiere evitar que cerremos el trato. —Negué con la cabeza —. Aunque no puedo imaginar quién haría algo así. Pero siempre hay personas que no se detienen ante nada. Como ya les dije por teléfono.

No delataría a Bancroft.

Mr. Ali y Mr. Al-Wafd sacarían sus propias conclusiones.

Les sonreí ampliamente. —Pero ¿tal vez podría invitarlos mañana por la noche a mi casa en lugar de al restaurante? Junto con mi mujer, por supuesto. Estaremos encantados de recibirlos y mostrarles cómo es un auténtico hogar estadounidense. Y espero que de este modo también disipemos sus dudas.

La idea me pareció buena.

Pero en cuanto las palabras salieron de mi boca, me asaltaron las dudas.

¿Y si descubrían algo en mi casa que me perjudicara?

Casi quise retirar la invitación.

Mr. Al-Wafd se aclaró la garganta. —Con mucho gusto.

Ahora ya no podía echarme atrás.

Tenía que llamar a Mariella.

Ojalá esta cita saliera mejor que la primera.

De lo contrario, tendría un problema.

Y uno muy grande.

Capítulo 20 Mariella

—¿Qué es esto? —se asombró Caspian al abrir la puerta.

Sostenía entre mis brazos una caja grande que en ese momento le puse a él en las manos. Había creído que podría cargar con las cosas fácilmente desde la tienda hasta aquí. Pero la caja pesaba más de lo esperado.

Caspian dejó la caja sobre el aparador. —Mi ama de llaves ya ha comprado y preparado todo. Tal como acordamos. No hace falta que traigas nada más. —Caspian me miró con un leve reproche—. No quiero que te esfuerces más de la cuenta aquí. La noche ya va a ser lo bastante agotadora. Mr. Al-Wafd y Mr. Ali nos van a examinar con lupa. De eso estoy seguro.

Apreté los dientes. —Me gusta pasar la velada contigo. Pero no puedo decir que me haga mucha ilusión esta «entrevista» con esos dos.

Caspian se rió. —Ya somos dos. Nunca he tenido socios comerciales que se comportaran de esa manera. A veces me pregunto si de verdad quieren hacer negocios. Posiblemente solo estén buscando una excusa para cancelarlo todo.

—Seguro que podrían conseguirlo de forma más sencilla —objeté.

—Es cierto. —Caspian me miró pensativo. Luego sonrió—. Eres muy lista. Quizá debería contratarte.

Me reí. —Demasiado tarde. Acabo de empezar un trabajo nuevo y me gusta muchísimo. Por primera vez me han asignado una tarea con responsabilidad. Además, la gente es muy amable. No me podría haber ido mejor.

—¿Ah, sí? Eso me lo tienes que contar con más detalle. —Caspian me miró. En sus ojos oscuros se apreciaba interés.

Interés por mí.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien quería saber si mi trabajo me llenaba y por qué. Chuck siempre preguntaba solo cuánto ganaba y luego se quejaba si alguna vez hacía una hora extra. Por supuesto, también se quejaba si, en su opinión, el sueldo no era suficiente. En general, siempre se estaba quejando y, a cambio, mostraba muy poco interés por mí.

—Pero ahora vamos a prepararnos para esta noche. Aún tengo que enseñarte unas cuantas cosas. —Caspian suspiró—. Como anfitriona, deberías saber dónde está cada cosa en la cocina. Aunque debo confesar que ni yo mismo lo sé muy bien. Paso demasiado poco tiempo aquí. Casi siempre como fuera.

—Saldrá bien —respondí confiada—. Siempre podemos decir que normalmente es el ama de llaves quien se encarga de todo.

Caspian señaló la caja. —¿Qué es lo que has traído al final? —quiso saber.

—Plantas —dije—. Porque si hay algún punto en el que tus dos socios podrían notar que aquí no vive ninguna mujer, es en las plantas. Esas cosas

secas que tienes aquí... se nota a leguas que no han sido cuidadas por una mujer en años.

Caspian me miró asombrado. Luego se rió. —Eres increíble.

Me encogí de hombros y sonreí.

Secretamente me alegraba de haber podido sorprender a Caspian.

—Y qué decoraciones vegetales tan bonitas tienen —elogió Mr. Al-Wafd poco después, mientras contemplaba la mesa impecablemente puesta—. Se nota enseguida que la señora de la casa ha tenido algo que ver.

Sonreí con orgullo.

Sin embargo, no dije nada e incluso hice un gesto modesto con la mano. —Oh, es uno de mis pasatiempos favoritos. Opino que una casa solo es un verdadero hogar cuando está bien arreglada. Y a eso también pertenecen las plantas. Un piso sin plantas es tan triste como un piso sin cuadros. Resulta algo desnudo.

—Totalmente. Yo siempre digo lo mismo —asintió Mr. Ali.

—¿Y por aquí se va a su cocina? —quiso saber Mr. Al-Wafd, señalando la puerta de la cocina.

Caspian asintió. —Sí. Aunque ese no es en absoluto mi territorio. En todo caso, es el de Mariella. Pero en realidad es el territorio de nuestra ama de llaves.

—Ama de llaves, vaya. ¿No cree que una mujer también debería gestionar su cocina ella sola? —Mr. Al-Wafd me observó agudamente.

—Bueno, sí. Pero no tengo tiempo para mantenerlo todo tan a punto como me gustaría. Por eso, una empleada del hogar me echa una mano. —Sonreí, aunque no tenía muchas ganas de hacerlo.

¿Era esto una prueba para ver si era una buena ama de casa?

¿Preguntarían los dos dentro de poco si iba a dejar mi trabajo para dedicarme por completo a cuidar de Caspian?

—Mariella acaba de asumir un puesto con mayor responsabilidad —intervino entonces Caspian—. Estoy muy orgulloso de ella. —Me sonrió.

Sentí calor por dentro.

Caspian me defendía ante sus socios y me apoyaba, incluso en los puntos que quizá podrían acarrearle una discusión con aquellos dos hombres.

—En América imperan otras reglas —asintió Mr. Al-Wafd—. Entre nosotros, algo así no pasaría. Al menos no cuando el hombre es próspero y gana suficiente dinero.

Me contuve para no responder. Un hombre adinerado seguramente podría mimarme. Como Caspian me había mimado al regalarme el vestido para la boda. Pero no podía ofrecer un sustituto para una actividad gratificante. Eso tenía que buscármelo yo misma, independientemente del hombre.

—Pero nuestras mujeres también tienen todas hijos. —Mr. Ali se rió.

Apreté los dientes.

¿Pero qué se creía este hombre? Sí, no había hecho una pregunta directa. Pero había sacado el tema de la forma más descarada posible. Y era un tema que no le incumbía.

—Nosotros nos tomamos más tiempo para eso. —Caspian me tomó la mano—. Además, en los Estados Unidos este es un tema bastante privado.

Me relajé.

Caspian seguía de mi parte.

Era realmente diferente a todos los hombres que había conocido. Chuck me habría traicionado y vendido como tarde en este punto. Habría afirmado que era culpa mía que aún no tuviéramos hijos. O que yo no los quería y prefería mi trabajo. Sin decir que con un hombre como él era mejor no querer hijos.

¿Qué clase de padre habría sido él?

Me pregunté brevemente si Carmela y Chuck tendrían hijos algún día.

No es tu problema, Mariella. Mejor concéntrate en el presente.

—Lo entiendo perfectamente. No quiero entrometerme más en sus asuntos. Pero me gustaría mucho ver una auténtica cocina americana. ¿Me lo permiten? —Antes de que Caspian o yo pudiéramos decir nada, Mr. Al-Wafd había abierto la puerta de la cocina.

Reprimí un leve gemido.

Ahora lo vería.

Maldita sea.

¿Por qué las habíamos puesto en la cocina y no en otro sitio? En la habitación de invitados. Seguro que Caspian tenía una habitación de

invitados. O un gimnasio. O cualquier habitación que fuera de poco interés para los dos árabes.

—¿Pero qué es esto? —Mr. Al-Wafd contempló las plantas marchitas.

Aquí en la cocina no solo estaban las plantas que ya me habían llamado la atención en mi primera visita, sino también los ejemplares secos del comedor, del salón y del pasillo. Los había quitado a toda prisa y los había puesto en la cocina. Caspian había dicho que no me preocupara, que aquí nadie vería las plantas.

Tragué saliva.

Al final todo había salido a la luz.

Maldita sea.

Caspian, a mi lado, se tensó.

—¿Parece que no tiene la mano tan buena para las plantas después de todo? —Mr. Al-Wafd me miró fijamente—. Casi se diría que no vive usted aquí, sino que solo viene de visita de vez en cuando.

Bingo.

No se podría haber descrito mejor la situación.

Caspian parecía haberse quedado sin habla.

—Yo... esto... —tartamudeé—. No, tampoco es para tanto. —Solté una carcajada esperando que nadie notara lo forzada que sonaba—. Pero en las últimas semanas, lo cierto es que he estado poco por aquí.

—¿Tiene que viajar mucho por trabajo? —quiso saber Mr. Al-Wafd.

—No tan a menudo como yo —intervino de nuevo Caspian.

—Eso no fue por motivos profesionales —dije casi al mismo tiempo.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali se miraron primero el uno al otro. Luego nos miraron a mí y a Caspian, y viceversa.

—¿Qué es lo que es cierto, entonces? —quiso saber Mr. Al-Wafd.

—Ambas cosas —dije con presencia de ánimo—. Por mi nuevo trabajo, de vez en cuando tengo que viajar por motivos profesionales, pero realmente no con tanta frecuencia como Caspian. Como contable, debo implantar un nuevo software en una pequeña cadena de tiendas. Pero como todas las tiendas están aquí en Nueva York, rara vez paso la noche fuera. A lo sumo una vez, si se trata de una formación o algo similar.

Sonreí a ambos hombres. Esperaba que esta explicación fuera bien recibida.

Nadie dijo nada.

Al parecer, todos esperaban la segunda parte de mi explicación.

¿Dónde demonios podía haber estado últimamente si no era en casa?

¿Cuál sería una explicación plausible y aceptable para los árabes para no estar con mi marido y no ocuparme de mi hogar?

—Mi he... esto, mi hermana se casa pronto —tartamudeé nerviosa—. Está bastante nerviosa y tiene un pánico de última hora constante. Por eso me he ocupado un poco de ella e intentado quitarle el miedo. Debe saber que una boda es un gran día, pero que por eso no cambia nada en absoluto. La

semana pasada me quedé a dormir en su casa. En realidad, sería tarea de nuestra madre, pero lamentablemente estaba en cama con fiebre.

Uf.

Cuando terminé esta explicación, me sentía como si yo misma tuviera fiebre.

—Qué amable. Una boda en la familia. —Mr. Al-Wafd me dedicó una gran sonrisa.

—Sí, todos estamos muy contentos —mentí.

—Y aunque a mí me resultaba difícil prescindir de Mariella tantas noches, lo he hecho encantado por la felicidad de mi cuñada y de la familia —afirmó Caspian. Se acercó un poco más a mí.

Nuestras manos se encontraron.

Caspian apretó la mía ligeramente.

—Eso puedo entenderlo. Por la familia, nosotros también prescindimos de nuestras mujeres. Al fin y al cabo, la familia significa... el clan. —Mr. Ali asintió con aire significativo.

—Me encantaría ver alguna vez una auténtica boda americana. —Mr. Al-Wafd miró de Mr. Ali hacia mí y a Caspian.

Contuve el aliento.

Oh, Dios.

Eso sí que no.

El solo hecho de que yo fuera con Caspian ya causaría un escándalo de proporciones medias. Si ahora presentaba además a dos árabes con túnicas tradicionales en la reunión familiar, mi hermana se volvería loca del todo. Chuck también, y mi madre por supuesto. Mi padrastro se mantendría al margen de todo, como siempre.

—Las bodas americanas, lamentablemente, no son en absoluto como las árabes en ese sentido. —Caspian rió—. En su cultura, por lo que tengo entendido, suele ser una gran celebración a la que se invita a toda la gran familia. Y a muchísima gente más.

—Oh, sí. —Mr. Ali asintió con entusiasmo—. En mis bodas había gente que yo mismo ni siquiera conocía. Pero creo que para mi padre y mi hermano eran importantes.

—En mi caso fue exactamente igual —confirmó Mr. Al-Wafd—. En cada una de mis bodas.

—Bueno, con nosotros ocurre justo lo contrario. —Caspian rió—. Nuestras bodas son un asunto puramente familiar, y si alguien trajera a alguien a quien la familia no conoce de nada, seguro que se le miraría mal. Todo eso probablemente traería consigo una crisis de dimensiones considerables.

—En el caso de mi hermana, por supuesto —coincidí—. Ella sería capaz de entrar en pánico total y al final ni siquiera casarse, solo por ver caras que no conoce. Ya costó lo suyo convencerla para que invitara a algunas tías y primas. —Me reí.

—Qué lástima —dijo Mr. Al-Wafd.

Inhalé aire aliviada.

Ese peligro había sido conjurado.

Y espero que de una vez por todas.

—Seguro que en otra ocasión surge otra oportunidad —intentó Caspian animar a ambos hombres—. ¿No tienen familiares que hayan emigrado a los Estados Unidos?

—Incluso nuestros parientes que viven en el extranjero se casan según nuestra tradición. Es lo que corresponde. —Mr. Al-Wafd puso una expresión rotunda—. No son auténticas bodas americanas.

—Creo que voy a ir ocupándome de la comida —anuncié—. Espero encontrarlo todo. Si no vigilo de cerca a nuestra ama de llaves, lo cambia todo de sitio según le parece mejor. Ese es el inconveniente de tener personal externo.

Me reí nerviosa.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali se unieron a mi risa.

—Es tan difícil encontrar personal realmente bueno. También entre nosotros. —Mr. Ali sacudió la cabeza—. Nuestra última ama de llaves quería un aumento de sueldo. Tuvimos que dejarla ir.

—Eso pasa. —Caspian asintió.

Me sentí completamente aliviada.

También este peligro se había disipado.

Cualquier cosa que no encontrara o no consiguiera hacer, simplemente le echaría la culpa a nuestra ama de llaves.

Perfecto.

—Simplemente perfecto —me susurró Caspian al oído dos horas más tarde —. Has estado simplemente perfecta. —Su cálido aliento me recorrió el cuello—. Muchas gracias. Sin ti no habría logrado todo esto. Esos dos son unos huesos bastante duros de roer.

Me reí nerviosa.

La velada aún no había terminado. Mr. Al-Wafd y Mr. Ali estaban sentados en el salón tomando café. Había tenido algunas dificultades con la cafetera de Caspian, pero finalmente había conseguido servir café a los tres caballeros. Yo misma me había retirado luego a la cocina con el pretexto de tener que recoger.

¿No se decía que los negocios realmente importantes se discutían con el café?

Si era así, no quería molestar.

Además, estaba bastante contenta de escapar de la conversación. Aunque había superado todos los obstáculos con nota, si estaba sola no podía decir nada inconveniente. Prestar atención constantemente a las propias palabras por miedo a ser descubierta podía resultar de lo más agotador. Caspian me había seguido ahora a la cocina.

Me depositó un beso en la nuca. —Eres realmente increíble.

Me di la vuelta. Caspian estaba tan cerca de mí que podía sentir su aliento.

—Tú también. —Mi voz sonaba un poco tomada.

La presencia de Caspian me excitaba. Durante toda la noche había estado tan tensa que no había podido pensar en otra cosa que no fuera si todo saldría bien y si lo lograríamos.

Pero ahora toda la tensión desapareció. Percibí el perfume masculino y sobrio de Caspian. Sus ojos oscuros, que se clavaban en los míos. Su rostro de rasgos enérgicos.

Caspian se inclinó hacia abajo.

Ahora.

Ahora sus labios volverían a rozar los míos y entonces...

—Mr. Havisham?

Caspian se dio la vuelta bruscamente.

Yo me puse roja.

—Oh, no quería molestar. —Mr. Al-Wafd estaba en la puerta de la cocina.

—No molesta —le aseguró Caspian.

—A Mr. Ali y a mí nos gustaría visitar un bar típico americano. En Londres estuvimos en un pub, y aquí también nos gustaría visitar un lugar típico. Por supuesto, solo si le parece bien y no tiene otros planes para esta noche. —Mr. Al-Wafd nos miró de Caspian a mí y viceversa.

Me puse aún más roja. Mis mejillas ardían.

Caspian se volvió un momento hacia mí. Vi el pesar en sus ojos.

—Oh, no, no tengo otros planes. Estoy enteramente a su disposición y me encantará mostrarles a usted y a Mr. Ali los mejores locales de Nueva York. Precisamente ahora en primavera, cuando los días son tan largos y las tardes tan cálidas, un bar en una azotea es ideal. —Llevaría a los dos árabes al bar donde había estado con Mariella. En ningún caso al *Shiney's*.

—Maravilloso. —Mr. Al-Wafd parecía satisfecho—. Ah, y Mr. Havisham: Mr. Ali y yo acabamos de hablar y hemos decidido que la cuarta opción ya no es una opción. Nos hemos decidido por usted.

Yo no sabía qué significaba aquello.

Pero debía ser algo bueno. Caspian estaba radiante.

Y eso compensó también la interrupción de hace un momento.

Capítulo 21 Mariella

—Me alegro mucho de conocerle. —Los ojos de mi madre brillaron y quien no la conociera bien habría podido confundir ese brillo con una expresión de alegría.

Pero yo la conocía.

Era pura curiosidad.

Examinó a Caspian de arriba abajo. Pero no como se mira al nuevo novio de una hija. No como si estuviera pensando en lo bien que nos llevábamos Caspian y yo, si él era adecuado para mí o si hacíamos buena pareja. Sino como si estuviera calculando algo.

¿El qué?

¿Intentaba estimar la fortuna de Caspian? ¿O lo que él podría aportar a nuestra familia?

Mi madre siempre buscaba su propio beneficio. No conocía otra cosa. Por eso había celebrado la boda de Carmela y Chuck, porque era una oportunidad para mostrarme cuál era mi lugar en esta familia.

Al final de todo.

¿Quería hacer ahora lo mismo con Carmela?

¿Pero por qué?

—Yo también me alegro de conocerles a todos. Mariella me ha contado tanto que apenas podía esperar el momento. Qué alegría además que nos veamos por primera vez en un acontecimiento tan feliz. Esto solo puede traer cosas buenas. —Caspian interpretó su papel a la perfección. Llevó la mano de mi madre a sus labios y depositó un beso en ella.

Tragué saliva.

Mi madre soltó una risita.

Carmela y Chuck habían decidido casarse en un gran hotel de Nueva York y mi madre había reservado allí varias suites. Estaba en la antesala de la suite nupcial. Carmela estaba al lado cambiándose. Una amiga estaba con ella. Al principio de la planificación de la boda, Carmela me había pedido que fuera dama de honor porque era lo que correspondía entre hermanas. Pero yo me había negado alegando que traería mala suerte que el novio fuera el antiguo amor de la hermana.

Por suerte, Carmela no había replicado y así, al menos en ese aspecto, habíamos podido evitar una pelea.

—Me lo había imaginado de una forma muy distinta. —Mi madre batió sus pestañas postizas y miró a Caspian—. Menos imponente. Menos elegante.

¿Quién iba a pensar que Mariella pescaría a un hombre así? —Siguió una risita tonta.

Apreté los dientes.

Caspian puso una mano en mi espalda.

Mi respiración se calmó de inmediato.

—Ah, yo creo que Mariella es capaz de cualquier cosa. —La mano de Caspian acarició muy suavemente mi espalda. El movimiento fue mínimo, pero lo sentí. Y lo comprendí.

Estaba conmigo.

No me dejaría sola en este momento.

Mi madre volvió a reír. —En cualquier caso, le doy la bienvenida a nuestra familia. Nos alegra mucho que esté aquí. —Otra vez el parpadeo de pestañas postizas.

Respira, Mariella, respira.

—Entre nosotros... —Mi madre se inclinó ligeramente hacia delante, pero no bajó ni un poco la voz—. Creo que usted encaja mucho mejor con Mariella que Chuck. Es usted un partido mucho mejor, si se me permite decirlo.

Me puse roja.

¿Hasta qué punto podía uno lanzarse así a una persona?

Mi madre daba vergüenza. Daba muchísima vergüenza.

Caspian sonrió. —Me halaga. Pero si ni siquiera me conoce y no sabe absolutamente nada de mí.

—Oh, tengo buen ojo para las personas. —Mi madre volvió a reír—. Esas cosas las veo enseguida. —

¿Acaso estaba coqueteando con Caspian?

—Llevas un vestido muy bonito, Mariella. —Mi madre me hizo un cumplido. No podía dar crédito a mis oídos.

¡En ese preciso instante, se oyó un grito detrás de nosotros!

—¿A qué viene esto?

En la puerta de la suite nupcial estaba mi hermana. Carmela llevaba un vestido sumamente poco favorecedor, con el que parecía un pastel helado a punto de reventar por las costuras. De verdad que no quería ser cruel, pero fue la primera comparación que me vino a la mente. ¿Cómo se le había ocurrido elegir algo así? ¿Y cómo mi madre y la dama de honor no habían podido disuadir a Carmela de ese vestido?

No dije nada.

Pero por dentro sacudía la cabeza.

—Esta es MI boda. Y tú estás aquí hablando con... con ese tipo que se ha traído Mariella, y actúas como si yo no existiera. —Carmela se puso roja. Luego dirigió su atención hacia mí—. Y tú llevas un vestido... ese escote es una desfachatez. Esto... ¡eres imposible! —Carmela hizo una mueca con la cara.

Ya me lo conocía.

Enseguida se pondría a llorar.

—Cariño, cálmate. —Mi madre corrió hacia Carmela—. No lo decía en serio. Solo lo he dicho porque... bueno, porque son cosas que se dicen. No te estropees el maquillaje. —

—Si no dijeras esas cosas, mi maquillaje no correría peligro. —Carmela torció los labios, pero luego se contuvo. Seguro que no quería casarse con la cara hinchada de llorar.

De repente, me dio un poco de pena.

—Además, el tipo tampoco es que sea tan guapo —soltó mi hermanastra con veneno en dirección a Caspian—. Y quién sabe cuánto durará eso. Mariella no fue capaz de retener a Chuck. ¿Por qué iba a ser distinto con un hombre así? Solo porque tenga otro aspecto no significa ni mucho menos que Mariella lo trate mejor. —

Me puse tensa.

La mano de Caspian subió por mi espalda. Me rodeó con el brazo y me atrajo hacia sí.

—Cariño, tienes que terminar de arreglarte ahora —intentó mi madre apaciguar a Carmela—. La ceremonia va a empezar enseguida y no querrás llegar tarde a tu propia boda. —

—Mejor nos vamos yendo a nuestros asientos abajo en la sala. —Caspian se mantuvo perfectamente educado.

—¿Qué hacéis aquí arriba siquiera? —oí refunfuñar a Carmela mientras mi madre la empujaba hacia el interior de la habitación.

Antes de cerrar la puerta, mi madre le guiñó un ojo a Caspian.

Poco después estábamos sentados el uno al lado del otro en nuestros sitios.

Segunda fila, justo en el borde.

Caspian me sujetaba la mano. —Entiendo perfectamente por qué no querías venir sola.

—Familia. —Suspiré—. No cambiarán y uno no puede escapar de ellos. Y sin ellos, uno no existiría. —

Caspian me apretó la mano. Su contacto me transmitía calor, seguridad y apoyo. Algo que nunca había sentido con Chuck. Ahora Caspian acariciaba suavemente con el pulgar el dorso de mi mano.

Y enseguida sentí un cosquilleo por todo el cuerpo.

Por todas partes.

El salón decorado de forma festiva, las voces de los otros invitados, todo a mi alrededor se volvió borroso.

Solo existíamos Caspian y yo, y por un momento quise levantarme y arrastrarlo conmigo. A algún lugar donde realmente solo estuviéramos nosotros dos.

—Vaya, vaya. Así que realmente has venido. —La voz me devolvió al presente.

Levanté la vista y clavé mis ojos en los de mi ex. Chuck estaba frente a mí y me sonreía con sorna. Su mirada se desvió directamente al escote de mi vestido azul turquesa. —No me lo habría imaginado. Pero ya veo que has traído refuerzos. Así que el tipo del otro día aún no te ha dejado plantada. —

Me aferré a la mano de Caspian.

¿Qué debía decir?

No quería estropear esta boda, ¿pero podía quedarme callada ante eso? ¿Por qué eran todos tan crueles?

Caspian puso su otra mano en mi cabeza y me atrajo hacia él. Sus labios se posaron en los míos. Muy suavemente.

Cerré los ojos y de repente estuve en otro mundo. Parecía estar hecha solo de sentimientos. Todo este tiempo había estado anhelando otro beso entre Caspian y yo. Ahora estaba ocurriendo. Tan ligero como una pluma, que sentí que me derretía. Nuestros labios apenas se rozaban. Y precisamente eso hacía que la sensación fuera tan intensa. Puse mi mano libre en el hombro de Caspian. Un leve gemido se me escapó.

De pronto Caspian me soltó. —Se ha ido —susurró.

No pude articular palabra.

Casi lamentaba que Chuck se hubiera ido y deseaba que volviera a estar frente a mí. ¿Me besaría Caspian de nuevo entonces?

—No quería llamar demasiado la atención —susurró Caspian. Su aliento cálido rozó mi oído—. Tu familia y tu ex deben de estar especialmente nerviosos hoy. Al fin y al cabo, es un día especial. —

Asentí. Mi familia siempre era así. Y Chuck también. Aquí no hacía falta que hubiera nervios para que estallaran. Ya estaban a flor de piel de todos modos. Entonces todos se saltaban mutamente a la yugular.

Chuck ya estaba ante la mesa donde se celebraría la unión. Se dio la vuelta y pareció mirarme. Lo que más deseaba era agacharme para que no me viera. Pero me quedé sentada muy recta.

No le has pedido a Caspian que venga contigo para luego esconderte como una niña pequeña, Mariella. Para eso podías haberlo hecho tú sola.

Comenzó la marcha nupcial.

Caspian seguía sosteniendo mi mano y la apretó ligeramente.

Yo también me giré. Carmela bajaba por el pasillo entre las sillas con su vestido de pastel de merengue helado. De verdad que no quería ser mala, pero parecía más bien que se contoneaba que caminaba. Si hubiera llevado algo de negro, habría pensado en un pingüino.

Bajé la cabeza sintiéndome culpable.

Sí, mi hermana se casaba con mi ex. Sí, se había portado mal conmigo. Pero no quería ser cruel con ella. Solo quería... dejar pasar todo este asunto.

Mi mano estaba firme en la de Caspian.

Y entonces me di cuenta de que mi familia me daba igual. Lo principal era que Caspian estuviera aquí conmigo. Todo lo demás carecía de importancia.

La ceremonia comenzó, pero no podía concentrarme del todo en ella. Pensaba en Caspian y en los sentimientos que despertaba en mí. Todo lo que habíamos vivido juntos últimamente pasó por mi mente. No habíamos

pasado meses juntos, pero así era exactamente como me sentía. Como si nos conociéramos de toda la eternidad. Todo era tan familiar como si realmente estuviéramos juntos.

¿Lo estábamos?

Caspian me resultaba más cercano de lo que Chuck lo había sido jamás, a pesar de que había convivido con Chuck y habíamos tenido una relación. Quizá eso no importaba en absoluto. Sino la profundidad del sentimiento y del vínculo entre dos personas.

Miré la mano de Caspian y la mía.

—Ahora ha dicho que sí —susurró Caspian a mi lado.

¿Ya?

Levanté la vista.

¿Tanto me había perdido de la ceremonia?

Ahora le tocaba el turno a Chuck. Oí que el oficiante le preguntaba si quería pasar el resto de su vida con Carmela, si la amaría y respetaría y si quería ser para ella un buen compañero cada día.

Un alivio recorrió todo mi cuerpo.

Menos mal que no era yo la que estaba allí junto a Chuck. Ante la perspectiva de que una vez hubiera pensado seriamente en pasar el resto de mi vida con él, casi se me revolvió el estómago. Debía de haber estado ciega. Ciega ante cómo era Chuck en realidad y ciega ante cómo podía ser el verdadero afecto y el compañerismo.

—¡No!

La palabra de Chuck sonó como un trueno.

Parpadeé.

¿Había oído bien?

¿Había dicho Chuck «No»?

¿De verdad lo había hecho?

A mi alrededor, las cabezas se giraban de delante hacia atrás. Comenzó un suave murmullo. El oficiante estaba de pie con la boca abierta frente a Chuck y Carmela.

Así que Chuck de verdad lo había dicho.

No.

No lo había oído mal.

Entonces resonó un grito que parecía una sirena.

Carmela.

Daba igual lo que hubiera pensado antes sobre mi hermanastra; en ese instante no sentía más que compasión por ella. Ninguna mujer quería verse nunca en una situación así. Plantada en su propia boda. Ante todos los invitados con los que quería celebrar. El día que debía ser el más alegre de toda su vida terminaba convertido en su propia humillación.

Las cosas no podían ir peor.

Carmela seguía gritando. La dama de honor estaba a su lado e intentaba calmarla, pero no lo conseguía.

Me levanté y fui hacia delante.

La familia seguía siendo la familia.

En un momento así, no podía dejar a Carmela sola.

—¿Carmela? —Seguro que no podía oírme. Con cuidado, puse una mano sobre el hombro de mi hermana. La dama de honor me miró agradecida.

Carmela se dio la vuelta bruscamente.

—¡TÚ! ¡TÚ! ¡TÚ! —Su rostro se desencajó de rabia. Igual que antes.

Retrocedí. ¿Qué pasaba ahora?

—Todo esto es culpa tuya. ¡Si no estuvieras aquí, ahora estaría casada! —Carmela prácticamente escupió las palabras—. Eres tú. Tú y ese vestido imposible. ¿Cómo te atreves a robarme el protagonismo de esta manera?

El público escuchaba conteniendo el aliento.

Probablemente la escena estaría mañana en todo internet. Toda Nueva York se enteraría de esta boda y de nuestra pelea.

Lo que más deseaba era esconderme.

¿Por qué me había dejado convencer para aceptar esa estúpida invitación? De todos modos, ni siquiera había querido estar aquí.

—Solo cuando te vio a ti cambió de opinión. Es culpa tuya —Carmela lloraba cada vez más fuerte.

Me aguanté cualquier respuesta. Ahora no podía hablar con Carmela. No escucharía nada.

—Qué tontería. La conoce desde hace mucho e incluso la vio a diario durante un tiempo. Y entonces se decidió contra ella —De repente, Caspian estaba a mi lado. Su voz era fuerte y enérgica, y deseé haber podido decir yo misma todo lo que él le estaba diciendo ahora a Carmela.

Pero ella tampoco le escuchaba a él.

Simplemente seguía gritando.

Acusaciones salvajes.

Finalmente, Caspian me tomó de la mano y nos fuimos.

—No sé cómo estarás tú, pero yo necesito urgentemente una copa —Caspian me miró de reojo mientras estábamos sentados en su Bentley—. Me habías preparado para varias cosas respecto a tu familia, pero esto ha superado todas mis expectativas —Gimió y sacudió la cabeza—. Nunca me habría podido imaginar algo así.

De repente, una risita surgió de mi interior. La tensión en mi pecho se liberó un poco. Yo tampoco. Y una copa suena fantástico.

—Entonces tenemos un trato —Caspian sonrió—. No sé cómo lo verás tú, pero no me apetece nada estar con gente. ¿Te parece bien si vamos a mi

casa?

—Sí —Eso me parecía más que bien. Lo que más deseaba era no volver a ver a nadie. La suposición de que media Nueva York sabría pronto lo de la escena en la boda no era descabellada.

Preferiría quedarme unos días en el ático.

O irme de viaje.

—En realidad pensaba que esta noche podríamos brindar con champán —Caspian sacudió la cabeza.

—¿Por la boda? —quise saber.

—No. Los árabes han firmado. Mr. Al-Wafd y Mr. Ali están convencidos de que soy el socio adecuado para ellos —Caspian me sonrió triunfante.

—¿De verdad? ¡Eso es genial! —me asombré. No tenía idea de lo que eso significaba exactamente para Caspian en cifras, pero sabía que el asunto era sumamente importante. De lo contrario, no me habría ofrecido el «trabajo».

—Te lo debo a ti —Caspian puso una mano sobre mi rodilla. La tela de mi vestido crujió—. Sin ti no lo habría logrado.

Nadie me había dicho nunca algo así.

Y mucho menos un hombre.

—Eso... eso ha sido un placer —tartamudeé.

—No lo creo —Caspian se rió—. Pero no vamos a discutir por eso ahora. Deberíamos brindar más tarde. Aunque creo que después de lo que acaba de pasar necesito algo más fuerte que solo champán.

Yo también me reí.

—Pero primero necesito comer algo —anunció Caspian—. Haremos una parada en la *Pretty Bagel Bakery*.

—¿Te has acordado de eso? —Abrí bien los ojos y los oídos.

—Por supuesto que me he acordado. Cómo no me voy a acordar de cómo darle una alegría a la mujer de mi corazón —Caspian volvió a reírse.

La mujer de mi corazón.

Sentí calor.

Sonreí. La sonrisa duró hasta que llegamos a la *Pretty Bagel Bakery*.

—¡Está abierta! —Miré por la ventana incrédula. En los últimos tiempos había sufrido tantas derrotas con mis amados bagels que apenas me atrevía a creer que de verdad pronto tendría uno en la mano.

—Pues vamos allá —Caspian abrió la puerta y yo prácticamente salté del Bentley.

—Bienvenidos —dijo la empleada de la panadería—. ¿En qué puedo ayudarles?

Después de todo, iba a resultar un día bastante bueno.

Un día muy bueno, incluso.

Una hora más tarde estábamos en el ascensor subiendo.

—¿Está todo bien? —quiso saber Caspian.

Lo miré sorprendida.

Caspian dio un paso hacia mí—. Lo que más deseaba era decirles a todos que cerraran la boca. Y más aún te habría agarrado para llevarte lejos. Eso es lo que debería haber hecho. ¿Cómo han podido hacerte tanto daño? ¿Y además echarte la culpa de todo? —Caspian me miró. Sus ojos oscuros parecían indignados y se clavaron tan intensamente en los míos que el rubor subió a mis mejillas.

Nadie me había dicho nunca algo así.

Todos habían aceptado siempre el comportamiento de mi familia como algo natural. Aunque a nadie le parecía bien, al final todos los disculpaban.

Nada había cambiado jamás.

Incluso ahora nada era diferente.

Y sin embargo, todo estaba cambiando dentro de mí en este preciso instante.

Caspian me tomó en sus brazos y me atrajo hacia él. Apoyé la cabeza en su pecho musculoso y simplemente inspiré y espiré a su ritmo. Una vez tras otra. Hasta que todo en mi interior se calmó.

Entonces levanté la vista.

Caspian me acarició ligeramente los labios con un dedo. Luego recorrió mi mandíbula y mis pómulos. Mi nariz y mi frente. Cerré los ojos. Finalmente, sentí sus labios sobre mis párpados. Caspian me besó la nariz. Y la boca. Besos ligeros, tiernos.

Una y otra vez.

Oh, Dios.

Mi rostro estaba caliente.

Y en mi interior se extendía un calor que no había conocido nunca. Mi centro se contrajo y parecía al mismo tiempo estar hecho de brasas líquidas. Jadeé, rodeé a Caspian con mis brazos aún más fuerte y lo atraje hacia mí. Caspian me mordisqueó el lóbulo de la oreja. La sensible piel detrás de mi oreja hormigueó.

Pling.

Habíamos llegado al último piso.

—Maldita sea —gruñó Caspian.

Me sacó impaciente del ascensor y me llevó hasta la puerta de su apartamento. En cuanto puso el dedo en el sensor, se oyó un zumbido. Apenas se cerró la puerta tras nosotros, Caspian me besó.

Con avidez.

—He esperado esto durante tanto tiempo —gimió antes de presionar su boca contra la mía.

Y yo también.

Pero ya no podía decirlo, solo pensarlo.

Abrí la boca hambrienta y nuestras lenguas comenzaron una danza apasionada y salvaje. Era como si todo el deseo que se había acumulado en nosotros en los últimos días saliera de repente a la superficie.

Brusca.

Impetuosa.

Los dedos de Caspian se afanaron con la cremallera de mi vestido. Antes de que pudiera formular un pensamiento claro, el vestido resbaló hasta el suelo. Deslicé mis manos por la espalda de Caspian hacia abajo hasta llegar a sus caderas.

Luego las pasé sobre su pantalón. Caspian estaba erecto.

Gimió.

Me puse a forcejear con su cinturón.

—Oh, sí —murmuró mientras me mordía tiernamente el cuello y me quitaba los tirantes del sujetador de los hombros—. Yo te ayudo —susurró entonces y también empezó a quitarse el pantalón.

Poco después estábamos desnudos el uno frente al otro.

Y ni siquiera habíamos conseguido llegar al salón o al dormitorio.

Caspian me atrajo de nuevo hacia él. Esta vez por detrás. Me besó los hombros y luego dejó que su lengua descendiera por mi columna vertebral.

—Oh, Dios mío. —Eso se sentía condenadamente bien.

Caspian me mordisqueó la parte baja de la espalda y luego me dio la vuelta. Inhaló besos sobre mi vientre.

Tragué saliva.

Todo se me encogía por dentro.

Los dedos de Caspian exploraron el centro de mi placer. Separé las piernas mientras Caspian se ponía de rodillas ante mí.

Y entonces su lengua encontró mi perla.

Gimiendo, clavé mis dedos en los hombros de Caspian.

—No pares —jadeé.

La lengua de Caspian rodeó mi perla primero con círculos grandes y luego más pequeños. Después se detuvo y sopló suavemente sobre mí.

Estaba a punto de llegar.

En ese momento, Caspian me atrajo hacia él. Se sentó en el suelo y me subió a su regazo. Su miembro se deslizó sin esfuerzo dentro de mí.

Me miró fijamente a los ojos mientras lo hacía.

Me estremecí.

Este momento se sentía más íntimo que cualquier cosa que hubiera experimentado jamás.

Me moví con un ritmo suave. Luego cada vez más rápido. Me eché un poco hacia atrás.

Oh, Dios.

El miembro de Caspian tocaba exactamente el punto adecuado dentro de mí.

Unas brasas líquidas se extendieron por mi interior.

Caspian me sujetaba la cadera. Con la otra mano me tomó el pecho. Su pulgar estimulaba mi pezón. Se puso duro. Y más duro. Y más duro.

Y entonces llegué al clímax.

—¡SÍIIIIII! —Mi gemido resonó en las paredes.

Caspian me presionó profundamente contra sus caderas.

Y una vez más.

Y entonces él también terminó.

Capítulo 22 Mariella

—¿No se encuentra bien? —Mr. Albottom me miró preocupado—. Está tan pálida que realmente me inquieta.

Negué con la cabeza. No podía decir nada. Sentía tantas náuseas que temía que, si abría la boca, acabaría vomitando en el suelo. Así que preferí mantenerla cerrada.

—Quizá debería echarse un rato y...

No llegué a oír lo que Mr. Albottom quería aconsejarme. Una enorme oleada de náuseas me subió por el cuerpo. Salí corriendo a toda prisa y dejé a Mr. Albottom allí plantado. En ese momento no podía ocuparme de él ni de la impresión que aquello causara. Y él no podía seguirme. No parecía el tipo de persona que hubiera corrido en su vida.

Ahí delante.

El baño.

Abrí la primera puerta de un tirón y al instante me di cuenta de que era el servicio de caballeros. El de señoras tenía una distribución distinta y no tenía urinarios.

Daba igual.

No tenía tiempo. Si salía de allí para entrar por la otra puerta, no llegaría. Vomitaría en mitad del camino.

Presa del pánico, abrí la puerta de la primera cabina. En un segundo estaba arrodillada ante el inodoro vomitando. Tuve arcadas una y otra vez hasta que mi estómago quedó completamente vacío. Luego tiré de la cadena y me dejé caer al suelo, agotada. Tenía la frente cubierta de sudor y me sentía tan débil como si acabara de realizar un trabajo físico extenuante. Y eso que había pasado la mañana sentada ante mi escritorio.

—¿Ms. Sinclair? —la voz de Mr. Albottom parecía venir de muy lejos. Obviamente dudaba si entrar en el baño de hombres porque yo estaba allí. Cuando, en realidad, era yo la que estaba en el lugar equivocado.

Si no me hubiera sentido tan débil y miserable, me habría reído de la escena. Pero no tenía ninguna gana de reír.

Seguía teniendo náuseas.

—Creo que sería mejor que se marchara a casa a descansar. Puedo llamarle un taxi. Si se tumba ahora, seguro que mañana ya se encuentra mejor —Mr. Albottom seguía sin acercarse.

Asentí.

Tienes que levantarte, Mariella. No puedes quedarte aquí sentada en el suelo para siempre, aunque sea lo que más desees.

Me puse en pie con esfuerzo. —De acuerdo.

Incluso mi propia voz me sonaba extraña.

—Probablemente solo haya comido algo que le ha sentado mal —Mr. Albottom intentaba tranquilizarme.

Me acerqué al lavabo. —Seguramente —respondí, y abrí el grifo. El agua fresca corrió por mis muñecas. Me sentó bien. Me lavé la cara y me enjuagué la boca.

Pero no había comido nada que estuviera mal. Esta mañana había desayunado lo mismo de siempre.

¿Acaso habría pillado algún virus?

Cuando media hora más tarde bajé del taxi frente a mi apartamento, me sentí casi ridícula. Me encontraba tan bien como si nunca hubiera tenido náuseas.

¿Qué había sido aquello?

¿Un ataque de náuseas que se había pasado tan rápido como había venido? Quizá sí que algo me había sentado mal después de todo.

—¡Señorita! ¡Señorita! ¡Señorita! —la voz de un hombre resonó a mis espaldas.

No podía referirse a mí. Normalmente no estaría en casa a estas horas.

—Señorita, espere un momento. ¡Se trata de su gato!

¿Mi gato?

¿Cosmo?

Me picaba la conciencia. Había pensado en Cosmo todos los días durante las últimas semanas. Pero habían pasado tantas cosas en mi vida que había descuidado su búsqueda. Aunque, ¿qué más podría haber hecho? Había colgado carteles con mi número en Central Park y los alrededores. Había llamado a todas las protectoras y clínicas veterinarias, a todos los refugios y centros de acogida, y había dejado en todas partes mi aviso de búsqueda y mi teléfono. Pero nadie me había llamado. Cosmo no aparecía por ninguna parte.

Odiaba tener que admitirlo. Pero después de tanto tiempo, ya no era muy probable que encontrara a Cosmo. Seguramente seguiría desaparecido. O bien había encontrado un nuevo hogar y vivía allí. ¿No decían que algunos gatos elegían a sus dueños y no al revés? O quizá Cosmo disfrutaba de su libertad en Central Park y merodeaba por allí. Sin duda, recibiría suficiente comida de turistas y paseantes como para vivir cómodamente. O puede que a Cosmo le hubiera pasado algo. Pero no quería pensar en eso. Prefería imaginármelo en Central Park, libre y feliz.

—Lo he encontrado.

Por fin me di la vuelta.

¿Cosmo había vuelto?

Me dio un vuelco el corazón.

De repente volví a visualizar todo aquello que no me había permitido ver en las últimas semanas. Cosmo y yo juntos en casa. Cosmo quejándose porque se le había acabado la comida. Yo llevando a Cosmo al parque. Cosmo examinando a Caspian. ¿Cómo se llevarían esos dos?

Miré al hombre. Entre sus brazos sostenía un gato blanco y negro al que, según parecía, no le gustaba nada que lo sujetaran así. Se resistía, intentaba arañar al hombre y maullaba de forma lastimera.

Era un maullido extraño.

Ese gato no era Cosmo.

—Ya podría haberlo educado mejor —me refunfuñó el hombre—. Este bicho me está dejando la mano llena de arañazos.

—No es mi gato, por desgracia —negué con la cabeza.

—¿Cómo que no es su gato? El animal es idéntico al de los carteles. ¿Cómo puede decir que no es el suyo? —el hombre me miró indignado.

—Bueno, este gato se parece a Cosmo. También es... blanco y negro. Pero simplemente no es él. —El gato me bufó con hostilidad. No era de extrañar. No me había visto en su vida, ni yo a él.

—Usted lo que quiere es escaquearse de pagarme la recompensa —afirmó el hombre—. Por eso finge ahora que no ha visto a este gato en su vida. Probablemente espera que el gato vuelva luego a rastras con usted a escondidas. Pero conmigo no. Voy a tener encerrado al animal hasta que suelte el dinero.

Observé al hombre con asco. Tenía el pelo descuidado, con un aspecto de no haber pasado por el agua en semanas. Su camisa tenía agujeros que garantizo que no eran de las uñas del gato. Le rodeaba un fuerte olor a nicotina.

—¡MIAU! —el gato volvió a hacerse notar.

Lo que más deseaba era llevármelo conmigo para que no tuviera que quedarse con ese tipo.

Pero no era Cosmo, no tenía sitio para dos gatos y además no sabía si ese gato tan temperamental se llevaría bien con Cosmo. Posiblemente se estarían peleando todo el día.

O se llevan tan bien que tienen crías y luego tienes el apartamento lleno de gatos, Mariella.

Me estremecí.

No, no podía quedarme con ese gato.

En ese instante, el gato desconocido sacó la pata y le atizó al hombre en la cara. Con las uñas por delante.

—¡AYYYYYYY! —bramó el tipo y soltó al gato por acto reflejo. El animal salió corriendo tan rápido como pudo.

¡Vamos, pequeño! ¡Lárgate de aquí! ¡Dile lo que piensas!

En mi mente, animaba al gato.

—¡Todo esto es culpa suya! —el hombre me miró.

Negué con la cabeza.

—Si se hubiera quedado con el gato, ahora no tendría estos arañazos. Yo... tengo que ir al médico. —El hombre se tocó la cara—. Alguien tiene que mirarme esto. ¡Y USTED tiene que pagarlo!

Volví a negar con la cabeza. Era exactamente igual que con la pordiosera. ¿Acaso era un truco que usaba la gente para sacar dinero?

Me habría gustado decir algo, pero en ese momento sentí cómo las náuseas de esta mañana volvían a aparecer.

Tragué saliva.

¿Tenía que pasar precisamente ahora?

De todos modos, no podía culparme por sentir náuseas al ver a ese hombre. Seguramente les pasaría a muchas mujeres.

—La señorita no tiene nada que ver, lo he visto perfectamente —intervino entonces un transeúnte—. Mejor procure desaparecer de aquí, o la mujer todavía le denunciará por acoso y calumnias. Y con razón.

Miré al transeúnte con gratitud.

El desconocido se quedó mudo. Luego soltó un improperio en voz alta, se dio la vuelta y se marchó.

Respiré aliviada. —¡Gracias! —le dije al transeúnte.

Él se limitó a asentir.

Me dirigí a la puerta de mi casa. En un momento estaría en casa. Las náuseas se habían vuelto a calmar. Se iban tan rápido como llegaban.

—¿Mariella? —oí una voz detrás de mí.

—¡Shawna! —miré a mi amiga—. ¿Qué haces aquí? ¿A estas horas?

—Hoy libro —anunció Shawna—. Porque trabajé el sábado pasado. Así que quería aprovechar el tiempo para unos recados. ¿Y tú?

—¿Yo? —miré a Shawna desconcertada.

—Pues, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando? Me hablaste tan entusiasmada de este nuevo trabajo que pensé que no habría quien te levantara del escritorio. —Shawna se rió.

—Me... me sentía tan mal que me he venido a casa.

—¿Mal? ¿Estás enferma? —Shawna se acercó y me miró con más detenimiento.

—No lo sé. El jefe sospechaba que algo me había sentado mal. Pero en realidad no he comido nada especial y ya me encuentro mejor. Solo hace un momento me he vuelto a sentir un poco indispuesta. —Negué con la cabeza —. Quizá sea solo un virus extraño que intenta probar suerte conmigo y mi sistema inmunitario está dando lo mejor de sí para repeler a los intrusos.

—¿Un virus? ¿Ahora? Si casi es verano. —Shawna negó con la cabeza—. No lo creo. Ahora voy a subir contigo y te voy a preparar un té. Y luego me cuentas otra vez exactamente qué pasa.

—Pero no quiero entretenerte con tus recados —objeté.

—Tonterías. Para eso siempre hay tiempo. —Shawna me quitó la llave de la mano y abrió la puerta.

No protesté.

Se sentía bastante bien que alguien te cuidara así.

—¿Desde cuándo tienes estas náuseas? —quiso saber Shawna—. ¿Solo desde hoy?

En los últimos días me había sentido un poco rara. Pero nunca tan mal como hoy. En la oficina apenas podía entrar en la cocina cuando los colegas se hacían un café. Casi deseaba que la máquina estuviera rota. El olor era insoportable. Me reí.

Shawna se detuvo. —¿No aguantas el olor del café?

Negué con la cabeza.

Shawna frunció el ceño.

Me entró una inquietud. ¿Qué había de tan preocupante en aquello?

—Como le pasó a Janelle —murmuró Shawna—. Ella también tenía siempre náuseas y tampoco podía oler el café.

—¿Y qué tenía? —pregunté.

—Estaba embarazada. —Shawna me miró.

Solté una carcajada de alivio. —Ah, eso. Embarazada. Bueno, ya sabes que yo no puedo tener hijos. Los médicos me lo han dicho siempre. Cuando tenía quince años, tuvieron que quitarme el apéndice y la cosa se complicó. Tuve suerte de sobrevivir.

Precisamente por eso no podía estar embarazada ahora.

—Los médicos también pueden equivocarse. —Shawna me lanzó una mirada elocuente.

Yo seguía riéndome. —Bueno, si insistes, me haré un test. Simplemente para demostrarte que los médicos NO se equivocan siempre. No estoy embarazada. Es totalmente imposible.

—Eso lo veremos. —Shawna me miró—. Voy a la farmacia a por un test. Hasta ahora.

Ridículo.

Ese era el único pensamiento que me rondaba la cabeza.

La suposición de Shawna era absolutamente ridícula.

No estaba embarazada.

Era imposible que estuviera embarazada.

Solo hacía esto por Shawna. Me había dado el test y yo me había retirado al baño para leer las instrucciones. El asunto era bastante sencillo. Orinar sobre la varilla, colocar la varilla sobre una superficie horizontal, esperar tres minutos y leer el resultado.

Ya había realizado los dos primeros pasos.

Y ahora esperaba. Lo cierto es que estaba más tensa de lo que sospechaba.

Me reí un poco de mí misma.

Vaya poder podía llegar a tener un test sobre mí.

Sabía perfectamente que no podía estar embarazada.

Los tres minutos debían de haber pasado.

Tomé el test en la mano.

¿Qué?

En la pantalla digital aparecía un signo más grande. Al lado, la palabra «embarazada».

No podía ser.

—¿Y bien? —la voz de Shawna atravesó la puerta.

—El test... bueno, creo que no funciona bien. Supuestamente estoy embarazada. —Seguía mirando fijamente la varilla que tenía en la mano. Quizá me lo estaba imaginando todo. Cerré los ojos un momento y volví a abrirlos.

—Enseña. —Shawna abrió la puerta.

Le tendí la varilla en silencio.

—El resultado es claro. —Shawna miró la varilla—. Estás embarazada. Como sospechaba.

—Pero... los médicos... —Todo aquello era un misterio para mí.

—Los médicos también pueden equivocarse. Algunas mujeres no tienen hijos y los médicos no tienen ni idea de por qué. Y tú pues vas a tener uno, aunque los médicos dijeran lo contrario. —Shawna se puso a mi lado y me pasó un brazo por los hombros—. ¿Te alegras?

—Yo... oh... yo... bueno, yo... creo que sí —tartamudeé. En ese momento no habría sabido decir qué sentía. Todo estaba revuelto en mi interior.

—Es mucho de golpe. —Shawna me apretó contra ella—. Te he preparado un té, lo tomaremos juntas. Y luego puedes pensar cómo quieres que sigan las cosas.

—¿Cómo sigan? ¿A qué te refieres? —miré a Shawna.

—Bueno, supongo que querrás avisar a tu Caspian, ¿no? —Shawna se rio —. Al fin y al cabo, no solo tú vas a ser madre, sino que él también va a ser padre. Los dos vais a ser padres.

Padres.

Caspian y yo íbamos a tener un hijo.

Me fui acostumbrando a la idea lentamente.

—Yo... sí, se lo diré, pero... —Aún no podía hacer otra cosa que negar con la cabeza. Secretamente siempre había deseado tener hijos. Pero como sabía que mi deseo era inalcanzable, hacía tiempo que me había resignado a buscar la alegría y la satisfacción en mi vida de otra manera. Probablemente eso me había resultado incluso más fácil que a muchas otras mujeres que se sometían a tratamientos de fertilidad durante años para terminar sin hijos. Al menos, yo nunca había tenido una esperanza real.

Ahora, de repente, tenía un niño en mi vientre.

Cuyo padre no sabía nada.

¿Cómo reaccionaría Caspian? Seguro que se quedaría aún más atónito que yo. La noticia le pillaría igual de desprevenido.

Pero seguro que se alegraría.

¿Verdad?

Pensé en cómo había cuidado de su sobrina Lia en su oficina.

En cómo me había apoyado en la boda.

En lo bien que se sentía todo con él.

—Ahora tienes que asimilarlo todo tú primero. —Shawna se rió un poco—. Y mientras tanto, yo me alegro por ti. O mejor dicho, por los dos.

Capítulo 23 Mariella

¿Cómo se lo iba a decir?

Estaba sentada ante mi escritorio y no lograba concentrarme. Ayer había tenido todo el día para hacerme a la idea de la noticia y, poco a poco, empezaba a creerme que esperaba un hijo. Después de que Shawna se fuera, me había escabullido a la farmacia y había comprado un segundo test. Nunca se sabía. Las pruebas de embarazo también podían fallar, ¿no? En realidad, siempre había leído que daban falsos negativos porque se hacían demasiado pronto o no se realizaban correctamente. Pero si existían los falsos negativos, seguramente también habría falsos positivos, ¿verdad?

El segundo test también había dado positivo.

Estaba embarazada.

El sueño que nunca me había permitido soñar se convertiría de repente en realidad. En menos de nueve meses, sería madre.

Sonreí.

Luego volví a concentrarme en la pantalla. O mejor dicho, lo intenté.

Ayer no me puse en contacto con Caspian y él tampoco lo hizo conmigo. Y me venía de perlas. No tenía ni la más remota idea de cómo decirle que iba a ser padre. Hasta ahora no había tenido motivos para pensar en cómo decirle algo así a un hombre.

Sí, más bien me había enfrentado a la idea de cómo decirle a un hombre que no podía tener hijos y que, aunque podía ser su compañera, no podría formar una familia con él.

Y de pronto, un miembro de la familia estaba creciendo en mi vientre. Me puse una mano en la barriga. Todavía estaba plana, pero en unas semanas mi estado se haría evidente.

—Escuchad todos. —Mr. Albottom se colocó en el centro de la oficina diáfana. —Por favor, venid todos. —Su voz retumbó en todos los rincones.

La mayoría de nosotros trabajábamos en la oficina diáfana. Solo tres empleados tenían despachos propios. Al principio temí que hubiera demasiado ruido. Pero no fue así. Resultaba incluso práctico, porque me enteraba rápido de quién se encargaba de qué, qué asuntos eran especialmente importantes y qué relación tenían los empleados entre sí.

—Tenemos visita —anunció Mr. Albottom. Miró el reloj con nerviosismo y volvió a frotarse la calva reluciente. —En realidad, ya debería estar aquí.

Miré a mi colega. ¿Sabía ella algo de la visita? Pero se limitó a encogerse de hombros y sacudir la cabeza.

—Hace algún tiempo recibí una oferta para comprar la empresa. En realidad, no tenía planeado vender nunca mi compañía, ya que la considero mi bebé y la obra de mi vida. —Mr. Albottom sonrió con melancolía. —Pero la oferta era sencillamente demasiado buena y no pude rechazarla.

Tampoco con vistas al futuro de todos los empleados. Porque, lamentablemente, no he sido bendecido con un sucesor. Así que me alegra bastante poder entregar pronto el mando a otras manos. A unas manos muy capaces y competentes, si se me permite decirlo. Para todos vosotros, el cambio supondrá una mejora a largo plazo y se presentarán nuevas oportunidades.

Los compañeros que estaban detrás de mí cuchicheaban.

Mis pensamientos iban a mil por hora.

Un nuevo dueño.

Un nuevo jefe.

Y yo estaba embarazada.

Tragué saliva. Dudaba mucho que se me presentaran nuevas oportunidades. A ningún jefe en los EE. UU. le gustaban las empleadas embarazadas. Y mucho menos ese jefe les daría un generoso permiso de maternidad, como ocurría en otros países. ¿Permiso parental? Aquí no conocíamos eso. El que quería ganar dinero, tenía que trabajar. De lo contrario, no había ingresos.

Mi hijo y yo necesitábamos dinero.

Y dependíamos de un jefe benévolo.

Caspian te ayudará, Mariella. Él encontrará una solución.

En ese instante, el móvil de Mr. Albottom pitó. Lo cogió, deslizó el dedo por la pantalla y luego sonrió. —Nuestro nuevo jefe está aquí —anunció entonces y salió deprisa.

El murmullo de voces se hizo más fuerte.

—¿Quién crees que es, Mariella? —Mi colega Suzanne se dirigió a mí.

—¿Quién es qué?

—Pues el nuevo jefe. —Suzanne me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Oh, yo… ni idea. —Me encogí de hombros.

En realidad me daba igual. Lo importante era que el nuevo jefe fuera amable conmigo y con mi bebé y me diera una oportunidad. No quería más. Era todo lo que necesitaba.

—Bien, aquí está el Mr. Havisham del que os acabo de hablar. —Mr. Albottom regresó a la oficina.

El murmullo cesó de golpe.

Oí el nombre y vi al hombre que estaba junto a Mr. Albottom.

Mi corazón se detuvo por un segundo.

Caspian.

¿Qué hacía él aquí?

¿Acaso… acaso sabía que yo trabajaba aquí y que estaba embarazada y había venido para darme una sorpresa?

Mi corazón volvió a latir. Esta vez tan fuerte y rápido que creí que todos en la oficina podrían oírlo.

Tonterías, Mariella. Eso son verdaderas tonterías.

La mirada de Caspian recorrió la oficina. Lo miré. Sus ojos oscuros parecían un poco ausentes esta vez.

Ahora me había visto.

Su mirada se posó en mí.

De eso no cabía duda alguna.

Pero Caspian no dio muestras de que nos… de que nos conociéramos.

Simplemente dejó que su mirada siguiera vagando.

Tragué saliva.

¿Qué significaba eso?

—Me alegra mucho conoceros a todos y presentarme aquí como vuestro nuevo jefe. Mr. Albottom ya me ha hablado mucho de cada uno de vosotros y me ha presentado vuestros expedientes y currículums, además de informarme sobre vuestro trabajo. Estoy muy contento de poder hacerme cargo de un equipo tan compenetrado y experimentado, y ya tengo ganas de que empecemos a colaborar. Por el momento, nada cambiará en los procesos de aquí. Todos vosotros formáis parte ahora de *Havisham's*, pero cómo llevaremos a cabo la integración es algo que discutiremos más a fondo en las próximas semanas. —La voz de Caspian era plena y fuerte. Con seguridad, llegaba hasta el rincón más alejado de la oficina.

—¿Se mantendrán nuestros puestos de trabajo? —soltó Suzanne de repente. Sabía que su marido no tenía empleo y que en casa la esperaban dos niños.

Lógicamente, Suzanne se preocupaba por su futuro y la seguridad de su trabajo.

—Por supuesto. —Caspian sonrió. —He comprado esta empresa porque quiero crecer con mi compañía. Y quien crece, necesita nuevos empleados. Los despidos no están, desde luego, en el plan. No tenéis que preocuparos por eso.

Mis compañeros aplaudieron.

Yo también levanté las manos mecánicamente e hice lo mismo.

¿Qué acababa de oír?

Caspian era mi nuevo jefe. Cuando estaba junto a Mr. Albottom, no había querido aceptarlo todavía. Pero ahora no podía cerrar los ojos ante la realidad.

Caspian había tenido mi currículum delante. Había oído hablar de mí a través de Mr. Albottom, había dejado que le contaran sobre mí y mi trabajo.

Y no me había dicho nada.

Me había acompañado a la boda, había bromeado conmigo y se había acostado conmigo. Toda la noche me había dado placer, se había acostado conmigo, se había dejado mimar por mí… y no me había dicho nada de lo que planeaba ni del impacto que eso tendría sobre mí.

Tragué saliva.

¿Qué significaba eso?

¿Acaso no desempeñaba yo el papel especial en la vida de Caspian que creía tener? ¿Podría ser que no fuera tan importante para él como pensaba?

Me puse una mano en la barriga.

¿Qué significaba eso para mí?

Y sobre todo: ¿Qué significaba para mi hijo?

Se sentía casi como una traición.

Pero eso no podía ser.

¿O sí?

—Mr. Albottom y yo hablaremos brevemente. Después mantendré una conversación con los empleados más veteranos. Lamentablemente, mi tiempo no da para más hoy. Pero eso debería darme una primera visión de conjunto. —Caspian nos dedicó un asentimiento a todos.

Su mirada recorrió la habitación.

Esta vez no se detuvo en mí.

Nada revelaba que nos conociéramos.

Absolutamente nada.

—Qué hombre tan agradable —comentó con entusiasmo Suzanne una hora más tarde, al salir del despacho de Mr. Albottom—. Tan simpático y tan... tan atractivo.

—Vaya, vaya —se burló Damien—. Ahora se juzga si alguien es agradable o no por su aspecto físico.

—No, por supuesto que no. —Suzanne se puso roja—. Pero es REALMENTE amable. Tan empático y comprensivo.

—Cualquiera diría que acabas de tener una cita. Y no que has estado hablando con el nuevo jefe. —Damien siguió pinchando a Suzanne.

—¿Y qué tiene de malo que un jefe sea amable y empático? —Suzanne fulminó a Damien con la mirada.

—Nada. Pero por la forma en que hablas de él... —Damien sonrió—. Pero no te hagas ilusiones, un tipo como él probablemente ya esté pillado.

—Ja, ja —hizo Suzanne—. Permíteme recordarte que, sobre todo, YO ya estoy pillada. Pero eso no significa que no pueda estar entusiasmada con mi jefe. Y si está pillado o no, eso no lo sé.

—A mí me encantaría saberlo. —Mi colega Lainey soltó una risita tonta—. Si no lo está, lo aceptaba encantada ahora mismo. A un hombre así nadie le hace ascos.

El rubor subió a mis mejillas. Miré obstinadamente mi pantalla y no dije nada.

—A lo mejor es gay —sugirió Damien.

Suzanne y Lainey estallaron en carcajadas al mismo tiempo. —Seguro que no.

No, seguro que no. Me habría encantado confirmarlo, pero no dije nada. Simplemente no me sentía lo suficientemente segura para hacerlo.

¿Me llamaría Caspian todavía a su despacho?

—Debo continuar. Hasta la próxima reunión. —Caspian salió por la puerta. Aún miraba a Mr. Albottom. Luego se volvió hacia nosotros. Su mirada fue fugaz. Como antes. Caspian levantó la mano a modo de saludo y se fue.

Se había ido.

Tan rápido como había llegado.

Dentro del bolso, oí vibrar mi móvil.

Había recibido un mensaje.

¿Sería de Caspian?

Me removí inquieta en el asiento.

—Mariella, ¿tú qué opinas de él? No has dicho nada todavía. —Suzanne me miró.

—Yo... oh... bueno... sí, es muy guapo. —Asentí—. Por lo demás, no puedo decir mucho, no he hablado con él. —Mientras hablaba, sentí que el calor seguía subiendo por mis mejillas.

Maldita sea.

Me levanté despacio.

Iría al baño. Allí al menos estaría sola y podría pensar un momento. Cogí mecánicamente mi móvil.

Cuando cerré la puerta de la cabina del baño tras de mí, respiré hondo. La tensión de la que hasta entonces ni siquiera me había percatado se desvaneció. Bajé la tapa y me senté. Luego apoyé la cabeza en la pared.

Caspian era mi nuevo jefe.

Y se comportaba como si no nos hubiéramos visto nunca.

Tragué saliva.

Si al menos me hubiera llamado al despacho y me hubiera dado una explicación... entonces todo habría sido la mitad de malo. Si supiera a qué atenerme, podría soportarlo todo. Absolutamente todo.

Todavía tenía mi móvil en la mano.

Vibró de nuevo. Desbloqueé la pantalla automáticamente.

Una notificación de mi aplicación bancaria.

Y un mensaje nuevo.

De Caspian.

Mi corazón latió más rápido.

Aquí dentro no nos conocemos y mantenemos la distancia profesional hasta que me haya establecido mejor como jefe. Es mejor para ambos. Cuento contigo. C.

Eso era todo.

Y sin embargo...

Sonreí un poco.

No era lo que quería oír. Pero era una explicación.

Caspian quería hacerse primero una idea de la empresa. Contaba conmigo. Con que guardara nuestro secreto.

Eso podía hacerlo.

Pero yo guardaba un secreto mucho mayor bajo mi corazón.

Mis dedos revoloteaban sobre el teclado.

¿Debería escribirle ahora que esperaba un hijo suyo?

Entonces compartiríamos aún más secretos entre nosotros.

Pero retiré los dedos.

No.

Algo así no se escribía.

Algo así se le decía a la otra persona directamente.

¿Pero qué pasaba si no había oportunidad para ello? Si Caspian se dedicaba de momento a otros asuntos, no podría contarle lo que me pasaba.

¿Cuánto tiempo debía esperar?

Fruncí el ceño.

Luego desbloqueé el móvil de nuevo y escribí.

¿Puedo llamarte esta noche? Necesito urgentemente un consejo.

Apenas hube enviado este mensaje a Shawna, sonó mi móvil.

Me sobresalté.

¿Caspian?

Sin mirar la pantalla, contesté al teléfono.

—Hola —dije. Simplemente no sabía cómo empezar de otra forma.

—Mariella. Respondes enseguida. Y ya sé lo que eso significa. Cuando una mujer responde enseguida. —Esa no era la voz de Caspian. Era una voz ligeramente ebria. El hombre había bebido demasiado anoche y no se le había pasado la borrachera.

Chuck.

Miré la pantalla para confirmar mi sospecha.

Mi ex me estaba llamando.

No había vuelto a pensar en él. Ni en mi familia tampoco. Desde la boda fallida no había sabido nada ni de ellos ni de Chuck. Me remordió la conciencia. ¿Debería haberme puesto en contacto con ellos?

Tonterías.

Seguro que estaban contentos de no saber de mí. Sobre todo Carmela. Además, yo ya tenía suficientes preocupaciones propias.

—Chuck, ¿dónde estás? —pregunté de todos modos—. Carmela seguro que está preocupada por ti.

—Carmela. —La voz de Chuck sonaba un tanto pastosa—. A ella nunca la quise de verdad. Yo... tengo que hablar contigo, Mariella. Urgentemente. ¿Cuándo podemos vernos?

¿Hablar?

¿Chuck quería hablar conmigo?

—Para eso no tengo tiempo, Chuck. Además, creo que deberías llamar a Carmela y hablar con ella. Ella te está esperando. —En realidad no lo sabía. Pero Chuck y Carmela tenían que hablar urgentemente entre ellos. Al menos eso sí lo sabía.

—Quiero hablar contigo. Y tú conmigo también. ¿O por qué si no has cogido el teléfono? —Chuck rió por lo bajo—. Os conozco a las mujeres. Cuando respondéis de inmediato es que queréis hablar. Y con urgencia.

—Ahora no tengo tiempo, ya te lo he dicho. Y pensaba que era otra persona. —Mejor ser directa. Así al menos no alargaba esta conversación innecesariamente.

—No te hagas la difícil. —Ahí estaba otra vez, el viejo Chuck que yo conocía.

—No me hago la difícil, es que no quiero. Llama a Carmela. Con ella es con quien te ibas a casar.

—Habla conmigo. O te arrepentirás —amenazó Chuck.

—De esa manera, menos todavía —repliqué y aparté el móvil de mi oreja.

Antes de finalizar la comunicación, todavía oí a Chuck maldecir alto y claro.

No importaba.

Había otras cosas de las que tenía que ocuparme. Y Chuck no podía hacerme nada ni conseguir que me arrepintiera de nada. No tenía nada contra mí.

Simplemente se estaba portando como siempre.

Capítulo 24 Caspian

¿Había hecho lo correcto?

Miré por la ventana de mi oficina. Hoy el cielo estaba cubierto de nubes y oscuro, y la gente en las calles parecía tener un poco más de prisa.

¿De verdad había hecho lo correcto?

Ayer me había parecido tan acertado. Pero hoy dudaba de mi decisión. Eso no me ocurría a menudo. Yo era un hombre de acción, un emprendedor, un hombre de negocios. Para nosotros no existían las decisiones equivocadas. Solo existían las decisiones. Si algo no salía como estaba previsto, al día siguiente se hacía de otra manera. No era un problema.

Pero ahora…

Ayer le había escrito a Mariella diciéndole que ahora debíamos mantener una distancia profesional.

¿Había sido esa realmente la decisión correcta?

Me había sentido abrumado. Cuando vi a Mariella de repente en la oficina, fue demasiado. Mr. Albottom me había entregado los currículos de todos los empleados y me había explicado qué hacía cada uno. Y luego añadió que hacía poco había contratado a una nueva empleada de la que no tenía la documentación a mano. Yo le quité importancia. Ya conocería a la nueva empleada. De todos modos, ella aún se estaba adaptando y Mr. Albottom no podía contarme mucho sobre ella.

¿Cómo iba a imaginar que se trataba de Mariella?

No me quedó claro hasta que la vi en la oficina. Estaba allí sentada. Tan sexy como siempre. Yo estaba lejos, pero en ese momento creí sentir su piel suave bajo mis dedos. Sus labios dóciles sobre los míos. Sus pechos firmes bajo mis manos y sus largas piernas rodeando mi cadera. El perfume de Mariella parecía flotar a mi alrededor.

Tragué saliva y solo con esfuerzo logré reprimir un leve gemido. Me habría encantado atraer a Mariella hacia mí allí mismo y besarla. Así les habría demostrado a todos los empleados que estábamos juntos.

¿Era eso inteligente?

No conocía ni la empresa ni a los empleados. Posiblemente hubiera rencillas, celos o rivalidades que yo desconocía. Bajo ningún concepto quería hacerle la vida difícil a Mariella actuando de forma imprudente.

Además, primero tenía que reflexionar.

¿Qué decía de MÍ el hecho de querer actuar con tanta ligereza?

La historia entre Mariella y yo se había desarrollado de forma espontánea. En realidad, habíamos tenido un acuerdo claro. Ella hacía el papel de mi esposa, yo hacía el de su novio. Pero el trato había ido quedando cada vez

más en segundo plano con el paso de los días. Lo único importante era que estábamos juntos.

¿Y ahora?

En la oficina apenas pude pronunciar mi discurso inaugural preparado, de tanto que deseaba estrechar a Mariella entre mis brazos.

Eso era peligroso.

No podía perder el control. De mis decisiones dependían empleados y sus familias. Facturación. Empresas. No podía simplemente dejarme llevar, fuera por la razón que fuese.

Así que había ignorado a Mariella, aunque se me había roto el corazón al hacerlo. No podía actuar de otra manera.

¿Qué otra cosa podía hacer?

En realidad, todo el asunto no había sido más que un trato. Luego se convirtió en algo más y yo no estaba en absoluto preparado para ello. Necesitaba tiempo. Primero tenía que aclarar mis propios sentimientos y decidir cómo quería gestionarlos en el futuro. Por supuesto que quería que Mariella siguiera en mi vida. Pero no podía precipitarme. Y mucho menos delante de mis empleados. Y menos aún ante mis NUEVOS empleados. Necesitaba un plan y todavía no lo tenía.

Le había enviado un mensaje a Mariella. Con eso había ganado tiempo.

Pero ahora estaba aquí sentado en la oficina y no sabía qué hacer. Me habría encantado hablar del asunto con alguien.

Con Mariella.

Si no se hubiera tratado de ella misma, le habría preguntado inmediatamente. Valoraba su forma de pensar, su manera de ver las cosas y que, aunque en muchas cosas pensara de forma distinta a la mía, en los asuntos importantes coincidíamos plenamente.

Era una consejera tan buena como Alistair. O quizá incluso mejor. Alistair también era un hombre y, por tanto, veía muchas cosas igual que yo. Mariella era una mujer y me aportaba una perspectiva a la que no solía tener acceso.

Ahora el tema era una mujer y por eso me habría gustado preguntarle a una mujer.

No podía preguntarle a Mariella.

Y, en cualquier caso, tenía que dejar de pensar en todas estas tonterías. Así solo daba vueltas en círculo y nunca llegaba a una solución. Quizá ni siquiera existiera una solución, sino solo una decisión.

Unos golpecitos en la puerta del despacho. — ¿Mr. Havisham? —Betty asomó la cabeza—. Hay un señor que desea hablar con usted. Afirma conocerle.

Levanté la vista distraído. — ¿De qué se trata?

—No ha querido decírmelo. Ha dicho que es privado y que era mejor que no me lo dijera. —Betty se encogió de hombros.

—Entonces que me escriba un correo electrónico. —No quería hablar ahora con nadie para quien no estuviera preparado.

—Ni hablar. Escribir un correo para que luego muevas esa maldita cosa a la papelera sin leerla. —La voz detrás de Betty sonaba furiosa.

Y yo la conocía.

La había oído por primera vez en la boda.

Era el ex de Mariella.

Hice un gesto de asentimiento a Betty.

Ella lo entendió y dejó pasar a Chuck.

—Vaya, vaya —saludé a Chuck examinando al ex de Mariella—. ¿A qué se debe el honor de tu visita?

Después de la boda no había vuelto a hablar con Mariella sobre su ex. ¿Cuándo habríamos podido hacerlo? Nos habíamos esforzado por olvidar la escena lo antes posible. No quería confrontar a Mariella con recuerdos y sentimientos desagradables, sino hacer que pasara una velada agradable. Y de seguro que no la tendría si se veía obligada a hablar de su ex.

Y ahora Chuck estaba aquí, en mi oficina.

¿Qué quería?

Tenía que descubrirlo. Me alegré de que estuviera aquí y no con Mariella.

—Tengo que hablar contigo. —Chuck me miró con altanería.

Me levanté. — ¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—Sobre Mariella. —Chuck me miró como si yo no estuviera muy cuerdo —. ¿De qué otra cosa íbamos a hablar nosotros dos?

Me encogí de hombros. —Ni idea. Y que yo sepa, no tenemos nada que discutir que esté relacionado con Mariella.

La actitud de Chuck no me gustaba en absoluto. Era uno de esos hombres de los que no sabía decir con exactitud si era agresivo o astuto. Traicionero o simplemente malvado. Pero fuera como fuese: ninguna de las opciones era buena. Chuck no era el tipo abierto y comunicativo en cuya presencia uno se siente instintivamente cómodo. De lo contrario, habría tratado a Mariella de forma muy distinta.

—Bueno, TODAVÍA no lo sabes. —Chuck me sonrió con sorna—. Pero cuando te cuente cómo están las cosas, ya te quedará claro qué tiene que ver el asunto con Mariella y contigo.

No dije nada.

Chuck quería despertar mi curiosidad. Era de esos hombres a los que les gusta que les supliquen por información.

Repugnante.

¿Cómo debió de tratar a Mariella si ya se comportaba así conmigo?

Se produjo un silencio incómodo.

Chuck se aclaró la garganta. — ¿No quieres saber lo que tengo que decirte?

Sonreí. Me divertía dejar a Chuck en evidencia. No parecía tener ninguna estrategia sobre qué hacer cuando sus intentos de manipulación no surtían efecto. —Ya me lo dirás. Al fin y al cabo, has venido para eso, ¿no?

—Ya se te quitarán las ganas de reír —siseó Chuck.

Mi sonrisa se amplió. Contra todo pronóstico, la conversación me estaba resultando entretenida.

—Mariella y yo tenemos un lío —afirmó Chuck entonces.

Me desconcertó. Luego solté una carcajada. —Claro, y Papá Noel existe de verdad. Trae regalos y lee cuentos. —Seguí riendo.

Chuck se puso rojo como un tomate. —No es un chiste. —Su voz había subido de tono—. Lo digo totalmente en serio.

Dejé de reír. Chuck no se calmaría hasta que le escuchara. Conocía a este tipo de personas. —Vaya, conque tenéis un lío. ¿Y por qué querías casarte con su hermana y no con ella? Especialmente habiendo estado juntos antes.

Todo el asunto no tenía sentido alguno.

—Terminé en la cama con Carmela por accidente. No fue mi intención. Estaba borracho y Carmela estaba allí y, bueno... simplemente pasó. Mariella llegó a casa antes de lo esperado y nos pilló. Se armó un lío monumental. Me echó de casa. Ni siquiera sé por qué. Son cosas que le pueden pasar a cualquiera. —Chuck sacudió la cabeza—. El caso es que me mudé con Carmela. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No podía dormir en la calle.

Cada vez me daba más asco.

¿Cómo podía un hombre hacer algo así?

—Carmela se me lanzó. No fue culpa mía. —Chuck buscaba una excusa para su comportamiento.

—Ajá. ¿Y cómo es que entonces querías casarte con ella? —Miré a Chuck con sorna—. Hasta ahora solo he oído que engañaste a Mariella.

—Bueno, el asunto con Carmela cobró vida propia, por así decirlo. Ella quería casarse a toda costa, aunque a mí eso no me interesa nada. Un hombre puede simplemente disfrutar de la vida sin tener que ponerle un anillo en el dedo a una mujer, ¿no?

Vida propia.

—Nunca he oído que alguien se casara sin querer hacerlo. —El asunto se volvía cada vez más absurdo.

—Pues al final no lo hice. Cuanto más avanzaban los preparativos de la boda, más echaba de menos a Mariella. Ella es mucho más tranquila y no es una pesada como Carmela. A Carmela nunca puedo darle el gusto en nada. —Chuck suspiró—. Algunas mujeres...

No dije nada.

—Ahí me di cuenta de que quería volver con Mariella. Así que fui a verla y... bueno, al principio se resistió un poco. Pero al final acabamos en la cama. Solo que luego ella también se volvió una pesada. Quería que dejara a Carmela inmediatamente y volviera con ella. —Chuck me miró con desesperación—. Eso ya fue demasiado para mí. Y ahí Mariella se enfadó. Dijo que, si no podía decidirme, que me casara entonces con Carmela, que ella ya encontraría a otro y traería a ese hombre a la boda.

Mis pensamientos se aceleraron.

De pronto, la historia ya no sonaba tan increíble como hacía un momento. Mariella había tenido que ver cómo su ex se casaba.

Pero luego sacudí la cabeza.

No.

Incluso si todo lo que Chuck me había contado hasta ahora fuera cierto: Mariella no era así. Ella jamás actuaría de ese modo. No engañaría a nadie.

De eso estaba seguro.

Conocía a Mariella lo suficiente.

Era dulce y quería que todo el mundo estuviera bien.

—Entonces te trajo a ti. Al veros a los dos juntos, fue como si se me fundiera un fusible. O como si por fin volviera a salir a la superficie después de haber estado todo el tiempo bajo el agua. Supe que quería a Mariella. Solo a ella. No a Carmela. Y cuando estaba ahí delante, dije que no. —Chuck me miró. Ahora tenía el aspecto de un cordero con piel de lobo.

Seguía sin creer que Chuck estuviera diciendo la verdad.

O al menos, no toda la verdad.

Estaba allí contándome algo que, sobre todo, servía a sus PROPIOS fines. No pensaba en mí, como tampoco pensaba en Mariella ni en nadie más.

—¿Y qué es lo que quieres de mí exactamente? —le pregunté directamente.

Chuck se me quedó mirando. — ¿Eso... eso no te importa? —preguntó.

—¿Qué es lo que no me importa? —le devolví la pregunta.

—Bueno, que te ha utilizado. Te pescó para darme una lección a mí. Y no porque realmente le importes. —Chuck siguió mirándome fijamente.

—No te creo ni una palabra —respondí. Por dentro no me sentía tan seguro como aparentaba. ¿Y si había algo de cierto en la historia? Pero eso no se lo diría a Chuck.

—Mientes más que hablas en cuanto abres la boca. Probablemente te entró miedo en tu propia boda y recordaste que con Mariella también se estaba bastante bien. No serías el primer hombre al que le pasa. Además, te has dado cuenta de que ella no llora por ti. —Miré a Chuck con intención—. Y en lugar de aceptar eso y aprender la lección, te has presentado aquí para intentar separarnos a Mariella y a mí.

Chuck se quedó con la boca abierta. — ¿No vas a echarla?

Reprimí una carcajada. — ¿Has oído hablar alguna vez de que la gente habla entre sí en lugar de echar al otro a la primera de cambio?

Chuck siguió mirándome pasmado. Pareció darse cuenta de que su estrategia no funcionaba.

—Ya verás las consecuencias —siseó.

Ridículo.

El tipo de verdad creía que podría quitarme a Mariella de la cabeza así de fácil.

—Eso ya se verá —respondí con calma. Pasé por delante de Chuck y abrí la puerta—. Y ahora debo pedirte que abandones mi despacho. O para decirlo en tus propias palabras: te echo.

Chuck se marchó.

Pero una duda permaneció en mi interior.

¿De verdad no había nada de cierto en todo lo que me había dicho?

Capítulo 25 Mariella

Me puse a navegar por la página web.

Chismes y cotilleos.

En realidad, quería trabajar un poco más. O buscar nombres de bebés, o cosas que hubiera que tener en cuenta durante el embarazo. Pedir una cita con el médico. Buscar una matrona.

Todas esas cosas que ahora se me venían encima y con las que, según decían, nunca se empezaba lo suficientemente pronto.

Pero no podía concentrarme. Mis pensamientos se desviaban una y otra vez y, en lugar de hacer lo que me había propuesto, buscaba cualquier tontería en Google o leía los titulares.

Como ahora. Prefería ocuparme de qué famosas estaban embarazadas o acababan de tener un hijo que de mi propio embarazo. Cualquier cosa con tal de distraerme.

Y eso que me hacía ilusión tener a mi hijo.

Solo que…

Después de la visita de Caspian, tampoco había podido concentrarme en el trabajo. Me había limitado a estar allí sentada, fingiendo que estaba ocupada. Cuando por fin llegó la hora de irme a casa, me llevé el portátil. Tenía que trabajar un poco más sí o sí, de lo contrario no terminaría mis tareas pendientes.

No lo había hecho. En lugar de eso, hoy había llamado a Mr. Albottom para pedirle permiso para hacer teletrabajo. Seguro que podría concentrarme mejor si no corría el riesgo de cruzarme con Caspian o de oír algún chisme sobre él en la zona del café.

Simplemente quería centrarme en mí misma y reflexionar sobre mis próximos pasos. ¿Cómo debía contarle la noticia a Caspian? ¿Y cuándo?

Y ahora estaba aquí sentada.

Ni trabajaba ni reflexionaba sobre mis próximos pasos. Simplemente estaba allí sentada leyendo un artículo tras otro. Me enteré de todo sobre Angelina Jolie y sus hijos, sobre lo que hacía Brad Pitt ahora y cómo les iba a las Kardashian.

Deberías dejar de hacer esto, Mariella. No va a mejorar nada. Al contrario. Cuanto más lee uno sobre la vida de los demás, más pequeña e insignificante parece la propia vida.

Leí el siguiente titular.

Planes de boda.

Este artículo aparecía sugerido debajo del que acababa de leer. Con una foto pequeña. El hombre se parecía a Caspian.

Hice clic en el enlace.

Entonces me quedé helada.

Era Caspian.

Me faltó el aire y sentí una punzada en la zona del corazón.

No podía ser.

Tenía que estar equivocada.

Sería el hermano gemelo de Caspian.

O un doble.

No tiene ningún hermano gemelo, Mariella. Te lo habría contado. Habéis pasado varias noches juntos. Voló contigo a Europa. Os habéis contado de todo. Él conoce a tu familia. No tiene ningún hermano gemelo.

Y tampoco era su doble.

Era Caspian.

Lo había visto las suficientes veces como para poder distinguirlo entre cualquier multitud. Sabía cómo caminaba, cómo reía, cómo sonaba su voz, cómo comía, cómo inclinaba la cabeza cuando escuchaba. El hombre de la foto era Caspian.

Pero eso no podía ser.

No podía ser.

Se me revolvió el estómago y el corazón me dio varios vuelcos mientras leía.

Aunque, en realidad, el artículo no era tal.

—Conocido empresario de Nueva York anuncia su boda. Pronto sonarán campanas de boda para él y su prometida. Nos preguntamos: ¿qué lugar elegirán? ¿Qué diseñador tendrá la suerte de vestir a la novia? ¿Y será una boda íntima o un gran evento? Pronto más información aquí, en esta página. —

Resoplé.

¿Acaso era un texto estándar?

Habría encajado con cualquier imagen.

La indignación por el texto me distrajo incluso por un momento de mi dolor.

¿Quién había escrito eso?

Pensé en todo lo que había pasado desde ayer.

Caspian me había ignorado cuando entró en el despacho de Mr. Albottom. Ya entonces había sentido un dolor extraño. Pero lo había reprimido.

Ahora volvía.

Con más fuerza que antes.

Algo no iba bien.

Lo presentía claramente.

Me levanté de un salto y me puse a caminar de un lado a otro en mi estrecho apartamento. Todo el mundo me abandonaba. Cosmo seguía desaparecido sin dejar rastro. El contacto con mi familia apenas era digno de mención. No había nadie cuando lo necesitaba.

Supuestamente, Caspian se casaba con otra.

¿En serio?

No podía ser. Si tuviera a otra, les habría presentado a esa mujer a los árabes como su esposa.

¿Verdad?

Quizá no fuera posible. Por alguna razón. Quizá acababan de discutir y ahora se habían reconciliado y comprometido.

Quizá.

Pero quizá no.

Volví a pensar en el texto estándar que acompañaba a la imagen. Luego respiré hondo.

¿Y si simplemente se trataba de un error? ¿Quizá alguien en el periódico había confundido el texto y la foto? Al fin y al cabo, esas cosas pasaban.

Desde que existían las ediciones digitales de los periódicos, ocurría con más frecuencia. Pensé brevemente en todos los rumores y conjeturas que ya había leído antes. En internet se presentaban como verdades absolutas.

Solté una risa de alivio.

Por supuesto.

Tenía que ser eso.

Si ni siquiera mencionaban nombres.

Seguro que alguien se había equivocado.

No podía saberlo con certeza, pero simplemente llamaría al periódico para asegurarme. Y más tarde se lo contaría todo a Caspian y nos reiríamos juntos de ello.

Me apresuré a volver al ordenador y busqué una forma de contactar en la página.

Formulario de contacto.

Correo electrónico.

Y finalmente, un número de teléfono.

—New York News, ¿en qué puedo ayudarle?— La voz no podría haber sonado más aburrida.

—Sí, buenas tardes, me gustaría hablar con alguien de la redacción. Tengo una pregunta sobre un artículo de la web.— Mi voz sonaba un poco tomada.

—¿De qué artículo se trata?— La voz no denotaba ni un ápice más de interés.

—En realidad no es un artículo propiamente dicho. Solo un texto breve con una foto. El titular es «Planes de boda».— Esperé con el corazón palpitante.

—¿Cómo puede afirmar que nuestros textos no son artículos propiamente dichos?— La mujer resopló. —Qué insolencia.—

—No, me he expresado mal. No quería decir eso. Es más bien... el texto es muy corto, a diferencia de otros textos. Eso es lo que quería decir.— Tragué saliva, temiendo que la mujer fuera a colgarme.

—¿Y qué pasa con eso? —me espetó la mujer.

—¿Cómo?— No entendí la pregunta.

—¿Por qué llama? ¿Qué pregunta tiene? —ladró la mujer. Se volvía cada vez más antipática.

Tragué saliva. Si no conseguía pasar de ella, no tendría ninguna oportunidad de hablar con un redactor. —Bueno, en la foto aparece un hombre al que conozco y, en realidad, no puede ser que se vaya a casar. Por eso quería preguntar si tal vez han cometido un error aquí.—

Genial. Fantástico, Mariella.

Nada más salir esas palabras de mi boca, deseé poder retirarlas.

Seguramente no podría haberme expresado de forma más estúpida.

La mujer soltó una carcajada burlona. —Un error. Como su chico está con otra, hemos cometido un error. Por supuesto. ¿Cuántas llamadas de este tipo

cree que recibimos cada semana?—

—No me refiero a eso. Pero en el periódico dice que se casa. Y eso no puede ser —me esforcé por mantener la paciencia, aunque sentía que empezaba a enfadarme—. Y, al fin y al cabo, cualquiera puede cometer un error —añadí.

Tranquila, Mariella. Quieres llegar a alguna parte aquí.

—Aquí no ha habido ningún error —replicó la mujer con un tono de absoluta convicción—. Por Dios, muchacha, despierta. El tipo se va con otra y ni siquiera te ha avisado. Quizá sea bastante bueno que se haya ido. No parece ser la pareja más útil del mundo. Y ahora, por el amor de Dios, déjenos seguir trabajando.

Antes de que pudiera decir nada más, la mujer había terminado la llamada. Mi móvil solo emitía ya el tono de comunicación cortada.

Lo me quedé mirando. Mi impulso fue intentarlo de nuevo de inmediato.

Pero sacudí la cabeza.

No servirá de nada, Mariella.

Pero como la mujer había sido tan antipática, la inquietud en mi interior era ahora mayor que nunca.

¿Y si simplemente llamaba a Caspian?

Me imaginé hablando con él.

Oye, acabo de ver tu foto en el periódico. Increíble. Imagínate, dice claramente que te vas a casar.

Caspian se reiría. Y yo también. Luego me pediría el enlace y me explicaría quién era esa mujer y de qué iba la foto.

Sí.

Le llamaría.

Volví a coger mi smartphone. Esta vez marqué el número de Caspian. Sonó.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Dejé de contar. Pero después de haber dejado que sonara durante al menos un minuto, me rendí.

Caspian no estaba localizable.

Ahora mi inquietud era aún mayor.

¿Y si simplemente iba a su oficina y le preguntaba?

Quizá tenga citas, Mariella.

Seguro. Pero en algún momento tendría cinco minutos y entonces podríamos hablar. Quizá incluso podría decirle que estaba embarazada.

¿O no?

Sobre eso puedes reflexionar por el camino, Mariella. Ponte en marcha.

Cogí mi bolso.

Sin pensarlo demasiado.

Simplemente actuar.

A menudo era lo mejor.

Iría a ver a Caspian ahora mismo.

Volví a mirar hacia arriba, a la fachada, esta vez desde la acera de enfrente.

¿Hacía realmente solo unas pocas semanas que había estado aquí para comprarme un vestido para la boda de Carmela y Chuck?

En aquel entonces el cielo sobre mí resplandecía de azul. Hoy se amontonaban nubes oscuras sobre Nueva York. Se suponía que llovería más tarde.

Me parecía que mi visita a *Havisham's* había sido hace una eternidad. Cuánto había cambiado mi vida desde entonces. Y todo se lo debía a Caspian. Él había traído movimiento y emoción a mi vida.

No solo él, Mariella. También tienes un nuevo trabajo.

Lo tenía.

Pero, sobre todo, el cambio se debía a Caspian.

No podía estar con otra mujer.

Todo aquello era un disparate.

Lo habría sentido. Cuando Chuck se lió con Carmela, al final ya nada encajaba entre nosotros. Yo también lo había sentido, pero estaba tan obsesionada con salvar nuestra relación y volver a encarrilarla que ya no me planteaba si eso era siquiera posible. Y si era lo que realmente quería.

Con Caspian todo era diferente.

Yo quería. Más que nunca. Además, se había comportado un poco frío, pero quizás al final eso solo había sido inseguridad que no quería admitir. Caspian era el típico director general de manual. No podía mostrar debilidad ni admitir que no se sentía seguro. Y menos aún ante sus empleados.

Pero, sobre todo, Caspian era muy diferente a Chuck.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? Si no es mi ricura. —Una voz aceitosa que conocía demasiado bien me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué haces tú aquí? —miré a Chuck de mala gana. Quería ir a ver a Caspian y ahora mi ex estaba frente a mí. Chuck era realmente la última persona con la que quería hablar.

—Oh, en realidad nada. Pero ahora voy a charlar contigo. —Chuck me sonrió de oreja a oreja.

¿Es que antes nunca me había dado cuenta de lo desagradable que era su sonrisa? Chuck se cuidaba muy poco. Del mismo modo que tampoco había cuidado nuestra relación.

Me alegraba de haberme librado de él.

—Tienes que tomarte un café conmigo sin falta, Mariella. —Chuck me agarró del brazo e intentó plantarme un beso en la mejilla. Lo esquivé e intenté zafarme de su agarre. Pero mi ex solo me sujetó con más fuerza—.

Lo decía en serio lo que te dije por teléfono. Y en la boda Carmela tenía razón. Me he ido por ti. Por ti. Por nosotros.

¿Qué?

Me quedé mirando a Chuck.

—Ya no existe un nosotros —respondí finalmente—. Me dejaste por mi hermana.

—No seas tan severa. Dame una oportunidad. —Chuck me agarró del otro brazo y me sujetó con firmeza. Me echó el aliento directamente a la cara y volvió a acercar sus labios. Giré la cabeza. Chuck me habló directamente al oído—. Me porté como un estúpido, sí, lo admito. Pero cualquiera comete errores. Y todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿no?

—No hay ninguna segunda oportunidad. —Moví los brazos bruscamente para obligar a Chuck a soltarme—. Tuviste tu oportunidad y no la aprovechaste. —Era raro hablar así sin mirar a Chuck.

—¿No pretenderás en serio pasar tu vida con el estirado ese con el que apareciste en la boda? Por favor, Mariella. Ese tipo solo está jugando contigo. Cualquier hombre te lo diría. Nosotros vemos esas cosas a kilómetros de distancia. Tenemos olfato para eso. Puedes creerme. ¿Por qué iba a mentirte? —La voz de Chuck sonaba compungida.

Solté una carcajada y, después de todo, le miré. —No sería la primera vez que me mientes. Y ahora suéltame o gritaré para que alguien llame a la policía.

Chuck me miró fijamente.

Entonces comprendió que hablaba en serio.

Me soltó.

—Volveremos a hablar —amenazó antes de marcharse—. No me rindo tan fácilmente. Y mucho menos permitiré que otro te me arrebate.

Antes de que pudiera responder nada, Chuck me plantó un rápido beso en los labios y desapareció.

Asqueroso.

Me limpié los labios con el dorso de la mano.

Asqueroso.

Y ridículo.

Que otro te me arrebate.

Chuck me había dejado a mí.

No yo a él.

Él no me había querido. Nadie me le había arrebatado.

Inspiré profundamente. Ahora tenía que recordar por qué había venido aquí en realidad.

En ese instante lo vi.

Caspian.

Estaba justo delante de la entrada de *Havisham's* y me miraba.

Nos miramos a los ojos.

¿Acaso nos había estado observando a Chuck y a mí todo el tiempo?

¿Por qué no había hecho nada?

¿Por qué no había venido a ayudarme?

Debía de acabar de salir afuera en ese momento.

Era la única explicación lógica.

Levanté el brazo para saludar.

Pero en ese momento, Caspian se dio la vuelta y entró al edificio.

No me prestó la menor atención.

Actuó como si yo ni siquiera existiera.

Capítulo 26 Mariella

—¡Caspian! Grité tan fuerte que mi voz llegó a imponerse incluso al ruido de las calles neoyorquinas. Pero Caspian no reaccionó. Como a cámara lenta, vi cómo se dirigía hacia las puertas de *Havisham's*.

No podía permitirlo.

Sin pensarlo, eché a correr hacia la calzada. Inmediatamente estalló a mi alrededor un concierto de cláxones furiosos. Los frenos chirriaron y, a través de las ventanillas abiertas de los coches, oí gritos cargados de insultos.

—¿Qué te has creído, muchacha?

—¿Es que no tiene ojos en la cara?

Yo simplemente seguí corriendo.

Por fin crucé la calle.

—¡No seas tan temeraria, la próxima vez podrías acabar en el hospital! —oí decir a mis espaldas. Mucha gente parecía preocupada por mí.

Pero hubo una persona que ni siquiera se dio la vuelta.

Caspian.

Vi su espalda ante las grandes puertas de cristal que formaban la entrada de *Havisham's*.

—¡Caspian! —Ahora era imposible que no me hubiera oído.

¿Aminoró un poco el paso o me lo pareció a mí?

—¡Caspian! —Por fin lo alcancé—. ¿Por qué huyes? —Le toqué el codo a Caspian.

Entonces se dio la vuelta. Tenía los ojos tan oscuros como siempre. Pero esta vez no brillaba en ellos ninguna chispa de calidez. Estaban más fríos de lo que jamás los había visto.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

Me quedé petrificada. Luego solté una carcajada. Esto no podía ser más que una broma. —Pero Caspian, vamos, no finjas que no nos hemos visto nunca. Sabes perfectamente quién soy. Mariella. —Puse los labios en un pequeño gesto de beso.

Por dentro no me sentía tan despreocupada y ligera como aparentaba. Pero no quería discutir con Caspian. Solo quería oír de sus labios que todo estaba bien entre nosotros y que me lo había imaginado todo. Y entonces, cuando por fin me estrechara entre sus brazos, le contaría la gran noticia.

—¿Qué quieres aquí? —Caspian me miró como si fuera una ladrona de tiendas.

—Tengo que hablar contigo. Hay una noticia importante y, además, he leído algo que me ha dejado totalmente desconcertada —solté de golpe.

—¿Y por eso vienes aquí? —Caspian se quitó mi mano del codo de una sacudida.

Me quedé ante él, impotente. —Bueno, ¿por qué no? ¿Qué otra cosa iba a hacer? —Lo observé con preocupación—. ¿Estás bien? —pregunté—. ¿Ha pasado algo?

Caspian resopló.

—Quizá sería mejor que entráramos en tu despacho. Allí podremos hablar con tranquilidad —propuse.

Seguro que había pasado algo. Los hombres siempre resoplaban así cuando ocurría algo pero, en realidad, no querían hablar del tema. O mejor dicho: cuando querían hablar, pero no sabían cómo.

Caspian tenía algo que decirme y, en cuanto estuviéramos a solas, terminaría abriéndose. Seguro. En nuestros encuentros anteriores siempre lo habíamos hablado todo y habíamos bromeado y reído juntos. ¿Acaso Caspian podía haber olvidado eso?

—¿En mi despacho? —Caspian soltó una carcajada—. Oficialmente no nos conocemos de nada. ¿Por qué iba a invitarte a pasar a mi despacho?

Me quedé de piedra.

¿Pero qué había pasado?

—Pero aquí... aquí no hay nadie de mis colegas. Nadie se dará cuenta si charlamos un momento y... —La voz me falló. Ya no sabía cómo expresar lo que sentía.

Me sentía como si acabara de despertar de una pesadilla.

—No hay nada que discutir y no nos conocemos. —Caspian se mantuvo firme.

Y en ese instante, toda la información que tenía encajó en mi interior. Como un puzzle gigantesco que, de pronto, cobra sentido.

Caspian y la mujer de la foto.

Tenía que haber algo de cierto en aquello.

—¡Espera! —Esta vez me sorprendí a mí misma. Mi tono suplicante había desaparecido; en su lugar, sonaba enérgica. Saqué el móvil a toda prisa y entré en la web del periódico.

Aquí.

Ahí estaba.

La imagen de Caspian y la mujer desconocida.

Justo debajo del titular «planes de boda».

—¿Quién es ella? —pregunté—. ¿La conoces? ¿Y de verdad piensas casarte con ella? —Solté las preguntas tan rápido una tras otra como si temiera que el valor me abandonara si guardaba silencio un solo segundo.

Caspian se quedó mirando la pantalla. Luego me quitó el smartphone de la mano y leyó el texto. Frunció el ceño.

De inmediato, el alivio empezó a extenderse por mi interior.

En cualquier momento se echaría a reír y diría que no había visto a esa mujer en su vida y que el periódico se había equivocado. Y luego me abrazaría y se mostraría comprensivo por el hecho de que un artículo así me hubiera inquietado. Me consolaría y me aseguraría que no había motivo para preocuparse.

En mis novelas románticas había leído una escena semejante mil veces y, por eso, ahora se reproducía en mi cabeza como si ya la hubiese vivido. Poco antes del final feliz siempre surgían malentendidos. El héroe se mostraba frío, aparecía una ex o la futura suegra ponía objeciones de repente. Y siempre se lograba aclarar todo en el último minuto. Después, el héroe y la heroína se fundían en un abrazo.

—Y aunque así fuera: ¿a ti qué te importa? —Caspian levantó la vista de mi móvil.

—¿Qué? —Creí haber oído mal. En la zona del corazón sentí una punzada de hundimiento.

—¿Qué te importa a ti con quién me case o deje de casar? —repitió Caspian.

Sentí cómo el color desaparecía de mis mejillas. —Yo... bueno, yo... tú y yo... nosotros... —tartamudeé.

Para este escenario no había guion en mis novelas románticas. Los héroes no eran allí tan fríos e insensibles, sino hombres tiernos que solo por circunstancias externas no podían declarar su amor a la heroína de inmediato. O porque estaban atrapados en el pasado.

—Tú... nosotros... —comencé de nuevo.

Tragué saliva.

¿Qué estaba pasando? Que Caspian afirmara no conocerme por temor a los chismes en la oficina era una cosa. Pero que dijera que no me importaba si se casaba y con quién, eso era algo completamente distinto.

Tenía que averiguar a qué estábamos jugando y reuní todo mi valor.

—Puede que no me importe, pero quiero saberlo —solté entonces. Mi voz no sonó tan firme como me habría gustado.

Caspian resopló.

—Tú... ¿tú no tienes a otra? —pregunté con temor.

—Eso debería darte igual. —Caspian resopló de nuevo—. Estás en medio de la calle besándote con tu ex.

¿Era eso?

Casi suelto una carcajada de alivio.

Ya ni me acordaba de Chuck. Solo pensaba en que tenía que darle la gran noticia a Caspian.

Pero claro.

Caspian me había visto con Chuck y le había molestado.

—Yo no lo he besado —le aseguré—. Él me ha besado a mí. Y yo no quería.

—¿Que no querías? —Caspian soltó una carcajada—. No finjas. Si también te has estado viendo con él estas últimas semanas y me has mentido. Por ti dejó plantada a tu hermana en el altar. Alguna cosa habrá pasado entre vosotros. Al fin y al cabo, uno no huye de su propia boda por otra mujer si no ha aclarado antes si esa otra lo quiere de vuelta. —Los labios de Caspian se contrajeron en una mueca—. ¿Al menos ha sido divertido?

—¿Divertido? —Miré a Caspian confundida—. Yo he... bueno, tú mismo viste en la boda que no quiero tener nada que ver con Chuck. No me he visto con él.

—Claro. Y por eso estáis los dos ahí en la otra acera hablando y él te besa. Porque no quieres tener nada que ver con él. —Caspian frunció el ceño.

—Me he cruzado con Chuck aquí por pura casualidad. Esas cosas pasan. Y, desde luego, habría preferido mil veces no encontrármelo —le aseguré.

Estábamos dando vueltas en círculo. Caspian no me escuchaba.

—No tenía ese aspecto en absoluto. —Los labios de Caspian se afinaron hasta formar una línea—. Probablemente me has estado engañando todo el tiempo y solo has fingido interesarte por mí para darle celos a Chuck. Querías recuperarlo y me has utilizado para tus fines sin decirme exactamente qué tramabas.

¿Qué tramaba yo?

Ahora empecé a enfadarme. Conocía esa táctica demasiado bien. Chuck también la usaba. Siempre que le sacaba algún tema que me molestaba, desviaba la atención y hablaba de algo que, a sus ojos, yo había hecho mal.

—¿Que YO he fingido? —Negué con la cabeza—. Hablemos de ti. —Le quité mi smartphone de la mano a Caspian y señalé la pantalla—. ¿Quién es esta mujer y qué tienes que ver con ella?

—Eso no te incumbe lo más mínimo. —Caspian se mantuvo frío.

—¿Desde cuándo os conocéis? —exigí saber—. ¿Acaso me has usado tú a mí para darle celos a ELLA sin que yo lo supiera?

—Eso tampoco te incumbe. —Caspian negó con la cabeza.

—Y a tus árabes quizá solo querías presentarles a una segunda mujer, porque en su cultura todos tienen varias esposas. —Mi voz subió de tono—. Querías que pensaran que eres un semental que puede tener a la que quiera. Y así buscaste a una cualquiera. A mí. Porque fui tan tonta de caer en tu trampa. O... o tienes planes secretos de los que no me has contado nada y para los que me has utilizado.

Grité.

Era la única forma de contener las lágrimas.

No podía ser verdad.

Me estaba rechazando. No explicaba nada.

¿Por qué me hacía esto?

¿Es que al final todos los hombres eran iguales? ¿Acaso esos héroes de gran corazón que trataban con ternura a sus heroínas solo existían en las novelas?

—Teníamos un acuerdo claro. Te contraté para un negocio. Y el asunto ya está zanjado. Así que ya no te necesito. No debería sorprenderte. —Caspian arqueó las cejas con sorna.

Me quedé sin aliento.

Así debía de sentirse uno cuando le clavaban un puñal en el corazón.

Este dolor.

Esta agonía.

—Si te has montado otras películas en la cabeza, como soléis hacer las mujeres, ese es tu problema. —La voz de Caspian sonaba como si dos bloques de hielo chocaran entre sí—. No puedes hacerme responsable de ello. Te dije claramente cómo estaban las cosas y no te di falsas esperanzas. Ya eres mayorcita para saber que un hombre no tiene por qué tener sentimientos por una mujer solo porque se acueste con ella. Y si no lo tenías claro, ahora ya lo sabes. Supongo que te has identificado demasiado con tu papel.

Caspian negó con la cabeza. —Y, al mismo tiempo, has jugado a dos bandas manteniendo a Chuck en la recámara. No quiero tener nada que ver con alguien tan embustero.

—¡Aquí el único mentiroso eres tú! —grité.

Varios transeúntes se detuvieron a mirarnos. Hasta ese momento, nadie nos había prestado gran atención. Aquí la gente se peleaba a diario en plena calle.

—Cierra la boca —ordenó Caspian—. El numerito que estás montando aquí resulta en daños comerciales para mi negocio. Seguramente te has puesto de acuerdo con tu querido Chuck y habéis decidido montarme esta escena para

que me sienta culpable. Seguro que tú y él queréis sacarme algo más. Pero habéis dado con la persona equivocada.

¿Sacarle algo a Caspian?

Yo no quería nada.

Todo lo que había querido siempre era oír que no tenía a otra. Y entonces iba a decirle que esperábamos un hijo.

Pero, en su lugar, se había abierto un abismo ante mí.

Frío, vacío y profundo.

¿Cómo se había podido llegar a este punto?

Inspiré profundamente.

Quizá debería hacer un último intento.

Por mí.

Y, sobre todo, por mi hijo. Tenía derecho a conocer a su padre.

—Caspian, yo... —comencé.

—Ahórrate las excusas. Ya lo he oído todo y no tengo nada más que decirte. Nuestro acuerdo ha terminado. Has cumplido tu propósito y no te necesito para nada más. —Caspian me miró.

Sentí más frío que nunca.

—Y si vuelves a gritar, te denunciaré por daños comerciales. —Caspian me dio la espalda.

Se marchó.

Así, sin más.

Capítulo 27 Mariella

En mi interior todo se volvió oscuro.

Y también a mi alrededor todo parecía haberse oscurecido.

Alcé la vista. De hecho, unas nubes espesas se estaban acumulando en el cielo. Ayer el sol todavía brillaba con fuerza y ahora…

Ahora todo era diferente.

Y exactamente lo mismo ocurría en mi vida.

¿Cómo podía ser?

Seguía allí, como clavada al suelo frente a *Havisham's*, mirando fijamente las puertas de cristal que acababan de cerrarse tras Caspian.

Seguro que todo esto no era más que una pesadilla. Con toda certeza, él saldría de nuevo en cualquier momento, me tomaría entre sus brazos y me diría que todo había sido una broma. Un juego que había tenido que jugar

porque Mr. Albottom esperaba arriba en su despacho y no quería decirle que éramos pareja. Pero que ahora se lo había pensado mejor.

Tonterías, Mariella.

Eran tonterías.

Caspian no iba a volver y esto no era ni un libro ni una película romántica. Era la vida real, verdadera y auténtica. La vida en la que a veces ocurren cosas hermosas y otras veces horribles, y en la que no se puede controlar nada, absolutamente nada.

Un trueno retumbó sobre mí.

Asustada, miré hacia arriba. En ese instante, el primer rayo ya cruzaba el cielo. La gente a mi alrededor también miró hacia arriba y luego apresuró el paso. Se iban a casa. A las cafeterías.

A *Havisham's*.

Iban hacia Caspian.

Ese camino me estaba vetado de una vez por todas.

El trueno volvió a rugir.

Algo se desató en mi interior con aquel sonido sordo. Las lágrimas, que antes solo había podido contener gritando con fuerza, se abrieron paso hacia el exterior.

Me di la vuelta rápidamente.

No fuera que Caspian estuviera allí detrás de la puerta o en una de las grandes ventanas de la fachada de diez plantas. No quería que me viera llorar.

Así que tragué saliva y eché la cabeza atrás con orgullo. Y entonces me alejé.

Ploc.

Me cayó una gota.

Ploc.

Y otra más.

Por supuesto, no llevaba paraguas.

Ploc, ploc, ploc.

La lluvia se intensificó rápidamente. Las gotas golpeaban mi cabeza y mis hombros. Sentí cómo un pequeño reguero me corría por el cuello.

Pero no podía ser tan malo. Conseguiría llegar a casa. Allí podría descansar y luego…

Sin previo aviso, estallé en un sollozo violento. Mi cuerpo se vio sacudido por un ataque de llanto espasmódico. Al doblar una esquina, me apoyé contra la pared de un edificio. Aquí estaba algo protegida.

¿Cómo había podido pasar esto?

¿Cómo?

¿Por qué siempre caía ante mentirosos, impostores e idiotas que me utilizaban, que se dejaban mimar por mí, me fingían el gran amor y luego se marchaban con otra?

Más lágrimas me rodaron por las mejillas. Me lamí los labios. Sabían a sal. Busqué un pañuelo en mi bolso, pero no encontré ninguno. Así que dejé que las lágrimas fluyeran sin más. Ahora ya no sollozaba con tanta fuerza, sino que simplemente lloraba en silencio.

Era demasiado.

Mucho más de lo que podía soportar.

Chuck me había engañado con Carmela y me había echado la culpa a mí. Y Caspian ni siquiera se había molestado en decirme que tenía a otra con la que se casaría próximamente.

Seguía sin entender por qué no se la había presentado a los árabes a ella.

Eso da igual, Mariella. No tienes que entenderlo. Sus razones tendrá. Su comportamiento de hace un momento te lo ha dicho todo. No hay nada que entender y tampoco necesitas intentar buscar respuestas en él.

¿Por qué me pasaba esto dos veces?

Me quedé mirando la acera, que se iba mojando poco a poco. Los transeúntes con paraguas pasaban apresurados a mi lado. De nuevo rugió el trueno y un rayo desgarró el cielo.

Miré hacia arriba.

Entonces fui consciente de toda la magnitud del asunto.

Esta vez no solo tenía el corazón roto.

Estaba embarazada.

Y ya no tenía trabajo.

Caspian era mi nuevo jefe desde ayer. Él era el dueño de la empresa para la que trabajaba. Si me decía que no quería volver a verme y que no le servía para nada, eso era un despido.

Me tragué las lágrimas y seguí mirando la acera mojada. Lo que más deseaba era tumbarme en el suelo y no volver a levantarme.

No puedes hacer eso, Mariella. Tienes la responsabilidad de un hijo.

Sin querer, me puse una mano en el vientre y hablé mentalmente con mi bebé.

Siento mucho habernos metido en este lío.

Pensar en mi hijo me hizo bien.

Mis lágrimas se secaron.

No podía rendirme.

—Vaya, ¿ahora quizá estés disponible para tomar un café? —Alguien se apoyó junto a mí en la pared.

Alcé la vista.

Chuck.

De pronto, todo en mi interior se rebeló contra él. ¿Quiénes se creían que eran él y Caspian? ¿Acaso pensaban que podían moverme de un lado a otro como les diera la gana? ¿Jugar conmigo como si fuera una pelota de pimpón?

—¡No! —solté—. No quiero tomar café contigo. Nunca más. Ya he tenido suficiente de ti y no quiero volver a verte. ¿Es que todavía no te has enterado?

—Vaya, vaya. —Chuck soltó una risita pícara—. Acabo de ver perfectamente cómo tu estupendo caballero te daba plantón. Ahora la pequeña Mariella se ha caído de su pedestal y se ha hecho daño. Y en cuanto comprenda que el pedestal ya no la quiere, quizá vuelva a estar abierta a otras cosas.

Chuck se acercó más a mí, hasta que nuestros hombros se tocaron.

Asqueada, me eché a un lado y repetí: —¿Es que todavía no te has enterado? No quiero saber nada de ti. Me dejaste y… fin.

Sentí un escalofrío. La temperatura había bajado notablemente.

—Pero yo no quiero que esto sea el fin. —Chuck volvió a acercarse a mí—. No te hagas de rogar, Mariella. Solo porque me haya trajinado a Carmela no tiene por qué ser el fin del mundo.

«Trajinar», lo llamaba él. —Querías casarte con ella.

—¿Y qué?, me lo he pensado mejor. Ahora te quiero a ti. Y voy a conseguirte. —Chuck se volvió hacia mí.

Su cara estaba asquerosamente cerca de la mía. No quería eso. No le quería a ÉL.

Se lo había dado a entender claramente poco antes. Pero él no parecía querer entenderlo.

Solo quería marcharme.

Y entonces eché a correr.

En medio de la lluvia.

Las gotas me golpeaban la cabeza, las mejillas, la espalda, las manos. Por todas partes. En pocos segundos estaba empapada de pies a cabeza. Mi top se me pegaba al cuerpo y sentía cómo mis vaqueros se volvían pesados.

Sigue, Mariella.

Sin aliento, eché un vistazo por encima del hombro.

Chuck no se veía por ningún lado. No me seguía. Por suerte. Estaba como siempre. Un poco vago y pasivo. Tomaba lo que le caía en las manos. Pero si para ello tenía que esforzarse de verdad, entonces se lo pensaba dos veces.

La lluvia lavó los últimos restos de lágrimas de mis mejillas.

Jadeante, doblé una esquina.

Luego caminé más despacio.

Me dolía el costado.

Aspiré hondo e intenté inhalar y exhalar al ritmo de mis pasos.

La punzada en el costado disminuyó.

Estornudé.

Tenía que refugiarme urgentemente en algún sitio, ¿pero dónde? Mi mirada vagó por la calle. En esta manzana no parecía haber ni una sola cafetería donde pudiera entrar en calor.

No necesitas una cafetería, Mariella. Necesitas urgentemente ropa caliente. Ropa seca, sobre todo. Deberías irte a casa.

A casa.

¿Y qué iba a hacer allí?

¿Qué iba a hacer?

No solo hoy, sino con el resto de mi vida.

Desanimada, miré a lo largo de la calle.

Embarazada.

Sin trabajo.

Y abandonada por el padre del niño.

O mejor dicho: ni siquiera abandonada. No habíamos estado juntos y yo no merecía para Caspian ni una conversación aclaratoria, sino solo un mensaje frío tras el cual simplemente había desaparecido.

Era un miserable cobarde que me había estado engañando todo el tiempo. Nunca había querido darme una oportunidad real. Nunca estuvo en sus planes. Me había propuesto un trato y luego me había seducido para poner a prueba su encanto.

Solo podía compadecer a la mujer con la que se casaría.

También me daban pena sus empleados. Podía alegrarme de no tener que trabajar para él.

Pero mi propio futuro tampoco pintaba precisamente muy bien.

¿Dónde iba a encontrar un nuevo trabajo?

Y sobre todo, ¿por cuánto tiempo?

¿Qué jefe querría contratar a una embarazada? Aquí, en Nueva York, los trabajos se asignaban rápido. Pero no podría ocultar mi estado por mucho más tiempo y entonces nadie me contrataría.

¿Y de qué viviría cuando el niño ya estuviera en el mundo? Entonces no podría trabajar. Las guarderías costaban sumas exorbitantes, pero sin cuidados externos no podría trabajar. Tampoco desde casa. Al fin y al cabo, un niño no es algo de lo que uno se ocupe así, de pasada. Era una persona. Una personita indefensa que dependía de mí y me necesitaba.

—¡Miau! —De repente, algo me rozó la pierna.

Miré hacia abajo.

Se me cortó la respiración.

¿Podía ser?

¿Era eso realmente posible?

—¿Cosmo? —pregunté vacilante.

—¡Miau! —El gato blanco y negro se sentó a mis pies y me miró.

Reconocí la mancha que tenía justo al lado del hocico. Un signo así solo lo había visto antes en Cosmo. Ningún otro gato tenía su patrón de colores.

—¿Eres tú de verdad? —pregunté inclinándome.

—¡Miau! —respondió Cosmo.

Extendí los brazos hacia él y saltó hacia mí. Su pelaje húmedo y mojado se apretó contra mis manos mojadas. Cosmo sacó la lengua y me dio un lametazo rápido en la mano.

Se comportaba como si nunca se hubiera ido.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —pregunté.

Cosmo no respondió.

Tenía un aspecto desaliñado, pero en absoluto parecía desnutrido.

—Qué alegría que hayas vuelto. —Acaricié a Cosmo.

Entonces estornudé.

Mientras tanto, había dejado de llover.

Cosmo había vuelto.

Me alegré.

Y eso que no tenía ni idea de con qué iba a alimentarme a mí y a mi hijo en los próximos meses.

Y mucho menos a mi gato.

Ya no estaba sola.

Y al mismo tiempo, me sentía más sola que nunca.

Capítulo 28 Caspian

Cuatro semanas después.

—¿Y dónde está su esposa? —preguntó Mr. Al-Wafd, mirando a su alrededor en mi despacho. Como si hubiese escondido a Mariella en un armario o la hubiese empotrado detrás de una estantería. O como si la tuviese bajo llave en un compartimento secreto—. Teníamos muchas ganas de volver a verla. Es realmente encantadora y tiene usted mucha suerte de tener a alguien como ella a su lado.

—Eh... sí. Claro. —Asentí—. Sí, de verdad, me siento dichoso cada día por ello y a veces no me puedo creer que me eligiera a mí.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali me habían llamado ayer por la noche para anunciarme que estaban de vuelta en Nueva York. Tenían que reunirse conmigo y era tan urgente que no podían esperar.

Y así, hoy estábamos sentados juntos en mi despacho.

—¿Qué les trae por aquí? —me interesé—. No esperaba volver a verles a ambos tan pronto en Nueva York. Al fin y al cabo, tienen sus negocios en su

tierra y sus familias seguro que no quieren prescindir de ustedes con tanta frecuencia. —Intenté cambiar de tema de forma sutil. Por supuesto, no quería hablar de Mariella. Así que hablé de las familias de mis socios comerciales.

Habían pasado cuatro semanas de aquello. Hacía casi un mes que había visto a Mariella por última vez. Mientras tanto, el verano había llegado y, frente a mis ventanas, un cielo azul me saludaba cada mañana. En Central Park todo estaba verde, la gente paseaba hasta tarde y las risas y el parloteo alegre llenaban las calles.

Pero yo no terminaba de sentirme alegre. Y eso que, en teoría, debería estarlo. Debería haberlo celebrado, porque había desenmascarado a Mariella a tiempo. Sí, al principio no había creído a ese desgraciado de su ex cuando se presentó aquí contándome historias. Pero luego le vi con Mariella y supe de inmediato que no me había mentido.

Los dos parecían una pareja. Una pareja en plena discusión, eso sí, pero una pareja al fin y al cabo. No se podía negar que todavía los unía algo. Él la había besado. Y cuando Mariella me soltó todos esos reproches absurdos a la cara, me quedó claro que solo buscaba una cosa: una salida.

Quería alejarse de mí sin tener que admitir lo que había hecho.

Me había utilizado para dar celos a Chuck, disfrutando de paso de unas cuantas horas agradables y divirtiéndose un poco. Eso era todo. Ahora había hecho entrar en razón a Chuck y él había roto con su hermana. Aunque fuera en el último minuto. Su plan había funcionado.

Al final no fui más que un peón de ajedrez para ella y tenía que desaparecer. Por eso se inventó esa historia absurda sobre mi boda. Probablemente pagó a algún reportero para que publicara el asunto en esa web dudosa. Solo para quitarme de en medio.

¿O no?

Supongo que nunca lo sabría. En el periódico apareció una aclaración diciendo que me habían confundido con otro Caspian. Supuestamente. Todo el asunto me resultaba de lo más increíble.

Pero eso no cambiaba nada.

Mariella se había ido.

En las últimas cuatro semanas me había volcado en el trabajo. Había visitado a otros socios potenciales en México, había revisado nuestro catálogo y ordenado algunas innovaciones, me había reunido varias veces con Mr. Albottom y tomado algunas decisiones sobre el futuro de las boutiques.

Mr. Albottom se había extrañado de que Mariella ya no viniera. Solo le había comunicado de forma escueta que Mariella me había entregado su dimisión y que teníamos que buscar un reemplazo. Al principio, Mr. Albottom no me creyó y quiso contactar con ella. Me costó mucho impedírselo.

Después, por fin, todo se había calmado.

Y ahora mis socios árabes estaban frente a mí y volvían a hablar de Mariella.

—Ah, nuestras mujeres no son como la suya —se rió Mr. Ali—. A menudo se alegran mucho cuando estamos de viaje. Así pasan todo su tiempo libre con sus amigas y no tienen que preocuparse de nada. Y a nosotros nos gusta viajar en esta época del año, especialmente al norte. Las temperaturas aquí en Nueva York son muy agradables en verano.

¿Agradables? Los veranos de Nueva York eran cada vez más calurosos en los últimos años y cada vez me gustaban menos. Por otra parte, en Dubai debía de hacer mucho más calor. Al fin y al cabo, allí ya me había parecido insoportable en primavera.

—¿Y dónde está su esposa ahora? —repitió Mr. Al-Wafd su pregunta.

—Se ha ido a ver a su hermana —mentí rápidamente.

—¿A ver a su hermana? Pero si acaba de casarse —se extrañó Mr. Al-Wafd —. Incluso en nuestra cultura, la familia deja tranquila a una pareja recién casada al principio. Y nuestras familias pueden ser realmente insistentes. Pero precisamente al comienzo se quiere dar tiempo a la pareja. Se trata de aumentar la familia. Ya me entiende. —Mr. Al-Wafd soltó una risita.

—Entiendo. —Me mantuve serio. Simplemente no estaba para bromas—. Mi cuñada tiene algún problema. Mariella no quiso darme detalles. Cosas de mujeres, ya sabe. —Miré a los dos árabes.

—¡Ah! —Mr. Ali asintió comprensivo—. Eso es igual en todas partes. También entre nosotros existen esas cosas de mujeres.

—Pero esperamos que la hermana de su esposa no haya descubierto nada desagradable sobre su marido. —Mr. Al-Wafd frunció el ceño—. Algunas cosas solo se aclaran después de la boda y entonces hay que aprender a sobrellevarlas juntos.

—Seguro. —Asentí vagamente. Ojalá los dos terminaran de una vez con su interrogatorio. Observé a mis socios.

¿Por qué estaban aquí?

¿Qué querían realmente?

¿Se había puesto Bancroft en contacto con ellos de nuevo para lanzar más acusaciones contra mí?

—Creo que todo se arreglará —dije entonces. Reflexioné un momento y añadí—: Ojalá sea pronto. Al fin y al cabo, quiero tener a mi esposa de vuelta conmigo cuanto antes.

Extrañamente, sentí una punzada al decir esas palabras. Como si de verdad echara de menos a Mariella.

No. No la echas de menos, Caspian. Solo te lo imaginas. No debes echarla de menos. No PUEDES echarla de menos. Al fin y al cabo, no se puede echar de menos a alguien a quien nunca se tuvo de verdad.

El sentimiento en mi interior no cambió.

Tenía que distraerme.

Con el trabajo.

Como había hecho en las últimas semanas.

—Y bien, ¿qué les trae a ambos por aquí ahora? —Miré inquisitivamente a Mr. Al-Wafd y a Mr. Ali—. Sus motivos para viajar los entiendo perfectamente. Pero el clima podrían disfrutarlo igual de bien en Noruega o en Islandia. Y allí se estaría mucho mejor que aquí en mi despacho.

Mr. Al-Wafd se aclaró la garganta. —Bueno, es un asunto algo delicado y por eso queríamos discutirlo con usted personalmente. Y también pronto. Tomamos la decisión hace apenas tres días y entonces decidimos emprender el viaje de inmediato.

Levanté las cejas. Aquello no sonaba a una huida del verano de Dubai, sino a algo muy distinto. Pero no dije nada. En estos casos, lo mejor era dejar hablar a los demás y escuchar lo que tenían que decir en lugar de interrumpirlos con preguntas. Escuchando se enteraba uno de mucho más.

—Nosotros... —Mr. Al-Wafd hizo una pausa y volvió a aclararse la garganta—. Bueno, hemos decidido llevar adelante el proyecto solos, después de todo. Sin participación externa.

¿Qué?

Me levanté de un salto. Hasta ahora habíamos estado sentados los tres a la pequeña mesa de conferencias. Pero ya no podía seguir en mi silla.

Había oído mal, ¿verdad?

—Lo sentimos muchísimo. No ha sido una decisión fácil, pero tenemos nuestros motivos y por eso... Por eso hemos decidido esto. —Mr. Al-Wafd extendió las manos.

Esa frase no explicaba absolutamente nada. —¿Qué motivos? —exigí saber.

—Bueno... motivos políticos, sobre todo. Las relaciones con los EE. UU. son siempre tensas y, por mucho que nos gustaría beneficiarnos de su imagen, tememos que nuestra vinculación nos cause problemas algún día. Así que hemos decidido que es mejor prescindir de ella. —Mr. Al-Wafd me miró con aire de disculpa.

No le creí ni una palabra.

Todo aquello no eran más que palabrería para evitar que hiciera demasiadas preguntas. Era como morfina; para mantenerme tranquilo.

Pero no iba a darles ese gusto.

Fruncí el ceño y di unos pasos hacia la ventana. Ante mí, el horizonte de Nueva York resplandecía bajo el cielo azul.

¿Qué había realmente detrás de esto?

—¡Bancroft! ¡Ha sido él! —Me di la vuelta y miré a mis dos interlocutores —. Se ha posicionado de algún modo y...

—No. —Mr. Al-Wafd levantó las manos—. Entiendo que piense eso. Pero no es cierto. Mr. Bancroft no tiene nada que ver con todo esto.

—¿Tampoco van a asociarse con él? —pregunté.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali negaron con la cabeza al unísono.

Apreté los dientes. Todo el trabajo que había invertido en este maldito proyecto. Horas y horas estudiando los planes. Me había reunido con asesores bancarios, con alguien de la Cámara de Comercio Exterior y con varios abogados. Había volado a Dubai y a Londres.

Y había contratado a Mariella.

Podría haberme ahorrado todo eso.

Podría haberme ahorrado todo el disgusto.

Mi corazón roto había sido totalmente en vano.

Cerré los puños.

Esto no podía ser verdad.

—¿Y a qué venía toda esa charla de antes? ¿Por qué han preguntado por mi mujer? —quise saber.

Tenía que haber algo detrás.

Algo más de lo que admitían.

—En nuestra cultura se considera de buena educación, Mr. Havisham. Primero se pregunta por la familia y por el bienestar de la otra persona antes de ocuparse de los negocios. Esas son nuestras prioridades. —Mr. Ali asintió levemente mientras hablaba.

—Sabemos que para ustedes es diferente. Pero en nuestro corazón seguimos siendo árabes. —Mr. Al-Wafd asintió también—. Y, como he dicho, queremos que eso se refleje también en nuestros negocios.

—¿De verdad no quieren un socio americano o británico? —me aseguré—. ¿Después de todo el esfuerzo?

Los dos árabes negaron con la cabeza.

—Lo sentimos de verdad —aseguró Mr. Al-Wafd—. Por favor, transmita nuestros más respetuosos saludos a su esposa e infórmele también a ella de que lo sentimos mucho. Esperamos que no esté enfadado con nosotros.

—¡Tenemos un contrato! —Jugué mi última carta—. Ya está firmado. E insisto en que lo cumplamos.

Mr. Al-Wafd y Mr. Ali negaron con la cabeza al unísono. Mr. Al-Wafd tomó la palabra de nuevo. —En el contrato se estipula que cualquier parte puede retirarse mientras el proyecto no haya comenzado y no se hayan transferido

fondos financieros. Ese es el caso. Por lo tanto, hacemos uso de nuestro derecho. Es mejor así para ambas partes. Seguro que se le presentarán otras oportunidades.

No respondí nada. Mr. Al-Wafd tenía razón. Conocía esa cláusula demasiado bien. Por supuesto, no contaba con que se utilizara. Pero estaba ocurriendo. Con el comentario de que seguro que encontraría otras oportunidades.

Necesitaba eso en todos los sentidos.

En lo privado.

Y ahora también en lo profesional.

Últimamente, nada salía como debía.

Capítulo 29 Mariella

No podía demorarlo más. Tarde o temprano se darían cuenta de todos modos, y si además se descubría que había ocultado todo el asunto durante mucho tiempo, el drama sería aún mayor. Lo que quería evitar resultaría entonces mucho peor.

Así que lo mejor era acabar con ello de una vez, aunque me sentía muy inquieta por todo el asunto.

Al fin y al cabo, ya había esperado cuatro semanas.

Cuatro semanas en las que no había dejado de esperar que ocurriera un milagro y que Caspian se pusiera en contacto conmigo. En mis novelas románticas siempre había periodos de silencio, pero luego solía ocurrir algo y el héroe y la heroína terminaban juntos.

Eso era lo que yo había esperado.

En contra de toda lógica.

Odiaba un poco mi esperanza. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer si Caspian volvía a mí.

Mandarlo al cuerno.

Sí, en las novelas podía haber un final feliz incluso en las situaciones más imposibles y complicadas. Pero en la vida real era distinto. En las novelas, los héroes también reconocían sus errores y mejoraban. Sobre todo eso era diferente en la vida real. Algunas personas cambiaban, pero otras no lo hacían jamás.

Caspian, de todas formas, no merecía una segunda oportunidad. Me había tratado fatal. Todavía hoy se me eriza la piel con el recuerdo de cuando caminaba bajo la lluvia.

—¡Miau! —Cosmo saltó a mi regazo. Se había vuelto a aclimatar en cuestión de horas y se comportaba como si nunca se hubiera ido. Lástima que los gatos no pudieran hablar. Me habría encantado saber qué había vivido Cosmo.

—¿Pero dónde te habrás metido? —pregunté por centésima vez mientras acariciaba el lomo de Cosmo.

—¡Miau! —Esa fue la única respuesta que obtuve.

Cosmo ronroneó a gusto. Luego saltó de mi regazo y se encaminó hacia la cocina. Tenía hambre. ¿Debería ir a ver si su cuenco estaba bien lleno?

No, Mariella. Deberías hacer de una vez lo que tendrías que haber hecho hace tiempo. No lo esquives solo porque Cosmo ande por aquí. Tiene comida de sobra, lo sabes de sobra.

La llamada.

Cogí mi móvil y busqué el contacto.

Con el corazón palpitante, esperé mientras daba tono al otro lado de la línea. ¿Cómo reaccionaría ella? ¿Qué diría cuando le diera la noticia?

—Mariella. ¿Qué pasa? —me saludó mi madre.

Tragué saliva.—Hola, mamá. Solo quería ponerme en contacto contigo de nuevo y…

Mi madre me cortó la palabra—. En los últimos años nunca hemos hablado por teléfono así porque sí. Si llamas, es porque quieres algo. Así que mejor me dices de una vez de qué se trata. Así al menos no perdemos el tiempo de forma innecesaria.

Aquel no era un buen comienzo.

Aunque mi madre tenía razón. La relación entre nosotras nunca había sido especialmente cálida o afectuosa. Durante un tiempo intenté cambiar eso, pero en algún momento me rendí.

—Espero que no quieras volver a causarle problemas a tu hermana —refunfuñó mi madre—. Ya ha sufrido bastante.

Apreté los dientes. Carmela no era la única que había sufrido por culpa de Chuck. Pero por mí no preguntaba nadie. Como siempre.

Mariella. Piensa en tu hijo. Haces esto por vosotros.

Inspiré profundamente.—Mamá, estoy embarazada.

—¿Embarazada? —Mi madre soltó un grito agudo—. No hablarás en serio, ¿verdad?

—Sí. —No dije nada más.

Hubo un momento de silencio.

—Pues nada, felicidades. Desde luego, vosotros dos no perdéis el tiempo. —Mi madre incluso se rió un poco al hacer el comentario.

—Mamá, es que… bueno… no fue planeado. —Oh, Dios. Aún no le había dicho a mi madre que Caspian y yo ya no estábamos juntos. Mi familia creía que la boda cancelada había sido culpa mía, así que había esperado. Pensaba que cuando las aguas se calmaran un poco, la relación entre nosotros volvería a la normalidad y podría contarlo todo. Me entenderían. Eso era lo que me había dicho a mí misma. Pero ahora empezaba a dudarlo.

—Ya me lo imaginaba —dijo mi madre secamente—. Pero no puedes echarme la culpa a mí. Yo te di la charla y te dije que una mujer siempre debe encargarse ella misma de la anticoncepción. En ese aspecto no se puede confiar en los hombres.

—No te estoy echando la culpa a ti —dije.

Respira hondo, Mariella.

—A ver, el caso es que… —Vacilé. Luego me armé de valor. Retrasarlo no sirve de nada, ya lo he aprendido de mil maneras distintas—. Caspian y yo… ya no estamos juntos. Y… —No supe cómo seguir.

—¿También has espantado a ese hombre? —preguntó mi madre incrédula —. ¿Primero a Chuck y luego a él? ¿Eso es lo que me quieres decir?

Se me hizo un nudo desagradable en el estómago.

—De verdad, Mariella, te las apañas para hacer que todas las personas de tu vida salgan huyendo. Quizá deberías empezar a pensar qué es lo que no funciona contigo. Al fin y al cabo, nosotros tampoco nos hemos llevado nunca muy bien contigo. —No podía ver a mi madre, pero habría jurado que estaba arrugando la nariz. Siempre lo hacía cuando me soltaba un sermón.

—Yo… necesito ayuda, mamá. He perdido mi trabajo y…

—¿Qué? —Mi madre soltó un segundo grito agudo en esta conversación—. Te dejas preñar, espantas al hombre y encima te las arreglas para que te despidan. Pues muchas felicidades, Mariella. —La voz de mi madre rebosaba ironía.

—Mamá, por favor, no sé de qué voy a vivir en el futuro y, si encuentro un trabajo nuevo, no sé quién se va a encargar del niño y… —Estaba desesperada.

¿Acaso no podía conmover a mi madre?

¿Tan dura de corazón era?

—Ese es tu problema —declaró mi madre tajante—. Eres lo bastante mayor para cuidar de ti misma.

—Mamá, pero no sé de qué voy a vivir los próximos meses. Quiero decir, quizá podríais al menos prestarme algo para que…

—Ni hablar. —De nuevo, mi madre me cortó—. Por favor, Mariella. Tu padre murió hace mucho y no nos dejó ni un céntimo. Y de verdad no puedes pretender que le pida a tu padrastro que te apoye financieramente. No eres su hija.

Había escuchado esas palabras muchas veces a lo largo de mi vida. Y aun así, siempre dolían. Incluso ahora que era adulta y esperaba un hijo.

Me puse una mano en el vientre.

Nadie te hablará jamás así. Yo me encargaré de ello.

Una silenciosa promesa a mi bebé.

—¿Hay algo más? Me tengo que ir ya. —Mi madre no mostró el más mínimo interés por mí. Ni siquiera me preguntó cómo estaba.

—No. Hasta otra ocasión, mamá. —Terminé la conversación.

¿Tendría mi madre miedo de pedirle dinero a mi padrastro? Nunca se me había ocurrido esa idea hasta ahora. Pero esta vez casi había sonado así.

Sacudí la cabeza.

Ahora no podía ponerme a pensar en eso. Tenía que ocuparme de mi futuro. Y del de mi hijo.

Quizá la relación con mi familia mejoraría más adelante. Los nietos solían marcar un punto de inflexión y unir de nuevo a personas que antes estaban distanciadas.

Pero no podía contar con eso ahora.

Quizá ocurriría cuando mi bebé ya estuviera en el mundo.

Pero necesitaba ayuda ya.

—¿Mariella? —Esta vez descolgaron al primer tono. Y la voz sonaba preocupada. Sonaba como yo habría deseado que sonara la voz de mi madre.

Una punzada me atravesó el corazón.

Ahora no, Mariella. Tienes que concentrarte en lo más importante.

Ya podría pensar más tarde en cómo arreglar la relación con mi madre. Y en si realmente quería hacerlo. Aunque conocía la respuesta. Todo el mundo quiere tener una buena relación con su propia madre, sin importar la edad que se tenga. ¿Verdad?

—¿Está todo bien? ¿Te encuentras mal? ¿Estás enferma? ¿Necesitas ayuda? —Shawna me lanzó una batería de preguntas.

Cerré los ojos y di gracias al universo en silencio por tener a mi amiga. Sin Shawna, mi mundo sería distinto y, con toda seguridad, peor. —Sí. Sí, todo va bien. Bueno… quiero decir, no estoy enferma ni nada de eso. Me encuentro bien.

—Menos mal. —Shawna soltó un suspiro de alivio.

—Pero… acabo de hablar con mi madre. —Suspiré.

—Vaya. —Shawna conocía la tensa relación que había entre mi madre y yo.

—No quiere ayudarme —expliqué desanimada.

—Ya me lo imaginaba. —Ahora fue Shawna quien suspiró—. Sinceramente, no creía que fuera muy buena idea que quisieras llamarla. Pero no quería meterme en tus asuntos y por eso no dije nada.

—Dijeras lo que dijeras, habrías tenido razón. —Tomé aire—. Es que no sé qué hacer, Shawna. Estoy literalmente con el agua al cuello. Ninguna de mis solicitudes de empleo ha dado resultado. Pensé que sería fácil encontrar un trabajo nuevo porque conseguí el de Mr. Albottom con mucha facilidad. Pero nada más lejos de la realidad. Parece imposible encontrar algo. E incluso si tengo suerte pronto, no me durará mucho. En cuanto se den cuenta de que estoy embarazada, querrán deshacerse de mí.

—No pueden hacerlo así como así —dijo Shawna con pragmatismo.

—Ya, bueno. Puede ser. Pero cuando nazca el bebé, ¿qué voy a hacer? No tengo a nadie que pueda cuidar del niño. Entonces tendré que dejar el trabajo otra vez. —Caminé desesperada de un lado a otro en mi pequeño apartamento.

Me sentía como una prisionera. Fuera cual fuera la dirección en la que fuera, mirara o pensara, por todas partes me aguardaban obstáculos insalvables.

Yo misma me había puesto en esta situación.

Mi madre no andaba del todo desencaminada con eso. Aunque nunca se lo admitiría a ella.

—¿Y si yo supiera de alguien que busca precisamente a alguien como tú? —preguntó Shawna.

—Eso sería demasiado bonito para ser verdad. —Suspiré—. Pero nunca podría mentirle a alguien que tú conoces. Me entrarían ganas de confesar enseguida que estoy embarazada. Y entonces no me querrían. ¿Quién querría formar a una empleada para que luego se vaya al poco tiempo? —Aunque no me gustara esa forma de actuar, hasta podía entender un poco el punto de vista de un empleador.

—En la empresa hay una guardería —informó Shawna—. Se puede dejar al niño allí.

—Oh. —Había oído hablar de cosas así, pero nunca había trabajado en una empresa que las tuviera de verdad—. Debe de ser una compañía muy grande —dije con cautela.

El asunto sonaba bien.

Demasiado bien para ser verdad.

—Es un bufete de abogados —anunció Shawna—. Necesitan urgentemente a alguien que les ayude a poner al día su contabilidad.

—Pero… seguro que la guardería solo acepta niños a partir de cierta edad. —Todavía recelaba.

—Ocho semanas. —Shawna guardó silencio.

—¿Y por qué iban a contratarme precisamente a mí? —pregunté entonces —. Todo el mundo se peleará por trabajar en una empresa así. Pueden elegir a sus empleados entre los mejores de los mejores.

—Maldita sea, Mariella. Tú eres la mejor. ¿Es que todavía no te has enterado? —Shawna se estaba empezando a enfadar.

—Ya, pero… —No supe qué decir.

—Nada de peros. El bufete es de Spencer. El marido de Janelle. Hacía tiempo que no hablaba con Janelle, pero ayer me llamó. Y entonces mencionó de pasada lo de la contable. Alguien ha renunciado para irse a Texas. Ahora necesitan a alguien nuevo. Llámala y dile que te interesa el puesto. —Shawna no se andaba por las ramas.

Yo tampoco había visto a mi amiga Janelle en bastante tiempo. Pero ella me ayudaría. Sin duda.

Y precisamente eso me hacía sentir culpable.

—Pero si aprovecho mis contactos así por las buenas, entonces… bueno, no me siento bien haciéndolo. —Quería ese trabajo. Pero no me atrevía a admitirlo ante mí misma.

—Eso lo hace todo el mundo, Mariella. ¿O cómo crees que se reparten la mayoría de los empleos? —Shawna hizo un leve chasquido con la lengua —. Si te quedas atrás, solo te estarás perjudicando a ti misma.

Reflexioné.—Tienes razón. —Mis palabras sonaron vacilantes.

—¡Claro que tengo razón! Una oportunidad así no se presenta a menudo, Mariella. Y mucho menos te la sirven en bandeja. Así que aprovéchala y sácale partido. —Shawna me leyó la cartilla una vez más.

—Lo haré —dije con más seguridad de la que sentía.

—Así me gusta. Llama a Janelle ahora mismo. Y luego cuéntame qué tal ha ido. Probablemente querrán que empieces mañana mismo. —Shawna se rió —. Lo siento, tengo que colgar. Hasta luego.

—Hasta luego —respondí.

La charla había ido mejor de lo esperado.

Había ido genial.

Debería estar rebosando de alegría.

Pero no era así.

Aún faltaba algo crucial.

Algo esencial.

Mi hijo no tendría padre.

Capítulo 30 Caspian

Bajé a la planta baja. Después de las noticias que Mr. Al-Wafd y Mr. Ali me habían comunicado, me resultaba imposible concentrarme. Quería trabajar. Tenía archivos abiertos, había empezado a escribir un correo, trabajado en un plano…

Pero no había terminado nada. Mis pensamientos se distraían una y otra vez. Luego me levantaba de un salto y caminaba de un lado a otro en mi despacho. Arriba y abajo. Me quedaba mirando por la ventana, hacia el horizonte de Nueva York y el cielo azul.

Maldita sea.

Había elaborado un plan tan meticuloso, lo había hecho todo bien, había evitado todos los peligros… ¡y ahora esto!

Un paseo por mis grandes almacenes me calmaría. Me encantaba observar a la gente comprando. Cómo buscaban y buscaban. Cómo examinaban prendas de ropa, joyas, relojes, artículos de decoración, bolsos, perfumes y demás; cómo cogían algo, lo volvían a dejar, cogían otra cosa, se probaban algo y se miraban críticamente. Y sobre todo, cómo se les iluminaban los

ojos cuando finalmente encontraban lo adecuado para ellos. En los niños era donde mejor se apreciaba. Pero también los adultos se alegraban cuando por fin hallaban lo que buscaban.

En *Havisham's* uno siempre encontraba lo que buscaba.

Ese era nuestro eslogan.

Y también nuestra promesa a nuestros clientes.

Fui a la sección de juguetes.

—Mamá, quiero este caballero. Poooor favoooooor. —Un niño pequeño de la edad de Lia tiraba de la falda de su madre.

—Ben, ya tienes tres caballeros en casa. No podemos comprar un cuarto ahora. No te hace ninguna falta —respondió la madre.

—Mamá, por favor. Es mucho más bonito que los que tengo en casa —suplicó el pequeño.

—Casi no juegas con los tres que tenemos en casa. Seguro que ya se sienten abandonados. Y si ahora traes un cuarto, la cosa no mejorará. —La madre le acarició la cabeza a Ben.

—Pero si tuviera un cuarto, jugaría más con los otros tres. Seguro. —Ben hacía todo lo posible por convencer a su madre.

Ella solo se rió y le pasó la mano por el pelo. —Eso también lo dijiste cuando compramos el segundo y el tercer caballero. Creo que es hora de que hagamos algo completamente distinto. ¿Qué te parece si vamos ahora mismo a Central Park y observamos los pájaros?

—¡Huy, sí! —asintió Ben entusiasmado.

El caballero quedó olvidado.

Me di la vuelta.

—Mamá, pero yo quiero esta hada. La otra tiene un vestido lila y no me gusta. Esta es rosa, es mucho más bonita. —Ahora una niña pequeña tiraba de la falda de su madre.

Todos los niños parecían iguales. Daba igual si eran niños o niñas, hacían todo lo posible por captar la atención de sus padres y salirse con la suya.

La madre me lanzó una mirada.

Le hice un gesto de asentimiento con la cabeza y seguí caminando. Bajo ningún concepto quería dar la impresión de estar espiando a mis clientes. Quizás yo también debería ir a Central Park. El aire fresco seguramente me vendría bien y, además, me apetecía caminar una distancia larga. Eso siempre me ayudaba a despejar la cabeza.

Seguí bajando. Despacio.

Y entonces los vi.

En la perfumería.

Era ella.

Y era él.

A él lo habría reconocido en cualquier parte.

Y ella…

Los dos estaban cogidos de la mano. Con la mano libre, ella señalaba un perfume. Él se encogió de hombros y parecía querer decir que todo le daba igual mientras a ella le gustara. Había observado esa costumbre en los hombres muchas veces. Solían mantenerse al margen de ciertas cosas para no tener problemas y simplemente le daban la razón a su mujer.

Ella cogió el perfume del estante y volvió el rostro hacia él. Le sonrió.

Él la besó.

Eran pareja.

Por supuesto, lo había pensado enseguida. ¿Qué hombre adulto iba de la mano con una mujer con la que no estuviera saliendo?

Ninguno.

Uno no va de la mano con una vieja amiga del colegio o con su hermana. Uno va de la mano con su pareja.

Estaban juntos.

Y eso solo podía significar…

Contuve el aliento.

Ante mí estaban el ex de Mariella y la hermana de Mariella. Los dos que en realidad iban a casarse y luego no lo hicieron. El ex de Mariella, que me había contado que volvía a estar con Mariella y que en realidad siempre había querido estar con ella. Que la hermana solo había sido una distracción.

Apreté los puños y las mandíbulas. Aquello no parecía para nada una distracción.

Parecía real.

¿Acaso el tipo estaba engañando a Mariella con la hermana? Acababa de besar a la hermana. Pero también había besado a Mariella, ante mis propios ojos.

¿Era el tipo de hombre que saltaba de una mujer a otra y no podía decidirse? ¿O estaba pasando algo completamente distinto?

En ese momento, el ex se giró hacia mí.

Me reconoció.

Al mismo tiempo, recordé su nombre.

Chuck.

Se llamaba Chuck.

Y la hermana se llamaba Carmela.

Había borrado ambos nombres de mi memoria, junto con el nombre de Mariella. Pero ahora el recuerdo regresaba.

Otro pensamiento cruzó mi mente.

¿Y si Chuck y Mariella ya no eran pareja?

Chuck tiró de Carmela hacia la salida e intentaba, por lo visto, convencerla de que soltara el perfume. Carmela se resistía y sujetaba el perfume con fuerza.

Tenía que hacer algo.

Simplemente tenía que saber qué estaba pasando.

Me escabullí apresuradamente entre las estanterías. Estos eran mis grandes almacenes y, por supuesto, conocía cada rincón, cada atajo y cada pequeño y secreto escondrijo. Aquí no había nada que no conociera.

—Hola. —Me planté ante Chuck, que seguía intentando convencer a Carmela de que no debía comprar el perfume en ese momento. Estaba claro que quería desaparecer de allí lo antes posible. No quería verme. Le resultaba violento.

Entonces levantó la vista y puso cara de alumno al que el profesor acaba de pillar preparando una trastada.

—Qué sorpresa. —Sonreí amablemente, aunque no tenía ningunas ganas de hacerlo.

—Desde luego. —Chuck me miró.

Ahora Carmela también me reconoció. Abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada. Parecía haberse quedado muda.

—¿Y dónde está Mariella? —Miré a mi alrededor con curiosidad. —En nuestro último encuentro me aseguraste que ella era con quien querías estar y con quien habías vuelto a tener un lío, incluso después de haber roto.

—¿QUÉ? —Ahora Carmela había recuperado el habla. —¿Qué habías tenido qué? —Soltó la mano de Chuck y le dio un puñetazo ligero en el pecho. —Dime ahora mismo que eso no es verdad.

—Porque no es verdad. —Chuck sacudió la cabeza. —Por supuesto que no he tenido ningún lío con Mariella. Quiero casarme contigo. ¿Te acuerdas? Solo tuve un ataque de pánico de última hora en el último momento y eso… eso fue una estupidez por mi parte.

—Pues no sonaba así para nada cuando hablaste conmigo hace unas semanas. Entonces afirmaste que te habías dado cuenta de cuánto amabas a Mariella después de haberla visto conmigo. Y que ambos os habíais entretenido con otras parejas solo por despecho, tú con Carmela y Mariella conmigo, y que en realidad os seguíais queriendo. —Miré fijamente a Chuck.

—¡Dime ahora mismo que eso no es cierto! —La voz de Carmela subió a niveles insospechados. Otros clientes nos miraron. Un vendedor levantó la cabeza. Le hice un gesto tranquilizador. Como todos los empleados, me conocía. Así que solo asintió en respuesta.

No quería causar revuelo en *Havisham's*. Pero ahora había algo que quería mucho más: quería averiguar a qué se estaba jugando aquí en realidad. Si con ello espantaba a algunos clientes o si se gritaba un poco, me daba igual.

—Eso no es cierto en absoluto. Mientes. —Chuck sacudió la cabeza. —Nunca nos hemos visto ni hemos hablado. Solo afirmas eso porque no nos deseas felicidad a Carmela y a mí. Quieres separarnos. Probablemente tengas envidia porque Mariella te dio el pasaporte.

Tanta insolencia me dejó sin palabras.

¿Cómo podía el tipo afirmar que nunca habíamos hablado?

—Pero si estuviste en mi casa. Además, te vi hablando con Mariella. En plena calle. Estabais discutiendo como un matrimonio viejo. Y la besaste al irte. —Recordaba la escena demasiado bien.

—Debes de estar confundiéndome. Tengo varios dobles por aquí. Nueva York está tan llena de gente… Algunos se parecen a mí. Y algunas a Mariella. Pero yo, desde luego, no he discutido con ninguna mujer en la calle. Nunca haría algo así. —Chuck sacudió la cabeza y puso cara de no haber roto nunca un plato.

—Probablemente fue Mariella quien afirmó lo del lío y no Chuck. Seguro que todavía no ha superado que lo suyo con Chuck se ha terminado —dijo entonces Carmela con voz meliflua. Se había recuperado, ahora que Chuck estaba firmemente a su lado. —Ya tuve mis sospechas antes de la boda. Se resistía tanto a venir. Luego apareció de repente contigo, aunque antes nunca se había dicho nada de que hubiera conocido a alguien. Pero cuando Chuck entonces… —Carmela se interrumpió.

—Cuando tuve esa reacción impulsiva porque no podía con mi pánico de última hora —intervino Chuck— entonces Mariella volvió a hacerse ilusiones. Incluso me llamó después de la ceremonia porque creía que mi reacción tenía algo que ver con ella. Pero no era el caso. —Chuck sacudió la cabeza con energía. —Solo estaba confundido y totalmente abrumado.

—Esas cosas pasan. —Carmela asintió comprensiva.

¿Esas cosas simplemente pasaban?

Negué con la cabeza.

Aquí uno mentía más que el otro. Por supuesto que Chuck me había asegurado que el vínculo entre él y Mariella nunca se había roto del todo y que solo se había dado cuenta de verdad al verla junto a mí.

No me lo estaba imaginando.

Pero me mantuve callado.

Solo quería saber una cosa.

¿Dónde estaba Mariella?

—¿Qué hace Mariella ahora? —pregunté.

El corazón me latía tan fuerte que creía que los dos que tenía enfrente debían de oírlo.

Chuck se encogió de hombros. —Ni idea. No la veo desde hace tiempo. No tenemos contacto, lo cual quizás sea comprensible.

Esa fue la primera frase sensata que escuché salir de la boca de Chuck hoy. Aunque no me gustara nada. Por un lado, porque quería saber dónde estaba Mariella. Por otro lado, por supuesto, no quería que Chuck y Mariella tuvieran contacto.

—Además, tampoco quiero tener contacto —añadió Chuck entonces. —Tengo a Carmela y con eso me basta. No necesito ni quiero más. —Pasó un brazo por los hombros de Carmela y ella se acurrucó dócilmente contra él.

—Mariella tampoco se ha puesto en contacto conmigo desde hace tiempo —añadió Carmela con voz cantarina. —Y si mi madre sabe algo, no sabría decirlo. No hablamos del tema. Al fin y al cabo, no queremos estar discutiendo constantemente, sino ser una familia armoniosa.

Mariella parecía simplemente haber sido tragada por la tierra.

Ya nadie se interesaba por ella.

Ni siquiera su propia familia.

—Precisamente esta mañana hemos decidido que vamos a hacer un nuevo intento. —Carmela me dedicó una sonrisa radiante. —Vamos a casarnos. Esta vez de verdad.

—Exacto. —Chuck asintió.

—Nadie lo sabe todavía, ni siquiera mi madre. —Carmela se rió. Parecía como si ella misma no pudiera creerse su suerte.

Lo cual tampoco me extrañaba, después de todo lo que había pasado.

Yo, en su lugar, sería bastante desconfiado.

Pero todo eso no era asunto mío. Así que me limité a asentir. —Enhorabuena. Mis felicitaciones. —Mis palabras salieron de forma mecánica.

Mariella.

¿Había sido injusto con ella?

¿Y si el día que la observé con Chuck ella estaba discutiendo con él? No como discute una pareja, sino de verdad.

¿Y si Chuck simplemente me había contado un montón de tonterías? ¿Porque no soportaba la felicidad de nadie y era simplemente un idiota que prefería destruir las cosas antes que construirlas?

¿Y si realmente había besado a Mariella contra su voluntad?

Entonces había sido injusto con Mariella.

¿Y ahora?

¿Qué debía hacer?

Miré a Chuck y a Carmela. De ellos no obtendría ninguna respuesta.

Había bajado aquí para calmarme un poco.

Pero en mi interior reinaba más inquietud que nunca.

Si hasta ahora me había prohibido cualquier pensamiento sobre Mariella, ahora les permitía entrar.

Y vinieron.

Con una vehemencia para la que no estaba preparado.

Capítulo 31 Mariella

Paseaba con Cosmo atado a la correa por Central Park. Al menos algo seguía como siempre. Por lo demás, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Y eso solo era el principio. Cuando naciera mi hijo, las cosas cambiarían todavía más.

Me hacía ilusión tener a mi hijo. Por supuesto. Toda madre se alegra por el bebé que crece en su vientre. ¿Verdad?

Todavía no podía sentir los movimientos del niño. Pero ya intuía el vínculo especial que nos uniría.

Para toda la vida.

El niño era una parte de mí y siempre lo sería.

Pasara lo que pasara.

Pero también me daba un poco de miedo ser madre. Nunca había contado con que llegaría este momento y, por eso, siempre había evitado cualquier

información relacionada con la educación de los hijos y la paternidad. No es que no me interesara en absoluto. Pero no quería que me recordaran constantemente algo que no podía tener. Cada uno tenía que lidiar con su dolor de una forma u otra, y yo lo hacía de esa manera.

Sin embargo, ahora me sentía totalmente desprevenida. En las últimas semanas había leído todo lo que caía en mis manos. Había buscado en Google y tomado prestados libros. Sabía más que antes.

Pero seguía teniendo miedo. La mayoría de las madres tenían a su lado a una pareja que las ayudaba, las apoyaba y estaba ahí para ellas y para el niño. Yo, en cambio, tenía que enfrentarme sola a la gran tarea que ahora me aguardaba.

La tarea más grande de la vida.

¿Sería capaz de lograrlo?

—Lo lograremos, Cosmo, ¿a que sí? —le pregunté a mi gato.

Cosmo tiró de la correa. Lo interpreté como una respuesta. Pero entonces vi que, un poco más adelante, un pájaro andaba dando brincos por un arbusto. A Cosmo no le importaban demasiado mis preocupaciones. Solo quería estar fuera y divertirse. Además, él no sabía lo que depararía el futuro. Las gatas tenían crías y las criaban. Luego, las crías seguían su propio camino y apenas mantenían contacto con la familia. A menudo, los dueños incluso las daban a lugares lejanos y allí vivían su propia vida.

En el mundo animal todo funcionaba de forma distinta a la de los humanos.

Era más sencillo.

Seguí caminando.

Hoy era un día de verano maravilloso. El sol brillaba con fuerza en el cielo azul y sabía que la gente se quedaría en Central Park hasta tarde. Quien quisiera tomar aire fresco y ver algo de verde en Nueva York, venía aquí. Central Park no tenía en vano el apodo de «Pulmón Verde». Vi niños jugando, amigos haciendo un picnic y jugando al bádminton, parejas de enamorados que se daban la mano y se besaban, grupos de hombres y mujeres riendo, y un grupo haciendo yoga sobre el césped.

Todos parecían pertenecer a algún sitio.

Solo yo no pertenecía a ninguna parte.

Tragué saliva. ¿Seguiría siendo así cuando saliera con mi hijo? ¿Empujaría sola el cochecito por Central Park, con Cosmo atado a la correa? ¿O quizá me acompañaría Shawna? ¿O conocería a otras madres que también acabaran de tener un hijo?

Entonces no estaría sola.

Pero quizá sí.

Las demás tendrían pareja. Una familia. Personas a las que pertenecían.

Yo no pertenecía a nadie.

Mi hijo pronto me pertenecería a mí, pero yo era quien debía darle apoyo a él. No al revés. Un hijo no era el sustituto de una pareja.

Dejé que mi mirada recorriera el parque.

Y entonces la vi.

Era ella.

¿O no?

Contuve el aliento y me acerqué con cautela. Casi a hurtadillas.

Entonces me reí de mí misma.

No te conoce, Mariella. No sabe quién eres. Quizá ni siquiera sabe que has existido. Puedes pasar por su lado y no te reconocerá. No hay peligro.

Era la mujer que había aparecido en la foto del periódico junto a Caspian.

La mujer con la que se iba a casar.

En ese momento, ella gritó y saludó con la mano.

Mi corazón dio un vuelco.

¿Llamaba a Caspian?

Estaba demasiado lejos para oír el nombre. Me quedé quieta prudentemente. No quería encontrarme con Caspian. Y mucho menos quería ver la felicidad que compartían los dos. La mujer se veía feliz. Se reía mientras levantaba el brazo y volvía a saludar.

En el césped, una niña pequeña se separó de un grupo y corrió hacia la mujer. La niña también se veía feliz. Le devolvió el saludo mientras corría hacia ella.

Contuve el aliento.

Porque también conocía a la niña.

Era Lia.

La sobrina de Caspian, la que me había metido una pluma en el bolso y con ello había provocado involuntariamente que saltara la alarma y me acusaran de robo, corría por el césped hacia la mujer.

¿Se conocían?

¿Se conocían tanto como para que Caspian confiara el cuidado de su sobrina a su… su prometida?

¿O acaso la niña no era en realidad la sobrina de Caspian, sino la hija de esa mujer? En una de mis novelas románticas se había dado un caso así. La niña rechazaba a cada nuevo novio de la madre y saboteaba las relaciones ya en su fase inicial. Por eso, la madre ideó una estratagema y se aseguró de que la niña primero se hiciera amiga del hombre y lo viera más bien como a un tío.

Tonterías, Mariella. Eso era una historia bastante descabellada incluso para una novela, que en la realidad nunca habría funcionado. Algo así no existe.

Lia llegó junto a la mujer. Las dos se abrazaron y Lia dijo algo. La mujer sacó una botella de agua de su bolso y se la tendió a Lia. La niña bebió con avidez.

No sabía muy bien qué estaban haciendo mis pies. Parecían haberse puesto en movimiento por sí solos e ir hacia la mujer y Lia.

—Hola. —Lia retiró la botella de agua de sus labios—. A ti te conozco. Estuviste en el despacho del tío Caspian y jugaste conmigo. —Lia soltó una risita—. Fue genial. Me divertí mucho. ¿Podemos volver a jugar juntas alguna vez?

—¡Lia! —reprendió la mujer a la niña—. Te he dicho que no hables así a los desconocidos. A la gente no suele gustarle y además no es bueno para ti. Ellos no te conocen y tú no los conoces a ellos.

A pesar de las palabras de advertencia, la mujer me resultó simpática.

No me lo esperaba.

Hubiera sido más fácil verla como a una enemiga.

Como la mujer que me había arrebatado al hombre.

Aunque, en el fondo, no se le podía arrebatar un hombre a nadie. Él se iba porque quería irse, ya fuera a los brazos de otra o sencillamente a su propia vida y a su libertad.

—Sí, mamá. —Lia asintió.

Así que la mujer era la madre de Lia. No es que solo estuviera cuidando de la niña.

¿Y Caspian…?

No me atreví a terminar el pensamiento.

La madre de Lia cogió la botella. —Por favor, discúlpenos.

Se disponía a marcharse.

Pero yo tenía que saber urgentemente de qué iba todo aquello.

De ella y Caspian.

De la foto.

Negué con la cabeza. —No. No hay nada que disculpar. Lia tiene toda la razón. Ya nos hemos visto antes, en Havisham's. Y de hecho jugué con ella en… en el despacho de Caspian.

El nombre de Caspian me salió con dificultad de los labios. No quería que la mujer notara lo que Caspian significaba para mí.

Había significado.

Significaba.

—¿Conoce a mi hermano? —La mujer me miró sorprendida.

Su hermano.

Caspian era su hermano.

Todo me daba vueltas. Cerré los ojos brevemente. Caspian era el tío de Lia y la madre de Lia era su hermana.

Por supuesto.

Era lógico.

¿Cómo podía ser de otra manera?

¿Pero por qué estaban los dos en la foto del periódico?

Quería preguntar, pero no sabía cómo hacerlo delante de Lia. La pequeña no debía oír nada que no fuera para sus oídos.

—¡Oh! Un gato. —Lia había descubierto a Cosmo.

—¡Lia! —reprendió la madre a la niña de nuevo—. No debes acariciar animales extraños. Ya lo hemos hablado. Quizá a ellos no les guste. A ti tampoco te gusta que te acaricien así sin más.

Me reí. —Puedes acariciarlo sin miedo. Es un gato y se llama Cosmo. A veces puede ser un poco terco. Pero no te hará nada.

Lia miró a su madre.

Ella asintió.

Lia se agachó entusiasmada hacia Cosmo y pronto estuvo totalmente absorta acariciándolo.

—¿De qué conoce a mi hermano? —La hermana de Caspian me miró con curiosidad.

Me puse roja. —Es una larga historia —dije quitándole importancia con un gesto—. Pero pensaba… bueno, hace algún tiempo vi una foto suya y de Caspian. En el periódico. Se hablaba de planes de boda.

La hermana de Caspian se echó a reír. —¡Ay, Dios mío, la foto! Ya me han preguntado tantas veces por ella que he perdido la cuenta. La que se ha liado por esa estúpida y breve noticia. No se imagina quiénes se han puesto en contacto conmigo. Toda esa gente de la que pensaba que no volvería a saber nada. Y todo porque alguien utilizó una foto equivocada.

—¿Foto equivocada? —repetí.

La madre de Lia lanzó una mirada a su hija. Pero Lia ni siquiera se percataba de nosotras. Le hacía cosquillas a Cosmo en la barriga y mi

rebelde gato parecía estar disfrutándolo de verdad. Se revolcaba con deleite en la hierba verde y parecía otro.

—Al parecer, algún empresario quería casarse con su novia. O quiere. Yo qué sé. —La hermana de Caspian hizo un gesto de indiferencia—. El caso es que ese hombre también se llama Caspian al parecer, y usaron por error la foto de Caspian.

—¿Qué? —No podía creer lo que oía.

—Lo sé, lo sé. Suena tan absurdo que uno apenas puede creerlo. Pero así fue, por lo visto. —La hermana de Caspian se encogió de hombros—. Al día siguiente salió una aclaración en el periódico. ¿No la leyó?

Negué con la cabeza.

Ese día no había leído ningún periódico. Ni tampoco en los días siguientes. Había evitado todas las noticias y me había concentrado totalmente en mí y en mi hijo. Además, no había querido leer más cosas que al final solo me harían daño. Había querido protegerme.

Pero al final no solo me había aislado de las malas noticias, sino también de las buenas.

—Probablemente apenas nadie la leyó. —La hermana de Caspian suspiró —. Típico de la prensa. Las noticias falsas siempre se publican en portada, y luego las aclaraciones aparecen en letra minúscula abajo en una esquina. Después de todo, nadie quiere admitir que ha cometido un error, y mucho menos ante un gran público.

Yo solo asentí.

Caspian no se iba a casar.

No con esa mujer.

Era su hermana.

—¿Cómo… cómo está Caspian? —quise saber—. Hace tiempo que no lo veo —añadí para mayor seguridad.

El corazón me latía con fuerza y estaba convencida de que todos en Central Park podían oírlo.

—Como siempre. Últimamente parece que trabaja todavía más que de costumbre. —La hermana negó con la cabeza—. Sospecho que le preocupa algo. Pero no habla de ello. Como tantos hombres.

Tragué saliva.

Caspian tenía algo. Algo le rondaba por la cabeza.

¿Se sentiría él igual que yo?

¿Estábamos cargando con lo mismo?

—Lia. Tenemos que irnos ya. —La hermana de Caspian llamó a su hija.

—Oh, mamá, pero si quiero seguir jugando con el gato —se quejó Lia.

—En otro momento —prometió la madre—. Pronto iremos al zoo interactivo y allí podrás acariciar a todos los animales el tiempo que quieras. Pero ahora tenemos que volver a casa. Papá vuelve esta noche.

—¿Papá? —La cara de Lia se iluminó—. Entonces tenemos que irnos rápido. No sea que ya nos esté esperando. —Lia dejó a Cosmo y cogió la

mano de su madre.

La hermana de Caspian se despidió de mí con la mano.

Levanté la mano a modo de saludo.

Después, me la llevé al vientre.

Nada de lo que había creído era verdad.

Caspian no se casaba con otra.

Pero aun así te dejó plantada en medio de la calle, Mariella.

Lo había hecho.

Pero…

Pero quizá de verdad deberías decirle que estás embarazada y que va a ser padre.

Tragué saliva.

Mi corazón se sentía distinto a lo habitual.

Unas veces palpitaba salvajemente, otras se detenía.

Seguí caminando despacio.

¿Qué debía hacer ahora?

Lo que más me apetecía era ir de inmediato a buscar a Caspian.

Pero ¿era eso realmente lo correcto en este momento?

Mis sentimientos estaban a flor de piel.

No deberías tomar decisiones tan emocionales, Mariella.

Tenía que pensar en mí.

Y en mi hijo.

¿Qué era lo mejor para los dos?

Capítulo 32 Caspian

—Menuda historia —Alistair se rascó la cabeza—. Vaya tela. —Mi mejor amigo se puso en pie—. Creo que necesito un whisky. ¿Quieres uno?

Negué con la cabeza. Me encantaba el whisky, pero ahora necesitaba tener la mente despejada. Una bebida fuerte podía ayudar, en el sentido literal de la palabra, a digerir algo. Pero también podía volverte ciego ante las cosas que tenías que hacer a continuación. —Tengo que pensar.

Alistair caminó hacia el mueble bar que había hecho instalar en un rincón de su salón. Su apartamento era el típico piso de soltero y siempre me preguntaba cómo reaccionaría una mujer cuando Alistair la traía aquí.

Eso no es problema tuyo, Caspian. Sobre todo ahora no. Tienes otras preocupaciones.

Alistair sacó hielo de la pequeña nevera situada bajo la barra que sobresalía hacia el salón. Lo echó en un vaso y se sirvió una generosa ración de whisky. Pero luego no bebió, sino que simplemente dejó el vaso sobre la barra.

—Así que ese tipo te mintió para separarte de Mariella —repitió mi relato de hacía un momento.

—Eso parece —confirmé.

—Ese hombre debe de estar bastante mal de la cabeza —Alistair sacudió la cabeza—. Quiero decir, dejar plantada a una mujer y luego empezar algo con su hermana ya es bastante estúpido. Pero puede pasar. Pero luego dejar a la hermana plantada ante el altar, volver a ir tras la otra y al final acabar de nuevo con la hermana... lo siento por la hermana. Ese hombre no tiene ni idea de lo que quiere realmente.

Asentí en silencio. Desde el encuentro con Chuck y Carmela, le había estado dando vueltas a qué era lo que movía a Chuck. ¿Por qué actuaba como lo hacía?

—Pero en realidad eso no es especialmente importante —reflexionó Alistair. Levantó el vaso de whisky al aire y observó cómo el sol se reflejaba en el líquido ámbar y se quebraba en el hielo.

—¿No? —Miré a mi mejor amigo con asombro—. Creo que siempre es importante saber qué quieren los demás y por qué.

—Ya. —Alistair volvió a dejar el vaso sobre la barra sin haber dado ni un solo trago—. Pero creo que lo más importante es saber qué quiere uno mismo. —Mi colega me miró con intención—. ¿Qué es lo que quieres tú, Caspian?

Las palabras me llegaron al corazón.

¿Qué quería yo?

Lo sabía perfectamente.

Y al mismo tiempo, volvía a no saberlo. O mejor dicho, lo sabía, pero no quería admitirlo. Por eso había estado pensando todo el tiempo en Chuck. Para distraerme de lo que realmente quería.

Quería a Mariella. Tal y como la había querido siempre. Desde el momento en que la vi por primera vez. Cuando estaba en la calle totalmente indefensa con el tacón roto y me ofrecí a ayudarla.

Mariella había rechazado mi ayuda, demostrándome así que era perfectamente capaz de valerse por sí misma. No esperaba volver a verla nunca, pero cuando apareció en *Havisham's* y Lia le metió la pluma en el bolso, sentí que estaba perdido.

Estaba enamorado.

Solo que no había querido admitirlo.

Yo, Caspian Havisham, nunca me enamoraba. Simplemente no formaba parte de mi personalidad. Hacía mucho tiempo que había reprimido mis sentimientos hasta el punto de ni siquiera percibirlos. Y con Mariella hice lo mismo. Por eso la contraté para que fingiera ser mi esposa.

Así podía repetirme constantemente que todo era solo un negocio. A pesar de que todo se sentía cada vez más real y auténtico. Por supuesto, al final no se me pasó por alto y, por tanto, consideré seriamente cómo podía mantener a Mariella en mi vida.

Pero no había estado realmente preparado para confesarle mis sentimientos y, a la primera señal de que algo entre nosotros podía no estar bien, la despedí en lugar de aclarar las cosas con ella.

—La quieres —Alistair no había dicho nada en todo ese tiempo. Simplemente se había limitado a observarme.

Asentí.

Alistair sonrió de oreja a oreja. —Mi mejor amigo está enamorado. Eso sí que es una noticia.

Me eché a reír. —Sí, desde luego. Seguramente los periódicos están esperando para publicarla. Quieren imprimirlo todo sobre mí, como se ha visto con esa noticia falsa.

Alistair le restó importancia con un gesto. —Esa noticia ya no le interesa a nadie hoy. No deberías preocuparte por lo que dice la gente, sino mucho más por lo que dices tú mismo. Si al final ese Chuck solo te mintió, entonces te has peleado con Mariella sin motivo.

Asentí sintiéndome culpable. Era lo mismo que acababa de pensar yo. Pero aún no estaba del todo listo para admitirlo realmente ante Alistair.

—Deberíais aprender a comunicaros mejor y no saltaros al cuello así como así en cuanto se os disparan las emociones —Alistair sonrió—. Una pequeña pelea de vez en cuando puede servir para calmar las aguas. Pero que por eso se acabe todo de golpe, eso no puede ser, claro.

—Tienes razón —dije en voz baja, mirando el vaso de whisky lleno que seguía sobre la barra—. Fue bastante estúpido por mi parte.

Alistair rodeó la barra. Me dio una palmadita de camarada en el hombro. —Lo más importante es aprender de los errores y no volver a repetirlos, colega.

No repetir los errores.

Hablar mejor entre nosotros.

Ambas cosas eran importantes para una relación feliz.

¿Relación?

Sí.

Quería estar con Mariella.

Más que nunca.

De eso estaba seguro.

Tragué saliva.

Pero ¿y si era demasiado tarde? ¿Y si Mariella ya se había enamorado de otro?

Tonterías, ella no es tan voluble, Caspian. Eso no encaja con ella.

Pero ¿qué tan bien conocía realmente a Mariella al fin y al cabo? Además, también podía haberse marchado simplemente de la ciudad. Después de todo ya no tenía trabajo y era la oportunidad perfecta para empezar de cero.

Eso lo habría contado Chuck, Caspian. Puede que Carmela y él no tengan contacto con Mariella. Pero aun así, ella es la hermana de Carmela. Ella sabría si Mariella ya no viviera aquí.

¿De verdad?

—Deberías ir a verla. —Alistair me dio otro suave golpe en el hombro.

—¿Qué? —Miré a mi mejor amigo como si acabara de despertar de un trance.

—Deberías ir a verla —repitió Alistair—. Por mucho que te quedes aquí dándole vueltas, no se va a aclarar nada. Ni vuestra pelea ni si habrá un nuevo comienzo para vosotros.

Alistair tenía razón.

Como siempre.

Inspiré profundamente. Ya antes había pensado que quería ir a verla. —¿Y si se ha mudado? Al fin y al cabo se quedó sin trabajo. Quizá haya empezado de cero en otra parte. —Expresé mi temor de hacía un momento —. Quizá sea demasiado tarde para todo.

—Eso solo lo descubrirás si vas a buscarla. —Alistair enarcó las cejas—. Tienes que correr ese riesgo.

Asentí. Una vez más, mi mejor amigo tenía razón.

—Yo te llevo —Alistair me miró con calma—. Te conozco lo suficiente para saber que, aunque pareces totalmente tranquilo, por dentro estás bastante agitado. No es buena idea ponerse al volante así. Yo conduzco y tú puedes pensar con calma qué le vas a decir.

—Gracias. —No lo admitiría abiertamente, pero en el fondo estaba bastante contento de que Alistair me acompañara.

Me sentaba bien no estar solo en un momento difícil en el que tenía que superarme a mí mismo. Mi mejor amigo siempre estaba ahí para mí y me apoyaba con consejos y ayuda. Era exactamente lo que necesitaba. Por eso había ido a verle.

—¿Pero qué está pasando aquí? —Media hora después miraba impaciente la calle frente a nosotros. Un coche se amontonaba tras otro y no se veía el final de la cola.

—No lo sé, colega —Alistair se encogió de hombros con impotencia—. A esta hora esto suele estar bastante despejado. En ningún caso suele haber un atasco como este.

Avanzamos de nuevo unos centímetros. El coche que teníamos delante intentaba dar la vuelta. El conductor bloqueaba toda la calle en el proceso, pero ya ni siquiera eso marcaba la diferencia. Cuando lo consiguió, aceleró con fuerza y se alejó a toda velocidad.

Libre.

—Busca en Google qué pasa aquí —Alistair frunció el ceño—. En las noticias de tráfico no sale nada. Qué raro, normalmente informan de cualquier aviso rápidamente.

Pensé en la noticia de mi supuesta boda. —Quizá hoy le toca el turno al becario —gruñí mientras sacaba el móvil.

Busqué en Google y Alistair siguió avanzando a paso de tortuga.

—Hay un corte de tráfico —dijo finalmente—. Ya lo veo. Y todos giran en la manzana anterior.

Mientras tanto, yo ya había encontrado un resultado en Google. —Joder. Están rodando una película. La calle está cortada por completo. —Gemi—. Según la página web, ni siquiera se puede pasar a pie.

—Maldita sea —Alistair suspiró—. Seguramente tardaremos bastante hasta llegar. ¿Tienes ya una ruta alternativa?

—Voy a pie. —Tomé la decisión de un segundo para otro.

—¿Qué? Pero si acabas de decir que a pie no se puede pasar. —Alistair soltó el volante.

—No puedo imaginármelo. Seguro que paso de alguna manera una vez que esté en la valla. Si hace falta, salto por encima. —Estaba decidido. Mariella estaba al otro lado del corte y yo tenía que llegar hasta ella. Costara lo que costara.

—Mi amigo el príncipe, que salta sobre cualquier obstáculo —se burló levemente Alistair—. Calma, colega. Ya llegaremos a tu Mariella. Pues tardaremos un poco más. No pasa nada.

Para Alistair era muy fácil hablar.

Había esperado tanto, lo había reprimido todo tanto tiempo, no había hecho nada durante tanto tiempo, que ahora no podía esperar más.

Me bajé del coche.

—¡Caspian! —oí todavía antes de cerrar la puerta tras de mí.

Solo faltaban unos pocos pasos hasta el cordón. Alistair llegaría pronto al punto donde tenía que girar. Hacia algún desvío que probablemente nos llevaría por medio Manhattan. No estaba dispuesto a aceptar algo así.

Llegué a la barrera. Ocupaba toda la acera. Pero no era excesivamente alta y podría superarla sin problemas. Agarré el borde superior de la valla y puse un pie en la rejilla. Luego tiré de mí mismo hacia arriba.

—¿Qué está haciendo, señor?

Cuando estaba casi a horcajadas sobre la valla, apareció un agente uniformado al otro lado.

—No puede pasar por aquí ahora, señor. La barrera está aquí por una buena razón. Detrás hay un rodaje de una película. No se puede molestar. —El policía me miró con desaprobación.

—Lo sé, lo sé. Y no voy a molestar. Solo que realmente me urge pasar por aquí. Tengo una cita a la que debo acudir sin falta. Si llego tarde, toda mi vida estará arruinada. Simplemente me escurriré por un lado. Nadie se dará cuenta. —Desplacé mi centro de gravedad hacia el otro lado de la valla y me incliné hacia el policía—. Si tiene dudas, incluso puede acompañarme.

—No acompaño a nadie. No estoy para eso. Hay un desvío y puede usarlo como cualquier otro. —El policía se mantuvo firme.

—Pero... —No pude continuar.

—¡Bájese! —De repente, el policía estaba a mi lado junto a la valla y me empujó de nuevo hacia mi lado original—. Si no sigue mis instrucciones de inmediato, tendré que llamar a mis compañeros para que le lleven a comisaría y tomen sus datos allí.

—No será necesario. —Antes de que yo pudiera decir nada, Alistair tomó la palabra—. Me llevo a mi amigo. Hoy está bastante nervioso. Normalmente no es así.

—Pero Alistair... —Miré a mi amigo. Había venido conmigo para llevarme a mi destino.

—Una mujer le ha hecho perder la cabeza por completo —soltó Alistair mirando al policía con intención.

—Eso no es motivo para comportarse así. —El policía seguía receloso.

—En realidad no —admitió Alistair—. Pero si usted conociera esta historia...

—Mejor no. —El policía hizo un gesto de rechazo—. Llévese a su amigo y cuídelo bien. Si no se comporta, tendré que mandarlo de todos modos a comisaría.

—Gracias, señor. —Alistair tiró de mi manga y me bajé lentamente de nuevo en el lado equivocado de la barrera.

—¿Pero te has vuelto loco? —me reprochó Alistair poco después, mientras seguíamos avanzando lentamente por las calles congestionadas de Manhattan.

Hasta entonces habíamos guardado silencio. Mi amigo había querido darme tiempo para calmarme. Yo le había dado vueltas una y otra vez al episodio con el policía. ¿Por qué no habría podido dejarme pasar sin más?

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? —le devolví. Todavía estaba un poco indignado—. ¿Te habrías quedado tranquilamente sentado en el coche perdiendo el tiempo esperando?

—Colega, deberías actuar con inteligencia. ¿De qué te sirve pasar el tiempo en una comisaría? Así tampoco llegarás más rápido a tu Mariella. Al contrario. —Alistair puso el intermitente y giró—. En esta calle debería haber un poco menos de tráfico.

Mi amigo tenía razón.

Por supuesto que había sido una estupidez por mi parte.

Pero en aquel momento, simplemente no podía pensar en nada más.

Suspiré y me quedé callado.

Ahora el avance era realmente algo más rápido. Miraba distraído por la ventana y pensaba qué podría decirle a Mariella. En mi cabeza se formaban tantos pensamientos que temía no ser capaz de articular ni una palabra coherente.

—¡Ya hemos llegado! —anunció Alistair entonces.

—¿Qué? —Me sobresalté.

—¡Ya hemos llegado! —repitió Alistair—. Venga, ve ya y llama a su timbre.

Había sido más rápido de lo que pensaba.

Abrí la puerta del acompañante. Menos de un minuto después estaba frente a una larga hilera de timbres.

Sinclair.

Ese era el nombre de Mariella.

Pulsé el botón junto a la placa.

Luego contuve el aliento y esperé.

No ocurrió nada.

No se oyó ningún zumbido ni ninguna voz.

Cambié el peso de un pie a otro.

Cómo odiaba estas esperas.

—¿Y? —Alistair estaba a mi lado.

—Parece que no está. —Miré a mi mejor amigo con decepción.

—Quizá deberíamos simplemente sentarnos en el coche y esperar —sugirió Alistair—. En algún momento tendrá que volver.

Una propuesta sensata.

Pero otra vez esperar.

Esperar, esperar, esperar.

Cómo lo odiaba.

Quería ver a Mariella ahora.

Ahora.

Cuanto más lejos de mí parecía estar, más urgente se volvía mi necesidad de verla.

¿Dónde podría estar?

Tenía que encontrarla.

Simplemente tenía que hacerlo.

Capítulo 33 Mariella

—¿Qué? ¿Era su hermana? —exclamó Shawna con incredulidad.

Caminé despacio hacia la salida de Central Park, tirando de la correa de Cosmo tras de mí.

Después de que la hermana de Caspian se hubiera marchado con Lia, los pensamientos se me habían disparado en la cabeza. No podía dejar de pensar en Caspian. Lo que más deseaba era ir a verle de inmediato y hablar con él.

Al fin y al cabo, había mucho que discutir.

Pero entonces regresó el recuerdo de cómo me había tratado. Me había dejado plantada en medio de la calle.

Así, sin más.

No había hablado conmigo, no me había preguntado nada. Había creído más a otras personas que a mí.

¿Pero no había hecho yo lo mismo? ¿No le había dado yo más crédito al artículo?

Quizá al final ambos habíamos cometido los mismos errores.

Pensé en Caspian y se me encogió el corazón. Ya en nuestro primer encuentro me di cuenta de que era alguien muy especial. Una persona excepcional. Me había ofrecido su ayuda cuando se me rompió el tacón. La mayoría de los neoyorquinos habrían pasado de largo sin más. Pero Caspian era diferente. Cuando volví a verle en *Havisham's*, ya le había entregado mi corazón.

Durante las semanas siguientes, hice todo lo posible por convencerme de que no sentía nada por él y de que nuestro acuerdo era solo un trato. Casi logré engañarme a mí misma, pero la complicidad entre nosotros había crecido en silencio, igual que el enamoramiento.

Pensé en cómo sería volver a ver a Caspian. Mirar de nuevo esos ojos oscuros que me atraían y que a veces parecían leerme el pensamiento. Volver a sentirme mimada y cuidada. Volver a sentir que yo también era una persona muy especial para él.

Quizá aquel sentimiento no me había engañado después de todo.

Quizá.

Hacía un momento estaba segura.

Pero ahora las dudas volvían a colarse en mis pensamientos.

Había llegado a la salida y aún no sabía qué hacer. Miré a mi alrededor. Cosmo tiraba de la correa.

Dar otra vuelta.

Era una buena idea.

Al caminar, los bloqueos se disolvían y las ideas nuevas podían fluir.

Pero otra vuelta no me sirvió de mucho, así que decidí llamar a mi mejor amiga. A veces era el consejo de otra persona lo que te hacía avanzar. Shawna no estaba implicada directamente y podía verlo todo desde una perspectiva más neutral.

—Sí. No está casado ni tiene planes de casarse. El periódico cometió un error. Al día siguiente incluso lo admitieron públicamente —resumí las palabras de la hermana de Caspian.

—¿Y no lo viste? —quiso saber Shawna.

Resoplé. —Claro que no. Si algo he evitado, ha sido sin duda esa página web. ¿O habrías querido tú, en mi lugar, seguir leyendo noticias sobre cómo el hombre del que estás enamorada prepara su boda con otra?

—No —Shawna se aclaró la garganta—. No habría querido saber nada más de él y me habría retirado.

—Pues ahí lo tienes. —Me sentí satisfecha de que Shawna me diera la razón.

—A menos que estuviera embarazada. En ese caso, habría hablado con él una vez más —continuó Shawna imperturbable.

—¿Y eso qué se supone que significa? —Pateé con fastidio una piedra que había en el camino.

—Que habría vuelto a hablar con él. Un hombre tiene que saber que ha engendrado un hijo. Da igual si es un capullo o es encantador. Da igual si te imaginas un futuro con él o no. —Shawna se mantuvo firme.

—Pero si yo me valgo por mí misma. Tú me conseguiste este trabajo y... —Mi voz se apagó. Sabía exactamente lo que Shawna me iba a decir.

—No se trata de eso, Mariella. —Shawna resopló un poco y casi pude ver cómo negaba con la cabeza—. Por supuesto que te vales sola. Pero el padre tiene derecho a saber que va a ser padre. Y creo que tú también lo ves así. No contactaste con Caspian por un motivo muy distinto.

Me quedé callada. Cosmo seguía tirando de la correa y maullando. No soportaba que hablara por teléfono durante el paseo y no le hiciera caso.

—No contactaste con él porque tenías miedo de tus sentimientos. No querías volver a verle para que no se te rompiera el corazón. Fue puro mecanismo de defensa. —Las palabras de Shawna fueron claras y directas.

Me dieron de lleno en el corazón.

Shawna tenía razón.

Había estado tan herida, tan furiosa y tan triste que no había querido volver a ver a Caspian nunca más. Porque no quería correr el riesgo de volver a sufrir tanto. Primero Chuck, luego Caspian. Había sido demasiado para mí y me había mentalizado para pasar el resto de mi vida sola con mi hijo.

Aunque no lo había reconocido ante nadie, mi mejor amiga Shawna me conocía lo suficiente para saber lo que pasaba por mi interior.

Justo antes había pensado en lo que sentiría al volver a mirar los ojos oscuros de Caspian. Eso era exactamente lo que quería sentir. Y era exactamente eso lo que me aterraba.

Ambas cosas.

Pero ahora... quizá ya no tenía por qué tener tanto miedo.

—Si no te pones en contacto con él, de todos modos pasarás el resto de tu vida dándole vueltas a qué habría pasado si lo hubieras hecho —volvió a decir Shawna—. Nos arrepentimos de las cosas que no hicimos. No de las cosas que hicimos y salieron mal. El dolor pasa. El arrepentimiento se queda. Eso me decía mi abuela y creo que tiene razón.

El dolor pasa. El arrepentimiento se queda.

Era verdad.

—Yo... he estado pensando en él todo el tiempo. Aunque en realidad no quería —dije en voz baja—. Me he esforzado tanto por borrarlo de mi mente. Pero nunca lo he conseguido.

—Bueno, pues parece que no ha hecho falta —Shawna se rió—. Además, querida, ¿debo recordarte que en tu vientre está creciendo alguien que tiene la mitad de los genes de Caspian? Nunca podrás olvidarle de todos modos, por mucho que te esfuerces.

—Es cierto. —Posiblemente, en unos meses miraría a unos ojos oscuros que no serían los de Caspian, pero que miraría una y otra vez. Me lo recordarían cada día.

Inspiré profundamente. —Voy a hacerlo.

Iría a ver a Caspian y se lo contaría todo. Lo que había sospechado tras leer el periódico. Lo que Chuck me había contado.

Y que estaba embarazada.

—Voy ahora mismo —anuncié.

—¿Ahora? —Shawna se sorprendió.

—Claro. He esperado bastante ya. —Una vez que me había decidido, quería quitármelo de encima.

Quería tener certezas.

—Mucha suerte. Estaré pensando en ti. Llámame y cuéntame cómo ha ido. —La voz de Shawna era cálida.

Mi mejor amiga estaría ahí para apoyarme en cualquier momento. Pasara lo que pasara.

Saberlo me dio fuerza y valor.

—Vamos, Cosmo. —Tiré de mi gato hacia la salida.

A esta hora Caspian estaría seguro en su oficina. Iría a *Havisham's*.

Y después ya vería.

—Oh, maldita sea. —Me encontré ante una valla que bloqueaba toda la acera. La calle también estaba cortada. Todos los coches tenían que desviarse y dar la vuelta a la manzana. Una larga fila de vehículos avanzaba lentamente. Las calles de Manhattan solían estar congestionadas, pero esto era un atasco monumental incluso para los estándares de los neoyorquinos.

Y ahora ni siquiera yo, como peatona, podía seguir.

¿Pero qué estaba pasando aquí?

Tenía que pasar por aquí.

Caspian estaba al otro lado.

Puse una mano en la valla y la sacudí.

—Oiga. ¿Pero qué está haciendo? —Un policía se me acercó negando con la cabeza—. ¿Es que hoy se ha vuelto todo el mundo loco? ¿No han visto nunca una valla? Eso parece.

No tenía ni idea de qué hablaba el hombre.

—Uno que quiere saltar por encima, otra que la sacude... —El policía hizo un gesto de indignación.

—Miau. —A Cosmo no le gustaba mucho la gente de uniforme.

—Yo... eh... pensé que quizá quitarían pronto la barrera. —Miré suplicante al policía—. Tengo que pasar al otro lado como sea. Es una cuestión del corazón. —Me llevé una mano al pecho.

El policía gimió y miró al cielo. —Madre mía, lo que el amor le hace a la gente. Es la segunda vez hoy. —Luego me miró—. No puede pasar por aquí, señora. Están rodando una película. Lo último que quieren los directores es que alguien salga en antena con un gato. Y no, no puede simplemente escabullirse por detrás. Y yo no puedo acompañarla. No soy un escolta, estoy aquí para asegurar que ningún loco por amor se trepe a la valla o se salte el cordón.

—De acuerdo —murmuré. El policía parecía haber tenido un día duro. Quizá solo necesitaba vacaciones urgentemente. O se había peleado con su mujer esta mañana. En cualquier caso, no estaba de muy buen humor.

—Hay un desvío, solo tiene que seguir las señales. —Cuando el hombre notó que no hacía ademán de saltar la valla ni intentaba negociar una excepción, se volvió un poco más apacible.

Asentí.

Desvío.

Saqué apresuradamente mi smartphone del bolsillo y comprobé la ruta sugerida hacia *Havisham's*.

Oh, maldita sea.

Tendría que caminar más de media hora extra.

Aquel desvío quizá no fuera gran cosa si ibas en coche. Pero a pie no era tan fácil de hacer. Y mucho menos si ibas con un gato. Cosmo me había seguido obedientemente hasta ahora. Pero sabía que tarde o temprano se cansaría. Mi gato no estaba hecho para largas caminatas.

Además...

Además quería ver a Caspian.

A ser posible ya.

Me encantaría estar ya allí.

¿Y si simplemente cogía un taxi?

Los taxis eran caros. Pero, en primer lugar, ahora tenía un trabajo nuevo. En segundo lugar, una vez no hace costumbre. Y en tercer lugar, era mi única

opción. No había ninguna estación de metro cerca. Es decir, claro que la había. Pero el acceso estaba bloqueado por la valla. Y el autobús seguía una ruta totalmente distinta.

Observé la fila de coches. Todos los taxis estaban ocupados.

Naturalmente.

¿Qué taxista se metería voluntariamente en el atasco? La probabilidad de encontrar un pasajero aquí era ínfima.

Volví a guardar el smartphone en el bolso. Mis dedos rozaron las llaves, un paquete de pañuelos, un tampón que no necesitaría en mucho tiempo y un Tube de crema de manos.

Ni rastro de la cartera.

—Espera, Cosmo. —Me detuve y registré el bolso.

Llaves. Móvil. Pañuelos. Tampón. Crema de manos. Pastillas para el dolor de cabeza.

Ni rastro de la cartera.

Incluso después de buscar por segunda vez, no apareció.

No llevaba dinero encima.

De esa forma ningún taxista me llevaría.

—¡Maldita sea! —gemí en voz alta.

Nadie me prestó atención.

Lógico.

Esto era Nueva York y la mayoría de la gente no era como Caspian, ofreciendo su ayuda a extraños. Y si había dinero de por medio, menos aún.

¿Por qué no habría comprobado antes si tenía el dinero en el bolso?

Porque solo ibas a dar un paseo corto por Central Park, Mariella. ¿Cómo podrías haber sabido que te encontrarías a la hermana de Caspian y que luego querrías verle a él?

Solo tenía dos opciones.

O daba media vuelta, me iba a casa e intentaba probar suerte en *Havisham's* en otro momento, o seguía adelante.

Caspian seguirá allí mañana, Mariella.

Me lo repetí tres veces.

Pero mis ganas de ver a Caspian no disminuyeron.

Al contrario.

Cuanto más pensaba en posponerlo todo para mañana, menos me apetecía. Tenía que ver a Caspian. Aquella conversación había esperado demasiado tiempo, lo había reprimido y pospuesto todo tanto que ya no podía más.

Tenía que actuar.

—Vamos, Cosmo.

Seguí caminando.

Aunque me costara una eternidad, acabaría llegando a *Havisham's*.

Capítulo 34 Caspian

—Arranca —le pedí a Alistair—. Me saca de quicio estar aquí parado esperando. Esperar es lo peor para mí.

Mi amigo me miró de reojo. —¿Estás seguro? Podría aparecer en cualquier momento.

Resoplé. —Pero también podría haberse ido dos semanas al Caribe.

Alistair suspiró. —Está bien. Tienes razón.

Arrancó el motor y salió lentamente del hueco de aparcamiento. En ese instante, de repente ya no estaba seguro de estar haciendo lo correcto. Quizá Alistair tuviera razón después de todo y Mariella no tardara en volver. Por otro lado... me sentía un poco como un acosador sentado frente a su casa, esperando a que apareciera.

—También podrías simplemente llamarla —dijo Alistair entonces—. Así tendrías tus respuestas muy rápido.

Por supuesto que ya había pensado en eso. —No, no quiero. Es muy fácil no coger una llamada y no volver a dar señales de vida. Es muy fácil decir cualquier cosa por teléfono. Cuando miras a alguien a los ojos, es algo totalmente distinto.

—Eso es verdad. —Alistair asintió.

—Estamos yendo otra vez hacia el desvío —comenté.

—Bueno, Buddy, no hay otra opción. A menos que decidamos ir en la otra dirección ahora mismo y hacer una pequeña excursión. A algún lugar fuera de Manhattan. —Alistair se rio.

La idea sonaba tentadora. Simplemente conducir hacia el campo. Hacia la naturaleza. A algún lugar donde pudiera despejar la cabeza y tener nuevas ideas. Donde pudiera olvidar a Mariella por un momento. Porque precisamente cuando uno no piensa en un problema, a menudo se deshacen los bloqueos internos y por fin se logra avanzar. Con frecuencia, eso ocurre de verdad al caminar.

Cuando el cuerpo se mueve hacia adelante, también se avanza por dentro.

Aquí, en cambio, estaba atrapado en el atasco.

Estaba estancado, en el sentido literal de la palabra.

Hacía apenas un momento nos movíamos, pero ya estábamos otra vez metidos en el gigantesco caos de tráfico que era Manhattan hoy. No había salida. En ninguna dirección.

A Mariella no la había encontrado y tampoco sabía dónde más buscarla. Me di cuenta de lo poco que sabía en realidad de ella. No conocía a sus amigas y no tenía ni idea de a quién pedía consejo y apoyo cuando lo necesitaba. A su familia, desde luego que no.

Me removí inquieto en el asiento.

Alistair siguió conduciendo. No decía nada y solo me lanzó una breve mirada.

Apreté los dientes. Cómo odiaba esta situación. ¿Por qué tenía que estar este desvío aquí?

El desvío no tiene nada que ver con tu situación, Caspian. No es culpable de que Mariella no esté aquí. Mariella no está en casa y no tienes idea de dónde está porque la echaste de forma muy brusca. Sería totalmente normal que ella ahora no quisiera saber nada más de ti.

Volví a moverme de un lado a otro.

Verme confrontado con mis propios errores me ponía intranquilo. No poder corregir mis errores me ponía aún más inquieto.

—El asunto se arreglará, Caspian. —Alistair intentaba tranquilizarme.

Pero esta vez solo negué con la cabeza.

El asunto.

El asunto.

No era un asunto.

Se trataba de mi vida.

Todo mi futuro. Si no volvía a encontrar a Mariella entonces...

Tampoco sabía qué haría entonces. Pero estaba completamente claro que, en ese caso, mi vida transcurriría de una forma muy distinta.

Avanzamos unos metros.

—Ese dichoso semáforo de ahí delante —suspiró Alistair—. ¿Por qué no lo han apagado al menos? La calle de la izquierda está cerrada de todos modos, así que en realidad no hace falta el semáforo. Si estuviera apagado, el atasco no sería tan terrible.

—Hm —gruñí. El semáforo no me interesaba lo más mínimo.

—A la próxima pasamos —dijo Alistair—. Solo tenemos un coche delante. Y por suerte la fase roja aquí no es tan larga. —Mi amigo golpeó ligeramente el volante—. Pronto estarás en tu oficina y podrás trazar un nuevo plan de ataque.

Asentí y miré por la ventana algo ausente. Los peatones pasaban a nuestro lado. Iban más rápido a pie que nosotros en el coche. Vi mujeres, hombres, niños, jóvenes, ancianos... personas de todas las edades y colores de piel. Esto era Nueva York. Aquí el mundo se mezclaba de forma variopinta. Algunos peatones llevaban un perro con correa.

De repente vi un gato blanco y negro. Reprimí una sonrisa. Seguramente ya habría visto antes a algunas personas paseando a su gato con correa. Pero seguía siendo una excepción.

Gato blanco y negro.

¿No había echado Mariella de menos a un gato así?

Pensé en nuestra noche juntos, cuando habíamos visto a un gato. Sin embargo, no había sido el suyo.

Seguí la correa con la mirada.

Entonces se me cortó la respiración.

Mariella llevaba al gato con la correa.

Era ella.

Caminaba en la misma dirección en la que nosotros íbamos.

—¡Para! —Ni siquiera era consciente de que estaba hablando en voz alta—. Ahí está ella.

—¿Qué? —Alistair me miró de reojo.

En ese momento, el semáforo frente a nosotros se puso en verde.

Alistair seguía mirándome. Detrás de nosotros empezaron a sonar fuertes claxones.

—Ya, ya —gritó Alistair, hizo un gesto de disculpa que el otro conductor pudiera ver y arrancó.

—Para. —Me ponía cada vez más nervioso—. ¿Por qué has arrancado?

—Estaba en verde —replicó Alistair—. Y no sé de qué estás hablando ahora mismo.

—Mariella. —Señalé hacia atrás, a la acera—. Tengo que salir ahora mismo. Tengo que ir con ella. Tengo que...

—¿Ahí estaba Mariella? ¿Estás seguro? —Alistair me lanzó una breve mirada, pero pronto volvió a centrar su atención en la carretera.

—Completamente seguro.

—Cuando alguien busca a otra persona con tantas ganas, a veces cree verla aunque no esté allí en absoluto. —Alistair se mostraba escéptico.

—Era ella. —La reconocería entre miles de personas. Ese largo cabello rubio, los rasgos finos, su caminar ligero. No había podido verle los ojos chispeantes ahora, pero podía recordarlos demasiado bien.

Mariella era única.

Destacaba entre cualquier multitud.

—Da la vuelta a la manzana —le exigí—. Tengo que encontrarla. Y tiene que ser ya mismo.

—No puedo girar aquí, Buddy. Aquello de allí es una calle de dirección única. —Alistair me miró.

—Sí, a la derecha. Pues gira a la izquierda entonces. —Tuve que contenerme para no resoplar con impaciencia.

—Ahí está el corte de calle. —Alistair negó con la cabeza.

—Pues échate a la derecha. Ahí delante. —Señalé una parada de taxis.

Alistair hizo lo que le pedí.

Abrí la puerta de golpe y salté del coche. Ya habíamos avanzado casi media manzana más. No había ni rastro de Mariella. Las aceras estaban más llenas de lo habitual, ya que mucha gente parecía querer evitar el bloqueo yendo a pie.

—Buena suerte —oí gritar a Alistair todavía mientras cerraba la puerta de un golpe.

Entonces eché a correr. Mariella había ido en la misma dirección en la que nosotros conducíamos, así que me encontraría con ella si simplemente corría calle abajo. Troté durante toda la media manzana y me fui escurriendo entre los peatones. Con cuidado aparté a un hombre hacia un lado y luego salté por encima de un perro.

—¿Pero a qué viene esto? —masculló alguien a mi espalda.

—¡Es una cuestión del corazón! —grité, aunque sin prestar más atención a la persona.

Delante de mí alguien me abrió paso y gritó a su vez: —¡Es una cuestión del corazón!

Algunos peatones se apartaron hacia los lados.

Yo corría.

¡Maldita sea!

Ahora estaba al otro lado del cruce, en el semáforo donde Alistair y yo habíamos estado parados antes.

Estaba en rojo.

Otra vez para mí. O mejor dicho, contra mí.

Eché un vistazo a izquierda y derecha. A la izquierda estaba cortado, a la derecha estaba todo lleno de coches. Avanzaban por el cruce, parachoques contra parachoques. No había ninguna posibilidad de que pudiera cruzar la calle en ese momento.

Esperé.

Después de lo que me pareció una eternidad, el semáforo se puso en verde.

Por fin.

Crucé al otro lado al esprint y seguí corriendo.

Ni rastro de Mariella. Pasé junto a varias mujeres rubias, pero ninguna llevaba un gato. Y ninguna recordaba ni de lejos a Mariella. Eso lo vi ya desde la distancia.

Recorrí toda la manzana corriendo.

Ni rastro de Mariella.

—Perdone, ¿ha visto a una mujer con un gato blanco y negro con correa? —pregunté.

Negaron con la cabeza.

O directamente no obtuve respuesta.

Seguí preguntando: —¿Un gato? ¿Con correa? ¿Y una mujer rubia?

—Los dos se han ido por allí. —Un transeúnte señaló calle abajo.

¿Por aquí?

Miré a lo largo de la acera.

Ni rastro de Mariella.

Ahora me enfrentaba a un dilema. Podía seguir recto, donde no veía nada de Mariella. O podía seguir las indicaciones del transeúnte. Sin saber si la encontraría.

Decidí girar.

—Gracias —grité y seguí corriendo.

Aquí había menos gente. Así que debería haber visto a Mariella enseguida.

Pero seguía sin haber ni rastro de ella.

Corrí.

¿Debería dar la vuelta?

¿Era esto un callejón sin salida?

Y, de repente, la vi.

Su melena rubia oscilaba al ritmo de sus pasos. Su modo de caminar parecía más cadencioso y femenino que hacía un momento.

Aminoré la marcha.

Ya casi estaba en mi destino.

No deseaba nada con más ganas.

Y sin embargo…

Mariella se dio la vuelta.

Me vio.

Todavía estábamos a unos metros de distancia.

Pero la conexión entre nuestras miradas fue inmediata.

Me acerqué lentamente a Mariella.

—¡Miau! —Cuando llegué a la altura de Mariella, el gato me arañó la pernera del pantalón.

—Tú… ¡has vuelto a encontrar a tu gato! —dije.

Vaya primera frase más idiota, Caspian.

Mariella asintió. —Sí. Apareció de repente. Muy despeinado y desaliñado. No tengo ni idea de dónde se ha metido mientras tanto, porque no me habla.

Asentí. —Yo estoy… bueno, no sé si parezco despeinado y desaliñado. Pero por dentro… me siento despeinado y desaliñado. Te he echado de menos y te he buscado.

Mariella me miró fijamente. Abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada.

—Me he comportado como un auténtico idiota —dije.

Mariella se quedó callada. Los transeúntes pasaban a nuestro lado. El gato se había sentado en la acera y se lamía las patas.

—Chuck estuvo conmigo y afirmó que te seguía queriendo y que tú solo habías empezado algo conmigo para distraerte de él. —Miré a Mariella expectante. A estas alturas ya conocía la verdad. A Chuck solo le interesaba él mismo. Los demás le daban igual, siempre que hicieran lo que él quería.

Pero eso no significaba que Mariella ya no sintiera nada por su ex.

Ella abrió mucho los ojos. —¿Qué?

—Me dijo que sus planes de boda habían sido solo un arrebato. Y que tú habías venido conmigo para intentar que él volviera contigo. Y que os habíais reconciliado. Al principio no le creí. Pero cuando te vi con él, entonces… entonces pensé que decía la verdad. Que lo habías enviado a buscarme para decirme todo eso porque tú misma no te atrevías.

Los ojos de Mariella se agrandaron. Y se humedecieron un poco. Me habría encantado estrecharla entre mis brazos.

Pero me contuve.

No quería volver a estropearlo todo haciendo algo totalmente irreflexivo en el momento equivocado.

—Pero luego vi a Chuck y a Carmela por casualidad. Hoy mismo. Y Chuck me ha confesado que me contó todas esas cosas solo por venganza. Porque quería separarnos. —Tragué saliva.

Chuck era un tipo despreciable. Pero no diría eso delante de Mariella. Ser abandonada por la propia hermana ya era bastante malo. Pero descubrir que el hombre al que habías amado era un imbécil resultaba al menos igual de doloroso. No quería aumentar el sufrimiento de Mariella.

—Es un idiota. No sé cómo pude enamorarme de él. —Mariella expresó exactamente lo que yo estaba pensando—. Y debería haberlo sabido. No ha dejado de ponerse en contacto conmigo, aunque le dije claramente que ya no quería saber nada de él y que mi corazón ahora te pertenece a ti.

El corazón de Mariella me pertenecía.

Sentí una opresión en el pecho.

Y luego una gran expansión.

—Estaba desconcertada. —Mariella me miró—. ¿Puedes entenderlo? Apareciste en mi empresa y actuaste como si no nos conociéramos de nada.

—Fue bastante estúpido por mi parte. —Miré a Mariella compungido—. Solo pensaba en cómo posicionarme de la mejor manera posible como nuevo jefe. No pensé en lo que eso te provocaría a ti.

Mariella asintió pensativa. —Y luego vi esa noticia de que supuestamente ibas a casarte…

—Ah, eso. —Me reí brevemente—. Eso debió de ponerlo un novato en el periódico. Probablemente se limitó a coger la primera foto que apareció en la base de datos al buscar «multimillonario». Y dio la casualidad de que en esa foto salía con mi hermana.

—Me la he encontrado hace un rato en Central Park. Con Lia. Cuando le he hablado, ella me ha contado que es tu hermana. Y entonces… entonces he

querido salir corriendo a buscarte. Pero esas dichosas obras… —Mariella abrió los brazos de par en par.

—Tú… ¿querías buscarme? —Me quedé mirando a Mariella. Mi deseo de estrecharla entre mis brazos se volvía irresistible.

Mariella asintió. —Yo… —Inspiró profundamente—. Tengo que decirte algo importante. Ya quería decírtelo el día que… —No siguió hablando.

Asentí. —¿Qué querías decirme?

Tuve que contenerme para no cambiar de pie impaciente. Por supuesto que quería escuchar a Mariella. Pero fuera lo que fuese lo que tenía que decirme… no podía ser tan importante.

¿O sí?

—Estoy embarazada —soltó Mariella de repente.

—¿Qué? —No daba crédito a lo que oía.

—Yo… voy a tener un hijo. —Mariella me miró con inseguridad—. Vamos a ser padres.

No pude decir nada.

Mi cerebro trabajaba a toda máquina.

—¿Cómo…? —Me callé.

Cómo. Vaya pregunta más idiota, Caspian. ¿Cómo se queda embarazada una mujer?

Me vinieron a la mente imágenes de Lia. Jugando con ella, viéndola reír, escuchando sus preguntas curiosas. Un pequeño ser humano que iba creciendo.

Y ahora…

Ahora yo mismo sería padre de un pequeño ser humano.

—Eso… eso es maravilloso. —Le sonreí a Mariella.

—¿De verdad? —se aseguró ella—. Quiero decir, si tú no…

—¡Claro! —Asentí con fuerza—. Por supuesto. Yo… todavía tengo que acostumbrarme un poco a la idea de que pronto seré padre. Pero… me parece… me parece fantástico.

Mariella sonrió con timidez.

—Voy a ser padre —dije para probar cómo sonaba y luego negué con la cabeza. No porque se sintiera mal. Sino porque yo mismo no terminaba de creérmelo.

—Vamos a ser padres. —Con esas palabras, estreché a Mariella en mis brazos. Ella apoyó la cabeza en mi hombro. Le acaricié la espalda.

Cuando Mariella levantó la cabeza, nuestros labios se encontraron.

—¡Miau!

La última palabra la tuvo Cosmo.

Capítulo 35 Mariella y Caspian

Doce meses después.

Caspian

—¡Hoyo en uno! —Alistair me miró con admiración—. Ya es tu segundo Hole-in-One de hoy. Estás en racha. ¿Te ha puesto algo Mariella en el desayuno? ¿Te ha cargado el café?

Esbocé una sonrisa. —Desde luego que no. Aunque desde que compramos esa cafetera nueva, no ha habido ni un solo día en que no haya empezado con un café realmente bueno. Eso me da energía. Pero todavía no hemos llegado al punto de que juegue mejor por eso.

—TODAVÍA no. —Alistair me dio un pequeño golpe amistoso en el brazo —. Seguro que pronto harás que te manden café secreto de alguna fuente secreta que te hará tener una puntería todavía mejor.

—O que sirva para que esté en plena forma incluso después de dormir solo unas horas —dije con una sonrisa.

—¿No lo estás ya por el hecho de ser empresario? —Alistair se echó a reír —. Pensaba que estabas acostumbrado. Hoy Nueva York, mañana Dubai. Hoy terminar rápido la presentación hasta altas horas de la noche, mañana hacer la presentación. Y así sucesivamente.

—Es cierto, lo he hecho durante años. —Asentí—. También porque no era capaz de delegar tareas en otros.

—¡Vaya! No habría pensado que llegarías nunca a esa conclusión. —Alistair me miró con un renovado respeto.

—Yo tampoco. —Mis pensamientos volaron hacia Mariella y el pequeño Louis. Nuestro hijo solo tenía unos meses, pero ya no podía imaginarme la vida sin él.

—¿Y qué es lo que te mantiene despierto ahora, si ya has delegado tareas? —quiso saber Alistair.

—Pues Louis, por supuesto. —Me reí—. Un lactante puede ser de lo más exigente. Terminar una presentación después de medianoche es, en comparación, un juego de niños. Cuando se pasa toda la noche llorando, a veces deseo en secreto estar en una negociación dura. —Hice una pausa—. No, en realidad no lo deseo. Lo digo de vez en cuando en mis momentos de mayor cansancio. Pero no cambiaría a Louis ni a Mariella por nada del mundo.

Pensé en la fragancia del cabello de Mariella, en su sonrisa y en su forma de demostrarme con pequeños detalles cuánto me apreciaba y lo feliz que era cada día por tenerme a su lado. También era una madre entregada.

Ya no podía imaginarme una vida sin ella.

Y tampoco quería.

Debíamos estar juntos para siempre.

Para eso tenía un plan.

Y lo pondría en marcha mañana.

—Al menos ahora tienes una buena excusa cuando la gente te pregunte por tus calcetines. —El comentario de Alistair me devolvió al presente.

Me reí y me miré de arriba abajo. Llevaba un calcetín de cuadros rojos y verdes y otro de cuadros azules y blancos.

—Al menos no has combinado un estampado de lunares con los cuadros. —Alistair tenía el mismo humor seco de siempre.

—No, puede que tenga mi propio estilo, pero no carezco totalmente de gusto. —Miré a mi mejor amigo con una indignación fingida.

—¿Ya has elegido los calcetines adecuados para mañana? — quiso saber Alistair. Él conocía mi plan secreto. Es más, jugaba un papel decisivo en él. Había planeado toda la operación con una precisión militar, como si se tratara de la absorción de una nueva cadena de grandes almacenes.

—Todavía no he pensado en eso. —Miré a Alistair con sorpresa.

—Pues ya va siendo hora. —Alistair sonrió.

—Te estás burlando de mí —me quejé.

—¿Yo? ¡Qué va! Nunca se me ocurriría algo así. —La sonrisa de Alistair se ensanchó.

—Mejor céntrate en tu próximo golpe. Si no, perderás el partido sin remedio. —Le di una palmadita en el hombro a mi mejor amigo.

Alistair suspiró. —Está bien. Me toca, pero tengo la sensación de que hoy no podré hacer nada contra ti de todos modos.

Alistair tomó impulso.

—Nada mal —comenté sobre su golpe.

—Pero no ha sido un hoyo en uno. Así ya no te alcanzo —gruñó Alistair—. Estás en racha. Victoria tras victoria. Todo empezó con Mariella y, cuando te hiciste con esa empresa, definitivamente ya no hubo quien te parara.

Sonreí. —Ese fue un buen movimiento táctico. Me alegró especialmente que Mr. Al-Wafd y Mr. Ali se pusieran verdes de envidia. —Aunque no me unía ninguna enemistad con los dos árabes, tampoco me sentía precisamente inclinado a tener una consideración excesiva con ellos. Al fin y al cabo, me habían prometido de todo para luego dejarme tirado al final.

Pero hoy eso me daba igual. Había absorbido a su competidor y, gracias a ello, mi posición en Dubai era excelente. A los generosos árabes les encantaba comprar en mis nuevos grandes almacenes de allí y la facturación estaba batiendo todos los récords. Funcionaba mejor de lo que me había imaginado. Para gran disgusto de mis dos antiguos socios potenciales.

—¿Has vuelto a saber algo de ellos dos? —preguntó Alistair antes de disponerse a meter la bola en el hoyo.

—Dentro —celebré.

—Sí, al tercer golpe. —Alistair estaba solo moderadamente satisfecho consigo mismo.

—Eso está bastante bien —observé.

Alistair me miró con las cejas arqueadas.

Me encogí de hombros. —No, no he vuelto a saber nada de ellos dos —respondí entonces—. Al parecer, después de mi adquisición, todavía intentaron negociar una participación con Bancroft y llevar a cabo el plan original a pesar de todo. Pero Bancroft puso unas condiciones tan absurdas que desistieron.

—Se estarán tirando de los pelos —reflexionó Alistair—. Probablemente desearían no haberte dado de lado en aquel entonces.

—Demasiado tarde. —Me coloqué en posición para mi siguiente golpe.

Cerré los ojos un instante y pensé en el día de mañana.

Todo saldría a la perfección.

Estaba convencido de ello.

Pero aún me quedaba un pequeño rastro de duda.

Tomé impulso.

—¡Diana! —Alistair me miró con admiración—. De verdad que estás en racha. — Mi mejor amigo me observó con aire inquisitivo—. Mañana saldrá todo tan bien como hoy.

Alistair había vuelto a leerme el pensamiento y había detectado mis dudas sin que yo tuviera que expresarlas. Le sonreí a mi mejor amigo con gratitud.

***

Mariella

—Ay, qué rico es el pequeño Louis. —Entusiasmada, mi madre mecía a su nieto de un lado a otro. Louis no protestaba; dormía plácidamente mientras hacía ruiditos con la boca—. Qué niño tan bueno. No llora nada. Vosotras dos, vosotras llorabais muchísimo. —Mi madre miró de Carmela a mí y viceversa.

—Sobre todo por la noche. —Mi padrastro Alexander se unió a la conversación.

—Louis también sabe hacer eso. —Caspian se rió.

Nos habían invitado a merendar a casa de mis padres. O mejor dicho, a casa de mi madre y de mi padrastro. Durante las primeras semanas después del embarazo no había tenido contacto con mi familia. Caspian me había convencido de que, al menos, intentara volver a reconciliarme con ellos, después de que yo le hubiera confesado que los echaba de menos y que en realidad deseaba tener una mejor relación con ellos.

Contra todo pronóstico, mi madre me había recibido con alegría, sobre todo cuando le conté que tenía un nuevo trabajo y que me había reconciliado con Caspian.

—El café está excelente —elogió Caspian a mi madre.

—Y el pastel también, por supuesto —añadí rápidamente. Aunque nos habíamos reconciliado, recordaba demasiado bien lo quisquillosa que solía ponerse mi madre si no se la elogiaba como ella esperaba.

Tomé un bocado de la tarta de crema de chocolate. Como madre de un lactante, ya no tenía tantas ocasiones de picar algo dulce como antes. No es que eso me viniera mal; al fin y al cabo, darse atracones de dulce no es saludable. Pero ahora disfrutaba aún más de darme un capricho cuando tenía un minuto de tranquilidad.

Solo que eso no se lo diría a nadie.

Amaba a Louis por encima de todo. Cuando me recibía por la mañana con una sonrisa, la falta de sueño y los llantos se olvidaban en un instante. Además, Louis crecía rápido. En pocos meses dormiría toda la noche, querría comida sólida, caminaría, hablaría.

Me hacían ilusión todos esos avances.

Y al mismo tiempo sabía que echaría de menos al bebé pequeñito que era ahora.

Así era la vida de una madre.

—El pastel lo ha hecho Carmela —anunció mi madre.

Se me arquearon las cejas por la sorpresa.

Mi hermanastra y yo nunca habíamos tenido una conversación sincera.

—Como oferta de paz —declaró mi hermanastra de forma inesperada—. Me he portado realmente fatal. —Carmela sacudió la cabeza—. Era como si estuviera bajo un hechizo.

Me quedé mirando a mi hermanastra. Esas palabras eran lo que menos me esperaba de ella.

Carmela estaba sentada sola a la mesa. De Chuck se había separado hace unos meses, después de pillarlo con otra en la cama. Mi hermana me había dado lástima, pero todo el asunto no me había sorprendido realmente.

—Durante toda mi vida he sentido que tú podías hacer todo mejor que yo: mejores notas, más amigos, mejor trabajo, mejor figura… en todo yo era la segunda. Pero también quería ser la primera por una vez. Y cuando apareció Chuck… cuando tuve la oportunidad… simplemente no lo pensé y… —Carmela no siguió hablando.

Me habría gustado decir algo.

Pero no sabía qué.

Mi madre seguía acunando a Louis de un lado a otro.

—Espero que puedas perdonarme. —Carmela me miró con actitud suplicante—. Quería... ay, ni yo misma sabía lo que quería. Me he portado de una forma totalmente inaceptable —repitió.

—Yo... bueno... —Seguía sin saber qué decir—. Gracias por tu disculpa —respondí entonces en voz baja.

Mi madre levantó la vista. Miró de Carmela a mí y viceversa.

Y estaba radiante. —Me alegra que por fin os entendáis las dos. He deseado esto toda mi vida.

—Pero... —Miré a mi madre con la boca abierta—. Pensaba que para ti yo era una intrusa que molestaba en tu vida con tu nueva familia.

—Pero qué dices. Quería que te sintieras a gusto aquí. —Mi madre mecía a Louis—. Se me rompía el corazón cada vez que veía que no era así.

Y aun así me había hecho creer que yo debía comportarme de otra manera.

Negué con la cabeza.

No eran precisamente unos buenos principios educativos. Con Louis, desde luego, lo haría de otra forma.

Y, al mismo tiempo, ahora podía ver el amor que mi madre siempre me había tenido.

Mi familia.

—Cuando Chuck también me engañó a mí... ahí comprendí que nunca se había tratado de mí. —Carmela me devolvió a mis pensamientos.

—Ni tampoco de mí. —Sonreí a Carmela—. Chuck pertenece a ese tipo de personas a las que solo les importan ellos mismos. —Caspian puso una mano sobre mi hombro. Yo se la cogí—. Me alegro mucho de que todo sucediera como sucedió. Porque, de lo contrario, ni siquiera estaríamos aquí. —Apoyé mi mejilla en la mano de Caspian.

Luego le sonreí a Carmela. —Y en algún lugar también te espera tu príncipe a ti. Estoy segura.

Mi hermanastra se rio. —Quién sabe.

Luego señaló a Louis. —¿Puedo coger primero a este príncipe de aquí en brazos?

Asentí. —Claro.

Observé expectante cómo mi madre ponía a Louis en brazos de su tía.

De repente, era como si tuviera la familia que nunca antes había tenido.

***

Mariella

—¿Y a dónde vamos exactamente? —le pregunté a Caspian por décima vez.

—Ahora lo verás. Ya casi estamos. —Caspian me miró brevemente de reojo y me guiñó un ojo.

—Eso ya me lo has dicho diez veces. —Le di un codazo cariñoso a Caspian en el brazo—. Podrías soltar algo más. Además, ya me he dado cuenta de que vamos hacia Long Island.

—¿Ah, sí? —Caspian se rio.

—Cualquiera se habría dado cuenta a estas alturas. —Fingí estar indignada. Luego eché un vistazo atrás. Louis dormía plácidamente en su portabebés. Le encantaban los viajes en coche. Pero no porque mirara con curiosidad por la ventana y observara el entorno. No, siempre se quedaba dormido en cuanto las ruedas se ponían en movimiento.

—No me vas a estropear la sorpresa. —Caspian sonrió.

—¿Una sorpresa? —pregunté.

—Por supuesto. ¿O por qué crees que si no no te digo nada? —Caspian se rió.

Entonces giramos hacia una entrada de grava. Justo frente a nosotros había una preciosa casita de madera gris con el tejado de tejas verdes. En el camino habíamos pasado por delante de unas cuantas casas parecidas. Miré hacia delante. El tejado se extendía sobre el porche y estaba sostenido por cuatro esbeltas columnas blancas. Dos de ellas enmarcaban la puerta blanca.

Caspian se detuvo.

Lo miré con curiosidad.

—Bájate —me pidió.

Me desabroché el cinturón y bajé despacio.

Caspian sacó el portabebés del asiento trasero. Louis seguía durmiendo.

—¿Dón... dónde está la sorpresa? —pregunté mientras seguía mirando a mi alrededor. Junto a la entrada de grava había una zona de césped que brillaba con un verde más intenso que cualquier césped de Central Park. Altos árboles se alzaban tras la casa. Y, sin embargo, el mar no podía estar lejos. En el aire flotaba un ligero olor a sal y una brisa fresca me acariciaba la nariz.

—Justo delante de tus narices. —Había un tono de regocijo en la voz de Caspian.

—¿Justo delante de mis narices? —repetí.

Yo solo veía la casa.

—He comprado la casa. Pensé que una casita de verano aquí fuera sería buena para nosotros. Louis podrá jugar en el jardín y podremos ir juntos a la

playa cuando sea un poco más mayor. Quiero que conozca algo más que la vida en la gran ciudad.

Abrí la boca. Pero no me salieron las palabras.

—La casa no está muy lejos de Nueva York, a apenas dos horas en coche. Incluso por la tarde se llega rápido. —Caspian dejó el portabebés en el césped ante nosotros y me pasó un brazo por los hombros.

—Es una locura —susurré finalmente.

—¿Te gusta? —preguntó Caspian.

—¿Gustarme? —Me giré a medias de modo que pude ver los ojos de Caspian. Se veían tan oscuros como siempre y su efecto en mí era tan fuerte como en nuestro primer encuentro. Me flaquearon las piernas.

¿Cómo había merecido tanta suerte?

Poco después de volver a encontrar a Caspian, me había mudado a su ático y me había sentido allí como en mi propio hogar de inmediato. Había seguido trabajando en la empresa del marido de Janelle mientras me sentía bien. Ahora me tomaba un descanso, por mí y por Louis.

Caspian me llevaba en palmitas e intentaba cada día hacerme la vida lo más hermosa posible. Estaba muy ocupado, ya que había comprado una empresa en Dubai, pero siempre sacaba tiempo y me demostraba con pequeños detalles que pensaba en mí y que yo era importante para él.

—Es maravilloso —susurré poniéndome de puntillas.

Caspian me besó brevemente. Luego me atrajo hacia él y me susurró al oído: —Vamos a la parte de atrás, al jardín. Allí espera la segunda parte de

la sorpresa.

—¿La segunda parte? —Me solté de Caspian.

Cogió el portabebés y me tomó de la mano con la otra. Juntos rodeamos la casita. Era una verdadera joya. Ni demasiado grande ni demasiado pequeña, perfecta para una familia.

Acogedora.

Esa era la mejor palabra.

Detrás de la casa había una explanada de césped. Aquí jugaría Louis cuando fuera más mayor. Quizá pondríamos un columpio. O un pequeño tobogán. En mi mente, mi segundo hogar iba tomando forma.

Una casa de fin de semana.

Caspian me llevó hacia los árboles al fondo. Allí había una pérgola de madera blanca. Debajo había una mesa y cuatro sillas. De nuevo olfateé.

Alguien debía de haber renovado la pérgola recientemente, porque olía a pintura fresca. En torno a las vigas blancas trepaban rosas rojas.

De repente empezó a sonar música.

Marry You de Bruno Mars.

En ese momento me fijé en una cubitera sobre la mesita bajo la pérgola. Y en la cubitera había una botella.

¿Qué significaba aquello?

Caspian me había soltado la mano.

Me di la vuelta.

El portabebés de Louis estaba en el césped junto a la pérgola. Mi hijo dormía plácidamente. Y ante mí, Caspian estaba arrodillado. Buscó en su bolsillo y sacó una cajita. —Mariella, desde que te conozco, soy el hombre más feliz del mundo. Has hecho mi vida mucho más hermosa, rica y mejor. No puedo expresar cuánto te amo. ¿Quieres ser mi esposa?

La tapa de la cajita se abrió. Dentro había un anillo precioso con piedras azules.

Se me humedecieron los ojos. —Sí —susurré.

Me habría gustado gritar mi «sí» al mundo entero. Pero la voz ya no me obedecía.

Pero Caspian me había oído. Se levantó y me estrechó en sus brazos. Nuestros labios se acercaron.

—¡Bieeeen... bieeeen...! —De pronto sonaron fuertes gritos de júbilo.

Levanté la vista.

Shawna y Alistair aparecieron tras los árboles.

—¡Enhorabuena! —gritaron como a coro.

Shawna me abrazó y Alistair le dio una palmada en el hombro a Caspian.

—Prometidos. Esto hay que celebrarlo. —Alistair fue hacia la cubitera de la mesa—. Con champaña sin alcohol, por supuesto. —Me guiñó un ojo.

Me conmovió que Alistair hubiera tenido en cuenta que, como madre lactante, no bebía alcohol.

Louis se había despertado y empezó a gorjear.

—Me encargo yo —anunció Shawna. Se inclinó hacia el portabebés. Les eché un vistazo a los dos. Shawna y Louis se llevaban de maravilla, así que no tenía de qué preocuparme.

Me volví de nuevo hacia Caspian.

Él sonreía.

Prometidos.

Este era el principio de mi para siempre.

En los ojos oscuros de Caspian hubo un destello. Sabía que él pensaba lo mismo que yo.

Era nuestro para siempre.

Entonces nuestros labios se encontraron.

FIN